



Leonard Cohen

LOS HERMOSOS

VENCIDOS



Lectulandia

El sexo y la muerte, junto con el cuerpo incorrupto de una virgen iroquesa, son las grandes obsesiones del narrador de *Los hermosos vencidos*, un viejo erudito enloquecido por la soledad que dialoga en su apartamento de Montreal con las sombras de su mujer y de su mejor amigo. Los tres se amaron y traicionaron sucesivamente, en una heterodoxa combinatoria de rituales carnales. Pero Edith y su amigo F. ya no están entre los vivos; y a él sólo le quedan sus recuerdos y el consuelo de esa santa iroquesa muerta hace 300 años, pero capaz todavía de redimir a sus devotos más degenerados.

Los hermosos vencidos, publicada en 1966, es la novela más audaz de Leonard Cohen. Aunque menos autobiográfica en apariencia que *El juego favorito*, prolonga con su desgarrado sarcasmo y sus osadías narrativas una aventura introspectiva de extraordinaria intensidad.

Lectulandia

Leonard Cohen

Los hermosos vencidos

ePub r1.0

Titivillus 18.11.16

Título original: *Beautiful Losers*
Leonard Cohen, 1966
Traducción: Javier Sainz y Susan Hendry

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Steve Smith (1943-1964)

LIBRO PRIMERO

LA HISTORIA DE TODOS ELLOS

Alguien dijo: Levanta ese fardo.

RAY CHARLES,
en la canción *Ol'man River*

1

Catherine Tekakwitha, ¿quién eres? ¿Eres (1656-1680)? ¿Basta con eso? ¿Eres la Virgen Iroquesa? ¿Eres la Azucena de las Orillas del Río Mohawk? ¿Me dejas amarte a mi modo? Soy un viejo erudito, con mejor aspecto ahora que cuando era joven. Eso es lo que pasa a tu cara por estar todo el tiempo con el trasero pegado a una silla. Te he seguido, Catherine Tekakwitha. Quiero saber lo que pasa debajo de esa manta rosada. ¿Tengo derecho a ello? Me enamoré de un cuadro religioso que te representaba. Te hallabas de pie entre unos abedules, mis árboles favoritos. Dios sabe hasta dónde llegarían los cordones de tus mocasines. Detrás de ti había un río, sin duda el Mohawk. En primer término, a la izquierda, dos pájaros que disfrutarían mucho si se les hiciera cosquillas en las blancas gargantas o se les citara como ejemplo de cualquier cosa en una parábola. ¿Tengo derecho a seguirte con la mente polvorienta, repleta de todo el desecho de acaso cinco mil libros? Ni siquiera voy al campo muy a menudo. ¿Podrías instruirme sobre hojas? ¿Sabes algo sobre setas narcóticas? Lady Marilyn murió hace pocos años. ¿Es de suponer que algún viejo erudito, tal vez de mi propio linaje, la seguirá dentro de cuatrocientos años como yo te sigo a ti? Pero ahora mismo tú debes saber más acerca del cielo. ¿Se parece a uno de esos pequeños altares de plástico que brillan en la oscuridad? Te juro que no me importaría que así fuese. ¿Son diminutas las estrellas, al fin y al cabo? ¿Puede un viejo erudito encontrar por fin el amor y no tener ya que hacerse cada noche una paja para poder dormir? Ya ni siquiera odio los libros. He olvidado la mayor parte de lo que he leído y, francamente, nunca pareció ser muy importante ni para mí mismo ni para el mundo. Mi amigo E, con su estilo grandilocuente, solía decir: Tenemos que aprender a detenernos valientemente en la superficie. Tenemos que aprender a amar las apariencias. F. murió en una celda acolchada, con el cerebro corrompido por un exceso de cochinas sexuales. La cara se le ennegreció, lo vi con mis propios ojos, y dicen que de su mango apenas quedó nada. Una enfermera me dijo que parecía el interior de una lombriz. ¡Salud, F., viejo y ruidoso amigo! Me pregunto si persistirá tu recuerdo. Y tú, Catherine Tekakwitha, para que lo sepas, soy lo bastante humano como para padecer de estreñimiento, como recompensa por una vida sedentaria. ¿Tiene algo de extraño que haya enviado mi corazón allá entre los abedules? ¿Tiene algo de extraño que un viejo erudito que nunca ganó mucho dinero quiera colarse dentro de tu postal en tecnicolor?

2

Soy un renombrado folklorista, una autoridad en materia de *a...s*, tribu que no tengo intención de perjudicar en provecho propio. Quedan, tal vez, diez *a...s* de pura raza, cuatro de los cuales son muchachas adolescentes. Debo añadir que F. se aprovechó a más no poder de mi condición de antropólogo para joder con las cuatro. Viejo amigo, ya pagaste las consecuencias. Parece ser que los *a...s* hicieron su aparición en el siglo xv, o más bien se trataba de un resto considerable de la tribu. Su breve historia se caracteriza por incesantes derrotas. El verdadero nombre de la tribu, *a.*, es la palabra que se emplea para designar a un cadáver en el lenguaje de las tribus vecinas. No hay ningún documento que acredite que este pueblo desgraciado ganase alguna vez una sola batalla, mientras que los cantos y leyendas de sus enemigos no son otra cosa que un sostenido alarido de triunfo. Mi interés por esta serie de fracasos deja traslucir mi carácter. Al pedirme dinero prestado, F. decía a menudo: ¡Gracias, viejo *a...*! Catherine Tekakwitha ¿me escuchas?

3

Catherine Tekakwitha, he venido a rescatarte de los jesuitas. Sí, un viejo erudito como yo se atreve a planear grandes hazañas. No sé lo que estarán diciendo sobre ti estos días, porque el latín lo tengo casi olvidado por completo. «*Que le succès couronne nos espérances, et nous verrons sur les autels, auprès des Martyrs canadiens, une vierge iroquoise —près des roses du martyre le lis de la virginité*»^[1]. Esta nota fue escrita por un tal Ed. L. S. J., en agosto de 1926. Pero, ¿eso qué importa? No quiero cargar con mi antigua vida belicosa, en este viaje contra corriente por el río Mohawk. ¡Espacio, compañía de Jesús! F. decía: Un hombre fuerte no puede sino amar a la Iglesia. Catherine Tekakwitha, ¿qué importancia tiene que te vacíen en escayola? Actualmente, estoy estudiando los planos para una canoa de corteza de abedul. Tus hermanos han olvidado el modo de construirlas. ¿Y qué importa si hay una reproducción en plástico de tu pequeño cuerpo en el salpicadero de cualquier taxi de Montreal? Eso no tiene por qué ser malo. El amor no se puede acaparar. ¿Hay algo de Jesús en cada crucifijo? Yo creo que sí. ¡El deseo transforma al mundo! ¿Cuál es la causa de que una ladera de arces se enrojezca? ¡Paz a vosotros, fabricantes de baratijas religiosas! ¡Comerciáis con objetos sagrados! Catherine Tekakwitha, ¿ves cómo me quedo extasiado? ¿Cómo quiero que el mundo sea místico y bueno? ¿Son las estrellas diminutas, al fin y al cabo? ¿Quién nos llevará a dormir? ¿Debo conservar los recortes de mis uñas? ¿Es la materia sagrada? Quiero que el barbero entierre mis cabellos. Catherine Tekakwitha, ¿ejerces ya influencia sobre mí?

4

Marie de l'Incarnation, Marguerite Bourgeoys, Marie-Marguerite d'Youville, tal vez vosotras podríais excitarme si pudiera salir de mi ensimismamiento. Quiero gozar cuanto pueda. F. decía que nunca había oído hablar de una sola santa que no le hubiera apetecido. ¿Qué quería decir? F., no me digas que por fin te estás volviendo profundo. F. dijo una vez: A los dieciséis años dejé de joder con rostros. Yo fui el causante de esta observación al expresar disgusto por su última conquista, una joven jorobada a la que conoció mientras recorría un orfanato. F. me habló aquel día como si yo fuera realmente uno de aquellos desvalidos; o quizá no me estaba hablando a mí cuando susurró: ¿Quién soy yo para rechazar al universo?

Los franceses dieron nombre a los iroqueses. Nombrar los alimentos es una cosa, nombrar a un pueblo es otra, y no es que al pueblo en cuestión le importe mucho hoy en día. Si a ellos nunca les importó, tanto peor para mí: estoy positivamente dispuesto a soportar las pretendidas humillaciones de pueblos inofensivos, como lo evidencia el trabajo de toda mi vida con los *a...s*. ¿Por qué me siento tan asqueroso cuando me despierto por las mañanas? Preguntándome si seré capaz de cagar o no. ¿Funcionará bien mi cuerpo? ¿Se agitarán mis intestinos? ¿Habrá logrado la vieja máquina volver los alimentos de color marrón? ¿Acaso es sorprendente que yo haya excavado túneles a través de las bibliotecas en busca de noticias sobre víctimas? ¡Víctimas de ficción! Todas las víctimas que no asesinamos o encarcelamos nosotros mismos son víctimas de ficción. Vivo en un pequeño edificio de apartamentos. El fondo del hueco del ascensor es accesible a través del sub-sótano. Mientras yo me sentaba en el centro de la ciudad preparando un trabajo sobre lemmings, ella se coló en el hueco del ascensor y se sentó allí con los brazos alrededor de las rodillas (o al menos eso fue lo que la policía dedujo del amasijo de sus restos). Yo llegaba a casa todas las noches a las once menos veinte, puntual como Kant. Ella, mi querida esposa, se disponía a darme una lección. Tú siempre con tus víctimas de ficción, solía decir. Su vida se había vuelto gris de una forma gradual e imperceptible, pues les juro que aquella misma noche, probablemente en el momento exacto en que se apretujaba en el hueco, alcé la vista de mi investigación sobre lemmings y, con los ojos cerrados, la recordé joven y alegre y con el sol bailándole en el pelo mientras me la chupaba en una canoa por el lago Orford. Éramos los únicos que vivíamos en el subsótano, éramos los únicos que llamábamos al pequeño ascensor hasta aquellas profundidades. Pero ella no dio a nadie una lección, la clase de lección que pretendía. Un recadero del Bar Bacoa hizo la faena al confundir los números que figuraban en una bolsa de papel marrón caliente. ¡Edith! F. pasó la noche conmigo. A las cuatro de la madrugada confesó que había dormido con Edith cinco o seis veces en los veinte años siguientes al día en que la conoció. ¡Qué ironía! Encargamos pollo al mismo sitio, y charlamos acerca de mi pobre esposa destrozada, con los dedos grasientos y algunas gotas de salsa de barbacoa sobre el linóleo. Cinco o seis veces, una simple amistad. ¿Podía encaramarme a una montaña sagrada de experiencia, lejos de todo, y asentir a aquel amorcito suyo con un leve movimiento chino de mi cabeza? ¿Qué daño se había causado a las estrellas? ¡Eh, tú, hijo de puta! —dije—, ¿cuántas veces, cinco o seis? ¡Ah —F. sonrió—, la desgracia nos obliga a ser exactos! Demos, pues, por sabido que a los iroqueses, hermanos de Catherine Tekakwitha, les dieron el nombre de iroqueses los franceses. Ellos, a sí mismos, se llamaban hodenosaunee, que significa Pueblo de la Larga Casa. Habían conferido a sus conversaciones una nueva dimensión. Terminaban cada discurso con la palabra *hiro*, que significa: como iba diciendo. Así, cada hombre asumía plena responsabilidad por entrometerse en el

murmullo inarticulado de las esferas. A *hiro* le añadían la palabra *koué*, que era un grito de alegría o de angustia, según se expresase cantando o dando alaridos. De este modo intentaban atravesar la cortina misteriosa que cuelga entre todos los seres hablantes: al final de cada declaración, cada uno de ellos daba, por así decirlo, un paso atrás, y procuraba interpretar al oyente sus palabras, se esforzaba por trastornar al engañoso intelecto con el ruido de la emoción auténtica. Catherine Tekakwitha, háblame en *hiro-koué*. No tengo derecho a hacer caso de lo que los jesuitas dicen a los esclavos, pero en aquella fría noche laurentina que trato de alcanzar, cuando estemos envueltos en nuestro cohete de corteza de abedul, reunidos a la antigua usanza perdurable, la carne junto al espíritu, y te haga la consabida pregunta: ¿son las estrellas diminutas, al fin y al cabo? ¡Oh, Catherine Tekakwitha, contéstame en *hiro-koué*! Aquella otra noche, E y yo disputamos durante horas. Cuando amaneció no nos enteramos, pues la única ventana de aquel mísero apartamento daba al hueco de ventilación.

—Eh, tú, hijo de puta, ¿cuántas veces, cinco o seis?

—¡Ah, la desgracia nos hace exactos!

—¿Cinco o seis, cinco o seis, cinco o seis?

—Escucha, amigo, el ascensor vuelve a funcionar.

—Oye, E, no me vengas con una de tus cagadas místicas.

—Siete.

—¿Siete veces con Edith?

—Exactamente.

—¿Estabas tratando de protegerme con una mentira optativa?

—Exactamente.

—Y el siete podría ser otra opción.

—Exactamente.

—Pero tú estabas tratando de protegerme, ¿verdad? Oye, F., ¿tú crees que puedo aprender a distinguir los diamantes del bien entre toda la mierda?

—Es toda de diamante.

—Maldito seas, condenado follador de esposas, esa respuesta no me consuela. Lo echas todo a perder con tus pretensiones de santurrón. Ésta es una mala mañana. Mi esposa no está en condiciones de ser enterrada. Van a arreglarla en algún puñetero hospital de muñecas. ¿Cómo me sentiré en el ascensor cuando me dirija a la biblioteca? No me des esa mierda de diamantes, métela en tu agujero oculto. Saca de un apuro a algún amigo. No le jodas a su mujer.

La conversación se prolongó hasta la mañana, que no podíamos percibir. Él se mantuvo en su actitud diamantina. Catherine Tekakwitha, yo deseaba creerle. Estuvimos hablando hasta quedar exhaustos y nos masturbamos mutuamente, como solíamos hacer cuando éramos jóvenes en lo que es ahora el centro de la ciudad pero antaño fue el bosque.

F. hablaba muchísimo acerca de los indios, y de una forma irritablemente fácil. Por lo que sé, no tenía más cultura sobre el tema que un conocimiento despectivo y superficial de mis propios libros, su explotación sexual de mis cuatro *a...*s adolescentes, y alrededor de mil *westerns* de Hollywood. Comparaba a los indios con los antiguos griegos, indicando una similitud de carácter, una creencia común de que cada talento debe revelarse en el combate, una afición por la lucha libre, una incapacidad innata para unirse durante cualquier período de tiempo, una dedicación absoluta a la idea de la competición, y la virtud de la ambición. Ninguna de las *a...*s adolescentes alcanzó el orgasmo, lo cual, dijo, debe ser característico del pesimismo sexual de toda la tribu; y llegaba, por tanto, a la conclusión de que todas las otras mujeres indias podían alcanzarlo. No pude discutirlo. Es verdad que los *a...*s parecen presentar un negativo muy exacto del panorama indio en su conjunto. Sentí una ligera envidia por sus deducciones. Su conocimiento de la antigua Grecia se basaba únicamente en un poema de Edgar Allan Poe, algunos encuentros homosexuales con dueños de restaurantes (comía gratis en casi todos los bares de la ciudad), y una reproducción en yeso de la Acrópolis que por alguna razón, había recubierto de esmalte rojo para las uñas. Había querido usar esmalte incoloro, únicamente como protector, pero naturalmente sucumbió a su propensión a la extravagancia, ante el mostrador de la droguería, cuando se enfrentó con aquella fortaleza de brillantes muestras que se alineaban en sus terraplenes de cartón, como otros tantos *mounties*^[2] canadienses. Eligió un color llamado Deseo Tibetano, que le divertía, pues era, declaró, una verdadera contradicción de términos. Dedicó toda la noche a la tinción de su modelo de yeso. Me senté a su lado mientras trabajaba. Estaba tarareando trozos de *The Great Pretender*, una canción llamada a transformar la música popular de nuestros días. No pude levantar los ojos del cepillito que tan felizmente manejaba. Del blanco al rojo viscoso, una columna tras otra, una transfusión de sangre en los polvorientos dedos ruinosos del pequeño monumento. F. decía: «Llevo mi corazón como una corona.» Y en tanto desaparecían las metopas leprosas y los triglifos, y otros conceptos zigzagueantes que significaban pureza, templo pálido y altar destruido desaparecieron también bajo el barniz escarlata. F. dijo: Aquí, amigo, acaba con las Cariátides. Así que cogí el cepillo, y lo mismo hice con Clitón y con Temístocles. F. cantaba: *Ohohoho, I'm The Great Pretender, my need is such I pretend too much*, etcétera —una canción evidente en tales circunstancias, pero no inadecuada—. F. decía a menudo: Nunca se debe pasar por alto lo evidente. ¡Eramos felices! ¿Por qué tendría que reprimir esta exclamación? Yo no había sido nunca tan feliz desde antes de la pubertad. ¡Qué cerca estuve, anteriormente en este párrafo, de traicionar aquella noche feliz! ¡No, no quiero! Después que hubimos cubierto toda la extensión del viejo esqueleto de yeso, F. lo

colocó sobre una mesa de juego delante de una ventana. El sol se elevaba entonces sobre el tejado, en forma de sierra, de la fábrica de al lado. La ventana era rosada, y nuestra artesanía, que aún no se había secado, ¡resplandecía como un enorme rubí, como una joya fantástica! Parecía como la intrincada cuna de los escasos sentimientos, nobles y perecederos, que yo había logrado preservar, y un lugar seguro donde dejarlos. F. se había extendido sobre la moqueta, boca abajo, la barbilla apoyada en las manos sostenidas por muñecas y codos, contemplando arriba la acrópolis roja y más allá la suave mañana. Me hizo señas para que me echara junto a él. Míralo desde aquí, dijo, guiña los ojos un poco. Hice como me indicaba, entorné los ojos y aquello estalló en un precioso fuego frío, enviando rayos en todas direcciones (salvo hacia abajo, pues era allí donde estaba la mesa de juego). No llores, dijo F., y comenzamos a charlar.

—Ese aspecto es el que probablemente ofrecería a sus ojos, una mañana temprano en que lo miraban desde abajo.

—Los antiguos atenienses —murmuré.

—No —dijo F.—, los antiguos indios, los pieles rojas.

—¿Tenían ellos algo semejante, construyeron una acrópolis? —le pregunté, pues me parecía haber olvidado todo lo que sabía, lo había perdido con los repetidos toques del cepillito, y estaba dispuesto a creer cualquier cosa—. Dime, E, ¿teman los indios algo semejante?

—No sé.

—Entonces, ¿de qué estás hablando? ¿Estás tratando de ponerme en ridículo?

—Échate, tómatelo con calma. Domínate. ¿No eres feliz?

—No.

—¿Por qué has permitido que te roben?

—F., lo echas todo a perder. Íbamos a pasar una mañana magnífica.

—¿Por qué has permitido que te roben?

—¿Por qué tratas siempre de humillarme? —le pregunté, en un tono tan solemne que me asusté. Se levantó, y cubrió el modelo con la cubierta de plástico de una máquina de escribir Remington. Lo hizo tan suavemente, con una especie de dolor, que por primera vez comprendí que F. sufría, pero no podría decir por qué.

—Estábamos a punto de iniciar una conversación perfecta —dijo E, mientras conectaba las noticias de las seis. Puso la radio a todo volumen y comenzó a gritar desaforadamente contra la voz del locutor, que estaba recitando una lista de desastres. ¡Sigue navegando, sigue navegando, oh Barco del Estado, accidentes de automóvil, nacimientos, Berlín, curas contra el cáncer! Escucha, amigo, escucha la actualidad, el ahora mismo; se encuentra en torno a nosotros, pintada como una diana, en rojo, blanco y azul. Vuela hacia el blanco como un dardo, como un tiro que da en la diana de chiripa en una sucia taberna. Despeja tu memoria y escucha el fuego a tu alrededor. No olvides tu memoria, déjala existir en algún lugar precioso, en todos los colores que necesita; pero en cualquier otro lugar, iza tu memoria sobre el Barco del

Estado como la vela de un pirata, y dirígete al presente tintineante. ¿Sabes hacer eso? ¿Sabes ver la Acrópolis como los indios, que nunca tuvieron una? Jode a una santa, así se hace, busca a una santita y jódela una y otra vez en una agradable parte del cielo, métete directamente en su altar de plástico, vive en su medalla de metal, jódela hasta que tintinee como una caja de música de recuerdo, hasta que las luces conmemorativas continúen gratis; busca una santa impostora como Teresa o Catherine Tekakwitha o Lesbia, que no conocieron polla pero que yacían todo el día en un poema de chocolate; busca una de esas curiosas vulvas imposibles y jódela por tu vida, corriéndote hasta el cielo, tíratela en la luna con un reloj de arena metálico en el culo, enrédate en sus vaporosos vestidos, chupa sus jugos insignificantes, lam, lam, lam, como un perro en el éter; luego desciende a esta tierra fértil y anda desmadejado por la tierra fértil con tus zapatos de piedra, déjate aporrear por una bala perdida, encaja una y otra vez los golpes sin sentido, un directo a la mente, un martinete sobre el corazón, una patada en el escroto, ¡socorro, socorro!, ¡es mi momento, mi segundo, mi astilla del árbol de la gloriosa mierda, policía, bomberos!, ¡mirad el tráfico de la felicidad y el crimen, está ardiendo al pastel como la rosa de la acrópolis!

Y así sucesivamente. Yo no podría describir la mitad de las cosas que él decía. Deliraba como un lunático, y la saliva volaba a cada dos palabras. Supongo que la enfermedad estaba ya mordisqueándole el cerebro, pues murió así, años más tarde, delirando. ¡Qué noche! y desde esta distancia, ¡qué amable parece ahora nuestra discusión, dos hombres adultos echados en el suelo! ¡Qué noche tan perfecta! Les juro que puedo sentir aún su calor, y que lo que hizo con Edith no importa en absoluto; es más, los caso en su lecho ilícito, afirmo de todo corazón el auténtico derecho de cualquier hombre y mujer a sus oscuras noches baboseantes, que son bastante raras, y contra las cuales conspiran demasiadas leyes. ¡Ojalá pudiera yo vivir en esta perspectiva! ¡Qué rápidamente van y vienen los recuerdos de F., las noches de camaradería, las escalas por las que trepábamos y los felices vistazos de la simple relojería humana! ¡Con qué rapidez vuelve la trivialidad, y esa forma tan innoble de propiedad inmueble, la ocupación posesiva y la tiranía sobre dos pulgadas cuadradas de carne humana: el coño de la esposa!

Los iroqueses casi vencieron. Sus tres mayores enemigos eran los hurones, los algonquinos y los franceses. «*La Nouvelle-France se va perdre si elle n'est fortement et promptement secourue*»^[3]. Así escribía el P. Vimont, Superior de Quebec, en 1641. Hu Hu ju ju. Recordad las películas. Los iroqueses constituían una confederación de cinco tribus situadas entre el río Hudson y el lago Erie. Si nos desplazamos de Este a Oeste, tenemos a los agniers (a los que los ingleses llamaron mohawks), los onneyouts, los onnontagués, los goyoqouins (o goyogouins), y los tsonnontouans. Los mohawks (a quienes los franceses llamaban agniers) ocupaban un territorio situado entre las secciones superiores del río Hudson, el lago George, el lago Champlain, y el río Richelieu (llamado originariamente río Iroqués). Catherine Tekakwitha era mohawk, nacida en 1656. Pasó veintiún años de su vida entre los mohawks, en las márgenes del río Mohawk, y era una verdadera dama mohawk. Los iroqueses se componían de veinticinco mil almas. Podían poner a dos mil quinientos guerreros en el campo de batalla, o sea, el diez por ciento de la confederación. De ellos sólo quinientos o seiscientos eran mohawks, pero eran especialmente feroces, y no sólo eso sino que poseían armas de fuego que obtuvieron de los holandeses en Fort Orange (Albany) a cambio de pieles. Me enorgullezco de que Catherine Tekakwitha haya sido o sea mohawk. Sus hermanos deben de proceder directamente de aquellas maniqueas películas en blanco y negro que había antes de que las del Oeste llegaran a ser psicológicas. Ahora mismo siento por ella lo que muchos de mis lectores deben de sentir por las lindas negras que se sientan enfrente de ellos en el metro, con las piernas delgadas y duras emergiendo hacia abajo desde quién sabe qué intimidades rosadas. Muchos de mis lectores nunca lo sabrán. ¿Es eso justo? ¿Y qué pensar de las pollas color de lirio desconocidas por tantas ciudadanas americanas? Desnúdate, desnúdate, quiero gritar, mirémonos uno a otro. ¡Tengamos educación! F. dijo: A los veintiocho años (sí, amigo mío, todo eso tardé) dejé de joder con colores. Catherine Tekakwitha, espero que seas muy morena. Quiero detectar un olorcillo a carne cruda y sangre blanca en tu espeso pelo negro. Espero que quede un poco de grasa en tu espeso pelo negro. ¿O está todo ello enterrado en el Vaticano, en criptas de escondidos peines? Una noche, en nuestro séptimo año de matrimonio, Edith se embadurnó con una sustancia grasienta de color rojo oscuro, que había comprado en algún almacén de atrezo. Se la aplicó sacándola de un tubo. Las once menos veinte, de regreso de la biblioteca, y allí estaba, completamente desnuda en medio del cuarto, una sorpresa sexual para su maridito. Me entregó el tubo, diciendo: Seamos personas diferentes. Lo que, supongo, significaba otros modos de besar, de masticar, de chupar, de brincar. Es una tontería, dijo con voz cascada, pero seamos diferentes. ¿Por qué habría de subestimar sus propósitos? Acaso quería decir: vente conmigo a hacer un nuevo viaje, un viaje que sólo los extraños pueden realizar, y que podremos recordar

cuando volvamos a ser los mismos de antes, y por tanto no nos limitaremos nunca a ser los mismos de antes. Acaso tenía en mente algún paisaje adonde siempre se había propuesto viajar, lo mismo que yo vislumbro un río norteño, una noche tan clara y brillante como guijarros de río, para mi excursión suprema con Catherine Tekakwitha. Debía haberme marchado con Edith. Debía haber salido de mis vestidos y penetrado en el grasiento disfraz. ¿Cómo es posible que precisamente ahora, transcurridos tantos años, se me levante cuando la veo allí de pie, pintada de un modo tan absurdo, sus pechos oscuros como berenjenas, su cara parecida a la de Al Jolson? ¿Por qué la sangre se agolpa ahora tan inútilmente? Desdeñé el tubo que me tendía. Tómame un baño, le dije. Escuché sus chapoteos, esperando nuestro tentempié de medianoche. Mi triunfo, tan pequeño y tan mezquino, me había abierto el apetito.

A muchísimos sacerdotes los mataron y se los comieron, y demás. Micmacos, abenaqueses, montañeses, atikamegos, hurones: la Compañía de Jesús conseguía de ellos lo que quería. Seguro que había montones de semen en la selva. De los iroqueses no: ellos comían corazones de cura. Me pregunto cómo sería aquello. F. dijo que una vez se comió un corazón de oveja crudo. A Edith le gustaban los sesos. René Goupil la diñó el 29 de septiembre de 1642, primera víctima con hábito negro de los mohawks. Ñam, ñam. El P. Jogues sucumbió bajo el «hacha de los bárbaros» el 19 de octubre de 1646. Todo eso está escrito allí en letras de molde. A la Iglesia le encantan tales detalles. A mí me encantan tales detalles. Aquí vienen los angelitos regordetes con sus extraños culitos. Aquí vienen los indios. Aquí viene Catherine Tekakwitha, diez años más tarde, azucena del suelo regado por el Jardinero con la sangre de los mártires. E, destrozaste mi vida con tus experimentos. Te comiste un corazón de oveja crudo, comiste corteza, una vez comiste mierda. ¿Cómo puedo vivir en el mundo al lado de todas tus malditas aventuras? F. dijo una vez: No hay nada tan deprimente como la excentricidad de un contemporáneo. Ella era tortuga, el mejor clan de los mohawks. Nuestro viaje será lento, pero venceremos. Su padre era iroqués, un majadero, al parecer. Su madre era algonquina cristiana, bautizada y educada en Three-Rivers, que por cierto es una ciudad horrible para una muchacha india (eso me dijo recientemente una joven abenaqués que fue a la escuela de allí). Fue capturada en una incursión de los iroqueses, lo que para ella debió ser el mejor plan que tuvo en su vida. Amparadme, que alguien ampare a mi lengua soez. ¿Dónde estará mi lengua de plata? ¿No se me ha destinado a hablar de Dios? Ella era esclava de un guerrero iroqués, y debía tener mu lengua viperina, o algo parecido, pues él la tomó por esposa cuando podía haberse limitado a abusar de ella. Fue aceptada por la tribu, y desde aquel día disfrutó de todos los derechos de los tortugas. En las crónicas se recuerda que rezaba incesantemente. Glog, glog, Dios querido, joroba, pedo, Santo Dios, slurp, flark, glampf, hipo, respingo, zzzzzz, resoplido, Jesús. Debe haber convertido la vida de él en un infierno.

F. dijo: no relaciones nada. Me gritó esta advertencia mientras examinaba mi polla húmeda, luce unos veinte años. No sé qué vería en mis ojos mortecinos, tal vez el vislumbre de una falsa comprensión universal. A veces, inmediatamente antes de quedarme dormido, mi mente parece salir a una senda de la anchura de un hilo y de longitud interminable, un hilo que es del mismo color de la noche. Mi mente se aleja, se aleja volando a lo largo de la angosta carretera, impulsada por la curiosidad, lúcida de aprobación; se distancia más y más, como un garfio alado, arrebatado hasta el fondo de la luz que hay sobre la corriente por un magnífico lanzamiento. En algún lugar, fuera de mi alcance, de mi dominio, el garfio se endereza transformándose en una lanza, la lanza se recorta hasta adquirir el grosor de una aguja, y la aguja, cosiendo el mundo, lo unifica. Cose piel a un esqueleto y barra de labios sobre un labio, cose a Edith con su pintura grasa, acurrucándose (durante tanto tiempo como yo, este libro, o un ojo eterno pueden recordar) en el sub-sótano sin luz, cose bufandas a la montaña, atraviesa todo como una corriente sanguínea inexorable, y el túnel se llena de un mensaje consolador, de una hermosa conciencia de unidad. Todos los disparates del mundo, las diferentes alas de la paradoja, los anversos de los problemas, las preguntas desfloradoras, la conciencia en forma de tijera, todas las polaridades, las cosas y sus imágenes, y todas las cosas que no proyectan sombra, y simplemente las explosiones diurnas de una calle, este rostro y aquél, una casa y un dolor de muelas, explosiones que simplemente tienen diferentes letras en sus nombres, mi aguja perfora todo esto, y yo mismo, mis fantasías insaciables, todo lo que ha existido y existe, formamos parte de un collar de belleza incomparable y sin sentido. No relaciones nada, gritó F. Coloca las cosas unas al lado de las otras sobre tu mesa de arborita, si te empeñas, pero ¡no relaciones nada! Vuelve, gritó F., tirando de mi polla flácida como de una cuerda de campana, sacudiéndola como una campanilla de comedor en manos de una anfitriona espléndida que quiere que sirvan el plato siguiente. No te deles embaucar, gritó. Fue hace veinte años, como digo. Estoy reflexionando ahora acerca del motivo que ocasionó su arrebató, esto es, una especie de afectada sonrisa de aprobación universal, que es muy desagradable en la cara de un joven. Fue esa misma tarde cuando F. me contó una de sus mentiras más notables.

—Amigo mío —dijo F.—, no debes sentirte culpable por nada de esto.

—¿Nada de qué?

—Bueno, ya sabes, chupárnosla, contemplar películas, Vaselina, tontear por ahí con el perro, escabullirse en horas de trabajo, a cualquier agujero.

—No me siento culpable en lo más mínimo.

—Sí que te sientes, pero no debes. Ya sabes —dijo F.— que esto no es homosexualidad en absoluto.

—Vamos, F., déjate de tonterías. Homosexualidad es sólo una palabra.

—Por eso es por lo que te digo esto, amigo mío. Tú vives en un mundo de palabras. Por eso te hago la caridad de decirte esto.

—¿Estás tratando de estropear otra tarde?

—¡Escúchame, pobre *a...*!

—Eres tú quien se siente culpable, F. Culpable a más no poder. Tú eres la parte culpable.

—Ja. Ja. Ja. Ja. Ja.

—Ya sé lo que quieres hacer, F. Quieres destrozar la tarde. No te satisfaces con un par de simples orgasmos y un buen polvo.

—Muy bien, amigo mío, me has convencido. La culpa me está matando. Me callaré.

—¿Qué ibas a decir?

—Algún engendro de mi culpable culpabilidad.

—Bueno, dímelo, ya que fuiste tú quien empezó todo esto.

—No.

—Dímelo, F., por el amor de Cristo, ahora sólo estamos hablando.

—No.

—Dios te maldiga, F., estás tratando de destrozar la tarde.

—Eres patético. Por eso es por lo que no debes relacionar nada, tus conexiones serían patéticas. Los judíos no dejaban a los jóvenes estudiar la Cábala. Establecer conexiones debería estar prohibido a los ciudadanos menores de setenta años.

—Por favor, dímelo.

—No debes sentirte culpable por nada de esto, pues no es propiamente homosexual.

—Ya sé que no, yo...

—Cállate. No es propiamente homosexual porque yo no soy propiamente macho. La verdad es que me operaron en Suecia. Antes era una chica.

—Nadie es perfecto.

—Calla, calla. Un hombre se cansa de sus obras de caridad. Yo nací chica, fui a un colegio de chicas con un uniforme azul en cuya pechera había un pequeño penacho bordado.

—F., no estás hablando con uno de tus jóvenes limpiabotas. Resulta que te conozco muy bien. Vivíamos en la misma calle, fuimos al colegio juntos, estábamos en la misma clase, te vi un millón de veces en la ducha después de la gimnasia. Tú eras un muchacho cuando ibas al colegio. Jugábamos a los médicos en el bosque. ¿A qué viene todo esto?

—Así el hambriento rechaza el sustento.

—Me revienta la forma que tienes de terminarlo todo.

Pero yo corté la discusión justo entonces porque advertí que eran casi las ocho y corríamos el peligro de perdernos todo el programa doble. ¡Cómo me divertieron las películas aquella noche! ¿Por qué me sentiría tan ligero? ¿Por qué tendría una

sensación tan profunda de camaradería con F. ? Caminando sobre la nieve, de regreso a casa, un nuevo futuro parecía abrirse ante mí: decidí abandonar mi trabajo sobre los *a...s*, cuya desastrosa historia no veía aún clara. No sabía lo que quería, pero eso no me inquietaba, sabía que el futuro estaría sembrado de invitaciones, como el calendario de un Presidente. El frío que hasta entonces me helaba las pelotas cada invierno, me templaba aquella noche, y mi cerebro, por el que he tenido siempre muy poco respeto, parecía construido de arreglos de cristal, como una tormenta de copos de nieve, llenando mi vida de imágenes de arco iris. Sin embargo, no resultó así. Los *a...s* encontraron una salida y el futuro se secó totalmente como una vieja ubre. ¿Qué parte había tenido F. en aquella noche deliciosa? ¿Había dicho algo que abría puertas, puertas que yo volvía a encajar de golpe en sus marcos? Trataba de decirme algo. Todavía no lo entiendo. ¿Es justo que no lo entienda? ¿Por qué me tenía que tocar en suerte tan obtuso amigo? ¡Mi vida podría haber sido tan gloriosamente diferente! ¡Podía no haberme casado nunca con Edith, quien, ahora lo confieso, era una *a...!*

Siempre quise ser amado por el Partido Comunista y la Madre Iglesia. Quise vivir en una canción folk como Joe Hill. Quise llorar por el pueblo inocente al que mi bomba tendría que mutilar. Quise dar las gracias al padre campesino que nos alimentó en la accidentada fuga. Quise llevar la manga prendida con alfileres por la mitad, y que la gente sonriera mientras yo saludaba con la mano contraria. Quise estar en contra de los ricos, aun cuando alguno de ellos conociera a Dante: inmediatamente antes de su destrucción, uno de ellos se enteraría de que yo conocía a Dante también. Quise que mi cara circulara por Pekín, con un poema escrito espaldas abajo. Quise sonreír al dogma, pero destruir mi ego contra él. Quise enfrentarme a las máquinas de Broadway: Quise que la Quinta Avenida recordara sus senderos indios. Quise salir de una ciudad minera con los ademanes groseros y las convicciones que me dio un tío ateo, borrachín, oveja negra de la familia. Quise lanzarme a través de América en un tren precintado, el único hombre blanco a quien los negros aceptarían en la negociación del convenio. Quise asistir a cócteles llevando una ametralladora. Quise decirle a una vieja amiga, a quien le espantan mis métodos, que las revoluciones no estallan sobre las mesas de un buffet, uno no puede picar y escoger, y contemplar su traje de noche plateado, humedecido en la ingle. Quise luchar contra el poder de la Policía Secreta, pero desde *dentro* del Partido. Quise que una anciana que había perdido a sus hijos me recordara en sus oraciones en una iglesia de barro, pidiendo la intercesión de sus hijos. Quise santiguarme al oír palabras sucias. Quise tolerar vestigios paganos en el ritual de los poblados, protestando contra la Curia. Quise comerciar en secreto con bienes raíces, como agente de un billonario anónimo sin edad. Quise escribir bien acerca de los judíos. Quise ser fusilado entre los vascos por llevar la Sagrada Forma al campo de batalla contra las tropas franquistas. Quise predicar sobre el matrimonio desde el púlpito inexpugnable de la virginidad, contemplando los pelillos negros de las piernas de las novias. Quise escribir un tratado contra el control de natalidad en un inglés muy sencillo, panfleto que habría de venderse en el vestíbulo de un teatro, ilustrado con dibujos a dos colores de estrellas fugaces y de la eternidad. Quise suprimir el baile durante algún tiempo. Quise ser un cura drogadicto que hiciera un disco para *Folkways*. Quise que me trasladaran por razones políticas. Acabo de descubrir que el Cardenal... ha aceptado un ingente soborno de una revista femenina, he sufrido un asalto amariconado de mi confesor, he visto a los campesinos traicionados por una razón de necesidad, pero las campanas están repicando esta tarde, es otro anochecer en el mundo de Dios, y hay muchos a quienes alimentar, y muchas rodillas que están deseando ser flexionadas. Subo los gastados escalones envuelto en mi armiño harapiento.

La larga casa de los iroqueses debe quedar bien clara. Longitud: de cien a ciento cincuenta pies. Altura y anchura: veinticinco pies. Vigas laterales que sostenían un tejado formado de amplios trozos de corteza, de cedro, fresno, olmo o pino. Ni ventana ni chimenea, pero sí una puerta en cada extremo. La luz penetraba y el humo salía a través de los agujeros del tejado. Varias hogueras en la cabaña, cuatro familias por cada hoguera. Las familias, ordenadas de manera que quedara un pasillo atravesando la cabaña a lo largo. «*La maniere dont les familles se groupent dans les cabanes n'est pas pour entraver le libertinage*»^[4]. Esto escribía el P. Edouard Lecompte, S. J., en 1930, despertando el apetito sexual con el experimentado y característico estilo de la Compañía. La distribución de la larga casa no ayudaba mucho a «impedir el libertinaje». ¿Qué pasaba en aquel oscuro túnel? Catherine Tekakwitha, ¿qué viste con tus ojos hinchados? ¿Qué jugos se mezclaban sobre la piel de oso? ¿Era peor aquello que un cine? F. decía: la atmósfera de un cine es un matrimonio nocturno entre una cárcel de hombres y una cárcel de mujeres; los reclusos no saben nada de eso —solamente se han confabulado los ladrillos y las puertas—; en el sistema de ventilación se consuma la mística unión: los olores se absorben unos a otros. La extravagante observación de F. coincide con algo que me contó un clérigo. Decía que los domingos por la mañana el olor a semen se cierne como una nube húmeda sobre los hombres reunidos para rezar en la cárcel de Burdeos. El moderno edificio del cine de arte y ensayo, construido a base de hormigón y terciopelo, es un chiste, que, como dijo F., no es otra cosa que la muerte de una emoción. No hay matrimonio en esos rígidos confines, cada uno está sentado sobre sus propios genitales, porque hay genitales de plata en la pantalla. ¡Traed de nuevo el sexo oculto! ¡Que las pollas se levanten de nuevo y se enrosquen como hiedra en torno al rayo de oro del proyector, y los coños bostecen bajo unos guantes y bajo las bolsitas de papel blanco de los caramelos, y que ningunos pechos desnudos y resplandecientes vengán a atraer la ropa Mida de nuestra vida diaria hasta el palacio del cine, fatales como una señal de radar, y que ninguna jodienda de patente neorrealista cuelgue las impenetrables cortinas de la posibilidad entre cada miembro del auditorio! En la tenebrosa casa larga de mi mente déjame cambiar de esposa, déjame tropezar contigo, Catherine Tekakwitha, a tus trescientos años, fragante como un pimpollo de abedul, pese a todo lo que los curas o la Epidemia te hayan causado.

¡La Epidemia! ¡La Epidemia! Invade mis páginas de investigación. Mi mesa de trabajo es de repente contagiosa. Mi erección se desploma, como una película futurista de Walt Disney sobre la torre inclinada de Pisa, con fondo musical de tímpanos y de puertas crujientes. Abro rápidamente mi cremallera, y de ahí caen polvo y cascotes. Sólo la polla tiesa conduce a Vos; lo sé porque he perdido todo en esta nube de polvo. ¡Epidemia entre los mohawks! Se declaró en 1660, irrumpiendo furiosa por el río Mohawk, asaltando los poblados indios, Gandaouagué, Gandagoron, Tionnontaguen, como un fuego forestal azuzado por el viento, y llegó a Ossernenon, donde vivía Catherine Tekakwitha, de cuatro años de edad. Caen su padre el guerrero y su cristiana madre, graznando su confesión definitiva; cae su hermanito, con su pililita inútil para siempre, como un apéndice más. En esta familia, condenada e híbrida, solamente sobrevivió Catherine Tekakwitha, el precio de admisión tallado en su cara. ¡Catherine Tekakwitha no es guapa! Quiero ahora salir corriendo de mis libros y mis sueños. No quiero joder con un cerdo. ¿Acaso puedo anhelar granos y picaduras de viruela? Quiero salir al exterior y pasear por el parque y mirar las largas piernas de los niños americanos. ¿Qué me retiene aquí, cuando las lilas crecen fuera para todos? ¿Podrá F. enseñarme algo? Decía que a los dieciséis años dejó de joder con rostros. Edith era encantadora cuando la conocí en el hotel, donde realizaba manicuras. Tenía el pelo negro, largo y suave, con la suavidad del algodón más que la de la seda. Tenía los ojos negros, un negro sólido y opaco que no dejaba traslucir nada (salvo una o dos veces), como esas gafas de sol hechas de espejos. En realidad, llevaba a menudo gafas de sol de esa clase. Sus labios no eran carnosos, pero sí muy suaves. Sus besos eran blandos, algo inconcretos, como si su boca no pudiera elegir dónde había de quedarse. Se deslizaba sobre mi cuerpo como un novato sobre unos patines. Yo esperaba siempre que se afirmara en algún lugar perfecto y encontrara su bogar en mi éxtasis, pero se escabullía después de tan breve estancia, no buscando otra cosa que equilibrio, no impulsada por la pasión sino por una piel de banana. Dios sabe lo que F. opinará sobre todo esto, maldito sea. No aguantaría pensar que para él sí se detenía. Quédate, quédate, quise gritarle a ella en el aire denso del sub-sótano, vuelve, vuelve, ¿no ves a dónde apunta toda mi piel? Pero otra vez se escurría contando los cinco lobitos, de los dedos de mis pies, saltando dentro de mi oreja mientras mi virilidad dolía como una frenética torre de radio, regresa, regresa, una inmersión hacia el interior de mi ojo donde chupaba con demasiada dureza (recordando su afición por los sesos), ahí no, ahí no, rozando luego el vello de mi pecho como una gaviota sobre la espuma; regresa a Capistrano, cantaba el bulto, hasta mi rótula, un desierto de sensación, explorando la rótula con tanto cuidado como si ésta ocultara un broche de medallón que su lengua pudiera hacer saltar, un enfurecedor derroche de lengua descendiendo ahora como ropa sucia por la tabla de lavar de mis costillas, su boca quiere que me vuelva de manera que pueda

precipitarse por la montaña rusa de mi espinazo o alguna estupidez, no, no pienso volverme y enterrar mi esperanza abajo, abajo, regresa, regresa, no, no quiero doblarla contra mi estómago como una cama plegable, Edith, Edith, deja que sucedan algunas cosas en el cielo, ¡no me obligues a contártelo!... Eso no estaba previsto en mis preparativos. Es muy duro cortejarte, Catherine Tekakwitha, con tu cara picada de viruelas y tu insaciable curiosidad. Un lametón de vez en cuando, breves y cálidas coronaciones prometiendo la gloria, un collar ocasional de dientes de armiño, luego una desgracia rápida, como si el arzobispo se enterara de repente que había coronado al hijo equivocado, la saliva de ella fría como un carámbano cuando se secaba al bajar a lo largo de su retirada, y este miembro mío tan rígido como el poste de una portería desesperado como una columna de sal en la destrucción, dispuesto por fin a resignarse a una noche solitaria con mis propias manos, ¡Edith! Comunicué mi problema a F.

—Escucho con envidia —dijo F.—. ¿No comprendes que estás siendo amado?

—Quiero que ella me ame a *mi* modo.

—Tienes que aprender...

—Déjate de lecciones, no me voy a dejar convencer por lecciones esta vez. Esto es mi cama y mi esposa, tengo algunos derechos.

—Entonces pídeselo.

—¿Qué quieres decir con ese «pídeselo»?

—Por favor, hazme gozar con tu boca, Edith.

—Eres repugnante, F. ¿Cómo te atreves a usar ese lenguaje en relación con Edith? No te conté eso para que pudieras ensuciar nuestra intimidad.

—Lo siento.

—Por supuesto que podría decírselo, es evidente. Pero entonces ella estaría coaccionada, o lo que es peor, aquello se convertiría en un deber. No quiero emplear el látigo con ella.

—Pues eso es lo que haces.

—Te lo advierto, F., no voy a aceptar tu mierda cobarde de gurú.

—Estás siendo amado, has sido invitado a un gran amor, y te envidio.

—Y no te acerques a Edith. No me gusta la forma en que se sienta entre nosotros en el cine. Es pura cortesía por nuestra parte.

—Os lo agradezco a los dos. Te lo aseguro, ella no podría amar a otro hombre como te quiere a ti.

—¿Crees que eso es cierto, F.?

—Sé que es verdad. El gran amor no es una sociedad, pues una sociedad puede disolverse por la ley o por separación, y a ti te ha tocado en suerte un gran amor, y en realidad te han tocado en suerte dos grandes amores, el de Edith y el mío. El gran amor necesita un siervo, pero tú no sabes hacer uso de tus siervos.

—¿Cómo tengo que pedirselo?

—Con azotes, con mandatos imperativos, con un salto en su boca y una lección

de ahogo.

Veo a F. de pie allí, la ventana tras él, sus orejas de papel fino casi transparentes. Recuerdo una habitación de arrabal lujosamente amueblada, la perspectiva de la fábrica que él estaba tratando de comprar, su colección de jabón alineada como una ciudad modelo sobre el fieltro verde de una mesa de billar de complicada talla. La luz atravesaba sus orejas como si estuvieran hechas de una barra de jabón Pears. Escucho su falsa voz, el ligero acento esquimal que adoptó después de unas vacaciones estudiantiles de verano en el Ártico. Te han tocado en suerte dos grandes amores, dijo F. Qué mal guardián he sido de estos dos amores, un guardián ignorante que pasaba sus días en un onírico museo de autocompasión. ¡F. y Edith me amaban! Pero la declaración de él no la oí aquella mañana, o no la creí. No sabes cómo has de utilizar a tus siervos, dijo F., con las orejas radiantes como linternas japonesas. ¡Me querían en 1950! Pero no hablé con Edith, no pude. Noche tras noche me quedaba tendido en la oscuridad escuchando los ruidos del ascensor, mis silenciosas órdenes enterradas en mi cerebro, como enmudecen bajo toneladas de arena esas urgentes y orgullosas inscripciones de los monumentos egipcios. De modo que la boca de ella navegó locamente sobre mi cuerpo como una bandada de pájaros de Bikini, cuyos instintos migratorios hubieran querido destruidos por la radiactividad.

—Pero te advierto —continuó F.—, que llegará un día en que no desearás otra cosa en el mundo que esos besos desatinados.

Y hablando de piel transparente, la garganta de Edith era así, la más fina y blanda cubierta que pueda imaginarse. Te daba la impresión de que un pesado collar de concha podría hacerle sangre. Besarla ahí era entrometerse en algo privado y esquelético, como el caparazón de una tortuga. Sus hombros eran huesudos, pero no flacos. No era delgada, pero independientemente de la plenitud de su carne sus huesos prevalecían siempre. Desde la edad de trece años tuvo la clase de piel que se denominaba madura, y los hombres que la acosaban entonces (terminó por ser violada en una cantera) decían que era la clase de chica que envejecería rápidamente, que es la forma en que los hombres se consuelan desde las esquinas ante una chica inalcanzable. Creció en un villorrio situado en el litoral norte del St. Lawrence, donde enfureció a una serie de hombres que creían que iban a poder manosearle sus tetitas y su culo rotundo por el mero hecho de que fuera india, es más ¡una *a!*... A los dieciséis años, cuando me casé con ella, yo mismo creí que su piel no podría durar. Poseía esa frágil calidad jugosa que asociamos con las cosas que están en pleno crecimiento pero a punto de declinar. A los veinticuatro, el año de su muerte, nada había cambiado salvo sus nalgas. Hasta los dieciséis habían sido dos hemisferios suspendidos en medio del aire; más tarde vinieron a reposar sobre dos profundas grietas curvadas, y éste fue el límite de la decadencia de su cuerpo hasta que quedó aplastado todo él. Permittedme que piense en ella. Le gustaba que yo le frotara la piel con aceite de oliva. Yo cumplía, aun cuando realmente no me gustase jugar con los alimentos. A veces se llenaba el ombligo con aceite y, usando el dedo meñique,

dibujaba los radios de la rueda de Asoka^[5]; después lo embadurnaba, oscureciendo la piel. Sus pechos eran pequeños, algo musculosos, fruto fibroso. Sus pezones increíbles, me dan ganas de destrozar mi escritorio cuando los recuerdo, lo que hago en este mismo momento, miserable recuerdo de papel mientras mi polla se remonta inútilmente hacia su ataúd destrozado y mis brazos despiden de un manotazo todos mis deberes, incluso a ti, Catherine Tekakwitha, a quien estoy cortejando con esta confesión. Sus maravillosos pezones eran morenos como el barro y muy largos, cuando el deseo los ponía tiesos se alargaban hasta más de un pulgada, arrugados con sabiduría y chupeteo. Los embutía en los orificios de mi nariz (uno cada vez). Los embutía en mis orejas. Siempre he creído que, si la anatomía lo permitiera y yo pudiera, habría embutido un pezón en cada una de las orejas al mismo tiempo — ¡tratamiento de shock!—. ¿De qué sirve revivir esa fantasía, tan imposible entonces como ahora? ¡Pero necesito esos electrodos de cuero en mi cabeza! Quiero oír la explicación del misterio, quiero oír las conversaciones mantenidas entre esos tiesos sabios arrugados. Se cruzaban tales mensajes entre ellos que ni siquiera Edith los habría podido oír, señales, advertencias, conceptos. ¡Revelaciones! ¡Matemáticas! A F. le hablé de todo esto la noche en que ella murió.

—Podrías haber conseguido todo lo que querías.

—¿Por qué me atormentas, F. ?

—Te perdiste en los detalles. Todas las partes del cuerpo son erógenas, o al menos tienen la posibilidad de llegar a serlo. Si ella hubiera clavado sus dedos índices en tus oídos habrías logrado los mismos resultados.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Lo has intentado?

—Sí.

—Tengo que preguntarte esto: ¿Fue con Edith?

—Sí.

—¡F.!

—Escucha, amigo mío, los ascensores, los timbres, el ventilador: el mundo está despertando en las cabezas de unos pocos millones.

—Basta. ¿Lo hiciste con ella? ¿Llegasteis hasta ese extremo? ¿Hicisteis eso juntos? Vas a sentarte ahora mismo ahí y me vas a contar eso con todo detalle. Te odio, F.

—Bueno, ella me hincó los dedos índices...

—¿Llevaba esmalte en las uñas?

—No.

—¡Sí, demonio, sí! No intentes protegerme más.

—Bueno, sí. Me clavó sus uñas rojas en las orejas...

—Disfrutas con esto, ¿verdad?

—Me clavó sus dedos en las orejas y yo le clavé mis dedos en las orejas y nos

besamos.

—¿Os hicisteis eso el uno al otro? ¿Con los dedos desnudos? ¿Os tocasteis las orejas y los dedos?

—Empiezas a comprender.

—Cállate. ¿Qué impresión te causaban sus orejas?

—Tirantes.

—¡Tirantes!

—Edith tenía las orejas muy tirantes, casi vírgenes, diría yo.

—¡Márchate, F.! ¡Lárgate de nuestra cama! ¡Quítame las manos de encima!

—Escúchame, o te partiré el cuello, gallina *voyeur*. Estábamos vestidos del todo salvo en los dedos. Sí. Nos chupamos los dedos mutuamente, y luego nos los clavamos en las orejas el uno al otro...

—Y el anillo, ¿se quitó el anillo?

—No creo. Me preocupaban mis tímpanos, a causa de la longitud de sus uñas rojas, pues me perforaba muy fuertemente. Cerramos los ojos y nos besamos como amigos, sin abrir la boca. De repente los ruidos del vestíbulo cesaron y me puse a escuchar a Edith.

—¡A su cuerpo! ¿Dónde sucedió esto? ¿Cuándo me hiciste esto?

—De modo que ésas son tus preguntas. Sucedió en una cabina telefónica en el vestíbulo de un cine del centro.

—¿Qué cine?

—El System.

—¡Estás mintiendo! No hay ninguna cabina telefónica en el System. Hay solamente uno o dos teléfonos en la pared, separados por mamparas de cristal, según creo. ¡Hicisteis eso en público! ¡Conozco ese sucio vestíbulo del sótano! Hay siempre algún maricón pululando por ahí, dibujando pollas y números de teléfono en la pared verde. ¡En público! ¿Había alguien mirando? ¿Cómo se te ocurrió hacerme esto a mí?

—Tú estabas en el lavabo de caballeros. Nosotros te esperábamos al lado de los teléfonos, comiendo bombones helados. No sé por qué te retrasabas tanto. Terminamos con el bombón helado. Edith descubrió una brizna de chocolate adherida a mi dedo meñique. De forma sumamente encantadora se inclinó sobre mí y retiró aquello con la lengua haciéndolo penetrar en su boca, como un oso hormiguero. Yo había divisado una brizna de chocolate en su propia muñeca. Me abalancé y la atrapé, torpemente, lo confieso. Entonces aquello se convirtió en un juego. Los juegos son la creación más hermosa de la naturaleza. Todos los animales practican algún juego, y la auténtica visión mesiánica de la hermandad entre las criaturas debe basarse, en verdad, sobre la idea del juego...

—¡Así que Edith lo inició! ¿Y quién tocó primero la oreja del otro? Tengo que saber toda la verdad enseguida. La viste con la lengua fuera, y probablemente te quedaste mirando. ¿Quién comenzó lo de las orejas?

—No recuerdo. Tal vez estábamos bajo la influencia de los teléfonos. Recordarás

que una de las luces fluorescentes estaba titilando, y el rincón donde nos hallábamos saltaba dentro y fuera de las sombras como si unas grandes alas pasaran sobre nosotros o las enormes láminas de un inmenso ventilador eléctrico. Los teléfonos mantenían su fijo color negro, única forma estable en la cambiante penumbra, colgaban ahí como máscaras talladas, negros, brillantes, tersos como los dedos de los pies de los besuqueados santos de piedra de la religión católica. Nos succionamos los dedos mutuamente, ligeramente asustados esta vez, como niños que chuparan sus pirulíes durante una carrera de automóviles. ¡Y entonces uno de los teléfonos sonó! Sonó una vez tan sólo. Siempre me asusto cuando suena un teléfono público. Es tan imperioso y desamparado como el mejor poema de un poeta de segundo orden, como el rey Miguel diciendo adiós a la Rumanía comunista, como un mensaje en una botella flotante que comienza: Si alguien encuentra esto, sepa que...

—¡Maldito seas, F.! Me estás torturando. Por favor.

—Me pediste una descripción completa. Olvidé mencionar que las luces zumbaban, de manera entrecortada, como los ronquidos de una víctima de la sinusitis. Yo chupaba su fino dedo, cuidándome de la afilada uña, pensando en los lobos que mueren desangrados por lamer el cuchillo cebado con sangre. Cuando la luz funcionaba, nuestra piel era amarilla, y el grano más insignificante quedaba realzado, y cuando fallaba nos sumíamos en una palidez purpúrea, con nuestra piel como viejas setas húmedas. Y cuando aquello sonó nos asustamos tanto ¡que nos mordimos mutuamente! Como niños en una cueva terrorífica. Sí, había alguien observándonos, y no es que nos importase. Nos estaba contemplando en el espejo de la máquina adivinatoria a la que subía en un continuo avance y retroceso, depositando una moneda tras otra, marcando distintas preguntas, o siempre la misma, yo qué sé. ¿Y tú, dónde demonios estabas? El sótano del System resulta un sitio horrible si no te quedas con las personas que te acompañan. Huele a huida desesperada en una invasión de ratas...

—Mientes. La piel de Edith era perfecta. Y huele a pis, nada más, simplemente a pis. Y no te preocupes por lo que yo estaba haciendo.

—Sé lo que hacías, pero no importa. Cuando el teléfono sonó aquel individuo giró de repente y se bajó de la máquina con cierta elegancia, tengo que reconocerlo, y en aquel momento pareció como si todo aquel misterioso lugar fuera su oficina particular. Nosotros estábamos de pie entre él y su teléfono, y tuve miedo (parece ridículo) de que perpetrara alguna violencia, sacara un cuchillo o se pusiera a tiro, pues aquella tediosa vida que llevaba entre tuberías y retretes parecía depender por completo de ese mensaje telefónico...

—¡Ya me acuerdo de él! Llevaba una de esas corbatas de cuerda, propias del Oeste.

—Cierto. Recuerdo que en aquel instante de terror pensé que había provocado él mismo el timbrado con su incesante marcar, que había estado verificando un ritual, como el de hacer llover. Nos estaba mirando fijamente mientras daba un paso al

frente. Se detuvo, esperando, supongo que al segundo timbrado, que no se produjo. Chasqueó los dedos, se volvió, subió otra voz a la máquina, y reanudó sus combinaciones. ¡Nos sentimos aliviados, Edith y yo! ¡El teléfono, hasta entonces tan de mal agüero y poderoso, era nuestro amigo! Era el agente de alguna benigna deidad electrónica, y queríamos adorarlo. Supongo que ciertas danzas primitivas del pájaro y la serpiente comenzaron de este mismo modo, por la necesidad de imitar lo terrible y lo hermoso; sí, sería un procedimiento imitativo para adquirir alguna de las cualidades de la pasmosa bestia adorada.

—¿Qué es lo que pretendes contarme, F. ?

—Inventamos la Danza Telefónica. Espontáneamente. No sé quién dio el primer paso. De repente, nuestros dedos índices estaban dentro de la oreja del otro. ¡Nos transformamos en teléfonos!

—No sé si reír o llorar.

—¿Por qué lloras?

—Creo que has destrozado mi vida, F. Durante años he estado contando secretos a un enemigo.

—Te equivocas, amigo mío. Te he querido, ambos te hemos querido, y estás a punto de comprenderlo.

—No, F., no. Tal vez sea cierto, pero ha sido demasiado duro, demasiada educación insensata, y Dios sabe para qué. Un día sí y otro no he tenido que aprender algo, alguna lección, alguna porquería de parábola y ¿qué soy yo esta mañana? Doctor en Mierda.

—¡Eso es! ¡Así es el amor!

—Por favor, márchate.

—¿No quieres saber lo que ocurrió cuando yo era un teléfono?

—Sí, pero no quiero rogarte. Tengo que rogarte por cada pizca de información sobre el mundo.

—Pero ésa es la única manera de que la valores. Si cayera sobre ti desde los árboles pensarías que era un fruto podrido.

—Háblame de Edith cuando erais teléfonos.

—No.

—¡Arrwk! ¡Ay! ¡Ajaja! ¡Ay!

—Repórtate. ¡Disciplina!

—¡Me estás matando, me estás matando, me estás matando!

—Ahora estás dispuesto. Nos hundimos mutuamente los dedos índices en las orejas. No voy a negar las implicaciones sexuales. Estás preparado a afrontarlas. Todas las partes del cuerpo son erógenas. A los orificios se les puede entrenar a base de azotes y besos, es elemental. ¡Las pollas y coños se han convertido en algo monstruoso! ¡Abajo el imperialismo genital! ¡Toda la carne puede excitarse! ¿No ves todo lo que nos hemos perdido? ¿Por qué hemos renunciado a tanto placer en favor de eso que habita en nuestra ropa interior? ¡Orgasmos en la espalda! ¡Rodillas

estallando como petardos! ¡Pelo en movimiento! Y no solamente caricias que nos lleven al nutritivo anonimato del clímax, no sólo chupeteo y tubos húmedos, ¡sino viento y conversación y un hermoso par de guantes, con los dedos enrojecidos! ¡Lo que nos hemos perdido!

—Estás demente. He contado mis secretos a un demente.

—Ahí estábamos, encerrados en la Danza Telefónica. Las orejas de Edith comenzaron a arrebujarse alrededor de mis dedos, o al menos eso parecía. Estaba sumamente desarrollada, tal vez era la mujer más desarrollada que he conocido jamás. Sus orejas se arrebujaron alrededor de mis dedos palpitantes...

—¡No me interesan los detalles! Os veo a los dos con mucha más claridad de como podrías tú describiros. Es una imagen que nunca podré arrancar de mi mente.

—El tipo de educación que has elegido consiste en los celos.

—Jódete. ¿Qué oíste?

—Oír no es la palabra adecuada. Me convertí en un teléfono. Edith era la conversación eléctrica que me atravesaba.

—Pero bueno, ¿y qué era?, ¿qué era?

—Maquinaria.

—¿Maquinaria?

—Maquinaria eterna corriente.

—¿Y qué más?

—Maquinaria eterna corriente.

—¿Es eso todo lo que me tenías que decir?

—Maquinaria eterna corriente, como la pulverización de las estrellas.

—Eso está mejor.

—Eso ha sido una deformación de la verdad, lo que, según veo, te sienta muy bien. Deformé la verdad para que te resultara fácil. La verdad es: maquinaria eterna corriente.

—¿Y fue agradable?

—Fue la cosa más hermosa que he sentido jamás.

—¿Le gustaba a ella?

—No.

—¿De veras?

—Sí le gustaba. ¡Qué ganas tienes de ser encañado!

—F., podría matarte por lo que me has hecho. Los tribunales me absolverían.

—Por una noche, ya has matado bastante.

—¡Lárgate de nuestra cama! ¡Nuestra cama! ¡Ésta era nuestra cama!

No quiero pensar demasiado en lo que dijo F. ¿Por qué motivo habría de hacerlo? ¿Quién era él, al fin y al cabo, sino un loco que había perdido el dominio de sus entrañas, un follador de la esposa de uno, un coleccionista de jabón, un político? Maquinaria eterna corriente. ¿Tengo yo obligación de entender aquello? Esta mañana es otra mañana, las flores se han abierto otra vez, los hombres se vuelven para ver

con quién se han casado, todo está listo para empezar de nuevo. ¿Por qué tengo que estar ligado al pasado por las palabras de un muerto? ¿Por qué tengo que reproducir estas conversaciones con tanto esmero, sin dejar que la omisión de una coma pueda al tetar el compás de nuestras voces? Quiero charlar con los hombres en tabernas y autobuses y no recordar nada. Y a ti, Catherine Tekakwitha, que te quemas en tu caseta de tiempo, ¿te agrada que me desnude tan cruelmente? Temo que conserves el olor de la Epidemia. La larga casa en la que te acurrucas día tras día huele a Epidemia. ¿Por qué es tan ardua mi investigación? ¿Por qué no puedo aprenderme de memoria estadísticas de béisbol como el Primer Ministro? ¿Por qué las estadísticas de béisbol huelen como la Epidemia? ¿Qué le ha ocurrido a la mañana? ¡Mi escritorio huele! ¡1660 huele! ¡Los indios se están muriendo! ¡Las sendas huelen! Están cubriendo con carreteras los senderos, no sirve para nada. ¡Salvad a los indios! ¡Servidles los corazones de los jesuitas! Atrapé la epidemia con mi cazamariposas. Solamente quería joder con una santa, como F. me aconsejó. No sé por qué parecía una idea tan buena. Apenas lo entiendo, pero parecía lo único que me quedaba por hacer. Aquí estoy flirteando con la investigación, el único juego de manos que sé hacer, esperando que las estatuas se muevan, ¿y qué es lo que ocurre? Que he envenenado el aire, que me he perdido mi erección. ¿Se debe a que he tropezado con la verdad del Canadá? No quiero tropezarme con la verdad del Canadá. ¿Han expiado los judíos la destrucción de Jericó? ¿Aprenderán los franceses a cazar? ¿Son suficientes los *souvenirs* de los «wigwams»? Padres de la Ciudad, matadme, pues he hablado demasiado sobre la Epidemia. Creía que los indios morían de heridas de bala y tratados infringidos. ¡Más carreteras! ¡La selva hiede! Catherine Tekakwitha, ¿hay algo siniestro en tu huida de la Epidemia? ¿Tengo que amar a una mutante? Mírame, Catherine Tekakwitha, soy un hombre con un fajo de papeles contagiosos, con flojedad en las ingles. Mírate, Catherine Tekakwitha, tu cara medio carcomida, incapaz de salir al sol por el daño que causaría a tus ojos. ¿No sería mejor que yo persiguiera a alguien más primitivo que tú? Disciplina, como decía F. Esto no debe ser fácil. Y si yo supiera a dónde conduce mi investigación, ¿dónde estaría el peligro? Confieso que desconozco el objeto de todo esto. Dad un paso a un lado y todo resulta absurdo. ¿Qué es esto de *trajinarse* a una santa muerta? Es imposible. Todos lo sabemos. Publicaré un ensayo sobre Catherine Tekakwitha, y nada más. Me casaré otra vez. El Museo Nacional me necesita. He vivido muchas cosas, seré un conferenciante maravilloso. Haré pasar los asertos de F. como si fueran míos, llegaré a ser un talento, un talento místico. Por lo menos eso me lo debe. Cederé su colección de jabones a las estudiantes, una pastilla por persona, coños de limón, coños de pino, seré un maestro en zumos combinados. Me presentaré a las elecciones del Parlamento, cogeré acento esquimal lo mismo que F. Poseeré a las esposas de otros hombres. ¡Edith! Su cuerpo maravilloso vuelve con paso majestuoso, con paso equilibrado, con ojos egoístas (¿o lo son?). Oh, ella no apesta a Epidemia. Por favor, no me hagas pensar sobre tus partes. El botón de su vientre era un diminuto remolino,

casi oculto. Si toda la brisa que se requiere para arrugar a una rosa de té se convirtiera de repente en carne, se parecería al botón de su vientre. En diferentes ocasiones lo cubrió con aceite, semen, perfume por valor de treinta y cinco dólares, una arandela, arroz, orina, los recortes de las uñas de un hombre, lágrimas de otro hombre, saliva, un dedal de agua de lluvia. Tengo que enumerar los casos.

ACEITE: Innumerables veces. Ella guardaba una botella de aceite de oliva al lado de la cama. Siempre pensé que las moscas acudirían.

SEMEN: ¿El de F. también? No podría soportarlo. Me obligó a depositar allí el mío. Quería ver cómo me masturbaba por última vez. ¿Cómo podía explicarle que aquél era el clímax más intenso de mi vida?

ARROZ: Arroz crudo. Conservaba ahí un grano durante una semana, alegando que podía cocerlo.

ORINA: No te avergüences, dijo.

UÑAS: Dijo que los judíos ortodoxos enterraban los recortes de sus uñas. Cuando recuerdo esto me encuentro mal. Es exactamente la clase de observación que habría hecho F. ¿Acaso fue él quien le dio esa idea?

LÁGRIMAS DE HOMBRE: Un curioso incidente. Estábamos tomando el sol en la playa de Old Orchard, Maine. Un completo desconocido con un traje de baño azul se tiró sobre el estómago de ella, llorando. Le agarré por el pelo para echarle de ahí. Ella me golpeó en la mano violentamente. Miré a mi alrededor; nadie lo había notado, así que me sentí un poco mejor. Cronometré al hombre: estuvo cinco minutos llorando. Había miles de personas tumbadas en la playa. ¿Por qué nos eligió a nosotros? Sonreí estúpidamente a la gente que pasaba, como si aquel mamarracho fuera mi afligido cuñado. Nadie dio muestras de haber notado nada. Llevaba uno de esos baratos trajes de baño de lana que en nada favorecen a las pelotas. Lloraba silenciosamente. La mano derecha de Edith se había posado sobre la nuca de aquel hombre. No es posible, traté de convencerme, Edith no es una puta de playa. Bruscamente, pesadamente, aquel hombre se levantó sobre una rodilla, luego se puso de pie y echó a correr. Edith le miró marchar durante un momento, después se volvió para consolarme. Era un *a...*, murmuró. ¡Imposible —grité, furioso—, he catalogado a todos los *a...s* vivientes! ¡Estás mintiendo, Edith! ¡Te gustaba que ése te baboseara el ombligo, admítelo! Tal vez tengas razón, dijo, tal vez no era un *a...* Era una oportunidad que no me podía perder. Me pasé el resto del día registrando muchas millas de playa, pero él se había marchado a alguna parte con su nariz de mocos.

SALIVA: No sé por qué. En realidad, no me acuerdo cuándo fue. ¿Acaso es fruto de mi imaginación esta vez?

AGUA DE LLUVIA: A las dos de la madrugada, ella barruntó que estaba lloviendo. No podíamos saberlo con certeza, debido a la situación de la ventana. Cogí un dedal y me fui escaleras arriba. Ella me agradeció el favor.

No cabe duda de que ella creía que el botón de su vientre era un órgano sensorial, o mejor aún, un bolso que garantizaba la posesión en su sistema personal de vudú. Muchas veces me estrechó ahí contra ella, fuerte y suavemente, relatando cuentos a lo largo de la noche. ¿Por qué nunca me encontraba yo del todo a gusto? ¿Por qué escuchaba yo el ruido del ventilador y del ascensor?

Días sin trabajo. ¿Por qué aquella lista me deprimía? No debía haber hecho nunca esa lista. He causado un perjuicio a tu vientre, Edith. Intenté utilizarlo. Intenté utilizar tu vientre contra la Epidemia. Traté de ser hombre en un vestuario acolchado contándole a la eternidad un cuento hermoso y obscuro. Traté de ser un presentador vestido de esmoquin que excitara a las parejas del hotel en su luna de miel, con mi cama llena de solitarias esposas de jugadores de golf. Me olvidé de que estaba desesperado. Me olvidé de que había iniciado esta investigación desesperado. Mi cartera me engañó. Mis ordenadas notas me llevaron por un mal camino. Pensé que estaba haciendo un trabajo. Los viejos libros sobre Catherine Tekakwitha por el P. Cholenec, los manuscritos de M. Remy, *Miracles faits en sa paroisse par l'intercession de la B. Cath. Tekakwith*^[6], 1696, de los archivos del Collège Sainte Marie... tales testimonios me indujeron engañosamente a convertirme en una autoridad sobre el tema. Comencé a hacer planes como un recién licenciado. Olvidé quién era. Me olvidé de que nunca había aprendido a tocar la armónica. Me olvidé de que había renunciado a la guitarra porque la sexta cuerda me hacía sangrar los dedos. Me olvidé de los calcetines que había dejado tiesos con semen. Traté de atravesar la Epidemia navegando en una góndola, joven tenor a punto de ser descubierto por un turista buscador de talentos. Me olvidé de los tarros que Edith me entregó y que no pude abrir. Me olvidé del modo como Edith murió, del modo como F. murió, limpiándose el culo con una cortina. Me olvidé de que sólo tengo una oportunidad más. Pensé que Edith descansaría en un catálogo. Pensé que yo era un ciudadano, un particular, un usuario de servicios públicos. ¡Me olvidé del estreñimiento! El estreñimiento no me dejó olvidar. Y el estreñimiento no me abandonó desde que compilé la lista. Cinco días echados a perder en su primera media hora. ¿Por qué a mí? —la queja fundamental de los estreñidos—. ¿Por qué el mundo no trabaja para mí? El hombre solo sentado en la maquina de porcelana. ¿Qué mal hice ayer? ¿Qué orilla inexpugnable de mi psique necesita mierda? ¿Cómo voy a empezar algo nuevo con todo el ayer en mí? El detractor de la Historia se agachaba ante la palangana inmaculada. ¿Cómo voy a demostrar que el cuerpo está de mi parte? ¿Es mi estómago un enemigo? El perdedor crónico en la ruleta matinal planea suicidarse: un salto sobre el St. Lawrence lastrado por un intestino sellado. ¿Qué utilidad tiene el cine? Soy demasiado torpe para la música. Soy invisible si no dejo indicios a diario. Los alimentos rancios son venenosos, y los sacos gotean. ¡Desatáscame! ¡Houdini exhausto! ¡Magia corriente perdida! El hombre que se sienta en cuclillas regatea con Dios, proponiendo lista tras lista de decisiones de año nuevo. Sólo comeré lechuga. Que sea diarrea, si es que debo tener algo. Déjame ayudar a las flores y a los escarabajos peloteros. Déjame entrar en el club del mundo. Si no disfruto yo de las puestas de sol, ¿para quién resplandecen? Voy a perder el tren. Mi parte del trabajo

del mundo no se realizará, te lo advierto. Si el esfínter ha de ser una moneda, que sea una moneda china. ¿Por qué a mí? Utilizaré la ciencia contra ti. Tragaré píldoras como cargas de profundidad. Lo siento, lo siento, no lo pongas más difícil. Nada sirve para nada, ¿es eso lo que querías que aprendiera? El hombre en tensión encaramado sobre un círculo se dispone a abandonar todos los sistemas. Ten esperanza, ten catedrales, ten la radio, ten mi investigación. Todas estas cosas son difíciles de abandonar, pero una carga de mierda es todavía más difícil. Sí, sí, renuncio incluso al sistema de renuncia. En la embaldosada sala del tribunal del amanecer, un hombre encorvado ensaya mil juramentos. ¡Déjame testificar! ¡Déjame probar la existencia del Orden! ¡Déjame proyectar una sombra! ¡Por favor, vacíame, si estoy vacío puedo recibir, si puedo recibir es que me llega desde algún lugar externo a mí, si me llega desde el exterior no estoy solo! No puedo soportar esta soledad. Más que nada es soledad. No quiero ser una estrella que se limite a morir. Por favor, déjame que tenga hambre, y no seré ya más el centro, podré distinguir los árboles en sus vidas privadas, podré sentir curiosidad por los nombres de los ríos, por la altitud de las montañas, por las diferentes formas de escribir Tekakwitha: Tegahouita, Tegahkouita, Tehgakwita, Tekakouita, ¡oh, quiero sentirme fascinado por los fenómenos! ¡No quiero vivir dentro! Renueva mi vida. ¿Puedo acaso existir como el vaso de las matanzas de ayer? ¿Me está castigando la carne? ¿Hay rebaños salvajes que tengan una mala opinión de mí? ¡Un asesinato en la cocina! ¡Corrales de Dachau! ¡Estamos cuidando seres para comer! ¿Ama Dios al mundo? ¡Qué monstruoso sistema de nutrición! ¡Todos nosotros tribus de animales en la guerra eterna! ¿Qué hemos ganado? ¡Humanos, los dietéticos nazis! ¡La muerte en el centro de la nutrición! ¿Quién pedirá perdón a las vacas? No tenemos la culpa, nosotros no hemos inventado todo esto. Estos riñones son riñones. Esto no es pollo, esto es un pollo. Piensa en los campos de exterminio situados en el sótano de un hotel. ¡Sangre en las almohadas! ¡La materia empalada en cepillos de dientes! Todos los animales comiendo no por placer, ni por dinero, ni por poder, sino simplemente para existir. ¿Para quién el Placer eterno? Mañana comienzo mi dieta de ayuno. Me resigno. Pero no puedo resignarme con un estómago lleno. ¿Y a Vos, os agrada u os ofende el ayuno? Podríais interpretarlo como orgullo o cobardía. Definitivamente, me he aprendido de memoria mi cuarto de baño. Edith lo tenía muy limpio, pero yo he sido menos quisquilloso. ¿Es justo pedir al condenado que friegue la silla eléctrica? Estoy usando periódicos viejos. Compraré rollos cuando los merezca. He prometido al tocador mucha atención cuando se porte bien conmigo; voy a desatrancarlo. Pero ¿por qué voy a humillarme ahora? Cuando un coche queda destruido no se le limpian las ventanas. Cuando mi cuerpo se ponga en marcha, las viejas rutinas empezarán, lo prometo. ¡Socorro! Dame una pista. Durante cinco días, salvo en aquella primera media hora de fracaso, no he podido entrar en el cuarto de baño. Tengo los dientes y el pelo sucios. No puedo empezar a afeitarme, a hacerme burla con un pequeño mechón de pelo. Apestaría en una autopsia. Nadie quiere tragarme, estoy seguro.

¿Qué aspecto tendrá el exterior? ¿Hay un exterior? Soy el museo sellado, anticuado e impermeable de mi apetito. Ésta es la brutal soledad del estreñimiento, éste es el camino en que el mundo se ha perdido. Uno está dispuesto a arriesgarlo todo en un río, bañándose desnudo ante Catherine Tekakwitha, y sin promesas.

Pasando a nuestro mundo de nombres, F. dijo: De todas las leyes que nos ligan al pasado, los nombres de las cosas son las más severas. Si el lugar donde me siento es la silla de mi abuelo, y el sitio por donde miro es la ventana de mi abuelo, entonces estoy metido de lleno en su mundo. F. dijo: los nombres preservan la dignidad de la Apariencia. F. dijo: la ciencia comienza denominando las cosas de manera tosca, con la intención de no tener en cuenta la forma y destino particulares de cada vida roja, y a todas ellas las llaman Rosa. Para un ojo más brutal, más activo, *todas* las flores se asemejan unas a otras, como los negros y los chinos. F. no se callaba nunca. Su voz ha penetrado en mi oído como una mosca atrapada, zumbando sin cesar. Su estilo me está colonizando. Su última voluntad me ha proporcionado su habitación en el centro de la ciudad, la fábrica que compró, su casa de troncos, su colección de jabones, sus artículos. Y a mí no me gusta este flujo de mi rabo. ¡Ya está bien, F.! Tengo que contenerme. Si no me cuido, pronto mis orejas serán transparentes también. F., ¿por qué de repente te echo tanto de menos? Hay ciertos restaurantes a los que ya no puedo volver. Pero ¿tengo que ser tu monumento? ¿Éramos amigos, al fin y al cabo? Recuerdo el día en que por fin compraste la fábrica, ochocientos mil dólares, y yo paseé contigo por aquellos rugosos suelos de madera, suelos que habías barrido tantas veces en tu adolescencia. Me parece que hasta llorabas. Era ya medianoche, y la mitad de las luces estaban apagadas. Caminamos entre las filas de máquinas de coser, tableros de corte y planchas de vapor averiadas. No hay nada más tranquilo que una fábrica silenciosa. De cuando en cuando pegábamos una patada a una maraña de perchas de alambre, o rozábamos un estante en el que éstas colgaban, compactas como parras, y resonaba un curioso tintineo, como cien hombres aburridos que hurgaran en sus bolsillos, un sonido curiosamente violento, como si los hombres estuvieran esperando entre las sombras grotescas proyectadas por las máquinas abandonadas, hombres que esperaban sus salarios y algunos gánsters que esperaban una señal para desbaratar la orden de F. de interrumpir el trabajo. Yo estaba ligeramente asustado. Las fábricas, como los parques, son lugares públicos, y era una ofensa a la mentalidad democrática ver a F. tan profundamente conmovido por su condición de propietario. F. recogió una pesada plancha de vapor que estaba unida a un elevado armazón de metal con un grueso muelle. La retiró de la mesa, la hizo caer, y se rió mientras botaba arriba y abajo como un peligroso yoyó, mientras las sombras rayaban las sucias paredes como un borrador frenético sobre una pizarra. De repente, F. tiró de un conmutador, las luces comenzaron a fluctuar, y la correa del motor central que impulsaba las máquinas de coser comenzó a rodar. F. se puso a perorar. Le gustaba hablar con un fondo de ruido mecánico.

—¡Larry! —gritó, pasando uno por uno entre los bancos vacíos—. ¡Larry! ¡Ben! ¡Dave! ¡Sé que me estáis oyendo! ¡Ben! ¡No he olvidado tu espalda encorvada! ¡Sol! ¡He hecho lo que había prometido! ¡Pequeña Margene! ¡Puedes ahora comerte tus

andrajosas zapatillas! ¡Judíos, judíos, judíos! ¡Gracias!

—F., esto es repugnante.

—Cada generación debe dar las gracias a sus judíos —dijo F., esquivándome de un salto—. Y a sus indios. Hay que agradecer a los indios el haber construido nuestros puentes y rascacielos. El mundo se compone de razas, mejor sería que aprendieses esto, amigo mío. ¡Las gentes son diferentes! ¡Las rosas son diferentes unas de otras! ¡Larry! Soy yo, F., el muchacho gentil cuyo pelo rubio a menudo acariciabas. He hecho lo que te prometí en el oscuro almacén hace tantas tardes. ¡Es mío! ¡Es nuestro! ¡Estoy bailando sobre los desperdicios! ¡Lo he transformado en un campo de juego! ¡Estoy aquí con un amigo!

En cuanto se tranquilizó, F. me tomó de la mano y me condujo al almacén de existencias. Grandes carretes vacíos y cilindros de cartón proyectaban sus nítidas sombras en medio de la penumbra, como columnas de un templo. El respetable olor animal de la lana todavía flotaba en el aire. Noté que una capa de aceite se depositaba en mi nariz. Allá en la fábrica, la correa del motor todavía giraba y unas pocas máquinas despuntadas se movían vibrantes. F. y yo estábamos muy juntos.

—Así que piensas que soy repugnante —dijo F.

—Nunca te hubiera creído capaz de semejante sentimentalismo barato. ¡Hablando con pequeños fantasmas judíos!

—Estaba jugando como prometí una vez.

—Se te caía la baba.

—¿No es bello este lugar? ¿No es pacífico? Nos hallamos en el futuro. Pronto los ricos construirán lugares como éste en sus fincas y los visitarán a la luz de la luna. La Historia nos ha enseñado cuánto les gusta a los hombres meditar, gandulear y hacer el amor en lugares que fueron al principio escenas de mucha actividad violenta.

—¿Y qué vas a hacer aquí?

—Venir de vez en cuando. Barrer un poco. Follar en las mesas brillantes. Jugar con las máquinas.

—Podrías haberte hecho millonario. La página financiera hablaba de la brillantez de tus manejos. Reconozco que este golpe tuyo confiere mucho peso a toda la mierda que has estado derrochando a lo largo de los años.

—¡Vanidad! —gritó F.—. Tenía que saber si podía lograrlo. Tenía que saber si hallaría consuelo en ello. ¡A pesar de todo lo que sabía! Larry no esperaba esto de mí, no era obligatorio. ¡La promesa de mi adolescencia era una coartada! *Por favor, no dejes que esta tarde influya en nada de lo que te he dicho.*

—No llores, F.

—Perdóname. Quería saborear la venganza. Quería ser un americano. Quería consagrar mi vida a una visita. Esto no es lo que Larry pretendía.

Con el brazo golpeé un anaquel de perchas al agarrar a F. por los hombros. El tintineo de las monedas no era muy fuerte, entre las reducidas dimensiones del cuarto y el ruido de la maquinaria que había al otro lado, y los ladrones se retiraron mientras

nosotros nos manteníamos unidos en un triste abrazo.

Catherine Tekakwitha en las sombras de la larga casa. Edith en cuclillas en el cuarto mal ventilado, cubierta de grasa. F. empujando una escoba a través de su nueva fábrica. Catherine Tekakwitha no puede salir al mediodía. Cuando por fin salió iba envuelta en una manta, como una momia coja. Así pasó la adolescencia, muy lejos del sol y del ruido de la caza, constante testigo de los indios que comían y jodían entre ellos, con una imagen de la pura señorita María sonando en su cabeza con más fuerza que todos los instrumentos de los danzantes, tímida como el ciervo del que había oído hablar. ¿Qué voces oiría, más altas que gruñidos, más suaves que ronquidos? ¿Qué bien debía haber aprendido las reglas elementales! No sabía cómo el cazador cabalgaba tras su presa, pero sabía que se tumbaba con el vientre repleto, para eructar después al amor. Veía todos los preparativos y todos los finales, sin la perspectiva de una montaña al fondo. Veía el acoplamiento, pero no oía las canciones tarareadas en la selva ni las pequeñas ofrendas hechas de hierba. Frente a ese asalto de maquinaria humana, debe haber concebido complicadas y brillantes nociones del cielo y cierto aborrecimiento de la mierda finita. Aun así, es un misterio cómo pierde uno el mundo. «*Dumque crescebat aetate, crescebat et prudentia*»^[7], dice el P. Cholenec en 1715. ¿Es el dolor? ¿Por qué su visión no se volvió rabelesiana? Tekakwitha fue el apellido que le dieron, pero el significado exacto de la palabra se desconoce. Ella, la que pone las cosas en orden, según la interpretación del abate Marcoux, el viejo misionero de Caughnawaga El abate Cuoq., especialista en indios de la orden de San Sulpicio, decía: «*Celle qui s'avance, qui meut quelque chose devant elle.*» Como alguien que avanza en medio de las sombras, con los brazos extendidos ante ella, ésa es la interpretación del P. Lecompte. Digamos que su nombre era alguna combinación de estos dos conceptos: La que al avanzar pone las sombras en perfecto orden. Tal vez, Catherine Tekakwitha, me acerco a ti de la misma manera. Un tío complaciente acogió a la huérfana. Después de la epidemia, todo el poblado se trasladó una milla más arriba por el río Mohawk, cerca del paraje donde éste se une al río Auries. Se llamó Gandaouagué, otro nombre que conocemos bajo distintas variantes: Gandawagué, palabra de origen hurón utilizada por los misioneros para designar cataratas o rápidos: Gahnawagué, en dialecto mohawk; Kahnawaké, que evolucionó hasta el Caughnawaga actual. Estoy pagando mis deudas. Aquí vivió ella con mi tío, la esposa y las hermanas de éste, en la larga casa que él levantó, una de las principales construcciones del poblado. Las mujeres iroquesas trabajaban mucho. Cuando un cazador mataba a su presa, nunca la llevaba consigo. Hacía un corte en el estómago del animal, agarraba un puñado de entrañas y, mientras iba danzando a casa, esparcía las tripas aquí y allá, ésta colgada de una rama, aquella clavada en un arbusto. He matado, anunciaba a su esposa. Ésta seguía las pringosas huellas de aquél por la selva, y el premio que ganaba por hallar al

animal muerto consistía en devolverlo a su marido, quien dormía junto al fuego, con el estómago gorgoteando. Las mujeres desempeñaban la mayor parte de las tareas desagradables. La guerra, la caza y la pesca eran las únicas ocupaciones que permitía la dignidad de un hombre. El resto del tiempo lo pasaba fumando, charlando, practicando algún juego, comiendo y durmiendo. A Catherine Tekakwitha le gustaba trabajar. Todas las demás chicas se apresuraban a terminar sus tareas lo antes posible, de modo que pudieran salir de ahí para bailar, coquetear, peinarse, pintarse la cara, ponerse sus pendientes y adornarse con porcelana de colores. Llevaban lujosas pieles y polainas bordadas, aderezadas con cuentas y púas de puercoespín. ¡Qué hermosas! ¿No podría yo querer a una de ellas? ¿Puede Catherine oírlas bailar? Oh, me gustaría alguna de las bailarinas. No quiero molestar a Catherine, que trabaja en la larga casa mientras el ruido sordo de los pies de las que saltan traza ardientes círculos perfectos en su corazón. Las chicas no pasan mucho tiempo pensando en el día de mañana, pero Catherine está formando una cadena con sus días, enlazando las sombras. Sus tías insisten. Aquí hay un collar, póntelo, querida, y ¿por qué no te pintas esa cara astrosa? Ella era muy joven, se dejaba adornar, y nunca se lo perdonó. Veinte años más tarde lloró por lo que consideraba el más grave de los pecados. ¿En qué me estoy mezclando? ¿Es éste mi tipo de mujer? Al cabo de un tiempo sus tías abandonaron su asedio y ella se enfrascó de nuevo en el trabajo, moliendo, acarreando agua, recogiendo leña, preparando las pieles para vender, todo ello con un notable espíritu de asiduidad. «*Douce, patiente, chaste et innocente*»^[8], dice el P. Chauchetière. «*Sage comme une fille française bien élevée*», continua. ¡Como una chica francesa bien educada! ¡Oh, Iglesia Siniestra! F., ¿es esto lo que quieres de mí? ¿Es éste mi castigo por no haberme resbalado con Edith? Ella me esperaba toda cubierta de grasa roja, y yo estaba pensando en mi camisa blanca. Desde entonces me he aplicado el tubo yo también, por curiosidad, una sola columna resplandeciente, tan inútil para mí como la acrópolis de F. aquella mañana. Ahora leo que Catherine Tekakwitha tenía una gran habilidad para el bordado y la artesanía, y que hacía hermosas polainas bordadas, bolsas de tabaco, mocasines y cuentas de conchas. Hora tras hora trabajaba en estas cosas, raíces y pieles de anguila, conchas, porcelana, plumas. ¡Que todos menos ella llevarían! ¿A quién estaba adornando su mente? Sus cuentas de concha eran especialmente apreciadas. ¿Era ésta su forma de burlarse del dinero? Tal vez su desprecio la dejaba en libertad de inventar complicados diseños y combinaciones de color, lo mismo que el desprecio que F. sentía por el comercio le permitió comprar una fábrica. ¿O acaso les interpreto mal a ambos? Estoy cansado de los hechos, estoy cansado de elucubraciones, quiero que me consuma la sinrazón. Quiero ser arrastrado. En este mismo instante no me preocupa lo que pasa debajo de su manta. Quiero verme cubierto de besos inconcretos. Quiero que elogien mis panfletos. ¿Por qué mi trabajo es tan solitario? Ha pasado la medianoche, el ascensor está quieto. El linóleo es nuevo, los grifos ya no gotean, gracias al legado de F. Quiero todos los orgasmos que no exigí. Quiero una nueva carrera. ¿Qué le habré hecho a Edith, que

ni siquiera puedo conseguir que su espíritu me ponga tieso? Odio este apartamento. ¿Por qué mandé que lo decoraran de nuevo? Pensé que la mesa parecería bonita de amarillo. Oh Dios, por favor, atérrame. ¿Por qué los dos que me amaban son tan impotentes esta noche? El ombligo inútil. Incluso el último horror de F. carece de sentido. Me pregunto si estará lloviendo. Necesito las experiencias de F., su extravagancia emocional. No puedo pensar en una sola de las cosas que F. decía. Sólo puedo recordar el modo como usaba su pañuelo, el doblado meticuloso para tener su nariz libre de mocos, sus estrepitosos estornudos y el placer que le causaban. Agudos y metálicos, verdaderamente instrumentales, un chasquido ladeado de la cabeza huesuda, luego una mirada de sorpresa, como si acabara de recibir un obsequio inesperado, y las cejas levantadas que decían: Figúrate. La gente estornuda, F., y nada más; no lo conviertas en un maldito milagro, con ello lo único que consigues es deprimirme, es un hábito deprimente el que tienes de estornudar a gusto y de comer manzanas como si fueran más jugosas para ti y de ser el primero en exclamar qué buena es la película. Deprimes a la gente. A nosotros también nos gustan las manzanas. Me revienta pensar en las rusas que le decías a Edith, que probablemente sonaban como si el suyo fuera el primer cuerpo que tú habías tocado. ¿Estaba ella contenta? Sus pezones nuevos. Los dos estáis muertos. Nunca hay que mirar demasiado tiempo un vaso de leche vacío. No sé qué le sucede a la arquitectura de Montreal. ¿Qué ocurrió con las tiendas? Me gustaría acusar a la Iglesia. Acuso a la Iglesia Católica Romana de Quebec de destrozar mi vida sexual y de embutir mi miembro en un relicario destinado a guardar un dedo. Acuso a la I.C.R. de Q. de obligarme a cometer actos extraños y horribles con F., otra víctima del sistema. Acuso a la Iglesia de matar indios, acuso a la Iglesia de negarse a permitir a Edith que se arrodillara sobre mí como es debido, acuso a la Iglesia de embadurnar a Edith con grasa roja y de privar a Catherine Tekakwitha de grasa roja, acuso a la Iglesia de vender automóviles y de producir granos, acuso a la Iglesia de construir tocadores verdes para masturbarse, acuso a la Iglesia de desbaratar danzas mohawks y de no coleccionar canciones *folk*, acuso a la Iglesia de robarme el bronceado y de promover la caspa, acuso a la Iglesia de enviar a personas que tienen sucias las uñas de los dedos de los pies a unos tranvías en los que trabajan en contra de la Ciencia, acuso a la Iglesia de circuncidar a las mujeres en el Canadá francés.

Hacía un día espléndido en Canadá, un conmovedor día de verano; tan breve, tan breve. Era el año 1664, hacía sol, las libélulas investigaban el chapaleteo de los remos, los puercoespines dormían sobre sus blandas narices, muchachas de trenzas negras entretejían ramas en el prado para formar aromáticas cestas, los ciervos y los guerreros olfateaban el aire de los pinos soñando con la fortuna, dos muchachos luchaban junto a la empalizada, abrazándose una y otra vez. El mundo tenía alrededor de dos billones de años, pero las montañas de Canadá eran muy jóvenes. Palomas extrañas giraban sobre Gandaouagué.

—Buuu, lloraba el corazón de ocho años.

El Corazón escuchaba, el Corazón, que no era ni nuevo ni viejo, ni tampoco un prisionero de la descripción, y Thomas cantaba para todos los niños, *Facienti quod in se est, Deus non denegat gratiam*.

*Hoy debéis brillar,
púas de puercoespín
como la lluvia estival
o las cuentas de porcelana;
guirnalda eterna.*

Este collar de dientes, cantaban las tías mientras vestían a la niña para la sencilla boda, según su costumbre, pues los iroqueses casaban a los niños.

—No, no, gritó un corazón en un poblado.

Palomas extrañas giraban sobre Gandaouagué.

—Acércate a él, Catherine, ¡oh, es un hombrecito muy fuerte! —cloqueaban las Tías.

—Ja, ja —reía el robusto muchacho.

De repente su risa cesó, porque el muchacho estaba asustado, y no era por uno de esos miedos que le eran familiares, no era miedo de que le azotaran o de perder en el juego, pero una vez que murió un Médico-brujo...

—¿Qué les pasa? —preguntaba la familia de cada niño, porque las familias deseaban garantizar una unión ventajosa entre ellos.

—RO, ro —cantaban las palomas giratorias.

Una guirnalda eterna, este collar de dientes, el canto de sus Tías, perforaban el corazón de ella con sus flechas. No, no, lloraba, eso no es cierto, eso no es cierto, y los ojos le daban vueltas en la cabeza. Qué extraña le debe haber parecido al pequeño salvaje, por su rostro extasiado, su desfallecimiento, pues él se alejó corriendo.

—No debemos preocuparnos —afirmaban las Tías entre ellas—. Pronto ella será

mayor, los jugos comenzarán a brotar, pues ¡hasta las mujeres algonquinas son humanas! —bromeaban las 1 Tías—. ¡Así que no tendremos problemas!

Y así la niña volvía a su vida de obediencia, de trabajo intenso, y alegre timidez, una fuente de placer para todos los que la conocían. Tampoco tenían las Tías ningún motivo para sospechar que la huérfana no seguiría el curso tradicional de los iroqueses. Pronto dejaría de ser una niña, y una vez más las Tías urdían sus planes.

—Vamos a tenderle una trampa a la Tímida. ¡No le diremos nada!

Era una noche maravillosa para la sencillez de la ceremonia, que consistía simplemente en un hombre que entraba en la cabaña de la novia, se sentaba junto a ella, para recibir luego de sus manos una ofrenda de alimentos. Ésta era toda la ceremonia, y sus participantes habían sido elegidos sin ser previamente consultados, mediante un acuerdo entre sus familias respectivas.

—Siéntate tranquila, Catherine, todas las tareas están hechas, tesoro, ya no necesitamos más agua —guiñaban las Tías.

—Qué frío hace esta noche, Tías.

La luna de otoño volaba sobre el Canadá indio, y el Pájaro de los Tres Silbos envió su canto como flechas verticales a la ventura desde las negras ramas. ¡Chiú! ¡Chiriú! ¡Tsiurí! Una mujer se pasó un peine de madera por el espeso cabello, una pasada tras otra, mientras musitaba frases de un monótono canto funerario.

—... anda conmigo, siéntate a mi lado en una montaña...

El mundo se iba acercando a sus pequeñas hogueras y ollas de sopa. Un pez saltó en el río Mohawk, y revoloteó entre salpicaduras hasta que éstas cesaron, y aun así siguió revoloteando.

—¡Bueno, mira quién está aquí!

Las corpulentas espaldas de un joven cazador uparon la puerta. Catherine miró hacia arriba desde sus cuentas, se ruborizó y volvió a su trabajo. Una sonrisa jugaba sobre los labios sensuales del guapo guerrero. Se relamió los labios con su lengua roja y larga, saboreando los restos de la carne que había matado, con la que recientemente se había regalado. ¡Vaya lengua!, se admiraron las Tías, clavándose los nudillos en sus regazos bajo la costura. La sangre se agolpaba en la ingle del joven. Introdujo una mano bajo el cuero y se agarró, cálido puñado, compacto como el cuello de un cisne ¡El hombre estaba aquí y esperaba! Cruzó como un gato hasta el lugar en que la muchacha se hallaba en cuclillas, tiritando, trabajando las diminutas conchas, y se sentó junto a ella, estirando su cuerpo deliberadamente para que el muslo y la apretada nalga quedaran ante sus ojos.

—Eh, eh —dijo una Tía.

Un extraño pez luminoso revoloteaba sobre las aguas del río Mohawk. Inmediatamente, y por primera vez, Catherine Tekakwitha supo que vivía en un cuerpo, ¡en un cuerpo de mujer! Notó la presencia de sus muslos y supo lo que podían exprimir, notó la vida en flor de sus pezones, notó la concavidad absorbente de su vientre, la soledad de sus nalgas, el dolor de puerta de su pequeña raja, ese

anhelo por desplegar, y la existencia de cada uno de los pelillos del pubis; eran poco numerosos y tan cortos ¡que ni siquiera estaban rizados! ¡Vivía en un cuerpo, en un cuerpo de mujer, y funcionaba! Se sentó sobre jugos.

—Juraría que él tiene hambre —dijo otra Tía.

¡Qué brillante! El pez que se elevaba sobre el río. Ella sintió en su imaginación el círculo de aquellos fuertes brazos morenos de cazador, los círculos que él forzaría a través de los labios de su raja, los círculos de sus pechos oprimidos y aplanados bajo el peso de su cuerpo, el círculo de los mordiscos de ella sobre su hombro, el círculo de los labios de su boca en precipitados besos.

—Sí, estoy muerto de hambre.

Los círculos estaban formados de fustas y correas anudadas. Éstos la mantenían atada, la ahogaban, desgarraban su piel, eran opresivos collares de colmillos. Sus pechos sangraban. Estaba sentada sobre la sangre. Los círculos de amor la oprimían como un lazo, estrujando, desgarrando, rajando. Sus pelillos quedaban anudados. ¡Agonía! Un círculo ardiente atacó su sexo y lo separó con violencia de la entrepierna como la tapa de una lata. ¡Vivía en un cuerpo de mujer, pero éste no le pertenecía! ¡No era suyo para poderlo ofrecer! Con un desesperado golpe mental de tirachinas lanzó su sexo para siempre hacia la noche. No era para podérselo ofrecer al guapo individuo, aunque los brazos de éste fuesen vigorosos y su propia magia salvática no fuera despreciable. Y mientras renunciaba así a la posesión de su carne tuvo conciencia minuciosa de la inocencia de aquel hombre, un conocimiento somero de la belleza de todos los rostros que rodeaban las chisporroteantes hogueras del poblado. Ah, el dolor se calmaba, y la carne desgarrada que al fin no era suya sanaba en su nueva libertad, y una nueva descripción de sí misma, tan brutalmente ganada, irrumpía en su corazón: era Virgen.

—Dale comida a ese hombre —ordenó ferozmente una hermosa Tía.

La ceremonia no debía concluirse, ¡no debía honrarse a la vieja magia! Catherine Tekakwitha se puso en pie. El cazador sonrió, las Tías sonrieron, Catherine Tekakwitha sonrió tristemente, el cazador pensó que ella sonreía con timidez, las Tías pensaron que sonreía astutamente, el cazador pensó que las Tías sonreían con codicia, las Tías pensaron que el cazador sonreía con codicia, el cazador llegó a pensar que hasta la pequeña ranura en la punta de su polla sonreía, y acaso Catherine pensó que su coño estaba sonriendo en su nueva y vieja casa. Un pez extraño y luminoso sonrió.

—Ñam, ñam, um —dijo el cazador inarticuladamente.

Catherine Tekakwitha huyó lejos de todas aquellas personas hambrientas y agachadas. Más allá de las hogueras, los huesos, los excrementos, se lanzó a través de la puerta, cruzó la empalizada, atravesó el humeante poblado, penetró bajo las bóvedas de los abedules que permanecían pálidos a la luz de la luna.

—¡Síguela!

—¡No la dejes que se escape!

—¡Móntala entre los arbustos!

—¡Échale uno de mi parte!
—¡Ju, ju, ju!
—¡Come empanada de pelos!
—¡No te detengas!
—¡Vuélvela del otro lado y hazlo por mí!
—¡Cúbrele la cara con una bandera!
—¡Clávasela hasta el fondo!
—¡De prisa!
—¡La Tímida vuela!
—¡Dale por el culo!
—¡Lo necesita con urgencia!
—¡Chiu! ¡Chiriu! ¡Tsiuri!
—¡Hasta la bola!
—¡En el sobaco!
—... ven conmigo, siéntate a mi lado en una montaña...
—¡Puf! ¡Puf!
—¡Hazle un favor!
—¡Dale hasta que se le caigan los granos!
—¡Zámpatelo!
—*Deus non denegat gratiam!*
—¡Méate encima!
—¡Vuelve!
—¡Pécora algonquina!
—¡Francesita engreída!
—¡Cágate en su oreja!
—¡Hazle decir me rindo!
—¡Así!

El cazador penetró en el bosque. No le sería difícil encontrarla, a la Tímida, a La Que Cojeaba. Él había rastreado caza más rápida que ella. Conocía todos los senderos. Pero ¿dónde estaba ella? Se fue adentrando. Conocía cien parajes mullidos, camas de agujas de pino, lechos de musgo. Pisó una rama y la quebró ¡por primera vez en su vida! Aquello se estaba convirtiendo en una jodienda muy cara. ¿Dónde estás? No te voy a hacer daño. Una rama le golpeó en la cara.

—Jo, jo —las voces del poblado llegaban en alas del viento.

Por encima del río Mohawk un pez revoloteaba en un halo de niebla rubia, un pez que J anhelaba redes y captura y muchos comensales en la fiesta, un pez sonriente y luminoso.

—*Deus non denegat gratiam.*

Cuando Catherine Tekakwitha llegó a casa a la mañana siguiente, las Tías la castigaron. El joven cazador había regresado a casa hacía unas horas, humillado. Su familia estaba furiosa.

—¡Algonquina piojosa! ¡Toma! ¡Y toma!

—¡Pou! ¡Pam!

—¡De ahora en adelante dormirás al lado de la mierda!

—¡Ya no formas parte de la familia, no eres más que una esclava!

—¡Tu madre no era buena!

—¡Harás lo que te decimos! ¡Paf!

Catherine Tekakwitha sonrió alegremente. No era su cuerpo lo que estaban pateando, ni era sobre su vientre donde las ancianas saltaban calzadas con los mocasines que ella había bordado. Miró hacia arriba a través del escape del humo mientras ellas la torturaban. Como observa el P. Lecompte: «*Dieu lui avait donné une âme que Tertullien dilait “naturellement chrétienne”*». ^[9]

Oh Dios, Tu Mañana Es Perfecta. La Gente Está Viva En Tu Mundo. Puedo Oír A Los Niñitos En El Ascensor. El Aeroplano Vuela A Través Del Original Aire Azul. Las Bocas Están Comiendo El Desayuno. La Radio Está Llena De Electricidad. Los Árboles Son Excelentes. Tú Estás Escuchando Las Voces De Los Infieles Que Se Detienen En El Puente De Clavos. He Dejado Entrar A Tu Espíritu En La Cocina. El Reloj Del Oeste Es También Idea Tuya. El Gobierno Es Manso. Los Muertos No Tienen Que Esperar. Tú Comprendes Por Qué Alguien Debe Beber Sangre. Oh Dios, Ésta Es Tu Mañana. Hay Música Incluso De Una Trompeta De Hueso De Muslo Humano. La Nevera Será Perdonada. No Puedo Pensar En Nada Que No Sea Tuyo. Los Hospitales Tienen Cajones De Cáncer Que No Son Suyos. Las Aguas Mesozoicas Abundan En Reptiles Marinos Que Parecían Eternos. Tú Conoces Los Detalles Del Canguro. El Lugar Llamado Ville Marie Crece y Cae Como Una Flor En Tus Gemelos.

Hay Huevos Rancios En El Desierto De Gobi. La Náusea Es Un Terremoto En Tu Ojo. Hasta El Mundo Tiene Cuerpo. Se Nos Vigila Constantemente. En Medio De La Violencia Molecular La Mesa Amarilla Se Adhiere A Su Forma. Estoy Rodeado De Miembros De Tu Corte. Me Aterra Pensar Que Mi Oración Caiga Dentro De Mi Mente. La Agonía De Esta Mañana Se Explica En Algún Lugar. El Periódico Dice Que Un Embrión Humano Se Ha Encontrado Envuelto En Un Periódico y Que Se Sospecha De Un Médico. Estoy Tratando De Conocerte En La Cocina Donde Me Siento. Tengo Miedo De Mi Corazoncito. No Puedo Entender Por Qué Mi Brazo No Es Una Lila. Estoy Asustado Porque La Muerte Es Tu Idea. Ahora No Creo Que Me Corresponda Describir Tu Mundo. La Puerta Del Cuarto De Baño Se Abre Sola y Estoy Tiritando De Miedo. Oh Dios, Creo Que Tu Mañana Es Perfecta. Nada Sucederá Parcialmente. Oh Dios, Estoy Solo En El Deseo De Mi Educación, Pero En Ti Debe Albergarse Un Deseo Más Grande. Soy Una Criatura En Tu Mañana Que Escribe Muchísimas Palabras Que Empiezan Con Mayúscula. Las Siete Y Media En La Ruina De Mi Oración. Me Siento Quieto En Tu Mañana Mientras Los Coches Se Alejan. Oh Dios, Si Hay Viajes Fogosos Acompaña A Edith Mientras Ascende. Acompaña A F. Si Ha Merecido La Agonía Acompaña A Catherine Que Lleva Muerta Trescientos Años. Acompáñanos En Nuestra Ignorancia y Nuestras Perversas Doctrinas. Todos Nosotros Estamos Atormentados Por Tu Gloria. Tú Has Sido La Causa De Que Vivamos En La Corteza De Una Estrella. F. Sufrió Horriblemente En Sus Últimos Días. Catherine Quedaba Mutilada a Cada Hora En Una Maquinaria Misteriosa. Edith Gritaba De Dolor. Acompáñanos En Esta Mañana De Tu Tiempo. Acompáñanos Ahora A Las Ocho. Acompáñame Mientras Pierdo Las Migajas De La Gracia. Acompáñame Mientras La Cocina Regresa. Por Favor, Acompáñame Sobre Todo Mientras Sintonizo La Radio En Busca De Música Religiosa. Acompáñame En Las Fases De Mi Trabajo Porque A Mi Cerebro Parece Como Si Le Hubieran

Azotado y Anhelado Hacer Una Cosita Perfecta Que Viva En Tu Mañana Como Una Curiosa Interferencia En La Elegía De Un Presidente O Una Joroba Desnuda Bronceándose En La Abarrotada Playa Aceitosa.

Lo más original de la idiosincrasia de un hombre es a menudo lo más desesperado. Así, se introducen a la fuerza en el mundo nuevos sistemas por hombres que simplemente no pueden soportar el dolor de vivir con lo que existe. A los creadores no les importa nada de sus sistemas salvo que sean únicos. Si Hitler hubiera nacido en la Alemania Nazi no se habría contentado disfrutando de aquel ambiente. Si un poeta inédito descubre una de sus propias imágenes en la obra de otro escritor, esto no le consuela, porque no rinde pleitesía a la imagen misma ni a su progreso en el dominio público, sino a la idea de que él no está vinculado al mundo tal como se le ofrece, de que puede escapar de la penosa organización de las cosas en sí. Jesús probablemente planeó su sistema de manera que fallara en las manos de otros hombres, que es el camino que suelen seguir los grandes creadores: garantizan el poder desesperado de su propia originalidad proyectando sus sistemas hacia un futuro abrasivo. Estas ideas son de E, por supuesto. No creo que tuviera fe en ellas. Quisiera saber por qué se tomó tanto interés por mí. Ahora que miro hacia el pasado, me parece como si estuviera entrenándome para algo, como si estuviera dispuesto a usar cualquier método maldito para mantenerme histórico. La histeria es mi aula, dijo F. una vez. La ocasión en que se produjo esta observación es interesante. Habíamos asistido a un programa doble y después habíamos comido un enorme plato griego en uno de los restaurantes de sus amigos. El tocadiscos automático estaba entonando una melancólica melodía en las listas de éxitos atenienses en aquel entonces. Nevaba en el bulevar St. Lawrence y los dos o tres clientes que quedaban en el local miraban hacia fuera contemplando el tiempo. F. comía aceitunas negras con desgana. Un par de camareros estaban bebiendo café, después de lo cual comenzarían a apilar las sillas, dejando nuestra mesa, como de costumbre, para el final. Si había en el mundo algún lugar carente de aire acondicionado era éste. F. bostezaba y jugaba con los huesos de las aceitunas. Mizo su comentario inesperadamente y yo lo habría matado. Mientras atravesábamos el brumoso arco iris de la nieve color neón me puso en la mano un librito.

—Recibí esto por un favor oral que le hice en una ocasión a un amigo dueño de un restaurante. Es un libro de oraciones. Tú lo necesitas más que yo.

—¡Mentiroso inmundo! —le grité en cuanto llegamos a un farol y pude leer la cubierta ΕΛΛ-ΗΝΟ-ΑΓΓΛΙΚΟΙ ΔΙΑΛΟΓΟΙ. ¡Es un libro de frases inglés-griego, malamente impreso en Salónica!

—Oración es traducción. Un hombre se traduce en un niño al preguntar por el contenido de una lengua que domina a duras penas. Estudia ese libro.

—Y la parte inglesa es execrable. F., me estás torturando a propósito.

—Ah —dijo, olfateando alegremente la noche—, ah, pronto será Navidad en la India. Familias reunidas en torno al *curry* navideño, villancicos ante el deslumbrante cadáver de la Pascua de Navidad, niños aguardando las campanillas de Bhagavad-

Santa.

—Todo lo ensucias, ¿verdad?

—Estudia ese libro. Desgástalo a fuerza de buscar oraciones y consejo. Te enseñará a respirar. —Snif, snif.

—No, así está mal.

Para Edith es ahora el momento de correr, correr entre los vetustos árboles canadienses. ¿Pero dónde están hoy las palomas? ¿Dónde está el pez luminoso y sonriente? ¿Por qué se ocultan los escondrijos? ¿Dónde está Gracia hoy? ¿Por qué no se ceban caramelos para la Historia? ¿Dónde está la música latina?

—¡Socorro!

Edith atravesó corriendo los bosques, trece años de edad, los hombres en pos de ella. Llevaba un vestido confeccionado con sacos de harina. Cierta Fábrica de Harina empaquetaba sus productos en sacos decorados con flores. Hay una muchacha de trece años que corre a través de agujas de pino. ¿Han visto ustedes semejante cosa alguna vez? Sigue a su joven culo joven. Eterna Polla del Cerebro. Edith me contó esta historia, o parte de ella, años más tarde, y desde entonces he estado persiguiendo su cuerpecito a través de la selva, lo confieso. Aquí estoy yo, un viejo erudito enloquecido por una pena inconcreta, detective compulsivo de gónadas en sombra. Edith, perdóname, era con la víctima de trece años con la que yo jodía. Perdónate a ti mismo, dijo F. La piel de trece años es muy hermosa. ¿Qué otro alimento aparte del coñac es bueno después de los trece años en este mundo? Los chinos comen huevos rancios, pero esto no es un consuelo. ¡Oh, Catherine Tekakwitha, envíamelas hoy de trece años de edad! No estoy curado. Nunca me curaré. No quiero escribir esta Historia. No quiero acoplarme con Vos. No quiero ser tan simple como F. No quiero ser la principal autoridad canadiense en materia de *a...s*. No quiero una nueva mesa amarilla. No quiero conocimientos astrales. No quiero bailar la Danza Telefónica. No quiero conquistar la Epidemia. Quiero niñas de trece años en mi vida. El rey David de la Biblia poseía una para calentarle su lecho de moribundo. ¿Por qué no asociarnos con personas bellas? Estrechamente, estrechamente, estrechamente, oh, quiero verme atrapado en una vida de trece años. Sé, sé de la guerra y los negocios. Tengo conciencia de la mierda. La electricidad de trece años es muy dulce de chupar, y yo soy (o dejadme que lo sea) tierno como un colibrí. ¿No tendré algún colibrí en mi alma? ¿No habrá algo intemporal y de inexpresable levedad en mi lujurioso revoloteo sobre la joven y húmeda grieta de un borrón de aire rubio? Oh venid, fuertes amadas, no hay nada de rey Midas en mi contacto, no convierto nada en dinero. Solamente acaricio vuestros desesperados pezones mientras se alejan de mí para adentrarse en problemas comerciales. No cambio nada mientras floto y tomo sorbos bajo el primer sostén.

—¡Socorro!

Cuatro hombres seguían a Edith. Malditos sean todos ellos. No puedo culparles. El poblado estaba detrás de ellos, lleno de familias y negocios. Estos hombres la habían estado vigilando durante años. Los libros escolares franco-canadienses no fomentan el respeto por los indios. Cierta parte de la mente católica canadiense no está segura de la victoria de la Iglesia sobre el Médico-Brujo. No es de extrañar que

las selvas de Quebec sean mutiladas y vendidas a América. Árboles mágicos aserrados con un crucifijo. Asesinad a los pimpleos. Agridulce es la savia del coño de una joven de trece años. ¡Oh, Lengua de La Nación! ¿Por qué no hablas por ti misma? ¿No ves lo que hay detrás de toda esta publicidad adolescente? ¿Es solamente dinero? ¿Qué significa realmente «cortejar el mercado adolescente»? ¿Eh? Mirad todas esas piernas de trece años extendidas en el suelo delante de la pantalla de televisión. ¿Es solamente para venderles cereales y cosméticos? Madison Avenue está atestada de colibríes que quieren beber de esas pequeñas hendiduras apenas cubiertas de vello. Hacedles la corte, hacedles la corte, rimaban los escritores de poemas comerciales. La América moribunda quiere que una Abisag de trece años caliente su cama. Los hombres que se afeitan necesitan chiquillas para seducirlas, pero en vez de eso les venden zapatos de tacón alto. La lista de éxitos sexual está escrita por padres que se afeitan. ¡Oh, sufridas oficinas, anhelantes de niñas, del mundo de los negocios, noto en todas partes vuestro dolor de pelotas azules! Hay una rubia de trece años que yace sobre el asiento posterior de un coche aparcado, uno de cuyos dedos del pie, envuelto en nilón, juguetea con el cenicero del reposabrazos, y el otro pie está apoyado sobre la lujosa alfombra interior, con granos en las mejillas y sólo un esbozo de inocente acné, y con un portalligas correctamente incómodo: en la distancia vagan la luna y unas cuantas linternas de la policía: sus bragas Beethoven están húmedas desde el Baile de Estudiantes. Ella es la única persona en el mundo que cree que joder es algo sagrado, sucio y bello. ¿Y quién es el que se abre camino entre los arbustos? Es el Profesor de Química, que ha pasado toda la noche sonriendo mientras ella bailaba con el campeón de fútbol porque es sobre el asiento de espuma de *su* coche donde ella está echada durmiendo. La caridad comienza sola, solía decir F. Muchas noches largas me han enseñado que el Profesor de Química no es una mera serpiente. Aprecia de verdad a los jóvenes. La publicidad corteja a las cosas hermosas. Nadie quiere hacer de la vida un infierno. En el vendedor más duro y agresivo existe un colibrí sediento que sufre por amor. F. no querría que yo odiara eternamente a los hombres que perseguían a Edith.

—¡Aay, aay! ¡Ay! ¡Oh, oh!

La atraparon en una cantera o en una mina abandonada en cierto paraje muy mineral y duro poseído indirectamente por intereses de los Estados Unidos. Edith era una hermosa india huérfana de trece años que vivía con padre adoptivos indios porque su padre y su madre habían muerto en una avalancha. Había sido insultada por los compañeros de colegio que no creían que fuera cristiana. Incluso a los trece años tenía unos preciosos pezones largos y extravagantes, según me dijo. Tal vez estas noticias se habían filtrado desde el cuarto de duchas del colegio. Quizá fue este rumor subterráneo el que inflamó de raíz a toda la ciudad. Quizás el comercio y la religión de la ciudad continuaron funcionando como siempre pero todo el mundo está obsesionado en secreto con esa información sobre pezones. La Masa está minada por sueños de pezones. El piquete de huelguistas de la fábrica de asbesto local no está

plenamente consagrado al Trabajo. Hay cierta distracción en los golpes y gases lacrimógenos de la Policía Provincial, porque todas las mentes persiguen un pezón extraordinario. La vida diaria no puede tolerar esta fantástica intrusión. Los pezones de Edith son una verdadera perla que irrita el monótono protoplasma laboral de la vida cotidiana del poblado. ¿Quién puede seguir el rastro de la mecánica sutil de la Voluntad Colectiva a la que todos nosotros contribuimos? Creo que en cierto modo el pueblo delegó a estos cuatro hombres para que persiguieran a Edith por la selva. ¡Alcanzad a Edith!, ordenó la Voluntad Colectiva. ¡Arrancad de nuestra mente sus pezones mágicos!

—¡Ayúdame, Madre María!

La tiraron al suelo. Le desgarraron el vestido con su diseño de la Fábrica a base de frambuesas. Era una tarde de verano. Las moscas negras la devoraban. Aquellos hombres estaban borrachos de cerveza. Se rieron y la llamaron *sauvagesse*, ¡ja, ja! Le arrancaron la ropa interior, haciéndola rodar por sus piernas largas, morenas, y cuando la arrojaron a un lado no repararon en que parecía una rosquilla de color rosa. Estaban sorprendidos de que su ropa interior estuviera tan limpia: la ropa interior de una pagana debería estar desmadejada y llena de manchas. No tenían miedo a la policía, pues en cierto modo sabían que la policía les deseaba suerte, uno de sus cuñados era policía, y tenía pelotas como los demás.

La arrastraron hasta las sombras porque cada hombre deseaba de algún modo estar solo. La volvieron boca abajo para ver si el arrastre le había arañado las nalgas. Las moscas negras picotearon sus nalgas, que encandilaban por su redondez. La volvieron del otro lado y la empujaron sombras adentro porque ahora se disponían a quitarle la camiseta. Las sombras eran tan densas y profundas en el rincón de la cantera que apenas podían ver, y eso era lo que querían. Edith se meó, de miedo que tenía, y oyeron el ruido de la meada más fuerte que sus risas y su pesada respiración. Era un sonido continuo que parecía prolongarse sin fin, firme y fuerte, más alto que sus pensamientos, más alto que los grillos que frotaban su elegía al anochecer. La caída de la orina sobre las hojas y agujas de pino del año anterior se transformó en un monolítico tumulto en ocho oídos. Era el puro sonido de la naturaleza impregnable y corroía sus planes como un ácido. Era un sonido tan majestuoso y simple, un símbolo sagrado de fragilidad que nada podía violar. Se quedaron helados, y cada uno de ellos repentinamente solo, en tanto que sus erecciones se desplomaban como acordeones cerrados mientras su sangre fluía hacia arriba como flores brotando de una raíz. Pero los hombres se negaron a cooperar con el milagro (como lo denominó F.). No podían soportar la sensación de que Edith ya no era Otra, de que verdaderamente era una Hermana. Experimentaban la Ley Natural, pero obedecían a la Ley Colectiva. Cayeron sobre la niña con sus dedos índices, con boquillas de pipa, bolígrafos y ramitas. Quisiera saber qué clase de milagro es ése, F. La sangre le corría por las piernas. Los hombres bromeaban con rudeza. Edith gritó:

—¡Ayúdame, Santa Katheri!

F. me instó a que no hiciera nada con esta asociación. No puedo continuar. Todo me ha sido arrebatado. No puedo continuar. Solamente tuve una alucinación: vi a la Edith de trece años sufriendo el ataque impotente de estos cuatro hombres. Cuando el más joven se arrodilló para examinar mejor el avance de su puntiaguda ramita, Edith sujetó su cabeza con los brazos y la atrajo hasta su vientre, y allí se echó él, llorando como aquel hombre en la Playa de Old Orchard. F., es demasiado tarde para el programa doble. Tengo el estómago otra vez atascado. Quiero empezar a ayunar.

¡Lo veo tan claro ahora! La noche en que Edith murió, esa larga noche de conversación con F., éste se dejó la mitad del pollo y apenas probó la salsa de barbacoa. Ahora me doy cuenta de que lo hizo a propósito. Recuerdo un proverbio de Kung que a él le gustaba mucho: Cuando comía al lado de un hombre de luto, el Maestro nunca comía hasta hartarse. ¡Tíos! ¡Tíos! ¿Cómo nos atrevemos a comer cualquiera de nosotros?

Entre las cosas curiosas que heredé de F. hay una caja de fuegos artificiales fabricada por Rich Brothers Fireworks, Co., Sioux Falls, Dakota del Sur. Contiene 64 bengalas, ocho velas romanas de 12 y 8 balas, grandes molinetes, conos de fuego verde y rojo, fuentes del Vesubio, joya dotada, cascada de plata, fuentes orientales y radiantes, 6 tracas gigantes de desfile, ruedas de plata, cohetes, cometas, regadoras de césped, serpientes, antorchas, conos rojos, blancos y azules. Lloré mientras desenvolvía las distintas piezas, lloré por la adolescencia americana que nunca tuve, por mis padres invisibles de New England, por una larga extensión de césped verde y un ciervo de hierro, por un amorío universitario con Zelda.

Estoy asustado y solo. He encendido una de las serpientes. Desde el pequeño cono, una retorcida cinta de ceniza gris bullía formando volutas sobre una esquina de la mesa amarilla, hasta que el cono se consumió en toda su extensión —un repugnante montoncito de piel gris y negro como una cagada de pájaro, exprimido como crema de confitero—. ¡Carroñas! ¡Carroñas! Quiero tragar dinamita.

Querido Dios, Son Las Tres De La Mañana. El Semen, Nublado y Sin Objeto, Se Vuelve Transparente. ¿Está Enfadada Conmigo, La Iglesia? Por Favor, Déjame Trabajar. He Encendido Cinco Velas Romanas De Las De 8 Balas, Y Cuatro De Ellas Soltaron Menos De Ocho Balas. Los Triquitraques Están Muriendo. El Techo Recién Pintado Está Quemado. El Hambre Coreana Me Hace Daño En El Corazón. ¿Es Un Pecado Decir Esto? El Dolor Se Almacena En Pieles Animales. Declaro Solemnemente Que Ya No Me Interesa Cuántas Veces Edith y F. Jodieron Felices. ¿Eres Tan Cruel Como Para Obligarme A Iniciar Mi Ayuno Con El Estómago Atiborrado?

Me he quemado la mano de mala manera mientras sostenía un cono de fuego rojo y verde. La vaina incandescente de un cohete ha incendiado un fajo de notas sobre los indios. La aguda fragancia de la pólvora me ha despejado los senos nasales. Suerte que había mantequilla en la nevera porque me niego ir al cuarto de baño. Nunca me ha gustado mi pelo pero no tengo afición por las ampollas que produce la cascada de plata. Las cenizas flotan y se adhieren como murciélagos destrozados, en cuyas alas rotas descubro réplicas exactas de color azul grisáceo de dibujos en forma de barras rojiblancas y cojas de cometas. He manejado tanto cartón chamuscado que voy dejando mis huellas digitales en todas partes. Miro a mi alrededor este desbarajuste de cocina y comprendo que mi vida se está haciendo real. Me preocupa más mi rojo pulgar, aguanoso y palpitante, que todo vuestro asqueroso universo de huérfanos. Saludo a mi monstruosidad. Me orino por todas partes sobre el linóleoum y me agrada que no ocurra nada. ¡Cada uno hace de su capa un sayo!

La piel de cerdo cruje sobre mi dedo pulgar, num, num, detesto el dolor. La forma en que detesto el dolor es la cosa más enormemente extraordinaria, mucho más significativa que la forma en que vosotros detestáis el dolor, pero mi cuerpo es muchísimo más central, soy el Moscú del dolor, vosotros sois simplemente la estación meteorológica provincial. La pólvora y el semen es lo único que pienso investigar de ahora en adelante, y mirad que soy inofensivo: ni balas en pos de corazones, ni esperma en pos del destino: nada sino el resplandor del agotamiento: los cilindros pequeños y alegres, consumiéndose en un fuego común y corriente tras múltiples eructos de estrellas fugaces, arcos iris: la burbuja viscosa de la secreción que en mi palma se adelgaza y se transparenta, como el fin de la Creación cuando toda la materia retorna al agua. Pólvora, sudor de pelota la mesa amarilla comienza a parecerse a mí, uf, la cocina se parece a mí, mi yo se ha escabullido dentro del mobiliario, los olores de dentro están fuera, qué pena ser tan grande, he ocupado la estufa, no habrá ahí algún sitio fresco donde yo pueda arropar mis ojos en una cama limpia y soñar nuevos cuerpos, oh, tengo que llegar a un cine y sacar los ojos a echar una meada, la película me meterá en mi piel porque he derramado todo sobre la cocina desde todos mis agujeros, la película rellenará los poros con astillas blancas y detendrá mi invasión del mundo, quedarme sin películas me matará esta noche, estoy asustado de los triquitraques de F., me hacen demasiado daño mis quemaduras, ¿qué sabes tú de quemaduras? Lo único que has hecho tú, es simplemente quemarte. ¡Calma, viejo erudito! Apagare la luz y escribiré en la oscuridad un resumen del capítulo de mañana sobre los indios en el que tengo que ponerme a trabajar. Disciplina. ¡Clic! «Triunfante sobre el mal por medio del bien.» San Pablo. Así empezará el capítulo. Ya me siento mejor. Los idiomas extranjeros son un buen corsé. Quítate la mano de encima. Edith Edith Edith cosas largas eternamente Edith Edith coñito Edith dónde tu pequeño Edith Edith Edith Edith Edith Edith estirada en E E E bolsa de tez de pulpo Edith labios labios área tus bragas Edith Edith Edith Edith conocía tus húmedos arroyuelos Eeeedddiiittthhhh yug yug olfateo trufa profundo bulbo brote botón dulce sopa guisante saliva roe capucha goma tirador chica... espuma bop bop una flor doguillo cerdo yum la punta de la lengua arrastrar desde los pies de la cama de labios múltiple perdido hundido ido levantar chica cabeza pequeña... manija chapotear hundido perdido lamer búsqueda nariz ayuda tambalearse duro una vez más deslizarse arriba chica tirador fluctuar burbuja hundido en normal piel pliegues lab. ahogado señora labios arriba arriba aparecer guisante judía cerebro yoya donde donde daño escondiendo magullado? sube duro como burbuja de cobre desde pantano de pelo pequeño cuero amor grano forma sólida terrón para lengua lío lío mensaje oh desencapuchar descubrir descabellar desahogarse o dientes sabuesos te advierto diente pala dientes perros soltados no querido azotado forma tú abalorio tú pequeño torpe juvenil gallina forma mando diminuto periscopio desde hembra extranjera

perdida submarino ningún hombre puede braza nunca subir subir desde mujeres
océano período meca huevo granja misterio camas subir subir desde donde no voy
nunca desde profundas extensiones de almejas desde campos de agalias sin aliento
desde suelos de ostras grises descollantes de alma de muchacha lejos lejos amazona
control sexual levantar levantar aquí to to to de asombrosa ameba protoplásmica
prohibida mujer satisfecho gla gla galaxia por favor aparecer en pequeño casco de
esperanza lam lam oh perla rosa preciosa radio cristal maravilloso fruto hoyo de
completa cosecha coñanal aparecer forma desarrollar desenvolver desconchar
despellejar mirar dentro vergamor dirigir tapadique chica polla nrrr grrr puente entre
hombres mujer así puedo causarte placer señora mía traed hacia mí vuestro cerebro
del centro comercial no intrigado desde laberinto coñal porque nunca puedo reunirme
contigo en las redes de algas en los Hoteles hundidos en las selvas esponjosas matriz
pasiva entubado forrado con barro herbáceo armario lanzado vasto como la señora
Dios qué? ¿no subir quieres? ¿plas plas oculto para una lengua más nueva? ¿para una
lengua más noble? ¿para una lengua más sucia? ¿para la lengua de F.? ¿para un
extraño? cualquier extraño que te hiciera esto sería más honrado cualquier extraño
qué extraño por lo tanto por lo tanto bajo quizá donde pensaba ir como un caracol
esta lengua automática se desliza hacia abajo por el renuevo de musgo del acuario
hay un borde tierno y sumiso como la juntura fundida de un conejo hueco de
chocolate cabalgo sobre él hacia abajo no te avergüences todos los olores están
alquimizados lengua va jugando al corro caramelo barroso en forma de salvavidas
éste es un mejor botón común que nosotros los dos tenemos debemos besar agujeros
porque nosotros cada uno pobre uno de nosotros tiene uno que no podemos besar está
rodeado de granitos colinas ellos Biblia danza está rodeado de pétalos encanijados
lengua se sumerge pétalos abiertos tiritan pétalos se aprietan en un nudo de goma
hablo rígido ahora cavar cavar cavar plam plam plam baquetazo sobre colinas de
pétalo nudo entra ahí manos separan nalgas separan nalgas de Edith fabuloso privado
suyo suyo ellos dan estrujar ellos ceden como mitades de maduro melocotón como
pollo muy cocido perfectamente precioso sangre balones ésta es Edith su virgen
rosado marrón peludo mismo que el mío mismo mismo que todos pobres carboneros
que inundamos el mundo de rodillas ésta es prosa sólida esto es misterio de todos los
días así inserto cara cuneiforme boca a esfinge para mi lengua era solamente un juego
de prueba sobre esfinge rosada agujero enfoco mi boca para conversación pura
mordiendo chupar adoración mierda peligro amor bravura abierto cerrado abierto
cerrado va la superficie pétalos cerrando para sentir sus propios pequeños acantilados
de músculo abriendo en terrible abandono rojo desesperado como garganta de
petirrojo polluelo oh Edith culo membrana jadeando todo mi bandada de boca
bañando acicalando agitando en la soleada pileta de pájaros sobre una columna de
caridad intestino dónde estoy ahora ahora no te vengas aquí estoy simplemente con
mi cara entre sus nalgas que las manos han separado mi barbilla hace bien automático
a coño ahora suelto nalgas ellas me estrujan dentro yo me estrujo por dentro aplasto

mi nariz sellando jugo infante mierda juegos en mi cerebro escucha Edith escúchame ahogar escucha amada amor es tu agujero velludo el que yo chupo no estamos acaso reunidos Edith no estamos acaso probados Edith no estamos acaso respirando Edith no somos acaso pavorosos amantes Edith no somos acaso repulsivas postales no somos acaso buenos alimentos Edith no estamos acaso conversando milagrosamente querido mal rosado pedorriesgo terror posición querida juro que te amaba Edith agarra agarra salta el pequeño cráter besa besa besa besa Edith Edith hazme lo mismo hazme lo mismo tira de mi trasero mustio sobre tu cara lo pongo fácil hazme lo mismo hazme lo mismo hazme lo mismo Edith lilas Edith Edith Edith Edith Edith Edith volviéndonos en nuestro sueño haciéndonos cucharas Edith Edith Edith Edith por favor aparece como explosión en hongo desde este pobre mango Aladino Edith Edith Edith en tu suave sobre de piel Edith Edith vuestro solitario marido Edith vuestro solitario marido vuestro solitario marido vuestras manzanas vuestros pliegues vuestro marido oscuro solitario.

En algún lugar de mi investigación me enteré del *Manantial de Tekakwitha*. Era un jesuita quien hablaba de ello dulcemente en un libro escolar. *Il y a longtemps que je t'aime*^[10]. Debí quedarme parado en la biblioteca. En medio del polvo tararé la antigua melodía. Pensé en arroyos helados y claros estanques. Cristo hablaba por boca de aquel sacerdote durante medio párrafo. Éste se refiere a un manantial llamado *Manantial de Tekakwitha*. El sacerdote en cuestión es nuestro Edouard Lecompte, y debido a su medio párrafo supe que él amaba a esa muchacha. Murió el 20 de diciembre de 1929. Has muerto, Padre. A este cura por fin, lo acepto en mi corazón, aunque al principio no me gustó, porque parecía escribir para la Iglesia y no sobre el Lirio y Cómo Crece. Aquel manantial me refrescó aquella noche como las nieves en otra. Sentí su claro cristal. Trajo a mi cubículo el mundo creado, las siluetas frías y radiantes de las cosas que existen. Entre le village, escribe. *Entre le village et le ruisseau Cayudetta*. Entre el poblado y el arroyo Cayudetta, *au creux d'un bosquet solitaire*, en el hueco de un bosquecillo solitario, *sortant de dessous un vieux tronc d'arbre couvert de mousse*, saliendo de debajo de un viejo tronco de árbol cubierto de musgo, *chantait et chante encore de nos jours*, cantaba y canta todavía en nuestros días, *une petite source limpide*, un pequeño manantial claro... Era de aquí de donde la muchacha sacaba agua, todos los días, durante nueve años. Cuánto debes saber, Catherine Tekakwitha. Qué sueño de sobriedad, gloriosa sobriedad, gloriosa como el brillo de los hechos, sensación de piel, qué hambre de sobriedad me asalta aquí cuando me encuentro entre desgarradas vainas de triquitraques, quemaduras egoístas, multitud de personas desparramadas. Viniste 3.285 veces a este viejo árbol. Viva la Historia por habérselo contado. Quiero conocerte como tú conocías el sendero. Qué diminuto el rastro de tus zapatos de piel de ciervo. La fragancia de las selvas está en el mundo. Se adhiere a nuestros vestidos de cuero dondequiera que vamos, e incluso al látigo escondido en nuestra cartera. Creo en el cielo de Gregorio, atestado de santos, sí, Papa Iletrado. El sendero está repleto de hechos. Todavía está allí el frío río de pinos. Dejad que los hechos me arrastren fuera de la cocina. Dejad que me impidan jugar conmigo como si fuera la rueda de una ruleta. Qué bueno es saber algo que ella hizo.

Es el vigésimo séptimo día desde que empecé por una promesa que le hice a F. Nada funciona. Me sigo durmiendo en los momentos malos, y me pierdo los horarios de los cines. Muchas más quemaduras. Mucha menos mierda. Se han consumido todas las velas romanas de 12 balas, la mayor parte de los 64 triquitraques, la fraudulenta bomba sibilante, las pretendidas fuentes cósmicas. Se ha acumulado mucha ropa interior sucia, ropa interior real y sucia, que tiempo atrás, protegida en paquetes de polietileno, me prometió tales costados de mármol. Hay pelo debajo de las uñas de mis dedos.

Si Edith viera este cuarto vomitaría. ¿Por qué me la mataste, F.?

Explicaré cómo F. consiguió su cuerpo extraordinario. Una vez más me lo explicaré a mí mismo. *COMO EL CUERPO DE JOE LE DIO FAMA EN LUGAR DE VERGÜENZA*: epígrafe en el dorso de un tebeo americano que leímos los dos una tarde cuando teníamos trece años. Estábamos sentados sobre unos baúles en un solarium abandonado situado en el tercer piso del orfanato, una habitación con techo de cristal, oscura como cualquier otra a causa del hollín depositado por una chimenea mal colocada —nos escondíamos a menudo allí—. *EL CUERPO DE JOE* era el asunto de un anuncio para un curso de desarrollo muscular. Su triunfo está impreso en siete viñetas. ¿Podré recordar?

1. Joe es esquelético. Sus piernas son estacas lastimosas. Su traje de baño rojo es del tipo bombacho que llevan los boxeadores. Le acompaña su voluptuosa novia. Sus muslos son más gruesos que los de él. El mar en calma a lo lejos contrasta con el tormento de Joe. Un hombre de gran corpulencia le está humillando. No podemos ver la cara del verdugo, pero la muchacha informa a Joe de que este hombre es un pelmazo muy conocido en el lugar.

2. Una nave diminuta ha aparecido en el horizonte. Vemos la cara del matón. Apreciamos su pecho de tonel. La novia ha levantado las rodillas y se pregunta por qué se le habrá ocurrido citarse con este alfeñique sin redaños. A Joe le ha tirado al suelo el matón y ahora ha de soportar un agravio más.

3. La nave se ha ido. Algunas figuras diminutas juegan a la pelota al borde del mar. Aparecen unas gaviotas. Joe, angustiado, está al lado de la muchacha que le va a dejar. Ella se ha puesto su pamelita blanca y ha separado sus tetas de él. Le contesta por encima del hombro derecho. Su cuerpo es macizo y maternal, de pechos bajos. Tenemos en cierto modo la impresión de músculos tensos en su abdomen.

JOE: ¡El muy matón! Algún día me desquitaré.

ELLA: ¡No debes preocuparte por eso, muchachito!

4. El cuarto de Joe, o lo que queda de él. Un cuadro resquebrajado cuelga de soslayo en la pared verde. Una lámpara rota se mueve. Él está pateando una silla. Lleva una cazadora azul, corbata, pantalones blancos de dril. Aprieta el puño, articulación en forma de garra que se une a una muñeca delgada como una pata de pájaro. Su novia yace en un recuadro de su imaginación arrimándose al sobaco del matón, relatando entre guiños mil anécdotas vergonzosas sobre el cuerpo de Joe.

JOE: ¡Demonios! ¡Ya estoy hasta la coronilla de ser un espantapájaros! Charles Axis dice que puede proporcionarme un cuerpo DE VERDAD. ¡De acuerdo! Me juego el sello y pido su libro GRATIS.

5. MÁS TARDE. ¿Es posible que éste sea Joe? Éste flexiona todo un mapa de músculos que forman un rompecabezas ante el espejo de su tocador.

JOE: ¡Hombre! ¡No ha tardado mucho Axis en conseguirme esto! ¡Qué MÚSCULOS!
¡Ese matón no volverá a zarandearme!

¿Es éste el mismo traje de baño rojo?

6. La playa. La chica ha regresado. Está pasando un buen rato. Su cuerpo está relajado y las caderas han asomado. Tiene la mano izquierda levantada en un gesto de placentera sorpresa, pues su opinión sobre Joe ha sufrido una transformación radical. Joe acaba de dar un puñetazo que como un rayo va a dar sobre la barbilla del matón, golpeándole y haciéndole perder el equilibrio, mientras la víctima frunce las cejas con asombrado dolor. Más allá tenemos la misma playa blanca, el mismo mar sosegado.

JOE: ¡Cómo! ¿Otra vez tú aquí? ¡Aquí tienes algo que te debía!

7. La muchacha toca los memorables bíceps de Joe con la mano derecha. Su hombro y su brazo izquierdos están eclipsados por el macizo pecho de Joe, pero sabemos que ella los ha hecho descender por detrás de su traje de baño rojo oscuro y que está jugando con sus testículos.

ELLA: ¡Oh, Joe! ¡Después de todo, sí que ERES un hombre de verdad!

UNA ATRACTIVA MUCHACHA QUE ESTÁ SENTADA CERCA SOBRE LA ARENA: ¡ATIZA! ¡Qué cuerpo!

EL HOMBRE ENVIDIOSO QUE ESTÁ A SU LADO: ¡Ya es famoso por ello!

Joe se queda ahí en silencio, los pulgares enganchados en el elástico de su traje de baño, mirando a su chica, que está apoyada lascivamente contra él. Cuatro palabras de color negro intenso aparecen en el cielo irradiando rayos de luz. Ninguno de los personajes de la historieta parece darse cuenta de la manifestación celestial que estalla en medio de un terrible silencio sobre el viejo paisaje marino. HÉROE DE LA PLAYA, es la noticia que hay en el cielo.

F. estudió aquel anuncio largo rato. Yo quería proseguir con lo que nos había llevado allí, el revolcón, las caricias polvorientas, la comparación de pelos, la maravilla de enfrentarme con un amigo y apretar dos pollas con la mano, la una familiar y hambrienta, la otra tibia y extraña, una llamarada en toda su extensión. Pero F. tenía húmedos los ojos y sus labios temblaron mientras susurraba:

—Esas palabras están siempre en el cielo. Se pueden ver a veces como una luna diurna.

La tarde iba oscureciendo sobre el tejado de vidrio cubierto de hollín. Esperé en silencio a que el humor de F. cambiara y supongo que me quedé dormido pues me sobresalté por el ruido de unas tijeras.

—¿Qué estás recortando ahí, F.?

—El anuncio de Charles Axis.

—¿Piensas enviarlo?

—Puedes apostarte tu puta vida.

—Pero eso es para tipos delgados. Y nosotros somos gordos.

—¡Cierra tu boca!

—Somos gordos F.

—¡Tch! ¡Ham! ¡Buu!

—Gordos.

—¡Soko! ¡Sok! ¡Paf!

—¡Gordos gordos gordos gordos gordos gordos gordos!

Encendí una cerilla robada y ambos nos agarbamos sobre la historieta, que había caído al suelo. En el lado derecho del anuncio hay una foto del hombre, que ostenta el título de «El Hombre Más Perfectamente Formado Del Mundo». ¡Ah, ya recuerdo! Aparece vestido con un perfecto traje de baño en el cupón recortado.

—Pero mírale, F., ese tipo no tiene vello.

—Pero yo tengo vello. Yo tengo vello.

Sus manos son puños, su sonrisa es de Florida, no parece serio, en realidad le importamos un rábano, y tal vez es incluso algo gordo.

—Observa esta foto, F. Este tipo tiene el vientre fofo.

—Está gordo, tienes razón.

—Pero...

—Está gordo. Entiende de grasa. ¿Para que tienes ojos? Mira su cara. Ahora mira la cara del Hombre de Plástico. Charles Axis quiere ayudarnos. Es uno de nosotros, los babosos que ocupamos las páginas que quedan detrás del Hombre de Plástico. ¿Pero no te das cuenta de que ha hecho las paces con el Hombre de Plástico? ¿Y con el Escarabajo Azul? ¿Y con el Capitán Marvel? ¿No ves que cree en el supermundo?

—F., no me gusta tu aspecto cuando se te ponen los ojos así de brillantes.

—¡Ese gordo! ¡Ese gordo! ¡Es uno de los nuestros! ¡Charles Axis está de nuestra parte! ¡Está de nuestro lado, contra el Escarabajo Azul e Ibis y la Mujer Maravillosa!

—F., ya estás otra vez hablando en guasa.

—Charles Axis tiene sus señas en Nueva York, ¡mira, 405, calle 34, Oeste, Nueva York 1! ¿No crees que conoce Krypton? ¿No te lo imaginas sufriendo en la boca de la Cueva del Murciélago? ¿Ha vivido alguien jamás tan cerca de unos músculos tan imaginarios, casi fantásticos?

—¡F.!

—¡Charles Axis es todo compasión, es nuestro sacrificio! ¡Llama a los delgados, pero pretende tanto a los gordos como a los delgados; llama a los delgados porque es peor ser gordo que delgado; llama a los delgados para que los gordos puedan oír y acudir sin haber sido nombrados!

—¡Aléjate de esa ventana!

—¡Charles! ¡Charles! ¡Charles! ¡Ya voy, ya voy a reunirme contigo en el triste borde del mundo del espíritu!

—¡F.!. ¡Toma este directo! ¡Paf! ¡Pam!

—¡Buff! *###! ¡Aaaah! Gracias, amigo mío, sospecho que en cierta manera me has salvado la vida.

Ésa fue la última vez que igualé a F. en una competición física. Él concedió a

Charles Axis quince minutos al día en la intimidad de su habitación. La grasa desapareció o se convirtió en músculo, incrementó las medidas de su pecho, ya no se avergonzaba de desnudarse para los deportes.

Una vez, en una playa, un hombre gigantesco con un traje de baño blanquísimo le arrojó arena a la cara con el pie mientras estábamos sentados tomando el sol sobre una toalla pequeña. F. se limitó a sonreír. El hombre gigantesco se quedó ahí, con las manos en las caderas, después efectuó un brinquito y saltó, como en un saque de fútbol, tirándole arena a la cara una vez más.

—¡Eh! —grité—. ¡Deje ya de tirarnos arena a la cara! F. —suspiré—, ese hombre es el peor pelmazo de la playa.

El matón me desdeñó por completo. Agarró la dura y ancha muñeca de F. con su propio puño macizo y de un tirón obligó a F. a ponerse de pie.

—¡Oiga usted —gruñó—, podría partirle la cara... sólo que está usted tan flaco que podría secarse y desaparecer!

—¿Por qué le dejaste que te zarandeara de ese modo?

F. se sentó mansamente mientras aquel hombre se alejaba a grandes zancadas.

—Era Charles Axis.

—Pero ese hombre es el peor pelmazo de la playa.

¡Una nota! En el fondo de la caja de triquitraques encuentro una nota.

Querido amigo
 Conecta la radio
 tu querido amigo muerto
 F.

En el *fondo*. Qué bien me conocía. Sostuve el mensaje (escrito en un impreso telegráfico) contra la mejilla. Oh, F., ayúdame, pues una tumba me separa de todo lo que quiero.

RADIO:... a la señora T. R. Voubouski, 56784 Clanranald, a las tres enfermeras de la residencia Barclay de quien ya saben, un disco de verdadero éxito de Gavin Gate y The Goddesses... y no se olviden, durante esta hora de La Locutora Amiga De La Madrugada, de solicitar sus dedicatorias a...

TAMBORES MEZCLADOS: SHNN shnn shnn SHNN shnn.

INSTRUMENTOS ELÉCTRICOS: Songa songa songa (una promesa de incesante y regular agitación sexual).

GAVIN GATE: *Podría haberme ido* songa songa songa (tiene todo el tiempo del mundo... ha recorrido un largo camino para contar esta cruel historia) *y decirte* (jadeo de vibrador eléctrico) *ya te lo dije*

GODDESSES: *te lo dije* (un batallón de chicas negras, con oficiales reclutados de altares evangélicos destruidos por una bomba, me tienden una emboscada con un odio inconcreto y dientes blancos)

GAVIN GATE: *Podría haber contado*
por todo el ancho mundo
que él te dejó triste y melancólica

GODDESSES: *triste y melancólica*

GAVIN GATE: *Podría haberme largado*

GODDESSES: Ahhhhhhhh
y decirte ahhhhhhhhh
merecías ahhhhhhhhh
conseguirlo ahora ahhhhhhhhh (¡BASTA!)

GAVIN GATE: *Pero sé cuándo te hizo daño.*

TAMBOR: ¡Mua!

GAVIN GATE: *¿No ves que a mí también me hizo daño?*

GODDESSES: *me hizo daño también* (habían volado muy lejos hacia el sufrimiento universal por amor, pero ahora están otra vez de uniforme, más exactas ahora, como si hubieran prometido protegerse contra un fatal exceso emocional, corten/corten/corten).

LOS TAMBORES SUBEN CINCO ESCALONES. GAVIN GATE SALE CONTONEÁNDOSE DE SU RINCÓN PARA EL SEGUNDO ASALTO. ÉSTE SERÁ A MUERTE. LAS GODDESSES ESTÁN DISPUESTAS A CHUPAR/ASESINAR AL VENCEDOR

GAVIN GATE: *Podía haber dicho*

que te lo tenías

bien merecido (¿quién eres, Gavin Gate? Tienes un extraño poder. Creo que has pasado por alguna prueba y has aprendido demasiado. Eres el rey de algún barrio bajo y has dictado ahí tus Leyes)

GODDESSES: *bien merecido* (se quitan sus sostenes luminosos y se lanzan a tumba abierta como un escuadrón de kamikazes)

GAVIN GATE: *Cuando te largaste*

y me volviste

la espalda

GODDESSES: *la espalda*

GAVIN GATE: *yo supliqué, nena* (su batallón está formado, sus tropas están en orden de batalla, ahora puede llorar ante nosotros)

¡Ooh, no!

¡Por favor, porfa, por favor!

GODDESSES: Ahhhhhhhh

¡Nena, no te vayas!

Porque sabía que él te haría daño (vuelta al estilo narrativo superior)

PORRAZO DIDÁCTICO DEL TAMBOR

¿No ves que me hizo daño a mí también?

GODDESSES: *me hizo daño a mí también*

Ah

Ah

Ah (descienden por las escaleras de mármol para levantarle la cabeza)

GAVIN GATE: *Dijo que te tenía*

bailando sobre la cuerda floja (en algún triste vestuario donde todos los amantes de sexo masculino reviven sus conquistas, Gavin ha oído los detalles del plan)

GODDESSES: *Ahhhhh* (¡Venganza! ¡venganza! ¿Pero todavía no sangramos, Hermanas?)

GAVIN GATE: *En cuanto al amor*

tú eras

GODDESSES: *¡Ah!* (ellas purifican su odio con esta exclamación)

GAVIN GATE: *otro capricho más*

Oh yo oh oh oh

quizá soy un idiota (pero sabemos que no lo eres, ni lo soy yo, porque tratamos con material sagrado. ¡Oh, Dios! ¡Todos los estados del amor proporcionan poder!)

por amarte de la forma en que te amo

GODDESSES: *de la forma en que te amo* (una suave puntuación. Ahora son mujeres que esperan a sus hombres, se agazapan tiernas, y húmedas en los balcones buscando nuestras señales de humo y acariciándose)

GAVIN GATE: *¿No te das cuenta*

de que hasta los idiotas tienen sentimientos?

así que, nena

GODDESSES: *Ahhhhhhhhh*

GAVIN GATE: *Vuelve a mí* (una orden)

y déjame secar (una esperanza)

las lágrimas (la verdadera vida de la compasión)

de tu ojo (un ojo, vida mía, un ojo cada vez)

GAVIN Y LAS GODDESSES SE AZOTAN CON TRENCILLAS ELÉCTRICAS

Porque nunca te haría daño

GODDESSES: *Yo nunca te haría daño*

GAVIN GATE: *No, no, nunca te haría daño*

GODDESSES: *Yo nunca te haría daño*

GAVIN GATE: *Porque, nena, cuando te hace daño*

TAMBOR: ¡Plac!

GAVIN GATE: *¿No ves que me hace daño a mí también?*

GODDESSES: *me hace daño también*

GAVIN GATE: *me hace tanto daño*

GODDESSES: *me hace daño también*

GAVIN GATE: *Nunca te abandonaré*

GODDESSES: *me hace daño también*

ENMUDECEN LOS OPERARIOS ELÉCTRICOS, GAVIN, LAS GODDESSES, CON LAS ESPALDAS SANGRANDO Y SUS GENITALES ROJOS Y DOLORIDOS, LA GRAN HISTORIA HA SIDO CONTADA, EN LA DICTADURA DEL TIEMPO, UN ORGASMO HA DESGARRADO LA BANDERA, LAS TROPAS SE MASTURBAN CON LLOROSAS MODELOS FOTOGRÁFICAS DE 1948, SE HA RENOVADO UNA PROMESA.

RADIO: Fueron Gavin Gate y The Goddesses...

Corrí al teléfono. Llamé a la emisora. ¿Es ahí La Locutora Amiga De La Madrugada? —grité—. ¿Sí? ¿Eres tú? ¿De verdad que eres tú? Gracias, gracias. ¿Una dedicatoria? Oh, amor mío. ¿No comprendes cuánto tiempo he estado solo en la cocina? Soy estreñado. Padezco de estreñimiento. Me he quemado en el pulgar de

mala manera. No me trates de usted, La Madrugada. Tengo que hablar con alguien como tú porque... TELÉFONO: Clic, clic.

¿Qué haces? ¡Eh! ¡Eh! Oye, oye, eh, no. Recordé que había una cabina telefónica algunas manzanas más abajo. Tenía que hablar con ella. Mis zapatos se pegaban en el semen a medida que atravesaba el linóleo. Alcancé la puerta. Llamé al ascensor. Tenía muchísimas cosas que contarle a ella, la de la voz melancólica y la experiencia ciudadana. Salí a la calle, las 4 de la madrugada, las calles húmedas y oscuras como cemento recién aplicado, los faroles apenas una mera decoración, la luna impulsada por aéreas bandas de nubes, los almacenes de gruesos muros con nombres de familias adineradas, el frío aire azul cargado con los olores de la lona y el río, el ruido de los camiones llenos de hortalizas campestres, los crujidos de un tren descargando animales desollados desde lechos de hielo, y hombres cubiertos con gabanes y con grandes puñados de comestibles para el viaje, grandes abrazos de lucha en el frente de guerra de la supervivencia, y los hombres vencerían, y los hombres hablarían del dolor de la victoria... Yo estaba fuera, en el frío mundo ordinario, F. me había llevado hasta allí con sus muchos trucos compasivos, un grito sofocado de alabanza a la existencia arrasó mi pecho y desplegó mis pulmones como un periódico agitado por el viento.

El Rey de Francia era un hombre. Yo era un hombre. Por lo tanto yo era el Rey de Francia. ¡F.! Me estoy hundiendo otra vez.

Canadá se convirtió en una colonia real de Francia en 1663. Ahí llegan las tropas al mando del Marqués de Tracy, teniente general de los ejércitos del rey, ahí llegan marchando sobre la nieve, mil doscientos hombres de elevada estatura, el famoso regimiento de Carignan. La noticia desciende por los márgenes helados del Mohawk: el Rey de Francia ha tocado el mapa con su dedo blanco. El Intendente Talon, el Gobernador M. de Courcelle, y Tracy, escrutan la infestada selva. ¡Hermanos, hagámonos los amos del Richelieu! Resuenan las voces sobre los mapas, resuenan las voces ventanas adentro, y se van erigiendo fuertes a lo largo de la ribera: Sorel, Chambley, Sainte-Thérèse, Saint-Jean, Sainte-Anne en una isla del lago Champlain. Mis hermanos, los iroqueses, viven en demasiados árboles. En enero de 1666, M. de Courcelle hizo penetrar a una columna de hombres en el país del Mohawk, un desatino napoleónico. Iba sin sus exploradores algonquines, que al parecer no se presentaron a tiempo. Los indios señalaron la senda de su inútil retirada con muchos cadáveres erizados. Tracy esperó hasta septiembre del mismo año. Desde Quebec, adentrándose en las selvas escarlatas, marcharon seiscientos hombres del Carignan, otros seiscientos del Militia, y cien indios amigos. Cuatro sacerdotes acompañaban a la expedición. Después de una marcha de tres semanas llegaron al primer poblado mohawk, Gandaouagué. Las hogueras estaban apagadas, el poblado desierto, como todos los poblados adonde llegarían. Tracy plantó una cruz, se celebró una misa, y por encima de las largas casas vacías se elevó la solemne música del Tedéum. Luego quemaron hasta los cimientos, tanto de Gandaouagué como de todos los poblados a los que llegaron, devastaron el paisaje, destruyeron provisiones de maíz y judías, y todas las cosechas quedaron envueltas en las llamas. Los iroqueses pidieron la paz, y, como en 1653, fueron enviados sacerdotes a cada poblado. La tregua de 1666 duró dieciocho años. Monseñor De Laval bendijo a sus Padres antes de que salieran de Quebec a la búsqueda de almas. Los sacerdotes entraron en el poblado reconstruido de Gandaouagué en el verano de 1667. Los mohawks hacían sonar sus grandes trompetas de concha mientras los Robes-Noires, los de los ropajes negros, se establecían entre ellos. Permanecieron tres días en el poblado que hemos estudiado, pero aquí podemos constatar una delicada atención de la Providencia. Fueron alojados en la cabaña de Catherine Tekakwitha, y ella los servía, los seguía mientras visitaban a los cautivos del poblado, hurones y algonquinos cristianos, observaba cómo bautizaban a los jóvenes, se extrañaba de que aislaran a los ancianos en cabañas apartadas. Al cabo de tres días los sacerdotes se trasladaron a Gandarago, luego a Tionnonteguen, donde fueron saludados por doscientos guerreros, una elocuente bienvenida del jefe y los aplausos de aquellas gentes que preferían la intrusión de magos extranjeros a la furia de los de Carignan. Se establecieron cinco misiones a lo largo de la confederación iroquesa: Sainte-Marie en Tonnontoguen, Saint-François-Xavier en Onneyout, Saint-Jean-Baptiste en Onnontague, Saint-Joseph en

Tsonnontouan... —desde el lago Saint-Sacrement al Erie se extendió la obra de sólo seis evangelistas, pero también una historia de fuego tras de ellos—. En 1668 nuestro poblado Gandaouagué se trasladó de nuevo. Desde el margen meridional del Mohawk cruzaron el río, volvieron a construir sus largas casas algunas millas hacia el Oeste, donde el Mohawk se une al Cayudetta. Al nuevo poblado lo llamaron Kahnawaké, que significa «en los rápidos». Cerca de ahí había un pequeño manantial de agua clara adonde ella iba cada día a buscar agua. Se arrodillaba sobre el musgo. El agua cantaba en sus oídos. El manantial surgía del corazón de la selva; de cristal y de verde eran los pequeños huertos de musgo. Ella se pasaba la mano húmeda por la frente. Ansiaba una profunda hermandad con el agua, anhelaba que el manantial garantizara la ofrenda que había hecho de su cuerpo, anhelaba arrodillarse mojada ante los ropas negras. Y caía desfallecida junto al cubo volcado, llorando como una magdalena.

Acompañadme, medallas religiosas de todas clases, las suspendidas de cadenas de plata, las que estáis prendidas en la ropa interior con un imperdible, las que anidáis en el negro vello del pecho, las que os deslizáis como tranvías por los pliegues de entre los pechos de ancianas felices, las que por error taladráis la piel mientras se hace el amor, las que quedáis abandonadas junto a unos gemelos, las manoseadas como monedas e inspeccionadas para ver si sois de ley, las que quedáis envueltas en los vestidos de adolescentes de quince años que se abrasan, las que sois colocadas en la boca mientras se reflexiona, las muy caras que sólo está permitido que las lleven chiquillas delgadas, las que colgáis en un cuarto trastero junto a corbatas desanudadas, las que sois besadas porque trae suerte, las que sois arrancadas del cuello con rabia, las que estáis acuñadas, las que estáis grabadas, las que sois colocadas en los rieles del tranvía para lograr curiosas alteraciones, las que vais sujetas en el fieltro de los techos de los taxis, acompañadme mientras presencio la prueba por la que pasa Catherine Tekakwitha.

—Sacaos los dedos de los oídos —dijo el P. Jean Pierron, primer misionero permanente en Kahnawaké—. No podréis oírme si os metéis los dedos en los oídos.

—Ja, ja —rieron los ancianos miembros del poblado, que eran demasiado perros viejos para aprender nuevos trucos—. Puede usted llevarnos al agua, pero no puede obligarnos a beber a nosotros, que somos perros y caballos viejos.

—¡Sacaos esos dedos inmediatamente!

—Glu, glu —hacía la espuma y la saliva entre las desdentadas mandíbulas de los viejos, mientras se agachaban en torno al sacerdote.

El sacerdote volvió a su cabaña y sacó sus pinturas, pues era un hábil artista. Algunos días más tarde emergió con su cuadro, que era un mandala de las penas del infierno. Todos los condenados estaban retratados con apariencia de indios mohawks. Los burlones ancianos indios se agachaban en torno a él, con los dedos todavía en los oídos, mientras descubría su obra. Gritos sofocados se escapaban de sus bocas putrefactas.

—Ahora, hijos míos, esto es lo que os espera. Oh, podéis dejar los dedos donde están. Ved. Un demonio colocará una cuerda alrededor de vuestro cuello y os arrastrará. Un demonio os cortará la cabeza, os sacará el corazón, tirará de vuestros intestinos, os absorberá el cerebro, beberá vuestra sangre, comerá vuestra carne y os roerá los huesos. Pero vosotros no podréis morir. Aunque vuestro cuerpo sea cortado en pedazos revivirá de nuevo. Ese cortar constante causará un dolor y tortura intensos.

—¡Arghhh!

Los colores del cuadro eran rojo, blanco, negro, naranja, verde, amarillo y azul. En el mismo centro figuraba la representación de una mujer iroquesa muy vieja encorvada y arrugada. Estaba encerrada en su propio marco personal de calaveras finamente dibujadas. Inclinado sobre las calaveras ovals hay un sacerdote jesuita que está intentando instruirla. Los dedos artríticos de ella están embutidos en sus orejas. Un demonio hace girar sacacorchos de fuego en sus oídos, acaso estrujando los dedos ahí dentro para siempre. Un demonio lanza una jabalina de fuego a sus deplorables pechos. Dos demonios aplican a su ingle una feroz sierra de doble mango. Un demonio anima a varias culebras ardientes a que se enrosquen alrededor de sus tobillos sangrantes. Su boca es un negro agujero quemado, cauterizado en un eterno alarido de súplica. Como Marie de l'Incarnation escribía a su hijo, *On ne peut pas les voir sans frémif*^[11].

—¡Arghhh!

Il a baptisé un grand nombre de personnes^[12], escribe Marie de l'Incarnation.

—Así me gusta, sacáoslos ahora mismo —les invitó el sacerdote—. Y no os los metáis de nuevo. No debéis volver a meterlos jamás. Como sois viejos, debéis

olvidaros para siempre de la Danza Telefónica.

—¡Pop! ¡Pop! ¡Pop! ¡Pop!

—Así está mejor, ¿verdad?

Según eran retirados aquellos dedos céreos, un muro de silencio se levantaba entre la selva y la hoguera, y los ancianos se apiñaban junto al sacerdote, estremecidos por una nueva forma de soledad. No podían oír cómo las frambuesas se abrían en cúpula, no podían oler las innumerables agujas de pino que peinaban el viento, no podían recordar el postrer instante de una trucha, entre el blanco guijarro del cauce de un arroyo y la sombra fulgurante de una garra de oso. Como niños que escuchan en vano el mar en caracolas de plástico, se sentaron desconcertados. Como niños al final de una larga narración a la hora de acostarse, se sintieron repentinamente sedientos.

El tío de Catherine se alegró de que el P. Pierron se marchara en 1670 para ocupar un puesto en la misión iroquesa del St. Lawrence. Muchos de sus hermanos habían sido convertidos a la nueva fe, y muchos habían abandonado el poblado para vivir y asistir a los cultos en las nuevas misiones. El nuevo sacerdote, el P. Boniface, no era menos eficaz que su antecesor. Hablaba el dialecto local. Al percatarse de lo mucho que les gustaba la música a los indios, formó un coro de niños de siete y ocho años. Sus puras voces ásperas volaban por el poblado como la noticia de una buena comida, y muchos se veían atraídos hacia la pequeña capilla de madera. En 1673, este poblado de menos de cuatrocientas almas presenció la salvación de treinta de ellos. Eran almas adultas —en tal número no se incluyen almas infantiles o almas moribundas—. Kryn, el jefe de los mohawks, se convirtió y se estableció como predicador en la nueva misión. De todos los iroqueses, los mohawks eran los más susceptibles a las nuevas doctrinas, ellos que habían sido los más feroces en su resistencia inicial. El P. Dablon, Superior General de las Misiones del Canadá, pudo escribir en 1673: *La foi y a été plus constamment embrassée qu'en aucun autre pays d'Agniers*^[13]. En 1674, el P. Boniface llevó a un grupo de neófitos hasta la misión de Saint François-Xavier. Poco después de su regreso a Kahnawaké murió durante una nevada de diciembre. El P. Jacques de Lamberville le reemplazó.

Las cabañas del poblado estaban vacías. Era primavera. Era el año 1675. En algún lugar Spinoza fabricaba gafas de sol. En Inglaterra, Hugh Chamberlen extraía bebés con un instrumento secreto, el fórceps obstétrico, y era el único hombre de Europa que parteaba a las mujeres con esta técnica revolucionaria que había sido descubierta por su abuelo. El Marqués de Laplace miraba al sol antes de emitir su tesis de que el sol giraba ya al comienzo de la existencia, teoría que habría de desarrollar en su libro *Exposition du Système du Monde*. La quinta reencarnación de Tsong Khapa alcanzaba la supremacía temporal: la regencia del Tibet le fue encomendada por Mongolia, con el título de Dalai Lama. Había jesuitas en Corea. Un grupo de médicos coloniales, interesados por la anatomía pero frustrados por las leyes contra la disección humana, se las ingeniaron para obtener «la parte de en medio de un indio ejecutado el día anterior». Treinta años después los judíos habían de regresar a Francia. Veinte años después encontramos la primera epidemia de sífilis en Boston. Federico Guillermo era Gran Elector. Los frailes de la orden de los Mínimos, según una regla de 1668, no serían excomulgados si, «cuando estaban a punto de ceder a las tentaciones de la carne... prudentemente se despojaban del hábito monástico». Corelli, predecesor de Alessandro Scarlatti, Händel, Couperin y J. S. Bach, era, en 1675, tercer violín en la orquesta de capilla de S. Luis de Francia, que estaba en Roma en 1675. Y así, la luna del siglo XVII iba menguando hasta su último cuarto. En el siglo siguiente, 60.000.000 de europeos morirían de viruela. F. decía a menudo: Imagínate el mundo sin Bach. Imagínate a los Hititas sin Cristo. Para descubrir la verdad de cualquier cosa extraña, prescindir primero de lo imprescindible que haya en tu mente. Gracias, F. Gracias, amante mío. ¿Cuándo podré ver el mundo sin ti, querido? ¡Oh. Muerte, somos los Ángeles de tu Corte, los hospitales son tu Iglesia! Mis amigos han muerto. La gente que conozco ha muerto. ¡Oh, Muerte! ¿por qué conviertes cada noche en víspera de Todos los Santos? Estoy asustado. Si no es por una cosa es por otra: si no estoy estreñado estoy asustado. ¡Oh, Muerte, deja que las quemaduras del triquitraque curen una vez más! Los árboles en torno a la casa de troncos de F. (donde estoy escribiendo esto) son oscuros. No puedo oler las manzanas. ¡Oh, Muerte! ¿por qué actúas tanto y hablas tan poco? Los capullos del gusano de seda son suaves y dan grima. Tengo miedo de los gusanos con cielo de mariposa. ¿Es Catherine una flor del firmamento? ¿Es F. una orquídea? ¿Es Edith una rama de heno? ¿Persigue la Muerte a las telarañas? ¿Tiene la Muerte algo que ver con el Dolor, o el Dolor trabaja para el otro bando? ¡Oh, F., cómo me gustaba esta casa de troncos cuando nos la dejaste a Edith y a mí para pasar nuestra luna de miel!

Las cabañas de Kahnawaké estaban vacías. Los campos de alrededor estaban llenos de trabajadores, hombres y mujeres con puñados de granos. Estaban plantando maíz en la primavera de 1675.

—Yuu, yuu —sonaban las melodías de la Canción de la Plantación de Maíz.

El tío de Catherine apretó el puño sobre el montoncito amarillo que anidaba en la palma de su mano. Podía notar la energía de las semillas, su anhelo de quedar cubiertas de tierra y estallar. Parecía como si quisieran obligarle a abrir los dedos. Volcó su mano como si fuera una copa y una semilla cayó en un agujero.

—Ah —meditó—, de manera semejante cayó Nuestra Ancestra del cielo a la inmensidad de las aguas primigenias. Algunos sostienen la opinión de que varios animales anfibios tales como la nutria, el castor y la rata almizclera, advirtieron su caída y se apresuraron a detenerla traspalando tierra desde el barro situado bajo las aguas.

De repente se irguió. En el corazón de su mente sintió la presencia siniestra del P. Jacques de Lamberville. Sí, podía sentir al padre según caminaba a través del poblado, a una distancia de más de una milla. El tío de Catherine soltó una Sombra para saludar al sacerdote.

El P. Jacques de Lamberville se detuvo ante la cabaña de Tekakwitha. Estarán todos en los campos —pensó—, de manera que no tiene objeto que lo intente, aun cuando me dejen entrar esta vez.

—La ja, laja —desde dentro llegó un tintineo de risas.

El sacerdote dio media vuelta y se dirigió a la puerta. La Sombra le saludó y comenzaron a luchar. La Sombra estaba desnuda y con facilidad echó la zancadilla a su oponente, que estaba cubierto de pesados ropajes. La Sombra se lanzó sobre el sacerdote, que estaba pugnando por soltarse de la maraña de sus ropajes. La Sombra en su ferocidad se las ingenió para enredarse él también en aquellos mismos ropajes. El sacerdote percibió rápidamente su ventaja. Él estaba caído en el suelo, completamente inmóvil, mientras la Sombra se ahogaba en la prisión de un bolsillo afortunado. Se levantó y abrió la puerta de golpe.

—¡Catherine!

—¡Por fin!

—¿Qué haces ahí dentro, Catherine? Toda tu familia está en el campo plantando maíz.

—Me he magullado un dedo del pie.

—Déjame mirar.

—No. Deja que siga doliendo.

—¡Qué cosas tan maravillosas dices, niña!

—Tengo diecinueve años. Todos me odian aquí, pero no me importa. Mis tías siempre me están pegando patadas, y no es que yo tenga nada contra ellas. Tengo que

acarrear la mierda, bueno, alguien tendrá que hacerlo. Pero, Padre, quieren que joda... pero yo he renunciado a joder.

—No seas una india tacaña.

—¿Qué tengo que hacer, Padre?

—Déjame que eche una ojeada a ese dedo.

—¡Sí!

—Tendré que quitarte el mocasín.

—¡Sí!

—¿Aquí?

—¡Sí!

—¿Y aquí?

—¡Sí!

—Tienes fríos los dedos de los pies, Catherine. Tendré que frotarlos entre mis palmas.

—¡Sí!

—Ahora soplaré en ellos, sabes, como el que se sopla los dedos cuando hace frío.

—¡Sí!

El sacerdote respiró con fuerza sobre sus deditos morenos. ¡Qué maravillosa y pequeña era la yema de su dedo gordo! Los cinco dedos de sus pies parecían caras de niños pequeños que durmieran acurrucados con una manta hasta la barbilla. Comenzó a darles un beso de buenas noches.

—Cuchi, cuchi, cuchi.

—¡Sí!

Mordisqueó una yema, que se sentía como una uva de caucho. Estaba arrodillado como Jesús se había arrodillado ante un pie desnudo. De forma metódica, insertó la lengua entre cada uno de los dedos, cuatro hurgamientos, ¡qué suave y blanca era la piel entre ellos! Prestó atención a cada uno de los dedos, chupándolos, cubriéndolos de saliva, evaporando luego la saliva con un soplo, mordiendo juguetonamente. Era una pena que cuatro dedos tuvieran que sufrir siempre de soledad. Obligó a todos los deditos a entrar en su boca, en tanto su lengua se movía como un limpiaparabrisas. Francisco había hecho lo mismo con los leprosos.

—¡Padre!

—Libalobaglobaguogannummi.

—¡Padre!

—Gobbelgobbelgoguelgouel. Lam.

—¡Bautíceme!

—Aunque algunos encuentran excesiva nuestra desgana, nosotros los jesuitas no solemos lanzar a los indios adultos por el camino del bautismo.

—Yo tengo dos pies.

—Los indios son volubles. Debemos protegernos de la catástrofe que supondría producir más apóstatas que cristianos.

—Dedea.

—*Comme nous nous defions de l'inconstance des Iroquois, j'en ai peu baptisé hors du danger de morte*^[14].

La muchacha deslizó el pie dentro del mocasín y se sentó encima.

—Bautíceme.

—*Il n'y a pas grand nombre d'adultes, parce qu'on ne les baptise qu'avec beaucoup de précautions*^[15].

Así el razonamiento avanzaba entre las sombras de la larga casa. A una milla de distancia, el Tío caía de rodillas, exhausto. *¡No habría cosecha!* Pero no estaba pensando en las semillas que acababa de sembrar, estaba pensando en la vida de su pueblo. Todos los años, todas las cazas, todas las guerras... todo se quedaría en nada. *¡No habría cosecha!* Ni siquiera su alma, cuando madurase, se uniría al cálido sudoeste, de donde sopla el viento que trae días soleados y rebosante maíz. *¡El mundo estaba incompleto!* Una pena profunda le atenazó el pecho. El gran combate de lucha entre Ioskeha, el Blanco, y Tawiscara, el Moreno, la eterna pelea, se iría desvaneciendo como dos amantes apasionados que se quedarán dormidos en un estrecho abrazo. *¡No habría cosecha!* El poblado se reducía cada día más, pues la mayor parte de sus hermanos se marchaban a las nuevas misiones. Tanteó buscando un pequeño lobo que había tallado en madera. En el otoño pasado había acercado esos ollares a los suyos, inhalando así la bravura del animal. Después había espirado profundamente para extender el aliento del animal por una amplia extensión de la selva y así paralizar a toda la caza de los alrededores. En cuanto hubo matado a un ciervo aquel día, le sacó el hígado de un tajo y untó con su sangre la boca del lobo de madera tallada. Y rezó: Gran Ciervo, Ciervo Primero y Perfecto, antepasado del cadáver que yace a mis pies, tenemos hambre. Por favor, no intentes vengarte de mí por haber quitado la vida a uno de tus hijos. El Tío se desplomó sobre el campo de maíz, tratando de recuperar el aliento. El Gran Ciervo le bailaba sobre el pecho, aplastándole las costillas. Le llevaron de vuelta a la cabaña. Su sobrina lloró cuando vio su cara. Al cabo de un rato, cuando estuvieron solos, el anciano habló:

—¿Ha entrado, el Ropa Negra?

—Sí, Padre Tekakwitha.

—Y tú, ¿quieres ser bautizada?

—Sí, Padre Tekakwitha.

—Te lo permitiré con una condición: que prometas no abandonar nunca Kahnawaké.

—Lo prometo.

—No habrá cosecha, hija mía. Nuestro cielo se muere. Desde cada una de las colinas, un espíritu grita de dolor, porque se le está olvidando.

—Duerme.

—Tráeme la pipa y abre la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a exhalar el humo del tabaco sobre ellos, sobre todos ellos.

F. tenía la teoría de que la América Blanca había sido castigada con el cáncer de pulmón por haber destruido al Hombre Rojo y por robarle sus placeres.

—Trata de perdonarles, Padre Tekakwitha.

—No puedo.

Mientras exhalaba débilmente el humo hacia la puerta abierta, el Tío se contó a sí mismo la leyenda que había oído cuando era pequeño, de cómo Kuloscap había abandonado el mundo por causa de la maldad que había en él. Celebró una gran fiesta de despedida, y luego partió remando en su gran canoa. Ahora vive en una espléndida casa larga, fabricando flechas. Cuando la cabaña esté repleta de ellas, comenzará a hacer la guerra a toda la humanidad.

¿Es Todo El Mundo Una Oración A Una Estrella? ¿Son Todos Los Años Del Mundo Un Catálogo De Los Sucesos De Un Día Festivo? ¿Suceden Todas Las Cosas A La Vez? ¿Hay Una Aguja En El Pajar? ¿Actuamos En La Penumbra Ante Un Vasto Teatro De Bancos De Piedra Vacíos? ¿Vamos De La Mano De Nuestros Abuelos? ¿Son Cálidos y Reales Los Andrajos De La Muerte? ¿Están Tomadas Las Huellas Dactilares De Todas Las Personas Que Viven En Este Preciso Instante? ¿Es La Belleza La Polea? ¿Cómo Se Recibe A Los Muertos En El Ejército De Expansión? ¿Es Verdad Que No Hay Chicas Que Coman Pavo En El Baile? ¿Puedo Chupar Coños Para Mi Regalo? ¿Puedo Apreiciar las Formas De Las Chicas En Vez De Lamer Etiquetas? ¿Puedo Morir Un Poco En El Descubrimiento De Pechos Extraños? ¿Puedo Dejar Un Rastro De Carne de Gallina Con Mi Lengua? ¿Puedo Abrazar A Mi Amigo En Vez De Trabajar? ¿Son Los Marineros Religiosos Por Naturaleza? ¿Puedo Estrechar Entre Las Piernas Un Muslo De Vello Dorado y Oír El Tic-tac Sagrado Del Reloj Desvanecido? ¿Puedo Saber Si Alguien Está Vivo Tragando Su Semen? ¿Podría Registrarse En Los Libros De Alguna Ley Que La Mierda Es Conforme A La Ley Mosaica? ¿Hay Alguna Diferencia Entre Soñar Con La Geometría Y Las Posturas Sexuales Extravagantes? ¿Es El Epiléptico Siempre Grácil? ¿Hay Algo Semejante Al Despilfarro? ¿No Es Maravilloso Pensar En Una Chica De Dieciocho Años Que Lleva Ropa Interior Muy Ajustada De Gelatina? ¿Me Visita El Amor Cuando Me La Meneo? Oh, Dios, Hay Un Grito, Todos Los Sistemas Están Gritando. Estoy Encerrado En Un Almacén De Pieles Pero Creo Que Quieres Robarme. ¿Dispara Gabriel Una Alarma Contra Robos? ¿Por Qué Me Cosieron A La Cama Con El Ninfomaniaco? ¿Soy Fácil de Desplumar Como una Brizna De Césped? ¿Se Me Puede Apartar De La Rueda De La Ruleta? ¿Por Cuántos Billones De Cables Está Sujeto El Zeppelin? Oh, Dios, Me Gustan Tantas Cosas Que Harían Falta Años Para Retirarlas Una Por Una. Adoro Tus Detalles. ¿Por Qué Me Has Permitido Ver El Tobillo Desnudo Esta Noche En La Casa De Troncos? ¿Por Qué Me Otorgaste A Mí Un Diminuto Relámpago De Deseo? ¿Puedo Desabrochar Mi Soledad y Chocar Una Vez Más Con Un Bello Cuerpo Insaciable? ¿Puedo Quedarme Dormido Después De Un Beso Suave y Feliz? ¿Puedo Tener Un Perro Como Animal Doméstico? ¿Puedo Enseñarme A Mí Mismo A Ser Guapo? ¿No Puedo Rezar? ¿En Absoluto?

Recuerdo una noche que acompañaba a F. mientras conducía en dirección a Ottawa, donde iba a pronunciar al día siguiente su discurso de ingreso en el Parlamento. No había luna. Los focos flotaban sobre los blancos postes como un perfecto borrador líquido, y dejábamos atrás un plano desierto de carreteras y campos que se esfumaban en la distancia. Había acelerado hasta ciento treinta. La medalla de San Cristóbal, prendida en el fieltro sobre el parabrisas, describía una diminuta órbita iniciada un momento antes en una curva pronunciada.

—Cuidado, F.

—¡Es mi noche! ¡Mi noche!

—Sí, lo es, F. Por fin lo has conseguido: ya eres miembro del Parlamento.

—Estoy en el mundo de los hombres.

—F., guárdatela dentro. Ya está bien.

—Nunca te la guardes cuando se pone así.

—¡Dios mío! ¡No te había visto nunca tan grande! ¿Qué pasa por tu mente? ¿En qué estás pensando? Por favor, enséñame a hacerlo. ¿Puedo cogerla?

—¡No! Esto es una cosa entre Dios y yo.

—Paremos el coche, F., te quiero, me gusta tu energía. Enséñame.

—Cállate. Hay un tubo de crema para el sol en la guantera. Abre la guantera apretando el botón con el pulgar. Rebusca en ese lío de mapas, guantes y cuerda, y saca el tubo. Desenrosca el tapón y extiende en mi mano un par de pulgadas de crema.

—¿Así, F.?

—Sí.

—No cierres los ojos, F. ¿Quieres que conduzca yo?

¡Oh, qué grasienta torre allí se masajeó! Lo mismo podía haberme dirigido al paisaje fugaz que dejábamos en nuestra estela, con granjas y signos de gasolinera saltando como chispas de nuestros parachoques mientras rozábamos a ciento cuarenta la línea blanca, raudos como una sierra de acetileno. Su mano derecha, bajo el volante, apremiaba, apremiaba, y él parecía tirarse hacia el puerto lejano y negro como un reflexivo estibador. ¡Qué hermoso era el vello que asomaba por su ropa interior! Uno de sus gemelos relucía bajo la luz del salpicadero que yo había encendido para mejor presenciar la deliciosa operación. Al par que su mano frotaba más deprisa, la aguja marcaba ciento sesenta. ¡Qué tortura experimentaba yo, entre el temor por mi seguridad y el deseo de introducir la cabeza entre sus rodillas y el salpicadero! ¡Ssss! Pasó un huerto. Una calle principal se iluminó ante nuestros faros, y la dejamos atrás en cenizas. Los ojos de F. se cerraron de repente como si hubieran sido rociados con limón. Su puño se cerró fuertemente alrededor de la pálida y resbaladiza barra y comenzó a agitarse frenéticamente. Temí por ella, temí y suspiré por ella, tan intenso era su brillo, aerodinámico como un Brancusi, el hinchado domo,

rojo y caliente como el casco radioactivo de un bombero. Me dieron ganas de tener una lengua de oso hormiguero para retirar la húmeda perla que el mismo F. advirtió ahora, incorporándola a la lubricación general con un movimiento violento y feliz. No podía soportar mi soledad por más tiempo. Arranqué los botones de mis anticuados pantalones europeos en mi frenesí por manosearme como un amante. ¡Qué puñado de sangre era yo! ¡Zum! Un solar de aparcamiento resplandeció y se extinguió. El calor se expandía a través de los guantes de cuero que no había tenido tiempo de quitarme. Insectos kamikaze se estrellaban contra el cristal. Mi vida estaba en mis manos, todos los mensajes que yo ansiaba someter al Zodíaco se unían para iniciar su viaje, y yo gemía bajo la presión intolerante del placer. F. voceaba un galimatías, y su saliva volaba en todas direcciones.

—Más, chupa, más, todo, todo —gemía F. (si es que recuerdo bien los sonidos).

Así existimos en algún ojo durante un instante: dos hombres metidos en un vertiginoso almacén de acero dirigido a Ottawa, cegados por un creciente éxtasis mecánico, mientras la vieja tierra de los indios quedaba sumida en hollín tras de nosotros, dos mangos apuntando a la eternidad, dos cápsulas desnudas llenas de un solitario gas lacrimógeno para detener el motín de nuestros cerebros, dos fieros gallos separados como gárgolas en diferentes rincones de una torre, dos pirulís sacrificiales (de color naranja en la luz del salpicadero) ofrecidos ante la carretera quebrada.

—¡Ay ay ay ay ay! —gritó F., desde lo alto de su clímax.

—Slof tlif —sonaron los géiseres de su semen al golpear el salpicadero (probablemente era el mismo sonido de un salmón nadando contra corriente y destrozándose el cráneo contra escollos submarinos).

En cuanto a mí, sabía que un último tirón me aliviaría; suspendido al borde del orgasmo como un paracaidista junto a la puerta zumbante, me sentí de repente desamparado, me sentí de repente desprovisto de deseo, y de repente me sentí más despierto (en aquella fracción de segundo) que jamás en toda mi vida.

—¡Esa pared!

La pared ocupó la totalidad del parabrisas, primero como un borrón, luego enfocada con precisión, como si un experto hubiera ajustado el microscopio (cada uno de los granos de una expresiva película tridimensional —¡brillante!, ¡exacta!— y en cámara rápida de la piel de la luna), y por fin el limpiaparabrisas emborronado otra vez mientras la pared chocaba contra los cristales de los faros... Vi un gemelo de F. rozando el borde del volante como una tabla de *surf*...

—¡Vida mía! Ehhhhffff...

—Rrrriiiiiippppp —hizo la pared.

Atravesamos la pared, porque estaba formada por un lienzo de seda pintada. El coche se precipitó sobre un campo vacío, con la tela rasgada adherida al emblema cromado del Mercedes. Los faros, que no habían sufrido daño alguno, iluminaron un puesto de perritos calientes totalmente entablado, mientras F. echaba el freno. Sobre el mostrador de madera advertí una botella vacía con una chapa perforada. La

contemplé, con la mirada perdida.

—¿Te has corrido? —preguntó F.

Mi polla colgaba de la cremallera como un hilo extraviado.

—Qué pena —dijo F.

Yo empecé a temblar.

—Te has perdido una corrida increíble.

Coloqué los puños crispados encima del salpicadero y posé la frente sobre ellos, llorando espasmódicamente.

—Nos dio mucho trabajo armar la cosa, alquilar el aparcamiento y todo lo demás.

Sacudí la cabeza.

—¿Nosotros? ¿Qué quieres decir con «nosotros»?

—Edith y yo.

—¿Edith estaba mezclada en esto?

—¿Qué me dices de ese segundo antes, cuando estabas a punto de dispararte?

¿No notaste el vacío? ¿No lograste la libertad?

—¿Sabe Edith de nuestras asquerosas actividades?

—Deberías haber continuado, amigo mío. No estabas conduciendo. No podías hacer nada, lisa pared se te echaba encima. Te perdiste una gran corrida.

—¿Sabe Edith que somos maricas?

Le eché los brazos al cuello con intención asesina. F. sonrió. ¡Qué delgados y encanijados mis puños en la sombría luz naranja! F. retiró mis dedos como si fueran un collar.

—Calma, calma. Sécate los ojos.

—F., ¿por qué me torturas?

—¡Oh, amigo mío, estás tan solo! Cada día te encuentras más solo. ¿Qué ocurrirá cuando ya nos hayamos ido?

—¡Qué coño te importa! ¿Cómo te atreves a suponer que me enseñas algo? Eres un farsante. ¡Eres un fanfarrón! ¡Eres la vergüenza del Canadá! ¡Has destrozado mi vida!

—Todas esas cosas pueden ser ciertas.

—¡Cochino bastardo! ¿Cómo te atreves a admitir que son ciertas?

Se inclinó hacia delante para poner el contacto y miró a mi regazo.

—Abróchate. El camino hasta el Parlamento es frío y largo.

Llevo bastante tiempo escribiendo sobre estos acontecimientos verídicos. ¿Me he acercado algo más a Kateri Tekakwitha? El cielo es muy extraño. No creo que me entretenga nunca con las estrellas. No creo que llegue nunca a poseer una guirnalda. No creo que los fantasmas susurren mensajes eróticos sobre mi pelo tibio. Nunca encontraré un modo digno de llevar en el autobús una bolsa marrón con el almuerzo. Asistiré a entierros, pero no me harán recordar nada. Hace años y años, F. dijo: Cada día te encuentras más solo. Esto sucedió hace muchos años. ¿Qué pretendía F. al aconsejarme que me echara sobre una santa? ¿Qué es un santo? Un santo es alguien que ha alcanzado una posibilidad humana remota. Es imposible definir qué es esa posibilidad. Creo que tiene algo que ver con la energía del amor. El contacto con esta energía origina el ejercicio de una especie de equilibrio en medio del caos de la existencia. Un santo no resuelve el caos: si lo hiciera, hace mucho tiempo que el mundo habría cambiado. No creo que un santo resuelva el caos ni siquiera en su provecho, pues hay algo de arrogancia y belicosidad en la idea de un hombre que pone en orden el universo. Es esa especie de equilibrio lo que constituye su gloria. Recorre la nieve como un esquí escapado. Su recorrido es la caricia de una colina. Su rastro es como un dibujo de la nieve en un momento en que ésta se ordena de modo peculiar con el viento y las rocas. Hay algo en él que ama tanto al mundo como para entregarse a las leyes de la gravedad y del azar. Lejos de volar con los ángeles, traza con la fidelidad de una aguja de sismógrafo el estado del paisaje sólido y sanguinario. Su hogar es peligroso y finito, pero cuando está en el mundo se encuentra como en casa. Puede amar las formas de los seres humanos, las finas y retorcidas formas del corazón. Es una suerte que tengamos entre nosotros a tales hombres, a tales monstruos equilibradores del amor. Esto me lleva a pensar que los números que hay en la bolsa corresponden perfectamente a los números de los sorteos que hemos comprado a tan alto precio, de forma que el premio no es una ilusión. ¿Pero para qué tirarme a uno de ellos? Recuerdo haber baboseado una vez el muslo de Edith. Chupaba y besaba aquella cosa larga y morena, y era Muslo, Muslo, Muslo, Muslo que se ablandaba y flotaba en un perfume de tocino hasta el montículo del Coño, Muslo que se afilaba y endurecía en tanto yo seguía la dirección de sus pelillos y rebotaba hasta la Rodilla. No sé qué haría Edith (tal vez uno de sus magníficos chorros lubricantes) o qué haría yo (tal vez una de mis misteriosas rociadas de saliva), pero de repente mi cara se humedeció y mi boca se deslizó sobre la piel; no se trataba del Muslo ni de ninguna frase escrita en la pizarra por un colegial (ni tampoco estaba yo Jodiendo): era simplemente una forma de Edith: luego era simplemente una forma humanoide: luego era simplemente una forma... y por un bendito instante dejé de verdad de estar solo, formaba parte de una familia. Ésa fue la primera vez que hicimos el amor. No volvió a suceder. ¿Es eso lo que me harás sentir, Catherine Tekakwitha? ¿Pero no estás muerta? ¿Cómo se me ocurre acercarme a una santa

muerta? La búsqueda como tal parece una insensatez. No soy feliz aquí, en la vieja casa de troncos de F. Hace mucho que ha pasado el final del verano. Tengo el cerebro destrozado. Mi carrera está hecha añicos. ¡Oh, F.! ¿Es éste el entrenamiento al que planeabas someterme?

Catherine Tekakwitha fue bautizada el dieciocho de abril (el Mes de las Hojas Brillantes) del año 1676.

Por favor, Edith, vuelve conmigo. Bésame, amor mío. Te quiero, Edith. Vuelve a la vida. No puedo estar solo por más tiempo. Creo que tengo arrugas y mal aliento. ¡Edith!

Unos días después de su bautismo, Catherine Tekakwitha fue invitada a una gran fiesta en Quebec. Estaban presentes el Marqués de Tracy, el intendente Talón, el gobernador M. de Courcelle, el jefe Mohawk Kryn, que era uno de los más feroces conversos a quien haya domeñado jamás la Cristiandad, y muchos distinguidos señoras y caballeros. Sus cabellos exhalaban perfume. Eran elegantes, pero de la manera como sólo los ciudadanos a dos mil millas de París pueden serlo. El ingenio florecía en todas las conversaciones. No se ofrecía la mantequilla sin pronunciar un aforismo. Discutían sobre las actividades de la Academia Francesa de Ciencias, que sólo tenía diez años de antigüedad. Algunos invitados lucían relojes de resorte de bolsillo, una nueva invención relojera que estaba extendiéndose rápidamente por Europa. Alguien explicaba otro dispositivo, recientemente inventado, destinado a regular los relojes de pared: el péndulo. Catherine Tekakwitha escuchaba en silencio todo lo que se decía. Cabizbaja, recibía los cumplidos que suscitaban los bordados de canutillo de su túnica de piel de ciervo. La larga mesa blanca brillaba con la ostentación de la plata, el cristal y las tempranas flores primaverales, y por un instante sus ojos nadaron en el esplendor de la ocasión. Apuestos criados servían vino en copas que semejaban rosas de largos tallos. Cien llamas de vela se reflejaban y volvían a reflejar en cien piezas de cubertería de plata mientras los fragantes invitados se afanaban sobre sus lonchas de carne, y por una décima de segundo aquellos soles multiplicados y deslumbrantes hirieron su vista y le quitaron el apetito. Con un leve y brusco movimiento que no pudo dominar, la muchacha derribó de un manotazo su copa de vino. Contempló la mancha en forma de ballena, paralizada por la vergüenza.

—No es nada —dijo el Marqués—. No es nada, pequeña.

Catherine Tekakwitha permaneció en su sitio, inmóvil. El Marqués reanudó la conversación. Versaba ésta sobre una nueva invención militar que estaba siendo explotada en Francia, la bayoneta. La mancha se extendió rápidamente.

—Hasta el mantel está sediento de este buen vino —bromeó el Marqués—. No te asustes, chiquilla. Nadie te va a castigar por derramar una copa de vino.

A pesar de la discreta actividad de varios criados, la mancha seguía destiñendo áreas del mantel cada vez más amplias. La conversación languideció y los comensales prestaron atención a su notable avance. Ahora reivindicaba toda la extensión del mantel. La charla cesó del todo cuando un jarrón de plata se volvió púrpura, y los claveles que contenía sucumbieron a la misma influencia. Una hermosa dama lanzó un grito de dolor al ver que su fina mano se volvía púrpura. Una metamorfosis cromática total se produjo en cuestión de minutos. Quejas y juramentos resonaron a través del salón purpúreo mientras rostros, vestidos, tapices y mobiliario exhibían la misma sombra oscura. Más allá de las altas ventanas había islas de nieve que relucían a la luz de la luna. Toda la concurrencia, criados y amos, habían dirigido

sus miradas hacia fuera, como si quisieran encontrar más allá del salón contaminado la confianza de un universo multicolor. Ante sus ojos, esos montículos de la nieve primaveral quedaban oscurecidos por los tonos del vino derramado, y hasta la luna absorbía aquel matiz imperial. Catherine se puso de pie con lentitud.

—Supongo que les debo una disculpa.

Me da la impresión de que lo escrito más arriba es apocalíptico. La palabra apocalíptico tiene un origen interesante. Procede del griego apokaluptein, que significa descubrir o revelar. *Apo* es un prefijo griego que significa desde, derivado de. *Kaluptein* significa cubrir. Este vocablo es afín a *kalube*, que es cabina, y a *kalumma*, que significa velo de mujer. Por consiguiente, apocalíptico sirve para calificar aquello que se revela cuando se alza el velo de la mujer. ¿Qué habré hecho, qué no habré hecho, para levantar tu velo, para meterme bajo tu manta, Kateri Tekakwitha? No hallo mención de esta fiesta en ninguno de los biógrafos corrientes. Las dos fuentes principales de su vida son los jesuitas Padres Pierre Cholenec y Claude Chauchetière.

Ambos fueron confesores suyos en la misión Sault Saint-Louis, a la que Catherine Tekakwitha llegó en el otoño de 1667 (infringiendo la promesa hecha al Tío). Del P. Cholenec tenemos *Vie de Catherine Tegakouita, Première Vierge Iroquoise*, en manuscrito. Otra *Vie*, escrita en latín, fue enviada al P. General de la Compañía de Jesús en 1715. Del P. Chauchetière tenemos la *Vie de la B. Catherine Tekakouita, dite a présent la Sainte Sauvagesse*, escrita en 1695, cuyo manuscrito se custodia actualmente en los archivos del Collège Sainte-Marie. En esos archivos queda otro importante documento escrito por Remy (Abbé, P. S. S.), titulado *Certificat de M. Remy, curé de la Chine, des miracles faits dans sa paroisse par l'intercession de la B. Cath. Tekakwita*, escrito en 1696. Yo amo a los jesuitas porque vieron milagros. Honor al jesuita, que ha contribuido tanto a conquistar la frontera entre lo natural y lo sobrenatural. Bajo incontables disfraces, ora ministro del gobierno, ora en calidad de sacerdote cristiano, ora soldado, brahmán, astrólogo, ora confesor de un monarca, ora matemático, ora mandarín; por mil artimañas, atrayendo, persuadiendo, obligando a los hombres a reconocer, bajo el peso de todos los milagros registrados, que la tierra es una provincia de la Eternidad. Honor a Ignacio de Loyola, derribado por una bala francesa protestante en el sitio de Pamplona, porque en su habitación de enfermo, en la cueva de Manresa, este orgulloso soldado vio los misterios del cielo, y estas visiones originaron la poderosa Compañía de Jesús. Esta Comunidad se ha atrevido a afirmar que la cabeza en mármol de César es tan sólo una máscara de Dios, y en el ansia imperial por alcanzar el poder mundano ha descubierto el jesuita una divina sed de almas. Honor a mis maestros del orfanato del centro de Montreal, que olían a semen y a incienso. Honor a los sacerdotes de habitaciones llenas de muletas, que han comprendido una ilusión, que saben que la cojera es solamente un aspecto de la perfección, así como las malas hierbas son flores que nadie recoge. Honor a las murallas de muletas que son museos de malas hierbas. Honor al hedor alquímico de la cera quemada que pregona una intimidad con los vampiros. Honor a los salones abovedados en los que nos arrodillamos cara a cara ante el Acusador del Mundo, con su aureola de mierda. Honor a los que me prepararon para la heladora vigilia de esta

noche, única sardina material en una lata de fantasmas. Honor a aquellos viejos verdugos que no dudaban de las almas de sus víctimas, y que, como los indios, permitían que el poder del Enemigo nutriera las fuerzas de la comunidad. Honor a aquellos que creían en el Adversario y podían por tanto prosperar en el estilo viril del guerrero. Honor a los pupitres de nuestra vieja aula, a aquella pequeña armada de valientes que, año tras año, se enfrenta a la Inundación con una tripulación de novatos. Honor a nuestros libros mugrientos que eran dones municipales, y sobre todo al catecismo, que invitaba a la obscenidad marginal y contribuyó al mantenimiento del retrete como un emocionante templo de lo profano. Honor a las grandes losas de mármol con que estaban contruidos los cubículos, y a las que jamás podía adherirse ninguna mancha de caca. Aquí se encerraba la posibilidad antiluterana de una materia que sucumbía fácilmente al lavado. Honor al mármol existente en los Salones del Excremento, línea Maginot contra la invasión de la Falibilidad Pontificia. Honor a las parábolas del retrete de los huérfanos, donde la amarilla falla de la porcelana demostraba que una sola gota de agua era tan poderosa como la Edad de Hielo. Oh, en algún lugar, permitid que algo nos recuerde a nosotros, vigorosos huérfanos alineados en fila india, para usar una sola pastilla de jabón para las verrugas de los dedos de sesenta manos, con el fin de apaciguar a la Inspección. Honor al valiente muchacho —mi amigo F.— que se arrancaba las verrugas de un mordisco. Honor a aquel que no era capaz de hincarse los dientes, que era yo, cobarde de mí, el autor de esta narración, y que en este momento está amedrentado en su barraca sobre los ventisqueros del Canadá, y cuya verruga digital ha quedado deformada por varios años de erosión con el lápiz. ¿Puedo calentarme con honor? He ofendido a todos, y veo que estoy helado por la magia automática de todos.

—¡F.! ¡No te comas las verrugas!

—Me comeré las verrugas delante de todo el mundo. Tú deberías hacerlo también.

—Yo estoy esperando a que las mías desaparezcan.

—¿Qué?

—Que estoy esperando a que las mías desaparezcan.

—¿Que desaparezcan?

F. se dio un manotazo en la frente y corrió de cubículo en cubículo como un hombre despertando a todo un pueblo, abriendo todas las puertas y dirigiéndose a todas las máquinas acurrucadas allí.

—Salid, salid —gritaba F.—. Está esperando a que desaparezcan. Venid a ver al pobre hombre que está esperando a que desaparezcan.

Tropezando con sus largos pantalones caídos hasta los tobillos, mis compañeros de clase salieron en tropel de los cubículos, sujetando torpemente las partes sin elástico de su ropa interior. Salieron apresuradamente, algunos en plena masturbación, historietas deslizándose por las rodillas, información romántica

garrapateada en la puerta barnizada a medio leer. Se aproximaron a nosotros formando un círculo, empujando para ver al fenómeno de F. Él agitó mi mano en el aire, como en un gesto boxístico, y yo me quedé colgando de su presa, mientras todo mi cuerpo se marchitaba como un manojito de tabaco a punto de ser subastado por el enano botones de Liggett and Myers.

—No me humilles, F. —supliqué.

—Acercaos, muchachos. Mirad al hombre que sabe esperar. Mirad al hombre que tiene mil años en sus manos.

Sacudieron sus caras arracimadas con incredulidad.

—No me perdería esto por nada del mundo —dijo uno de ellos.

—Ja, ja, ja.

F. hizo descender mi mano sin soltarme, y caí a sus pies como un fardo. Colocó el tacón de su zapato Charity sobre mi dedo pulgar con la presión precisa para que yo renunciara a cualquier idea de huida.

—Bajo el pie tengo la mano que con un solo gesto de adiós cree despedirse de una serie de verrugas.

—Jo, jo.

—¡Qué gracioso!

Eh, lector, ¿se da usted cuenta de que esto lo escribe un hombre? Un hombre como usted, que ansiaba poseer un corazón heroico. En su aislamiento ártico, un hombre escribe esto, un hombre que detesta su memoria y lo recuerda todo, que una vez fue tan orgulloso como usted, que amaba a la sociedad como sólo un huérfano es capaz de hacerlo, que la amaba lo mismo que un intruso en el país de jauja. Un hombre como usted está escribiendo este atrevidísimo pasaje, un hombre que soñaba como usted con el liderazgo y la gratitud. No, por favor, retortijones no, retortijones no. Quitadme los retortijones y prometo no interrumpirme jamás, os lo juro. Oh vosotros, Dioses y Diosas del Suceso Puro.

—Jo, jo.

—Para morir de risa.

Esto sucedió una mañana temprano. No había mucho sol tras las opacas ventanas enrejadas del retrete, pero no se nos permitía usar las luces por las mañanas salvo en invierno. Una sucia luz de acuario en la que las cosas que deberían destellar sólo brillaban como una moneda de medio dólar escondida en un pequeño recipiente de jalea de petróleo. Cada una de las blancas pilas, cada uno de los clavos de las paredes medianeras de los cubículos (para que no treparas) tenían su mano de Vaselina. Lo que más brillaba de todo eran las rótulas desnudas de mi desdeñoso auditorio, lo más blanco de todo eran las espinillas, de color blanco desvaído, de los pituitarios muchachos de más edad a quienes les empezaba a crecer el vello. Con una aspiración de aire, F. acalló sus risas. Traté de lograr que se fijara en mí para poder rogarle. Estaba echado, esperando ser castigado, sobre las losas de mármol de color Vaselina. Comenzó su arenga en un tono objetivo, pero barrunté lo que iba a suceder a

continuación.

—Algunos creen que la verruga desaparecerá. Algunos son de la opinión de que la verruga se esfumará con el tiempo. Algunos se muestran completamente reacios a tener en cuenta la verruga. Hay incluso quienes niegan la existencia de verrugas. Hay quienes alegan que la verruga es hermosa y la fomentan dondequiera se produce. Algunos arguyen que las verrugas son útiles, que son susceptibles de educación y que pueden aprender a hablar. Han surgido expertos en esta materia. Se han desarrollado teorías referentes a las técnicas. Al principio los métodos eran brutales. Se formó una escuela en torno a la idea de que a las verrugas no se las debe coartar. Un bando radical cree que la verruga puede dominar solamente lenguas del grupo chino. Un grupo de lunáticos considera un error obligar a la verruga a aprender cualquier lenguaje humano, pues existe una única lengua de verruga que los instructores mismos deben comenzar por aprender. Un escasísimo grupo de individuos fidedignos insisten en que la verruga es ya voluble, y lo ha sido siempre, y que sólo falta aprender el modo de escuchar.

—Al grano, F.

—¿Entonces qué?

—¿Cuánto tenemos que esperar para la tortura?

Habiéndoles aburrido con gran audacia, F. inició a continuación la dramática fase del credo. Apretó su talón hacia abajo para arrancarme un grito. De repente todo era Vaselina, y la luz era como los agujeros de flotantes pececillos muertos, y se tenía la sensación de que todos los retretes estaban atascados y que los profesores tendrían que venir ahora a aprender un montón de cosas sobre nosotros.

—No creo que la verruga «desaparezca». Para mí la verruga es fea. Soy un hombre sencillo. En realidad, ya está bien de charla, desde mi punto de vista. Para mí, una verruga es un secreto que no *quiero* guardar. Cuando veo una verruga pienso en un escalpelo.

—¡Ahhh!

Cuando dijo su última palabra había extendido la mano en ademán de saludo. El saludo terminaba en un cortaplumas, del mismo modo que una bayoneta ilustra inequívocamente el uso de un rifle. Los huérfanos jadearon.

—Cuando veo una verruga pienso en una Rápida Extracción. Pienso en Antes y Después. Pienso en Medicamentos Milagrosos. Pienso en sólo Diez Días.

—Sigue, sigue.

—Pienso en suyo por sólo... Pienso Pruebe Este Método CIENTÍFICO CASERO. Pienso MÁNDENME MUESTRA GRATUITA. ¡Agarradle, tíos!

Se lanzaron como un enjambre sobre mí y me pusieron de pie. Me agarraron del brazo y lo estiraron del todo. Se colocaron en línea a lo largo de mi brazo, como marineros tirando de una cuerda. Sus espaldas estorbaban y no podía ver mi mano. Alguien aplastó mi palma contra la porcelana y extendió mis dedos.

—Sí —gritó F. por encima del clamor—, pienso actuar ahora. Pienso... No os

detengáis. Pienso Esta Oferta Expira.

—¡Socorro!

—Cerradle la boca.

—Mmmmmm. Mmmmmm.

—¡Ahora! ¡Cortad! ¡R-a-a-a-jad!

Traté de imaginar que yo era solamente una de aquellas espaldas que tiraban del brazo, sólo uno de los marineros, y que a lo lejos estaban cortando mantequilla.

La narración de la fiesta de Catherine Tekakwitha es apocalíptica, como iba diciendo. En realidad fue mi esposa, Edith, quien me contó este relato. Recuerdo aquella tarde perfectamente. Acababa de regresar de un fin de semana en Ottawa, donde F. me había facilitado el acceso a los Archivos. Los tres estábamos usando la lámpara de rayos ultravioleta en nuestro apartamento del sótano. F. dijo que yo era el único que podía echarme desnudo, porque tanto él como Edith habían visto mi polla, pero no se habían visto sus partes (mentira). La lógica de F. era infalible, pero no obstante me daba vergüenza quitarme los calzoncillos delante de ellos, y era cierto que nunca habría permitido a Edith quedarse desnuda ni a F. pavonearse por ahí.

—Pero preferiría no hacerlo —dije débilmente.

—Tonterías, querido.

—Por lo menos uno de nosotros debería coger un buen bronceado.

Me miraron mientras los hacía rodar sobre mis rodillas, preocupado por si no me había limpiado bien y quedaban restos. A decir verdad, me pareció que F. me utilizaba como un anuncio de su propio cuerpo. Yo era la cartelera hecha jirones anunciando su realidad. A juzgar por su expresión, parecía decirle a Edith: si una cosa como ésa puede respirar y levantarse cada mañana, imagínate cuánta jodienda puedes conseguir de mí.

—Échate entre nosotros.

—Ábrete de piernas.

—Retira las manos.

Y cuando Edith se embadurnó con el Sun and Sky no supe si conseguir o no una erección. En las noches de domingo, como la presente, Edith y F. solían inyectarse un poco de heroína, que es inocua y más segura que el alcohol. En aquellos días era yo todavía de la vieja escuela y la consideraba una droga asesina, por lo que siempre rehusaba su ofrecimiento de incluirme a mí. Aquella noche me pareció que se mostraban extremadamente ritualistas mientras preparaban la jeringa hipodérmica y «tostaban» el «caballo».

—¿Por qué estáis los dos tan solemnes?

—Oh, no es nada.

Edith se lanzó sobre mí y me abrazó con fuerza, y luego F. se le unió, y yo sentí algo así como un sueño Maidenform^[16] en un aeropuerto para pilotos kamikaze que estuvieran despidiéndose.

—¡Fuera! No tenéis que hacerme la pelota. No voy a chivarme.

—Adiós, querida mía.

—Adiós, amigo del alma.

—Oh, empezad de una vez los dos. Seguid, degenerados, volad a vuestro Paraíso sostenido por muletas.

—Adiós —volvió a decir tristemente Edith, y yo debería haberme olido que ésa no era una noche de domingo como las demás.

Se afanaron entre sus venas buscando una que todavía llevara sangre, perforaron la carne con las agujas, esperaron la señal roja de un «acierto», y entonces inyectaron la solución en la circulación. Retirando bruscamente las agujas, cayeron hacia atrás en el sofá. Tras unos minutos de estupor, Edith dijo:

—¡Vida mía!

—¿Qué pasa?

—No contestes tan rápido.

—Sí —dijo F.—. Haznos un favor.

—No puedo seguir mirando esto. Mi mujer y mi amigo.

Con enfado, a zancadas, entré en el dormitorio, cerrando la puerta de golpe. Supongo que al marcharme verían mis nalgas borrosamente. Una de las razones por las que me marché fue que verles usar las agujas me producía siempre una erección y, como había decidido no tener ninguna cuando se untaban el Sun and Sky, pensé que tenerla ahora me colocaría en una situación anormal. En segundo lugar quería registrar subrepticamente los cajones de Edith, lo que hacía todas las noches de los domingos mientras ellos continuaban insensibles en su mundo narcótico, y esta inspección ilícita, debido a muchos fracasos que esta crónica ha aclarado, se había convertido en mi diversión fundamental. Pero ésta no era una noche de domingo común y corriente.

Lo que más me gustaba era su cajón de cosméticos, porque era brillante y fragante, y las botellitas se volcaban en su interior al abrirlo, y una solitaria patilla femenina de blanca raíz podía quedar adherida a las pinzas, o la huella de su pulgar sobre la aceitosa tapa de una polvera... era extraño, pero gracias a estas pruebas podía aproximarme en cierto modo a su belleza, de la misma forma que un millar de peregrinos acarician una reliquia, un órgano de santo en formaldehído que pocos hubieran aclamado en carne y hueso. Agarré el tirador del cajón, imaginando el agradable tintineo, cuando vi con sorpresa que no había nada en el cajón, salvo cristales aplastados, dos rosarios baratos, varias ampollas de líquido incoloro y algunos trozos de papel. El fondo de madera del cajón estaba húmedo. Cuidadosamente extraje uno de los trozos de papel que resultó ser un vale.

VALE POR UN LIBRO GRATIS

**Métodos Científicos Dept. FI-464
134 E. C. 92, Nueva York 28. N. Y.**

Ruego me envíen a la mayor brevedad posible el libro GRATIS sobre el Método Casero de Adelgazamiento de Piernas Gruesas, por paquete postal en papel de estraza marcado con la indicación «Personal», sin ninguna obligación por mi parte.

Nombre
Dirección
Ciudad Zona
Estado

¡Pero las piernas de Edith eran hermosas! Y había además este otro:

PIERNAS DELGADAS

¡Consiga curvas armoniosas en tobillos, pantorrillas, rodillas, muslos, caderas!

Las piernas flacas privan de atractivo al resto de su figura. Ahora por fin puede usted también permitirse mejorar las piernas mal desarrolladas, por motivos normales, y rellenar aquella parte de la pierna que usted desee, o toda la extensión de sus piernas, como muchas mujeres han logrado siguiendo este nuevo método científico. ¡Una renombrada autoridad en materia de piernas con años de experiencia le ofrece este probado y acreditado curso científico —sólo 15 minutos diarios— en la intimidad de su hogar. Contiene ilustraciones detalladas de esta fácil técnica CIENTÍFICA DE PIERNAS, con sencillas instrucciones: cómo lograr piernas armoniosas y más fuertes, mejorar el color de la piel y la circulación de las piernas.

OFERTA GRATUITA por tiempo limitado

Para recibir su libro gratis sobre el Método Casero de Desarrollo de Piernas Flacas, en discreto paquete postal, sin ningún compromiso por su parte, bastará con que mande su nombre y dirección.

**MÉTODOS CIENTÍFICOS, Dept. SL-418
134 E. Calle 92, Nueva York 28**

¿Qué pasaba aquí? ¿Qué interés podía tener Edith en estas patéticas invitaciones? ¿Qué sucedía en la calle 92,134 Este? ¿Era un estanque para piernas amputadas? En un rincón del cajón, medio empapado, estaba el comienzo de la explicación. Lo recuerdo todavía como si lo viera. Puedo aún reproducirlo en mi mente palabra por palabra.

Con el papel en el puño salí corriendo del dormitorio. Edith y F. estaban dormidos

en el lecho, respetablemente separados. Sobre la mesita del salón habían sido esparcidos los horribles adminículos de su hábito, las agujas, los cuentagotas, el cinturón, y... una docena de Ampollas de Agua Perpetua de Lourdes vacías. Los sacudí por la ropa.

—¿Cuánto hace que empezó esto?

Me acerqué a cada uno de ellos aproximando el anuncio ante sus mismas narices.

—¿Cuánto tiempo lleváis metiendo esto en vuestros cuerpos?

—Díselo, Edith —susurró F.

—Esta es la primera vez que lo hemos usado.

—Díselo todo, Edith.

—Sí, quiero saberlo todo.

—Hemos hecho una mezcla.

—Hemos mezclado dos tipos de agua.

—Escucho.

—Bueno, parte del agua era de las Ampollas de Lourdes y parte era de...

—¿Y bien?

—Díselo, Edith.

—Era del Manantial de Tekakwitha.

Cuentas con Agua de la Fuente Milagrosa de Lourdes
El punto exacto donde Santa Bernadette tuvo
la Visión de la Santísima Virgen María



Ahora

\$ 2.98

cada uno

Examínelo

10 días

GRATIS

Imagínese —en sus manos, tocándola con sus propios dedos, VIÉNDOLA CON SUS PROPIOS OJOS— el agua de la Fuente milagrosa de Lourdes, ¡permanentemente precintada en cuentas de rosario transparentes! ¡La segunda, tercera y cuarta (Ave María) cuenta de este insólito nuevo rosario contienen realmente agua de la fuente milagrosa creada por la Santísima Virgen! Es la misma agua que ha ayudado a miles de enfermos, cojos y ciegos, a curarse. El rosario está bellamente manufacturado, con cuentas pulimentadas al fuego y cruz y cadena plateadas. Exquisitamente empaquetado en un estuche plástico de joyería con terciopelo azul royal. Cuentas a elegir de: Diamante Claro Azul zafiro Ebonita Negra. No envíe dinero ... pague solamente 2.98 \$ por cada uno (más gastos de envío) al recibirlo. O ahórrase los gastos y envíe ahora los 2.98 \$. Recibirá GRATIS UNA AMPOLLA PERPETUA DE AGUA DE LOURDES con cada rosario, y también GRATIS el folleto de seis páginas «El Milagro de Lourdes» si se decide AHORA. Si no queda enteramente satisfecho, puede devolver los rosarios en los 10 días siguientes, y le será reembolsado su dinero.

GRATIS

AMPOLLA
PERPETUA
DE AGUA
DE LOURDES

llena hasta el borde con el agua que ha curado miles de ceguerras, cojeras, toda clase de enfermedades, hasta el temido cáncer, hecha de vidrio soplado; ideal para llevarla siempre encima.



REVELATION CLUB, INC., Dept. 423, 623 Madison Ave., New York, N.Y. 10022

—¿De modo que ya no sois drogadictos?

—¿Es eso todo lo que querías preguntar? —dijo F. con aburrimiento.

—Déjale en paz, F. Siéntate entre nosotros.

—No me gusta sentarme entre vosotros desnudo.

—No miraremos.

—Está bien.

Comprobé que tenían los ojos cerrados con una cerilla, les amagué con unos cuantos puñetazos inofensivos, y cuando estuve seguro de que no estaban atisbando me senté.

—Bueno, ¿y qué efecto produce eso?

—No lo sabemos.

—Dile la verdad, Edith.

—Sí lo sabemos.

Y como si estuviera a punto de iniciar una explicación con una anécdota, Edith buscó a tientas mi mano y me contó la historia de la Fiesta de Catherine Tekakwitha celebrada en Quebec hace largo tiempo. F. me cogió la otra mano mientras ella hablaba. Creo que ambos estaban llorando, porque había mucosidad en su voz, y F. parecía estar temblando como alguien que se fuera quedando dormido. Aquella noche, en el dormitorio, Edith hizo todo lo que yo quería. No tuve que emplear ningún telemando para su boca activa. Una semana más tarde estaba bajo el ascensor, un «suicidio».

Me muero de frío en esta condenada casa de troncos. Pensaba que la Naturaleza sería más agradable que mi cocinita del sótano llena de semen. Pensaba que el ruido de los pájaros sería más suave que el ruido del ascensor. Algunos expertos provistos de magnetófonos dicen que lo que identificamos como una sola nota de un pájaro contiene realmente diez o doce tonos con los que el animal trenza muchas armonías diferentes, bellamente fluidas. Esto lo demuestran reduciendo la velocidad de la cinta. ¡Exijo el Seguro Obligatorio! ¡Exijo una operación! Quiero que me cosan a la cabeza un transistor lento. O si no, que la Ciencia mantenga sus perspicacias al margen de los periódicos. El verano canadiense pasó como una máscara de carnaval, mientras que ahora el paisaje se mantiene frío día tras día. ¿Son éstos todos los caramelos que nos dan? ¿Dónde está el mundo de ciencia ficción del mañana que nos prometieron para hoy? Exijo un cambio de clima. ¿Qué bravata me impelió a venir aquí sin mi radio? Tres meses sin mi radio, tarareando los Diez Principales ya anticuados; mis Diez Principales, retirados bruscamente de la Historia, excluidos de los dinámicos cambios de la industria de los tocadiscos automáticos: mis pobres Diez Principales, que ningún adolescente de trece años vigoriza con un resbaladizo magreo en la alfombra ante el equipo de alta fidelidad; mis archiserios Diez Principales, que atravesáis al paso de la oca mi cabeza, como los generales de una junta que no saben que el golpe de estado se ha puesto en escena la noche misma del baile de etiqueta; mis queridos y viejos Diez Principales, que semejáis un batallón de conductores de tranvía de puños galoneados en oro, que conducen pacientemente por mor de la antigüedad y el retiro, en tanto el metro ha sido decretado en una sala de consejo de administración y todos los tranvías están en los museos; mis torpes Diez Principales, de eléctricos ecos y ansiosas voces púberes que gritan en mi corazón como un escuadrón de majorettes con los muslos desnudos que dieran volteretas ante los bancos vacíos: los delicados tirantes de sus sostenes, hinchando la piel siempre tan suavemente, su brillante ropa interior fluorescente, fulgurando bajo sus falditas plisadas vueltas del revés, mientras giran sobre sus bastones; sus firmes culitos de temple escolar, revestidos de satén, entrenados merced a la gimnasia, rá rá rá, describiendo franjas, indescriptiblemente encantadoras y breves, en forma de arco iris malva y naranja; las redondas boquillas de sus megáfonos entibiadas de Almas Mater y del aroma de las barras de labios blancas, ¿y para quién son estas húmedas acrobacias en tecnicolor?; ¿para quién esos arcos excitantes, de bragas exhibidas a falda descubierta, que resplandecen en medio de los aplausos como otros tantos higos frescos expertamente pelados, sí, un millón de secretos sórdidos en cada bolso cerrado, girando bajo los húmedos bordes y penetrando en la rechoncha boca del tiempo?; ¿para quiénes navegáis, culitos de los Diez Principales? El Jefe de La Cuadrilla yace lacerado debajo de su Honda en un naufragio de expectativas de empleo: el fantasmal defensa negro se desliza por el campo de rugby invernal en pos

de los premios de la Escuela de Derecho, y el afortunado balón de fútbol en el que firmasteis un autógrafo hace fotografías de la luna. Oh, mis pobres Diez Principales, que deseáis perecer en medio de la popularidad, he olvidado mi radio, de manera que languidecéis con los otros zombies en mi memoria, vosotros, cuyo único honor es hacerlos el hara-kiri con el filo embotado de los brazaletes de identificación que os fueron devueltos; mis aburridos Diez Principales, que esperáis ser olvidados como globos y cometas escapados, como entradas de cine usadas, como bolígrafos secos, como pilas viejas, como abrelatas de sardinas retorcidos, como bandejas con particiones de aluminio para comer ante el televisor, vacías y deformadas... os atesoro como la materia de mi enfermedad crónica, os sentencio a trabajos forzados de Himno Nacional, os niego el martirio en la Lista de Éxitos de mañana, os convierto en bumerangs, mis queridos kamikazes; queréis constituir las Tribus Extinguidas, pero yo quemo los brazaletes numerados, escancio drogas milagrosas en la Casa de la Muerte, de los puentes cuelgo redes para suicidas. Santos y amigos, ayudadme a escapar de la Historia y del Estreñimiento. Haced que los pájaros canten más despacio, haced que yo escuche más deprisa. Retírate de esta casa de troncos, Oh Dolor, rana trepadora, tan ancha como la industria.

—Estoy enfermo, pero no demasiado —dijo el Tío de Catherine Tekakwitha.

—Permíteme que te bautice —dijo el Ropa-Negra.

—No dejes que una sola gota de tu agua caiga sobre mí. He visto morir a muchos después de que los tocaras con tu agua.

—Estarán ahora en el Cielo.

—El Cielo es un buen lugar para los franceses, pero yo deseo estar entre los indios, porque los franceses no me darán nada de comer cuando llegue allí, y las mujeres francesas no se acostarán con nosotros bajo los sombríos abetos.

—Todos procedemos del mismo Padre.

—Ah, Ropa-Negra, si fuéramos de un mismo Padre sabríamos hacer cuchillos y chaquetas tan bien como tú.

—Escucha, anciano, en el cuenco de mi mano llevo una gota mística que puede librarte de una eternidad de sufrimientos.

—¿Se puede cazar en el Cielo, o hacer la guerra, o ir a fiestas?

—¡Oh, no!

—Entonces no iré. No está bien ser holgazán.

—Fuego infernal y demonios torturantes te esperan.

—¿Por qué has bautizado a nuestro enemigo el hurón? Él llegará al Cielo antes que nosotros y nos echará cuando lleguemos.

—Hay sitio para todos en el Cielo.

—Si hay tanto espacio, Ropa-Negra, ¿por qué guardas la entrada tan celosamente?

—Queda poco tiempo. Seguramente te irás al infierno.

—Hay mucho tiempo, Ropa-Negra. Si tú y yo habláramos hasta que la comadreja trabara amistad con el conejo, no romperíamos la cuerda de los días.

—Tu elocuencia es diabólica. Te espera el fuego, anciano.

—Sí, Ropa-Negra, un pequeño fuego sombrío, alrededor del cual se sentarán las sombras de mis parientes y antepasados.

Cuando el jesuita le dejó, llamó a Catherine Tekakwitha.

—Siéntate a mi lado.

—Sí, Tío.

—Levanta la manta que me cubre.

—Sí, Tío.

—Mira este cuerpo. Es el cuerpo de un viejo mohawk. Mira atentamente.

—Estoy mirando, Tío.

—No llores, Kateri. No vemos bien a través de las lágrimas, y aunque lo que vemos a través de las lágrimas sea brillante, también está deformado.

—Te miraré sin lágrimas, Tío.

—Quítame toda la ropa y mírame de cerca. —Sí, Tío.

—Mira durante mucho tiempo. Mira atentamente. Mira y mira.

—Haré como dices, Tío.

—Hay mucho tiempo.

—Sí, Tío.

—Tus Tías están espiando a través de los huecos que hay entre la corteza, pero no te distraigas. Mira y mira.

—Sí, Tío.

—¿Qué es lo que ves, Kateri?

—Veo un viejo cuerpo mohawk.

—Mira y mira, y te diré lo que sucederá cuando el espíritu comience a abandonar mi cuerpo.

—No puedo escuchar, Tío. Ahora soy cristiana. Ay, no me lastimes la mano.

—Escucha y mira. Lo que yo te digo no puede ofender a ningún dios, ni a los tuyos ni a los míos, ni a la Madre de la Barba ni a la Gran Liebre.

—Escucharé.

—Cuando no quede viento en mis fosas nasales, el espíritu de mi cuerpo comenzará un largo viaje hacia el hogar. Mira este cuerpo, arrugado y lleno de cicatrices, mientras te hablo. El hermoso espíritu de mi cuerpo comenzará un duro y peligroso viaje. Muchos no terminan este viaje, pero yo sí. Cruzaré un río traicionero de pie sobre un tronco. Los furiosos rápidos tratarán de arrojarme contra rocas puntiagudas. Un perro enorme me morderá los talones. Entonces seguiré un estrecho sendero entre rocas que danzan y entrechocan, y muchos quedarán aplastados, pero yo bailaré con las rocas. Mira este viejo cuerpo mohawk mientras te hablo, Catherine. Junto al sendero hay una choza de cortezas. En la choza vive Oscotarach, el Taladrador de Cabezas. Permaneceré debajo de él, y me sacará el cerebro del cráneo. Esto es lo que hace con todos los cráneos que pasan por ahí. Es la preparación necesaria para la Caza Eterna. Mira este cuerpo y escucha.

—Sí, Tío.

—¿Qué es lo que ves?

—Un viejo cuerpo mohawk.

—Bueno. Tápame ahora. No llores. No moriré ahora, soñaré con mi curación.

—Oh, Tío, soy muy feliz.

Tan pronto como Catherine Tekakwitha, sonriendo, abandonó la larga casa, sus crueles Tías cayeron sobre ella con puñetazos y juramentos. Ella cayó bajo sus golpes. *«Ce fut en cette occasion»,* escribe el P. Cholenec, *«qu'elle declara ce qu'on aurait peut-être ignoré, si elle n'avait pas été mise à cette épreuve, que, par la miséricorde du Seigneur, elle ne se souvenait pas d'avoir jamais terni la pureté de son corps, et qu'elle n'appréhendait point de recevoir aucun reproche sur cette article au jour du jugement»*^[17].

—¡Has jodido con tu Tío! —gritaron.

—¡Has descubierto su desnudez!

—¡Has atisbado su órgano!

La arrastraron hasta el sacerdote, que era el P. de Lamberville.

—Aquí hay una pequeña cristiana para usted. ¡Ha jodido con su tío!

El sacerdote despidió a las pululantes salvajes y examinó a la joven, que estaba extendida sangrando en el suelo junto a él. Cuando estuvo satisfecho la levantó.

—Vives aquí como una flor entre espinas envenenadas.

—Gracias, Padre mío.

Hace mucho tiempo (al parecer), desperté en mi cama al lado de E, que me tiraba de los pelos.

—Ven conmigo, amigo mío.

—¿Qué hora es, E?

—Es el verano de 1964.

Había una extraña sonrisa en su cara que yo no había visto antes. No puedo explicarlo, pero me hacía sentirme tímido, por lo que crucé las piernas.

—Levántate. Vamos a dar un paseo.

—Vuélvete de espaldas mientras me visto.

—No.

—Por favor.

Retiró la sábana de mi cuerpo, todavía pesado de sueño y de los sueños de una esposa perdida. Sacudió la cabeza lentamente.

—¿Por qué no hiciste caso a Charles Axis?

—Por favor, F.

—¿Por qué no hiciste caso a Charles Axis?

Apreté más mis muslos y me puse el gorro de dormir sobre el vello del pubis. F. me miraba implacablemente.

—Confiesa. ¿Por qué no hiciste caso a Charles Axis? ¿Por qué no enviaste aquel vale aquella lejana tarde en el orfanato?

—Déjame en paz.

—Mírate el cuerpo nada más.

—Edith no tenía queja de mi cuerpo.

—¡Ja!

—¿Te dijo alguna vez algo sobre mi cuerpo?

—Muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Dijo que tienes un cuerpo arrogante.

—¿Qué demonios significa eso?

—Confiesa, amigo mío. Confiesa lo de Charles Axis. Confiesa tu pecado de orgullo.

—No tengo nada que confesar. Ahora vuélvete de espaldas y me vestiré. Es demasiado temprano para tus Koans^[18] baratos.

Como un rayo, me retorció el brazo con media nelson, y con un nuevo retorcimiento me arrancó de la nostálgica cama, y me obligó a colocarme frente al espejo de cuerpo entero del cuarto de baño. El gorro de dormir se había adherido milagrosamente al estropajoso mechón de mi vello púbico. Cerré los ojos.

—¡Huy!

—Mira. Mira y confiesa. Confiesa por qué despreciaste a Charles Axis.

—No.

Él tensó aún más la llave.

—¡Oh, oh, oh, por favor! ¡Socorro!

—¡La verdad! Desdeñaste el vale a causa de un pecado de orgullo, ¿verdad? Charles Axis no era suficiente para ti. En tu cerebro insaciable acariciabas un deseo indecible. Querías ser Escarabajo Azul. Querías ser el Capitán Marvel. Querías ser el Hombre de Plástico. Ni siquiera Robín era lo bastante bueno para ti, querías ser Batman.

—¡Me estás rompiendo la espalda!

—Querías ser el Supermán que nunca fue Clark Kent. Querías vivir en la portada del tebeo. Querías ser Ibis el Invencible, que nunca perdió su garrote de Ibis. Querías que ¡TAC! ¡POF! ¡PLAF! ¡AJ! ¡UF! ¡PUMB! estuvieran escritos en el aire entre ti y el resto del mundo. Convertirte en un Hombre Nuevo en sólo quince minutos al día no significaba nada en absoluto para ti. ¡Confiesa!

—¡Qué dolor! ¡Qué dolor! Sí, sí, lo confieso. ¡Quería milagros! ¡No quería encaramarme al éxito por una escala de vales! ¡Quería despertarme de repente dotado ya con vista de rayos X! ¡Lo confieso!

—Bueno.

Convirtió la media nelson en un abrazo y me atrajo hacia él. Mis dedos eran muy hábiles allí, en la penumbra de porcelana del cuarto de baño de mi prisión. En cuanto desabroché la presilla superior de sus pantalones Slim Jim sin cinturón, tiré de un papirotazo el gorro de dormir, que cayó entre los dedos de mis pies y sus zapatos, como una hoja de parra otoñal en una utopía de nudistas. Aquella extraña sonrisa no había desaparecido aún de su boca dulzona.

—Ah, amigo mío, he esperado esa confesión durante siglos.

Paseamos del brazo a través de las angostas calles portuarias de Montreal. Contemplamos los grandes chorros de trigo que caían en las bodegas de unos cargueros chinos. Vimos la geometría de las gaviotas, que planeaban en círculos perfectos sobre centros de basura. Contemplamos cómo se encogían los grandes transatlánticos que se alejaban, haciendo sonar sus sirenas por el anchuroso St. Lawrence y reduciéndose al tamaño de brillantes canoas de corteza de abedul, luego a crestas de olas, y finalmente fundiéndose con la bruma violácea de las distantes colinas.

—¿Por qué sonrías todo el tiempo de ese modo? ¿No te duele la cara?

—Sonrío porque creo que te he enseñado bastante.

Ascendimos, cogidos del brazo, por las calles que llevaban a la montaña, Mont Royal, que da nombre a nuestra ciudad. Las tiendas de la calle de Ste. Catherine nunca hasta entonces habían florecido con tanta brillantez, y nunca la multitud del mediodía se había arremolinado tan alegremente. Me pareció ver aquello por primera vez, esos tonos chillones como las primeras notas de color sobre la piel blanca de los

renos.

—Vamos a comprar perritos calientes al vapor en Woolworth.

—Vamos a comérmolos con los brazos cruzados, arriesgándonos con la mostaza.

Caminamos por la calle Sherbrooke, zona oeste, hacia la zona inglesa de la ciudad. Experimentamos inmediatamente la tensión del ambiente. En la esquina del parque Lafontaine oímos los reclamos vociferantes de una manifestación.

—*¡Quebec Libre!*

—*Québec Oui, Ottawa Non!*

—*Merde a la Reine d'Angleterre!*

—*Elizabeth Go Home!*

Los periódicos acababan de anunciar la intención de la Reina Elizabeth de visitar Canadá, una visita estatal planeada para octubre.

—Es un grupo peligroso, F. Vayamos deprisa.

—No, es un grupo muy hermoso.

—¿Por qué?

—Porque creen que son negros, y ése es el sentimiento mejor que un hombre de este siglo puede tener.

Todavía cogidos del brazo, F. me empujó hacia la escena de la conmoción. Muchos de los manifestantes llevaban suéters con la inscripción QUEBEC LIBRE. Noté que todos ellos tenían erecciones, incluidas las mujeres. Desde la base de un monumento, un joven productor de cine muy conocido se dirigía a la asamblea vitoreante. Llevaba la barba fina erudita y el violento chaleco de cuero que tan frecuentemente se ve en los pasillos de La Oficina Nacional del Cine. Su voz sonaba claramente. La presión de judo ejercida por F. me advirtió que escuchara atentamente.

—*¡La Historia!* —exclamó aquel joven sobre nuestras cabezas—. *¿Qué tenemos nosotros que ver con la Historia?*

La pregunta les inflamó.

—*¡Historia!* —gritaban—. *¡Devolvednos nuestra Historia! ¡Los ingleses nos han robado nuestra Historia!*

F. se adentró a empellones en la masa de cuerpos. Nos recibieron automáticamente, como arena movediza que engullera al monstruo de laboratorio. Los ecos de la nítida voz del joven se cernían sobre nosotros como rótulos aéreos.

—*¡Historia!* —continuó—. *La Historia decretó que en la batalla por la posesión de un continente los indios deberían perder ante los franceses. ¡En 1760 la Historia decretó que los franceses habían de perder ante los ingleses!*

—*¡Buuu! ¡A la horca los ingleses!*

Experimenté una agradable sensación en la base de la espina dorsal y comencé a frotarme muy ligeramente contra el fino vestido de nilón de una fanática, que aplaudía detrás de mí.

—*¡En 1964 la Historia decreta, no, la Historia exige que los ingleses abandonen esta tierra, que tan imperfectamente han amado, que la entreguen a los franceses, que*

nos la entreguen a nosotros!

—¡Bravo! *Mon pays malhereux!* ¡Québec Libre!

Sentí que una mano se deslizaba hacia abajo por la parte posterior de mis pantalones bombachos, una mano de mujer, porque tenía uñas largas, lisas y ahusadas como un fuselaje.

—¡Que se jodan los ingleses! —grité inesperadamente.

—Eso es —susurró F.

—La Historia decreta que hay Vencedores y Vencidos. La Historia no se preocupa por los casos, lo único que le importa a la Historia es A Quién Le Toca en cada momento. Os pregunto, amigos míos, he de haceros una simple pregunta: ¿A Quién Le Toca hoy?

—¡A nosotros! —fue la ensordecedora respuesta que surgió.

La multitud, de la que yo era ahora una alegre partícula, presionó aún más en torno al monumento, como si fuéramos una tuerca arrollada a un tornillo a la que toda la ciudad que anhelábamos poseer hiciera girar apretándola cada vez más, como una llave. Me aflojé el cinturón para permitir que su mano penetrara más profundamente. No me atreví a volverme para encararme con ella. No quise saber quién era, pues eso me parecía completamente sin importancia. Notaba sus pechos enfundados en nilón, que se apretaban contra mi espalda, produciéndome en la camisa unos círculos húmedos de sudor.

—Ayer le tocó el Turno al banquero anglo-escocés de dejar su nombre sobre las colinas de Montreal. ¡Hoy Le Toca al nacionalista de Quebec dejar su nombre en el pasaporte de una nueva República Laurentina!

—*Vive la République!*

Esto era demasiado para nosotros. Casi sin palabras rugimos en señal de aprobación. Aquella mano fría se volvió de manera que ahora su palma se ahuecaba en torno a mí y tenía fácil acceso a los pliegues velludos. Sobre nosotros revoloteaban los sombreros como palomitas de maíz y a nadie le importaba recuperar uno u otro porque todos poseíamos los sombreros de todos.

—Ayer Les Tocó a los ingleses disfrutar de amantes francesas de nuestros pueblos de Gaspé. Ayer Les Tocó a los franceses disfrutar de Aristóteles y de una mala dentadura.

—¡Buuu! ¡Qué vergüenza! ¡Al paredón!

Olí el perfume de su sudor y de sus regalos de cumpleaños, y aquello entrañaba una excitación más personal que cualquier posible intercambio de nombres.

Ella, por su parte, proyectó con fuerza su región pélvica contra su propia mano cubierta por mis pantalones con el fin de cosechar, como si dijéramos, los subproductos de su maniobra erótica.

Con la mano que me quedaba libre, acerté a atrapar por detrás, como una pelota de fútbol, su exuberante nalga izquierda, y de este modo quedamos los dos acoplados.

—¡Hoy Les Toca a los ingleses tener casas sucias y bombas francesas en sus

buzones!

F. se había separado para acercarse más al orador. Extendí mi otra mano hacia atrás y la fijé en la nalga derecha.

Juraría que éramos el Hombre de Plástico y la Mujer de Plástico, porque al parecer yo podía alcanzarla en todas partes, y ella viajaba a través de mi ropa interior sin ningún esfuerzo. Comenzamos nuestros movimientos rítmicos, correspondientes a la misma respiración de la multitud, que era nuestra familia y la incubadora de nuestro deseo.

—Kant dijo: Si alguien se transforma por sí mismo en una lombriz de tierra, ¿puede quejarse de que le pisen? Sekou Touré dijo: ¡Se diga lo que se diga, el nacionalismo es psicológicamente inevitable y todos nosotros somos nacionalistas! Napoleón dijo: Una nación lo ha perdido todo si ha perdido su independencia. ¡La Historia escoge si Napoleón ha de pronunciar estas palabras desde un trono a la multitud o desde la ventana de una choza a un mar desolado!

Este virtuosismo académico era un poco problemático para la multitud y provocó tan sólo unas cuantas exclamaciones. Sin embargo, en aquel momento, de reojo, vi a F. alzado a hombros de unos jóvenes. Un espontáneo vitoreo se produjo cuando se le reconoció, y el orador se apresuró a incorporar aquella explosión momentánea a la intensa ortodoxia de todo el grupo.

—¡Tenemos a un Patriota entre nosotros! ¡Un hombre a quien los ingleses no podrían difamar ni en su propio Parlamento!

F., se deslizó entre el corrillo reverente que le había levantado, con un puño alzado sobre sí como el periscopio de un submarino en inmersión. Y ahora, como si la presencia de este veterano confiriese una nueva urgencia mística, el orador comenzó a hablar, casi a cantar. Su voz nos acariciaba, lo mismo que mis dedos a ella, lo mismo que sus dedos a mí; su voz caía sobre nuestro deseo como un torrente sobre una quejosa turbina, y comprendí que todos nosotros, no solamente aquella chica y yo, que todos nosotros íbamos a tener un orgasmo a la vez. Nuestros brazos estaban confundidos y aplastados, ¡y yo ya no sabía si era yo quien estaba agarrando la raíz de mi polla o ella la que engrasaba la contracción de sus labios! ¡Cada uno de los que estábamos allí tenía los brazos del Hombre de Plástico, y nos sujetábamos unos a otros, desnudos todos desde la cintura, todos encerrados en una gelatina como de rana formada por sudor y jugo, todos ligados en una especie de collar de margaritas, delicioso y explosivo!

—¡Sangre! ¿Qué significa la Sangre para nosotros?

—¡Sangre! ¡Devolvednos nuestra Sangre!

—¡Frota más fuerte! —grité, pero algunas caras enfadadas me hicieron enmudecer.

—Desde los primeros albores de nuestra raza, esta Sangre, este sombrío caudal de vida, ha sido nuestro alimento y nuestro destino. La Sangre es la formadora del cuerpo, y la Sangre es la fuente del espíritu de la raza. ¡En la Sangre se esconde

nuestra herencia ancestral, en la Sangre está incorporada la forma de nuestra Historia, de la Sangre brota la flor de nuestra Gloria, y la Sangre es la corriente submarina que ellos nunca podrán desviar, y que no podrán secar con todo su dinero robado!

—¡Dadnos nuestra Sangre!

—¡Reclamamos nuestra Historia!

—*Vive la République!*

—¡No te pares! —grité.

—*Elizabeth Go Home!*

—¡Más! —supliqué—. ¡Bis! ¡Bis! *Encoré!*

El mitin comenzó a dispersarse, el collar de margaritas comenzó a resquebrajarse. El orador había desaparecido del pedestal. De repente me había quedado frente a todo el mundo. Se estaban marchando. Me puse a agarrar solapas y dobladillos.

—¡No os vayáis! ¡Decidle que hable más!

—*Patience, citizen*, la Revolución ha comenzado.

—¡No! ¡Haced que hable más! ¡Que nadie se vaya de este parque!

La multitud pasó junto a mí a empujones, aparentemente satisfecha. Al principio aquellos hombres sonrieron cuando les agarré por las solapas, atribuyendo mis imprecaciones al ardor revolucionario. Al principio las mujeres rieron cuando les tomé de las manos y las examiné en busca de alguna huella de mi vello pubiano, porque la necesitaba, necesitaba a aquella chica con la que había ido a bailar, a la chica cuyos redondos fósiles de sudor todavía llevaba en la espalda de mi camisa.

—No os vayáis. ¡No os marchéis! ¡Cerrad el parque!

—¡Deje mi mano en paz!

—¡No se cuelgue más de mis solapas!

—¡Tenemos que volver al trabajo!

Imploré a tres hombres corpulentos, que llevaban camisas con el letrero QUEBEC LIBRE, que me levantaran a hombros. Traté de enganchar el pie en lo alto de unos pantalones de forma que pudiera trepar por sus suéters y dirigirme a aquella familia en disolución desde la altura de un hombro.

—¡Quítenme de encima a este tipo!

—¡Parece inglés!

—¡Parece judío!

—Pero ¡no pueden marcharse! ¡No he terminado todavía!

—¡Este hombre es un perverso sexual!

—¡Vamos a romperle el alma! Seguro que es un perverso sexual.

—Está oliendo las manos de las chicas.

—¡Está oliendo sus propias manos!

—Es un tipo raro.

Entonces F. vino a mi lado, el gran F., para certificar mi árbol genealógico, y me condujo al exterior del parque, que no era ya más que un parque vulgar con cisnes y envolturas de caramelos. Cogiéndome del brazo, me hizo bajar por la calle soleada.

—F. —lloré—. No me he corrido. He vuelto a fallar.
—No, querido, has aprobado.
—¿Aprobado el qué?
—El test.
—¿Qué test?
—El antepenúltimo test.

«Deja que sople el viento frío, mientras me quieras, Este u Oeste, puedo resistir la prueba, mientras me quieras.» Éste era el número siete en la Lista de Éxitos del Oeste hace mucho, mucho tiempo. Creo que era el siete. Hay seis palabras en el título. El 6 está regido por Venus, planeta del amor y la belleza. Según la astrología iroquesa, el sexto día debería dedicarse al acicalamiento, a arreglarse el pelo, a usar vestidos adornados y entretejidos de conchas, a buscar amoríos, a juegos de azar y a la lucha libre. «¿Cuál es el motivo de que no te guste?» En algún lugar del mapa. Esta noche es el gélido 6 de marzo. No es primavera en la selva canadiense. La luna ha permanecido dos días en Aries. Mañana la luna entra en Tauro. Los iroqueses me odiarían ahora mismo si me vieran porque tengo barba. Cuando capturaron a Jogues, el misionero, allá por el 1.600 no sé cuántos, una de las torturas menores (después de hacer que un esclavo algonquino le cercenase el pulgar con una concha de almeja) era dejar que los niños le arrancaran la barba con las manos. «Envíame un cuadro de Cristo sin barba», escribió el jesuita Garnier a un amigo de Francia, mostrando con ello un conocimiento excelente de las singularidades indias. F. me habló una vez de una chica que se vio favorecida por un crecimiento tan lujurioso del vello genital que, mediante un cepillado diario para acostumbrarlo, logró que descendiera casi seis pulgadas por sus muslos. Justo debajo del ombligo se pintó (con maquillaje líquido negro para los ojos) dos ojos y narices. Separando el vello justo encima del clítoris lo apartó formando dos arcos simétricos, creando la impresión de un bigote sobre unos labios fruncidos de color rosa, de los que pendía como una barba el mechón restante. Una pieza de bisutería, comprimida contra el ombligo como un distintivo de casta, completaba la imagen cómica de un adivino o místico exótico. Ocultándose entera bajo las sábanas, salvo esta parte del cuerpo, divertía a F. con humorísticas traducciones de proverbios orientales, que tan populares eran en aquella época, lanzando la voz por debajo de la tela con la destreza de un ventrílocuo. ¿Por qué no he de tener yo recuerdos como ése? ¿De qué sirven todos tus regalos, F., la colección de jabones, los libros de frases, si no puedo heredar tus recuerdos también, que conferirían algún significado a tus legados enmohecidos, lo mismo que las latas y los parachoques de automóviles adquieren gran valor cuando se sitúan en el contexto de una elegante galería de arte? ¿Qué utilidad puede tener toda tu enseñanza esotérica sin tu experiencia particular? Eras demasiado exóticos para mí, tú y todos los demás maestros, con vuestras clases de respiración especial y asignaturas de éxito. ¿Y nosotros qué, los que padecemos de asma? ¿Nosotros qué, los fracasados? ¿Nosotros qué, los que no podemos cagar como es debido? ¿Nosotros qué, los que no disfrutamos de orgías ni de la suficiente jodienda como para que ya ni siquiera nos importe? ¿Nosotros qué, los que nos quedamos deshechos cuando nuestros amigos se tiran a nuestras mujeres? ¿Qué pensar de sujetos como yo? ¿Qué pensar de nosotros, los que no pertenecemos al Parlamento? ¿Qué pasa con nosotros, los que tenemos

frío el seis de marzo sin ningún motivo aparente? Tú ejecutaste la Danza Telefónica. Oíste las entrañas de Edith. ¿Pero qué pasa con nosotros, que hurgamos en tejidos muertos? ¿Qué pasa con nosotros, los historiadores, que tenemos que leer las partes indecentes? ¿Qué pasa con nosotros, que hemos dejado apestando una casa de troncos? ¿Por qué lo hiciste todo tan desconcertante? ¿Por qué no me consolaste, como san Agustín, que cantó: «Mira al ignorante cómo se levanta y atrapa el cielo bajo nuestros ojos»? ¿Por qué no me dijiste lo que la Virgen Santísima dijo a la muchacha campesina Catherine Labouré en una calle corriente, Rue du Bac, en 1800 no sé cuántos: «La Gracia será derramada a raudales sobre todos aquellos que la pidan con fe y con fervor»? ¿Por qué tengo que escudriñar las picaduras de viruela del rostro de Catherine Tekakwitha, como la lente de un proyectil lunar? ¿Qué quisiste decir cuando te echaste sangrando en mis brazos y exclamaste: «Ahora te toca a ti»? Las personas que dicen eso siempre quieren dar a entender que lo que *ellas* han hecho es con mucho la parte más importante de la prueba. ¿Quién se conforma con los últimos arreglos? ¿Quién quiere arrellanarse en un asiento de conductor, tibio y vacío? También yo necesito cuero frío. También a mí me gustaba Montreal. Yo no siempre fui el Monstruo de la Selva. Yo era un ciudadano. Tenía mujer y libros. El 17 de mayo de 1642, la pequeña armada de Maisonneuve —una pinaza, un barco de vela de fondo plano y dos barcas de remos— se aproximó a Montreal. Al día siguiente se deslizaron a lo largo de las costas, verdes y solitarias, y vararon en el paraje que Champlain, treinta y un años antes, había elegido como emplazamiento de una colonia. Flores tempranas de primavera cabalgaban sobre la hierba tierna. Maisonneuve puso pie a tierra. Tiendas, bagajes, armas y provisiones le siguieron. En un lugar agradable se levantó un altar. Ahora toda la tripulación se hallaba ante el santuario: el alto Maisonneuve, y sus rudos hombres, apiñados en torno a él, Mile. Manee, M. de la Peltrie, su criada, y los artesanos y trabajadores. Y estaba también el P. Vimont, superior de las Misiones ataviado con las ricas vestiduras de su oficio. Se arrodillaron en silencio mientras se alzaba el Santísimo. Entonces el sacerdote se volvió a la pequeña concurrencia y dijo:

—Sois un grano de mostaza, que brotará y crecerá hasta que sus ramas den sombra a toda la tierra. Sois pocos, pero vuestra labor es la labor de Dios. Su sonrisa está en vosotros y vuestros hijos llenarán esta tierra.

La tarde declinaba. El sol se perdía en la selva occidental. Había luciérnagas titilando sobre la pradera oscurecida. Las atraparon, las ataron con hilos hasta formar ramilletes relucientes, y las colgaron ante el altar, donde permanecía expuesto el Santísimo. Entonces levantaron sus tiendas, formaron las hogueras del vivac, establecieron guardias y se echaron a descansar. Así fue la primera Misa cantada en Montreal. Y desde esta choza, ay, puedo ver las luces de la gran ciudad profetizada, la ciudad de la que se predijo que proyectaría su sombra por la tierra, las veo titilar en grandes guirnaldas tiernas, a las luciérnagas del centro de Montreal. Esto es para mí un consuelo mental en medio de la nieve del 6 de marzo. Y recuerdo un versículo de

la Cábala Judía (Sexta Parte de la Barba de Macroprosopus), «que todo trabajo existe con el fin de que pueda procurar un aumento de Misericordia...». Acércate más, cadáver de Catherine Tekakwitha: hace veinte bajo cero, y no sé cómo abrazarte. ¿Apesta en esta nevera? Santa Ángela Merici murió en 1540. Fue desenterrada en 1672 (tú eras una niña de seis años, Kateri Tekakwitha), y el cuerpo tenía un aroma suave, y en 1876 estaba intacto todavía. San Juan Nepomuceno fue martirizado en Praga en 1393 por negarse a revelar un secreto de confesión. Su lengua se ha conservado enteramente. Trescientos treinta y dos años más tarde, en 1725, unos expertos la examinaron y atestiguaron que tenía la forma, color y longitud de la lengua de una persona viva, y que además estaba blanda y flexible. El cuerpo de Santa Caterina de Bolonia (1413-1463) fue desenterrado tres meses después de su entierro y despedía un aroma suave y fragante. Cuatro años después de la muerte de San Pacífico de San Severino, en 1721, se exhumó su cuerpo y se vio que estaba fresco e incorrupto. Mientras el cuerpo era extraído alguien resbaló y la cabeza del cadáver se estrelló contra la escalera y se desprendió ¡y entonces brotó sangre fresca del cuello! San Juan Vianney fue enterrado en 1859. Su cuerpo estaba intacto cuando fue desenterrado en 1905. Intacto; pero ¿puede lo intacto soportar una aventura amorosa? San Francisco Javier fue desenterrado cuatro años después de su entierro en 1552, y todavía conservaba su color natural. ¿Es suficiente el color natural? San Juan de la Cruz no estaba mal nueve meses después de su muerte en 1591. Cuando se le cortaron los dedos, sangraron. Casi trescientos años más tarde, en 1859, el cuerpo estaba incorrupto. Simplemente incorrupto. San José de Calasanz murió en 1649 (el mismo año que los iroqueses quemaron a Lalemant al otro lado del océano). Sus entrañas fueron extraídas, aunque no embalsamadas. Su corazón y su lengua se han conservado intactos hasta el día de hoy, pero del resto no se sabe nada. Mi cocina del sótano estaba muy mal ventilada, y el reloj del horno se encendía a veces por un mecanismo defectuoso. E, ¿es por eso por lo que me hiciste subir por el tronco helado? No hay perfume que me asuste. Los indios atribuían la enfermedad a un deseo insatisfecho. Ollas, pieles, pipas, cuentas de concha, anzuelos, armas, se apilaban ante el enfermo, «con la esperanza de que el desiderátum pudiera hallarse entre aquella multiplicidad». A menudo sucedía que el paciente soñaba su propia cura, y sus peticiones no se le negaban nunca, «por muy extravagantes, ociosas, nauseabundas o abominables que fueran». Oh cielos, dejadme ser un indio enfermo. Mundo, déjame ser un mohawk soñador. Ningún sueño húmedo ha muerto en la lavandería. Tengo cierta información sexual sobre los indios que es psiquiatría celestial, y me gustaría venderla a esa parte de mi mente que compra soluciones. Si la vendiera a Hollywood, acabaría con Hollywood. Estoy enfadado ahora, y tengo frío. Amenazo con destruir Hollywood si no recibo amor instantáneo de un fantasma, no simplemente incorrupto, sino abrumadoramente fragante. Voy a acabar con el Cine si no me encuentro mejor enseguida. En un futuro cercano, destruiré tu cine de barrio. Correré un billón de telones sobre la última sesión. No me gusta mi situación. ¿Por

qué tengo que ser yo el que corta dedos? ¿Debo verificar la reacción Wassermann en esqueletos? Quiero ser el fiambre de hijo único que trasladan torpes médicos, mientras mi sangre joven de 300 años barre la escalera de hormigón. Quiero ser la luz que ilumina el depósito de cadáveres. ¿Por qué tengo que disecar la vieja lengua de F.? Los indios inventaron el baño de vapor. Esto va extra, de propina.

El tío de Catherine Tekakwitha soñó su propia cura. El pueblo se apresuró a cumplir sus indicaciones. No era algo fuera de lo común, era uno de los remedios aceptados, y tanto Sagard como nuestro Lalemant describen el tratamiento seguido en varios poblados indios. El tío dijo:

—Traedme a todas las jóvenes de la ciudad.

El pueblo se apresuró a obedecer. Todas las jóvenes se presentaron alrededor de su piel de oso, las bellezas de los campos de maíz, las dulces tejedoras, muchachas ociosas, con el pelo medio trenzado. «*Toutes les filles d'un bourg auprès d'un malade, tant à sa prière*»^[19].

—¿Estáis todas ahí?

—Sí.

—Sí.

—Sin duda.

—Ahá.

—Sí.

—Aquí.

—Sí.

—Estoy aquí.

—Sí.

—Naturalmente.

—Aquí.

—Aquí.

—Sí.

—Presente.

—Sí.

—Creo que sí.

—Sí.

—Eso parece.

—Sí.

El tío sonrió con satisfacción. Entonces formuló a cada una de ellas una vieja pregunta: «*On leur demand à toute, les unes apres les autres, celuy qu'elles veulent des ieunes hommes du bourg pour dormir avec elles la nuit prochaine*»^[20]. Ofrezco esta documentación por sentido del deber, pues temo que a veces mi tristeza tergiversa los hechos, y no quiero enajenar el hecho, pues el hecho es una de las posibilidades que no puedo permitirme el lujo de ignorar. El hecho es una tosca pala, pero las uñas de mis dedos están azules y sangrando. El hecho es como una brillante moneda nueva, y uno no quiere gastarla hasta que haya adquirido rasguños en el joyero, y esto constituye siempre el nostálgico gesto final de la bancarrota. Mi fortuna

se ha consumido.

—¿Con qué joven guerrero te acostarás esta noche?

Cada una de las muchachas dio el nombre de su amante de aquella tarde.

—¿Y tú, Catherine?

—Una espina.

—Será algo digno de verse —rieron todos ellos entre dientes.

Oh Dios, ayúdame a sobrellevar esto. Tengo el estómago corrompido. Tengo frío y soy un ignorante. Estoy enfermo en la ventana. He vituperado al Hollywood que amo. ¿Imaginan ustedes qué criado escribe esto? El anticuado grito de súplica de un judío cavernícola, que, temblando de miedo, vomita en su primer eclipse de luna. Ara ara arrooozzz. Tengo que componer esta oración para Vos. No sé lograrla con un efecto coral de 1.000 voces mixtas como el de «contemplad los lirios». He de formar este montón con resplandecientes facetas de palas para la nieve, pues me he propuesto construir un altar. Me he propuesto alumbrar un curioso y pequeño santuario de carretera, pero me he ahogado en la antigua cisterna de las serpientes. Me he propuesto enjaezar mariposas de plástico con motores de bandas elásticas y susurrar: «Contemplad la mariposa de plástico»; pero me estremezco bajo la sombra del arqueópterix buceador.

Los Maestros de Ceremonia (*les Maistres de la ceremonie*) convocaron a los jóvenes que las chicas habían nombrado, y cogidos de la mano llegaron a la larga casa por la noche. Fueron extendidas las esterillas. Se echaron de un extremo al otro de la cabaña, de dos en dos, «*d'un bout à l'autre de la cabane*», y comenzaron a besar y joder y chupar y abrazar y gemir y quitarse las pieles y estrecharse mutuamente y mordisquear pezones y acariciar pollas con plumas de águila y volverse en busca de otros agujeros y lamer los pliegues del acompañante y reírse cuando los demás jodían raro o pararse y palmotear cuando dos cuerpos vociferantes entraban en el trance del clímax. A cada lado de la cabaña, dos capitanes cantaban y hacían sonar sus carracas de caparazones de tortuga, «*deux Capitaines aux deux bouts du logis chantent de leur Tortue*». El Tío se sintió mejor hacia la medianoche y se arrastró lentamente a lo largo de la cabaña, parando aquí y allá para reposar la cabeza sobre una nalga libre o dejar sus dedos en un agujero chorreante, arriesgando la nariz entre los «saltarines» por mor de perspectivas microscópicas, siempre atento a lo insólito y chistoso ante lo grotesco. De una pareja a otra se arrastraba con los ojos enrojecidos como un adicto al cine de la calle 42, ora dando golpecitos a una polla palpitante con el pulgar y el índice, ora dando una palmada a algún flanco moreno. Cada jodienda era igual y cada jodienda era diferente, lo cual constituye el esplendor de la curación de un anciano. Todas sus mujeres, todos sus acoplamientos sobre helechos, todos los agujeros plumosos y las esferas resplandecientes, volvían a él, y mientras se arrastraba de una pareja a otra, de estos amantes a aquellos amantes, de una dulce postura a otra dulce postura, de una sacudida a otra, de un gorgoteo a otro, de un abrazo a otro... de repente comprendió el significado de la oración más

sublime que había aprendido en su vida, la primera oración en que Manitú se había manifestado, la fórmula sagrada más grande y más auténtica. Mientras se arrastraba, comenzó a cantar esta oración:

Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo

No omitía una sola sílaba y amaba las palabras que cantaba, porque mientras entonaba cada sonido lo veía cambiar y cada cambio era una réplica y cada réplica era un cambio.

Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo
Yo cambio
Yo soy el mismo

Era una danza de máscaras y cada máscara era perfecta, porque cada máscara era un rostro de verdad y cada rostro era una máscara de verdad, de manera que no había máscara ni había rostro, porque no había más que una danza en la que no había más

que una máscara, más que un rostro de verdad que era el mismo y era una cosa sin nombre que se transformaba en sí misma una y otra vez. Cuando llegó la mañana, los capitanes sacudieron sus sonajas más lentamente. Los vestidos se iban recogiendo según avanzaba el amanecer. El anciano estaba de rodillas proclamando su fe, declarando su curación completa, mientras en la verde mañana brumosa todos los amantes paseaban lentamente, rodeando con los brazos las cinturas y los hombros de sus acompañantes, el final del turno de noche en una fábrica de amantes. *Catherine se había acostado entre ellos y se había marchado con ellos inadvertida*. Cuando ya salía al exterior, el sacerdote llegó corriendo.

—¿Cómo fue?

—Fue aceptable, padre mío.

—*Dieu veuille abolir une si damnable et malheureuse ceremonie*^[21].

Esa última observación es de la carta de Sagard. Este extraordinario modo de curación era denominado Andacwandet por los hurones.

Y escucho en medio del viento frío, esperando respuestas, instrucciones, consuelo, pero no oigo más que la infalible promesa del invierno. Noche tras noche lloro por Edith.

—¡Edith! ¡Edith!

—Ara ara ara arrooooozzz, grita la silueta del lobo sobre la colina.

—Ayúdame, F. ¡Explícame las bombas!

—Ara ara ara arrooooozzz...

Sueño tras sueño, yacemos los unos en brazos de los otros. Una mañana tras otra, el invierno me encuentra solo entre las hojas raídas, los mocos helados y las lágrimas que bañan mis cejas.

—F., ¿por qué me trajiste aquí?

¿Acaso oigo una respuesta? ¿Es esta casa de troncos la choza de Oscotarach? F., ¿eres tú el Taladrador de Cabezas? No sabía que esta operación fuese tan larga y tan torpe. Levanta la embotada hacha india y prueba una vez más. Remueve con la cuchara de piedra la papilla cerebral. ¿Querrá la luz de la luna penetrar en mi cráneo? ¿Querrán los callejones relucientes del gélido cielo correr por las órbitas de mis ojos? F., ¿eres tú el Taladrador de Cabezas, el que se marchó de su choza y recurrió a la beneficencia pública para ser operado él también? ¿O estás todavía conmigo, y estamos en plena intervención quirúrgica?

—¡F., condenado follador de esposas, explícate!

Fíago esta pregunta a gritos esta noche, como he hecho muchas otras veces. Recuerdo tu fastidiosa costumbre de mirar por encima de mi hombro mientras estaba estudiando, por si cazabas al vuelo alguna frase para tu repertorio de tertulia. Descubriste una línea de una carta que el P. Lalemant escribió en 1640, «*que le sang des Martyrs est la semence des Chrestiens*». El P. Lalemant lamentaba aquí que todavía no se hubiera dado muerte a ningún sacerdote en Canadá, y que eso fuera un mal augurio para las jóvenes misiones indias, pues la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia.

—La Revolución de Quebec necesita ser lubricada con un poco de sangre.

—¿Por qué me miras de ese modo, E?

—Me pregunto si te habré enseñado bastante.

—Yo no necesito ninguna de tus inmundas ideas políticas, F. Eres una espina en el costado del Parlamento. Has pasado dinamita de contrabando en Quebec, disfrazada de triquitraques. Has convertido Canadá en un vasto diván de analista en el cual soñamos y volvemos a soñar pesadillas de identidad, y todas tus soluciones son anodinas como la psiquiatría. Y obligaste a Edith a muchas jodiendas irregulares que destruyeron su mente y su cuerpo y me dejaste convertido en el solitario ratón de biblioteca al que ahora atormentas.

—¡Ay, querido mío, hay que ver cómo la Historia y el Pasado han dejado tu

cuerpo convertido en un jorobado, en un jorobado lastimoso!

Estábamos muy juntos, tal como lo habíamos estado en tantas habitaciones distintas; pero esta vez nos hallábamos en la penumbra sepia de los estantes de la biblioteca, con las manos metidas en los bolsillos del otro. Siempre me molestó su expresión de superioridad.

—¡Un jorobado! Edith no tenía queja de mi cuerpo.

—¡Edith! ¡Ja! No me hagas reír. No sabes nada de Edith.

—No la manches con tu lengua, F.

—Le curé a Edith el acné.

—¡Con que el acné de Edith! Tenía una piel perfecta.

—Jo jo.

—Daba gusto besarla y tocarla.

—Gracias a mi famosa colección de jabón. Escucha, amigo mío, cuando conocí a Edith estaba hecha un asco.

—Basta, F. No estoy dispuesto a oír más.

—Ha llegado el momento de que sepas con quién te casaste, de que sepas quién era realmente la chica a la que descubriste haciendo extraordinarias manicuras en la peluquería del Hotel Mount Royal.

—No, F., por favor. No destruyas nada más. Déjame con su cuerpo. ¡F.! ¿Qué les pasa a tus ojos? ¿Qué les pasa a tus mejillas? ¿Son lágrimas? ¿Estás llorando?

—Me pregunto qué te ocurrirá cuando te deje solo.

—¿A dónde te vas?

—La Revolución necesita un poco de sangre. Será mi sangre.

—¡Oh, no!

—Londres ha anunciado que la Reina tiene la intención de visitar el Canadá francés en octubre de 1964. No basta que ella y el Príncipe Felipe sean recibidos por cordones policiales, tanques contra disturbios, y orgullosas espaldas de grupos hostiles. No debemos cometer la misma equivocación que los indios. Hay que lograr que los consejeros de la Reina en Londres comprendan que nuestra dignidad se alimenta con lo mismo que la de cualquiera: con el ejercicio feliz de lo arbitrario.

—¿Qué te propones hacer, F. ?

—Hay una estatua de la Reina Victoria en el lado norte de la calle Sherbrooke. Hemos pasado por ahí muchas veces cuando nos dirigíamos a la oscuridad del cine System. Es una agradable estatua de la Reina Victoria en su primera juventud, antes de que el dolor y las pérdidas la hicieran engordar. Está modelada en cobre, que se ha vuelto verde con el tiempo. Mañana por la noche colocaré una carga de dinamita en su regazo de metal. Es solamente la efigie de cobre de una reina muerta (que conocía, por cierto, el sentido del amor), es solamente un símbolo, pero el Estado maneja símbolos. Mañana por la noche haré añicos ese símbolo, y quedaré destruido con él.

—No hagas eso, E, por favor.

—¿Por qué no?

No sé nada del amor, pero algo semejante al amor arrancó las siguientes palabras de mi garganta con un millar de anzuelos:

—PORQUE TE NECESITO, F.

Una triste sonrisa se extendió por el rostro de mi amigo. Extrajo su mano izquierda de mi tibio bolsillo, y extendiendo sus brazos como si quisiera bendecirme me atrajo hasta su camisa egipcia, en un estrecho abrazo.

—Gracias. Ahora comprendo que te he enseñado bastante.

—PORQUE TE NECESITO, F.

—Deja de lloriquear.

—PORQUE TE NECESITO, F.

—Silencio.

—PORQUE OS NECESITO, F.

—Adiós.

Me sentí solo y tuve frío mientras lo veía alejarse. Los libros crujían en los estantes de acero como montones de hojas secas barridas por el viento, cada uno con el mismo mensaje de agotamiento y de muerte. Al poner esto por escrito, tengo una clara impresión del dolor de F. ¡Qué dolor el suyo! Oh, sí, mientras levanto esta vieja costra de la Historia, que reluce como una gota pura y triunfante de sangre roja...: su dolor.

—Adiós —me gritó por encima de su hombro musculoso—. Tienes que escuchar la explosión mañana por la noche. Pega la oreja al hueco de ventilación.

Como la helada luz de la luna que atraviesa las ventanas de esta choza, su dolor inunda mi agradecimiento alterando el filo, el color y el peso de cada una de las posesiones de mi corazón.

Kateri Tekakwitha:

Llamándote, llamándote, llamándote, probando 987654321 mi pobre cabeza no eléctrica te llama en voz alta y desgarrada 123456789 perdido en agujas de pino, inquilino de un congelador de carne, caído sobre unas rodillas apretadas en busca de pelo para antenas, frotando la polla azul Aladino, llamándote, probando cables aéreos, hurgando botones de sangre, dedo jodedeando en papilla de estrellas, fresa de dentista en hueso frontal, roto como piedra de trabajos forzados, llamándote, llamándote, asustado del estofado, señala ropa sucia de esta mente, chicas de caucho a un lado, barquillo pieles de banana de vodevil, aire negro lleno de empanadas de humillación, no hay toma de corriente alterna bajo el pelo escalpelado, probando, probando la última danza, escorpión de goma sobre almohada de seno, puñados de leche arrojados a la cara de los médicos, llamándote para que me llames, llamándote para que tires de mí siquiera una vez, prueba falsa aceptada, aceptada la corteza de abedul de plástico, llamando, miembro artificial aceptado, adminículos sexuales de Hong Kong aceptados, confesiones de dinero aceptadas, pelucas de acetato de celanesa aceptadas, píldoras contra la impotencia, postales del tío anticuado mamando aceptadas incluso tanto como el moreno Platón ideal, frotamiento en asiento de cine aceptado, gorda cabaretera aceptada y sombreros sobre el regazo tapando velludas ventanas de ropa interior aceptados, aceptados con gratitud, aburrimiento astrológico aceptado, límite de esposas aceptado, muertes producidas por pistolas de policías, vudú urbano aceptado, olores de falsos harenes aceptados, monedas de diez centavos aceptadas, sesión de espiritismo que palpa los muslos solitarios de una anciana, subastas criminales de bridge aceptadas, botones de voto a Zabbatai llevados en lugares vergonzosos aceptados, cuernos de Moisés comerciales, teorías de la tierra cuadrada aceptadas, fajas microscópicas para Tom que fallaron, diccionarios de coños ilustrados engañosamente en pelusa de vitela, llamándote ahora, todas las razones aceptadas, pliegues cuerda en nalgas, casas de María luminosas en la carretera, visiones farmacéuticas no revocadas, Doctores en Filosofía Zen tolerados, enemas sin brillo, no se requieren referencias, éxtasis a la moda académica creído, coches sucios, toda mi incredulidad desconcertada llamándote con terror físico cerebral inclinado, probando 98765432123456789, la cabeza no eléctrica llamando.

Con el libro de frases sobre las rodillas, suplico a la Virgen en todas partes.

KATERI TEKAKWITHA

EN LA LAVANDERÍA

(las frases de ella, en hermosa letra cursiva)

le traigo ropa blanca para lavar
 la necesito de aquí a mañana
 ¿qué cree usted? ¿La puede tener lista de aquí a mañana?
 me es absolutamente necesaria
 especialmente mis camisas
 las demás prendas, debo tenerlas lo más tardar pasado mañana
 quiero que queden completamente limpias y como nuevas
 me falta una camisa, y también un pañuelo y un par de medias
 quiero que me devuelvan esto
 quiero que me limpien este vestido
 ¿cuándo puedo tenerlo?
 tengo también un traje, una chaqueta, pantalones, un chaleco de trencilla
 una blusa, ropa interior, medias, etcétera
 volveré dentro de tres días a recogerlo
 por favor, plánchemelas
sí señor, vuelva a buscarlas
¿qué le parecen los pantalones?
 me gustan. Eso es lo que quiero
 ¿cuándo estará listo mi traje?
dentro de una semana
da muchísimo trabajo
le haré un traje maravilloso
 vendré personalmente a recogerlo
¡no, no venga!
se lo mandaremos nosotros a casa, señor
 bueno. Entonces lo espero para el sábado que viene
 el traje es caro
el traje es barato
 es usted un buen sastre
gracias
 adiós

más adelante adquiriré otro
como usted quiera, señor
haremos lo posible para que quede satisfecho

KATERI TEKAKWITHA
EN EL ESTANCO

(las frases de ella, en hermosa letra cursiva)

¿puede decirme, por favor, dónde está el estanco?
torciendo por la carretera a la derecha, señor
delante de usted, señor
déme, por favor, un paquete de cigarrillos
¿qué clase de cigarrillos tiene?
tenemos unos cigarrillos excelentes
quiero tabaco de pipa
quiero cigarrillos fuertes
quiero cigarrillos suaves
déme también una caja de cerillas
quiero una pitillera, un buen encendedor, cigarrillos
¿cuánto cuesta todo esto?
veinte chelines, señor
gracias. Adiós

KATERI TEKAKWITHA
EN LA PELUQUERÍA

(las frases de ella, en hermosa letra cursiva)

el peluquero
el pelo
la barba
el bigote
el jabón
el agua fría
el peine
el cepillo
quiero afeitarme
¡por favor, siéntese!
¡entre, por favor!
¡por favor, afeiteme!

por favor, córteme el pelo muy corto por detrás
no muy corto
¡láveme el pelo!
por favor, cepílleme
volveré
estoy satisfecho
¿hasta cuándo está abierta la peluquería?
hasta las ocho de la tarde vendré a afeitarme con regularidad gracias, adiós
le trataremos lo mejor que podamos, porque es usted nuestro cliente

KATERI TEKAKWITHA
EN LA OFICINA DE CORREOS
(las frases de ella, en hermosa letra cursiva)

¿dónde está la oficina de correos, señor?
soy extranjero, discúlpeme
pregunte a ese señor
sabe francés, alemán
le ayudará
por favor, indíqueme la oficina de correos
está ahí enfrente
quiero enviar una carta
déme unos sellos
quiero enviar algo
quiero enviar un telegrama
quiero enviar un paquete
quiero enviar una carta urgente
¿tiene ahí su pasaporte?
¿trae su documento de identidad?
sí, señor
quiero enviar un cheque
déme una tarjeta postal
¿cuánto tengo que pagar por enviar un paquete?
15 chelines, señor
gracias, adiós

KATERI TEKAKWITHA
EN LA OFICINA DE TELÉGRAFOS
(las frases de ella, en hermosa letra cursiva)

¿qué desea, señor?
deseo enviar un telegrama
¿con respuesta pagada?
¿cuánto cuesta cada palabra?
50 peniques por palabra
un telegrama para
es caro, pero no importa
¿tardará en llegar el telegrama?
¿cuánto tarda en llegar?
dos días, señor
no es mucho tiempo
enviaré un telegrama a mis padres a
espero que lo reciban mañana
hace mucho tiempo que no recibo noticias de ellos
creo que me contestarán telegráficamente
aquí tiene, por favor, el dinero por el telegrama
adiós. Gracias

KATERI TEKAKWITHA EN LA LIBRERÍA
(las frases de ella, en hermosa letra cursiva)

buenos días, señor
¿puedo elegir unos libros?
desde luego. ¿Qué quiere usted? ¡Elija!
quiero comprar un libro de viajes
quiero conocer Inglaterra e Irlanda
¿desea usted algo más?
necesito un montón de libros, pero ya veo que son muy caros
le haremos una pequeña rebaja si compra muchos libros
tenemos libros de todas clases. Baratos y caros
¿los quiere encuadernados o sin encuadernar?
quiero libros encuadernados
pero que no estén deteriorados
aquí tiene
¿cuánto cuesta éste?
cuatro dólares
¿tiene algún diccionario?
sí
por favor, envuélvamelos
me los llevo así

muchas gracias
¡adiós!

¡Oh Dios, oh Dios, he pedido demasiado, he pedido todo! Me oigo pidiéndolo todo en cada sonido que produzco. No sabía, en mi terror más frío, no sabía cuánto necesitaba. Oh Dios, me vuelvo cada vez más silencioso cuando oigo cómo empiezo a rezar:

ΣΤΟ ΦΑΡΜΑΚΕΙΟ

Παρακαλώ, έτοιμάστε μου
αυτή τη συνταγή

παρακαλώ, περάστε σε εί-
κοσι λεπτά. Θα είναι έ-
τοιμη

Θα περιμένω. Δεν πειράζει!

πώς πρέπει να παίρνω αυ-
τό το φάρμακο;
πρωί, μεσημέρι και βράδυ

πριν από το φαγητό
μετά από το φαγητό
αυτό το φάρμακο είναι πο-
λύ ακριβό
είμαι κρυωμένος. Δώστε
μου κάτι για το κρύο

κάτι για τον πονοκέφαλο

κάτι για τον λαιμό
κάτι για το στομάχι μου

το στομάχι μου με πονεί
έχω ένα τραύμα στο πόδι

παρακαλώ, περιποιηθείτε
αυτό το τραύμα
πόσο κοστίζουν όλα;
δέκα σελίνια. Εύχαριστώ

EN LA FARMACIA

Por favor, prepáreme esta
receta

por favor, vuelva dentro de
veinte minutos y estará
lista

Esperaré. ¡No importa!

¿Como he de tomar esta
medicina?

Por la mañana, al medio-
día y por la tarde

antes de las comida des-
pués de las comidas
esta medicina es muy ca-
ra

He cogido un resfriado.
Déme algo para el res-
friado

algo para el dolor de cabe-
za

algo para la garganta
algo para el estómago

me duele el estómago
tengo una herida en
el pie

por favor, cúreme esta he-
rida

¿cuánto cuesta todo esto?
diez chelines. Gracias

LIBRO SEGUNDO

UNA LARGA CARTA DE F.

Mi querido amigo:

Cinco años con la longitud de cinco años. No sé exactamente dónde te encontrarás al recibo de esta carta. Supongo que habrás pensado a menudo en mí. Fuiste siempre mi huérfano varón favorito. Oh, mucho más que eso, mucho más, pero no pretendo, para esta última comunicación *escrita*, deshacerme en una fácil ternura.

Si mis abogados han actuado conforme a mis instrucciones, estarás ahora en posesión de mis bienes mundanos, mi colección de jabón, mi fábrica, mis delantales masónicos, mi casa de troncos. Me figuro que ya te habrás apropiado de mi estilo. Me pregunto a qué extremos te habrá llevado mi estilo. Encaramado en este último trampolín de salto me pregunto a qué extremos me ha llevado mi estilo.

Estoy escribiendo esta última carta en la Sala de Terapia Ocupacional. He permitido a las mujeres que me llevaran a cualquier parte, y no lo siento. Conventos, cocinas, cabinas telefónicas perfumadas, cursos de poesía... he seguido a las mujeres a todas partes. Ingresé en el Parlamento siguiendo a las mujeres para enterarme de lo que encontraban ellas allí. El aire está rayado con el humo de su perfume. El mundo está desgarrado por su risa amorosa. Me metí en el mundo siguiendo a las mujeres porque amaba el mundo. Pechos, nalgas, fui a todas partes en seguimiento de esos globos blandos. Cuando las mujeres me siseaban desde las ventanas de los burdeles, cuando me siseaban suavemente por encima de los hombros de sus maridos danzantes las seguía y me hundía con ellas, y a veces cuando escuchaba sus siseos sabía que aquello no era más que el sonido del marchitamiento y hundimiento de sus blandos globos.

Este siseo es el sonido que se cierne sobre todas las mujeres. Hay una excepción. Conocí una mujer que se rodeaba de un ruido muy diferente, que acaso era música, o acaso era silencio. Estoy hablando, naturalmente, de nuestra Edith. Ya hace cinco años que me han enterrado. Seguramente sabes ya que Edith no te podía pertenecer sólo a ti.

He seguido a las jóvenes enfermeras hasta la Terapia Ocupacional. Han cubierto los blancos globos con lienzo almidonado, agradable velo tentador que mi eterna lascivia rompe tan fácilmente como si fuera una cáscara de huevo. He seguido sus blancas piernas polvorientas.

Los hombres también producen un sonido. ¿Sabes tú, mi querido amigo desgastado, qué sonido es el nuestro? Es el sonido que puedes oír en las caracolas marinas masculinas. Adivina cuál es. Te daré tres oportunidades. Tienes que llenar las líneas siguientes. A las enfermeras les gusta que use mi regla.

1 _____

2 _____

3 _____

A las enfermeras les gusta inclinarse detrás de mí y mirar por encima de mi hombro cómo uso mi regla de plástico rojo. Resoplan en mis cabellos y sus resoplidos tienen el aroma del alcohol y de la madera de sándalo, y sus vestidos

almidonados crujen como el blanco papel de seda y la paja artificial en que vienen envueltos los cremosos huevos de Pascua de chocolate.

Oh, hoy soy feliz. Sé que estas páginas estarán llenas de felicidad. Seguramente no pensarías que te iba a dejar una ofrenda de melancolía.

Bueno, ¿cuáles son tus respuestas? ¿No te parece admirable que haya prolongado tu instrucción haciéndote saltar este anchuroso abismo?

Es todo lo contrario de un resoplido el ruido que hacen los hombres. Es Shhh, el ruido que se hace alrededor del dedo índice si se acerca a los labios. Shhh, y los tejados se levantan contra la tormenta. Shhh, las selvas quedan despejadas de forma que el viento no haga crujir los árboles. Shhh, los cohetes de hidrógeno salen disparados para silenciar el disentiimiento y la variedad. No es un sonido desagradable. Es ciertamente una melodía alegre, como las burbujas que surgen de una almeja. Shhh, que todo el mundo esté atento, por favor. Que los animales cesen de aullar, por favor. Que el vientre deje de gorgotear, por favor. Que el Tiempo llame a sus perros ultrasónicos, por favor.

Es el ruido que hace mi bolígrafo sobre el papel del hospital cuando lo hago rodar por el borde de la regla roja. Shhh, les dice al billón de líneas en blanco del papel. Shhh, susurra al blanco caos, acuéstate en hileras de dormitorio. Shhh, implora a las moléculas danzantes; me gustan las danzas, pero no me gustan las danzas extranjeras, sino las danzas que tienen reglas, mis reglas.

¿Has llenado ya las líneas, amigo del alma? ¿Estás sentado en un restaurante o en un monasterio mientras yo estoy bajo tierra? ¿Has llenado las líneas? No tenías por qué haberlo hecho, como es lógico. ¿Te he hecho picar otra vez?

Ahora, ¿qué te parece este silencio que con tanta desesperación tratamos de despejar en lo selvático? ¿Hemos trabajado, arado, impuesto silencio, cercado, para que pudiéramos oír una Voz? De eso nada. La Voz procede del torbellino, y hace mucho tiempo que hicimos callar al torbellino. Quisiera que recordaras que la Voz procede del torbellino. Algunos hombres, en algunos momentos, lo han recordado. ¿Era yo uno de ellos?

Te diré por qué clavamos aquí las planchas de corcho. Soy un profesor nato y no es mi estilo guardarme las cosas para mí. Seguramente en estos cinco años esa creencia te habrá torturado y divertido. Siempre pensaba contártelo todo, el regalo completo. ¿Cómo andas del estreñimiento, querido?

Me figuro que tendrán ya unos veinticuatro años estos globos blandos que flotan a mi lado en este mismo instante, estos dulces de Pascua envueltos en la ropa blanca oficial. Veinticuatro años de viaje, casi un cuarto de siglo, pero lo suficientemente jóvenes todavía como para conservar la lozanía de sus pechos. Han recorrido un largo camino para rozarme tímidamente la espalda al pasar, mientras yo manejaba alegremente mi regla, para adaptarme a la definición de cordura que alguien ha formulado. Son todavía jóvenes, son apenas jóvenes, pero resoplan ferozmente, y dispensan un embriagador perfume a alcohol y sándalo. Su rostro no deja traslucir

nada, es la cara fregada de una enfermera, las arrugas de familia misericordiosamente lavadas; es una cara preparada para servir de pantalla a nuestras pornográficas películas caseras cuando nos sumimos en la enfermedad, una compasiva cara de esfinge sobre la que dejar gotear nuestros acertijos. Y como garras enterradas en la arena, sus redondos pechos desgarran y arañan el uniforme por dentro. ¿Es familiar esta cara? Sí, es una cara como la que lucía a menudo Edith, nuestra perfecta enfermera.

—Esas líneas que has trazado son muy bonitas.

—Me gustan muchísimo.

Siss, siss, sálvese quien pueda, las bombas están muriendo.

—¿Te gustaría unos lápices de colores?

—Sí, mientras no se casen con nuestras gomas de borrar.

Ingenio, invento, shhh, shhh, ¿comprendes por qué hemos insonorizado la selva, por qué hemos tallado bancos alrededor de la arena silvestre? Para oír el siseo, para oír cómo las arrugas suplantán la redondez para esperar la muerte de nuestros mundos. Apréndete esto de memoria y olvídalo. Merece un circuito, pero un circuito diminuto, en el cerebro. Podría contarte también que desde ahora me eximo de todas estas categorías.

Juega conmigo, querido amigo.

Toma mi mano espiritual. Has quedado bañado en el aire de nuestro planeta, se te ha bautizado con fuego, excrementos, historia, amor y derrotas. No olvides esto. Es la explicación de la Regla de Oro.

Mírame en este momento de mi breve historia curiosa, la enfermera inclinada sobre mi trabajo, mi polla podrida y negra, has visto mi polla mundana descompuesta, pero ahora mira mi polla visionaria, tápate la cara y mira mi polla visionaria que no poseo ni he poseído nunca, que me poseía a mí, que era yo, que me llevaba como una escoba lleva a una bruja, que me llevaba de mundo a mundo, de cielo a cielo. Olvida esto.

Como muchos profesores, una gran parte del material que deseché era simplemente una carga que no podía soportar por más tiempo. Noto que mi depósito de basura se va agotando. Pronto no me quedará nada que dejar salvo historias. Tal vez llegue al nivel del chismorreo, y con ello terminarán mis oraciones al mundo.

Edith era promotora de orgías sexuales y proveedora de narcóticos. Tuvo piojos una vez. Tuvo ladillas dos veces. He escrito ladillas con letra muy pequeña porque hay un tiempo y un lugar para cada cosa, y una joven enfermera está muy cerca, tras de mí, preguntándose si lo que la atrae es mi energía o su caridad. Yo parezco estar absorto en mis ejercicios terapéuticos, y ella en sus deberes de vigilancia, pero shhh, hiss, el ruido del vapor se expande a través de la Terapia Ocupacional, se mezcla con la luz del sol, comunica un halo de arco iris a cada una de las cabezas inclinadas de los sufrientes, doctores, enfermeras, voluntarios. Deberías llamar a esta enfermera alguna vez. Tendrá unos veintinueve años cuando mis abogados te localicen y lleven

a efecto mi legado.

Al fondo de un verde pasillo, en un gran ropero, entre cubos, fregonas y mochos antisépticos, Mary Woolnd, de Nueva Escocia, se despojará de sus polvorientas medias blancas y obsequiará a un anciano con la libertad de sus rodillas, y no dejaremos nada tras de nosotros más que nuestras falsas orejas para captar los pasos del enfermero que se aproxima.

Vapor procedente del planeta, nubes de vapor lanudo, mientras poblaciones de chicos y chicas se enfrentan en disturbios religiosos, y cálido y sibilante como un cementerio sodomita, nuestro pequeño planeta abraza su frágil destino de yoyó, sintonizado en la mente secular como una máquina moribunda. Pero algunos no lo oyen de este modo, algunos ojos lanzados como exitosos proyectiles espaciales no lo ven de este modo. No oyen los ruidos individuales —shhh, hisss—, oyen el ruido de todos los sonidos juntos, contemplan los intersticios que se lanzan arriba y abajo por el cono del floreciente torbellino.

¿Escucho yo a los Rolling Stones? Sin cesar.

¿Estoy lo bastante herido?

El viejo sombrero me rehuye. No sé si podré esperar. El río por cuya orilla caminaré... al parecer lo pierdo todos los años a cara o cruz. ¿Tenía que comprar esa fábrica? ¿Estaba obligado a presentarme al Parlamento? ¿Era Edith un buen plan? Mi mesa del bar, mi cuartito, mis buenos amigos drogados de los que no espero gran cosa... al parecer los voy dejando casi por equivocación, por promesas, por llamadas telefónicas hechas despreocupadamente. El viejo sombrero, la carita fea y sonrosada que no quiere perder el tiempo delante del espejo, la cara sin peinar que ha de reír, asombrada, ante el tráfico multiforme. ¿Dónde está mi viejo sombrero? Trato de convencerme de que puedo aguardar. Aduzco que mi camino era correcto. ¿Es únicamente el argumento lo que es incorrecto? ¿Es el Orgullo el que me tienta recomendándome un cambio de estilo? ¿Es la Cobardía la que me mantiene a salvo de una vieja prueba? Me digo: espera. Escucho la lluvia, los ruidos científicos del hospital. Soy feliz por muchas pequeñas cosas. Me quedo dormido con el auricular del transistor en la oreja. Hasta mi deshonor parlamentaria comienza a abandonarme. Mi nombre aparece cada vez con más frecuencia en la lista de héroes nacionalistas. Hasta mi hospitalización se ha descrito como un truco inglés para amordazarme. Me temo que todavía tendré que encabezar un gobierno, con la polla podrida y todo. Tengo demasiada facilidad para dirigir a los hombres: es mi fatal facilidad.

Mi querido amigo, tienes que superar mi estilo.

Había algo en tus ojos, querido amante mío, que me hablaba del hombre que yo quería ser. Solamente tú y Edith me otorgasteis esa generosidad, tal vez sólo tú. Tus gritos de desconcierto cuando te atormentaba, eras el buen animal que yo quería ser, o a falta de eso, el buen animal que yo quería que existiera. Era yo el que tenía miedo de la mente racional, y por consiguiente trataba de volverte un poco loco. Deseaba frenéticamente aprender de tu desconcierto. Eras la pared en la que rebotaban los

gritos que yo, como un murciélago, lanzaba, para orientarme en este largo viaje nocturno.

No puedo dejar de enseñar. ¿Te he enseñado algo?

Debo oler mejor después de esta confesión, pues Mary Voolnd me acaba de recompensar con una señal inequívoca de cooperación.

—¿Te gustaría tocarme el coño con una de tus viejas manos?

—¿En qué mano estás pensando?

—¿Te gustaría oprimir un pezón con el dedo índice y hacerlo desaparecer?

—¿Y hacerlo reaparecer después?

—Si reaparece, te odiaré eternamente. Te inscribiré en el Libro de los Manazas.

—Así está mejor.

—Ummmmm.

—Estoy goteando.

¿Ves como no puedo dejar de enseñar? Todos mis arabescos son publicables. ¿Te imaginas cómo te envidiaba, a ti cuyo sufrimiento era tan tradicional?

De cuando en cuando, lo confieso, te odiaba. Al profesor de composición no siempre le satisface oír el Discurso de Despedida pronunciado en su propio estilo, sobre todo si él nunca ha sido el alumno encargado de pronunciarlo. Las veces que me sentí vacío: tú con todo ese tormento, yo sin otra cosa que un Sistema.

Cuando yo trabajaba entre judíos (la fábrica es tuya), veía constantemente una curiosa expresión de dolor cruzar el rostro levantino del jefe. Observaba esto mientras él acompañaba a la salida a un inmundo correligionario, barbudo, astuto, que olía a mala comida rumana, y visitaba la fábrica cada dos meses pidiendo en nombre de una oscura universidad fisioterápica judía. Nuestro jefe siempre le daba a este pobre hombre unas pocas monedas y le encaminaba apresuradamente a la salida de mercancías con una torpe prisa, como si su presencia allí pudiese originar algo muchísimo peor que una huelga. Yo siempre trataba al jefe con más amabilidad que de costumbre en aquellos días, porque estaba extrañamente vulnerable y desconsolado. Pasábamos lentamente entre los grandes rollos de cachemira y mezclilla de lana Harris, y dejaba que hiciera conmigo lo que quisiera. (Él, por lo menos, no tomaba a mal mis nuevos músculos, conseguidos gracias a la Tensión Dinámica. ¿Por qué me hiciste abandonar aquello?)

—¿Qué es hoy mi fábrica? Un montón de trapos y etiquetas, una distracción, una ofensa a mi espíritu.

—¿Una tumba para su ambición, señor?

—Tienes razón, muchacho.

—¿Polvo en la boca, cenizas en los ojos, señor?

—No quiero que ese sablista vuelva por aquí, ¿me oyes? Uno de estos días van a largarse de aquí con él. Y yo estaré a la cabeza de la fila. Ese pobre desgraciado es más feliz que todo el negocio.

Pero, naturalmente, él nunca despreciaba al odioso mendigo, y sufría por esta causa, con la regularidad del dolor menstrual, que es como la mujer se lamenta de la vida allende los límites de la jurisdicción lunar.

Me acosabas como la luna. Sabía que estabas sujeto a viejas leyes de sufrimiento y oscuridad. Tengo miedo de la sabiduría del lisiado. Un par de muletas, una cojera grotesca, pueden echar a perder un paseo que he iniciado con un traje nuevo, cuidadosamente afeitado, silbando. Envidiaba tu certeza de que siempre serías una nulidad. Codiciaba la magia de los vestidos rotos. Tenía celos de los terrores que provocaba en ti, pero mi dignidad me impedía ponerme a temblar. Nunca estuve lo bastante borracho, nunca fui lo bastante pobre, nunca fui lo bastante rico. Todo esto duele, tal vez duele demasiado. Hace que me den ganas de gritar para desahogarme. Me hace extender las manos horizontalmente. Sí, tengo unas ganas enormes de ser presidente de la Nueva República. Me gusta oír a los adolescentes armados cuando corean mi nombre a las puertas del hospital. ¡Viva la Revolución! Déjame ser presidente en los últimos treinta días de mi vida.

¿A dónde vas a pasear esta noche, querido amigo? ¿Has renunciado a la carne? ¿Estás desarmado y vacío, en manos de la Gracia? ¿Puedes dejar de hablar? ¿Te ha llevado la soledad al éxtasis?

Había una profunda caridad en tus chupeteos. Los detestaba y maldecía. Pero me atrevo a esperar que encarnes mis anhelos más fervientes. Me atrevo a esperar que produzcas la perla y justifiques estas pobres irritaciones secretadas.

Esta carta está escrita en lenguaje antiguo, y me ha causado no pocas molestias recordar las antiguas usanzas. He tenido que estirar mi mente hacia atrás hasta zonas bordeadas de alambre de espino, de las que he pasado toda una vida tratando de librarme. Sin embargo, no me arrepiento del esfuerzo.

Nuestro amor no morirá jamás, eso puedo prometértelo yo, que lanzo esta carta como si fuera una cometa entre los vientos de tu deseo. Nacimos juntos, y en nuestros besos confesamos el anhelo de volver a nacer. Nos echábamos uno en brazos del otro, y éramos cada uno el maestro del otro. Buscábamos el tono especial de cada noche especial. Tratábamos de eliminar el ruido de fondo, y nos hacía sufrir la idea de que tal vez ese ruido formara parte del tono. Yo era tu aventura y tú eras mi aventura. Yo era tu viaje y tú eras mi viaje, y Edith nuestra estrella bendita. Esta carta brota de nuestro amor como las chispas entre las espadas de un duelo, como la lluvia de agujas de unos címbalos vibrantes, como las brillantes semillas de sudor deslizándose por el centro de nuestro estrecho abrazo, como las plumas blancas colgadas en el aire por afeitados gallos de pelea, como la atmósfera de secretos que emana de hermanos gemelos. Yo era tu misterio y tú eras mi misterio, y nos alegrábamos al saber que el misterio era nuestra casa. Nuestro amor no puede morir. Salgo de la Historia para

contarte esto. Como dos mamuts, trabados por los colmillos, que se ejercitan con vehemencia al borde de la edad de hielo, nos protegemos mutuamente. Nuestro extraño amor mantiene firme y limpio el linaje de nuestra virilidad, de modo que no llevamos a nuestros lechos conyugales a nadie más que a nuestro propio ser, y nuestras mujeres han terminado por conocernos.

Mary Voolnd ha admitido por fin mi mano izquierda en los pliegues de su uniforme. Me ha estado observando mientras componía el párrafo anterior, y por eso lo he dejado correr de forma un tanto extravagante. A las mujeres les gustan los excesos en un hombre porque le singularizan entre sus compañeros y lo hacen solitario. Todo lo que las mujeres saben del mundo del varón les ha sido revelado por innumerables refugiados solitarios de este tipo. No pueden soportar a los maricones rabiosos debido a su inteligencia altamente especializada.

—Sigue escribiendo —susurra.

Mary me ha vuelto la espalda. Los globos están chillando como los silbatos que señalan el final de cada trabajo. Mary finge inspeccionar una gran alfombra que ha tejido cierto paciente, resguardando de esta forma nuestra preciosa representación. Con lentitud de caracol, alargo la mano, con la palma hacia abajo, haciéndola pasar por la media tirante y rugosa, en la parte posterior de su muslo. La tela de su falda es crespada y fresca; la siento pegada a mis nudillos y uñas, y el muslo envuelto en la media es tibio, curvado, un poco húmedo como un bollo de pan blanco recién hecho.

—Más arriba —susurra.

No tengo prisa. Querido amigo, no tengo prisa. Tengo la impresión de que voy a estar haciendo esto toda la eternidad. Sus nalgas se contraen con impaciencia, como dos guantes de boxeo que se tocan antes del combate. Mi mano se detiene para surcar el temblor de su muslo.

—Deprisa —susurra.

Sí, puedo asegurarte, por la tensión de la media, que me estoy acercando a la península que está sujeta por el portaligas. Recorreré toda la península, con su tibia piel a cada lado, y después soltaré la liga en forma de pezón. Los hilos de la media se estiran. Junto los dedos para no hacer un contacto prematuro. Mary se agita, poniendo en peligro el viaje. Mi dedo índice explora la liga. Está tibia. El pequeño aro de metal, el botón de goma... todo está tibio.

—Por favor, por favor —susurra.

Como ángeles en una cabeza de alfiler, mis dedos bailan sobre el botón de goma. ¿Hacia dónde soltaré? ¿Hacia la parte externa del muslo, dura y tibia como el caparazón de una tortuga tropical varada? ¿O hacia el revoltijo pantanoso de en medio? ¿O debo sujetarme como un murciélago a la suspendida peña, enorme y blanda de su nalga derecha? Hay mucha humedad en la parte superior de su falda blanca almidonada. Es como uno de esos hangares de aviación donde se forman las nubes y en cuyo interior incluso llega a llover. Mary está meneando el trasero como una hucha en forma de cerdito que retuviera una moneda de oro. Las inundaciones

están a punto de empezar. Me decido por la zona de en medio.

—Síííí.

Una sopa deliciosa me cuece la mano. Géiseres viscosos llueven sobre mi muñeca. Mi reloj se ve sometido a una prueba de lluvia magnética. Se mueve para ponerse cómoda, y luego se deja caer sobre mi puño como una red para atrapar gorilas. He estado hurgando su vello húmedo, comprimiéndolo entre los dedos como azúcar hilado. Ahora estoy rodeado por una exuberancia artesiana, adornos en forma de pezón, innumerables cerebros bulbosos, palpitanes constelaciones de corazones mucosos. Mojados mensajes en morse recorren mi brazo, dominan mi cabeza de intelectual, más, más, mensaje latente, porciones de oscuro cerebro, elegir nuevos reyes felices entre los exhaustos pretendientes de la mente. Soy una foca que inventa ondulaciones en una vasta cascada eléctrica, soy filamentos de tungsteno que resplandecen en mares de bombillas, soy una criatura de la cueva de Mary, soy espuma de la ola de Mary, las nalgas de Mary aplauden insaciables mientras maniobra para surcar con el orificio del trasero el filo del hueso de mi brazo, y la rosa del recto se desliza arriba y abajo como el sueño del diablillo del pasamanos.

—Mmm, aaah, mmm.

¿Acaso no somos felices? Por mucho ruido que hacemos, nadie nos oye, pero esto es un pequeño milagro en medio de toda esta liberalidad, como son pequeños milagros las coronas de arco iris que se ciernen sobre todos los cráneos. Mary me mira por encima del hombro, saludándome con sus ojos en blanco, blancos como cáscaras de huevo, y con una sonrisa que parece la boca abierta de un pececillo. En la dorada claridad de la Terapia Ocupacional todos creen ser un puñetero genio que ofrece cestos, ceniceros de cerámica, carteras cosidas con correas sobre los radiantes altares de su perfecta salud.

Querido amigo, puedes arrodillarte cuando leas esto, porque ahora llego al dulce núcleo de mi alegato. No sabía lo que iba a decirte, pero ahora lo sé. No sabía lo que quería proclamar, pero ahora estoy seguro. Todos mis discursos han sido un prefacio para esto, todos mis ejercicios no han sido más que un pretexto para aclararme la voz. Confieso que te he torturado, pero solamente lo hice para atraer tu atención a este punto. Confieso que te he traicionado, pero era solamente para darte luego una palmadita en el hombro. En nuestros besos y chupeteos lo que pretendía, mi viejo amor, era susurrar esto.

Dios está vivo. La Magia está en marcha. Dios está vivo. La Magia está en marcha. Dios está en marcha. La Magia está viva. Lo vivo está en marcha. La Magia nunca murió. Dios nunca enfermó. Muchos pobres hombres mintieron. Muchos hombres enfermos mintieron. La Magia nunca se debilitó. La Magia nunca se escondió. La Magia siempre gobernó. Dios está en marcha. Dios nunca murió. Dios fue soberano aunque su funeral se alargase. Aunque sus plañideros se hicieron más densos, la Magia nunca huyó. Aunque sus mortajas fueron levantadas, el Dios desnudo ya lo creo que vivió. Aunque sus palabras fueron tergiversadas, la Magia

desnuda prosperó. Aunque su muerte se publicó por todo el mundo, el corazón no se lo creyó. Muchos hombres ofendidos se asombraron. Muchos hombres golpeados sangraron. La Magia nunca vaciló. La Magia siempre fue a la cabeza. Se hicieron rodar muchas piedras, pero Dios no quiso tenderse. Muchos hombres salvajes mintieron. Muchos hombres gordos escucharon. Aunque le ofrecieron piedras, a pesar de todo la Magia se alimentó. Aunque cerraron sus cofres, Dios siempre fue servido. La Magia está en marcha. Dios gobierna. Lo vivo está en marcha. Lo vivo está en el poder. Muchos hombres débiles pasaron hambre. Muchos hombres fuertes medraron. Aunque se jactaron de la soledad, Dios estaba a su lado. Ni el soñador en su celda, ni el capitán en la colina. La Magia está viva. Aunque su muerte fue perdonada por todo el mundo, el corazón no se lo creyó. Aunque las leyes fueron talladas en mármol, no pudieron resguardar a los hombres. Aunque se construyeron altares en los parlamentos, éstos no pudieron mandar a los hombres. La policía arrestó a la Magia, y la Magia se fue con ellos, pues la Magia ama a los hambrientos. Pero la Magia no se detuvo. Se mueve de un brazo a otro. No quiso permanecer con ellos. La Magia está en marcha. No puede hacerse daño. Descansa en una palma vacía. Se reproduce en una mente vacía. Pero la Magia no es un instrumento. La Magia es el fin. Muchos hombres condujeron a la Magia, pero la Magia se quedó atrás. Muchos hombres fuertes mintieron. Sólo atravesaron la Magia y pasaron al otro lado. Muchos hombres débiles mintieron. Se acercaron a Dios en secreto y aunque le dejaron satisfecho no quisieron decir quién había curado. Aunque las montañas bailasen ante ellos, decían que Dios había muerto. Aunque sus mortajas fueron levantadas, el Dios desnudo sin duda vivía. Esto es lo que quiero susurrar a mi mente. Con esto es con lo que pienso reír en mi mente. A esto pretendo que sirva mi mente hasta que esta servidumbre no sea otra cosa que Magia atravesando el mundo, y la mente a su vez sea Magia recorriendo la carne, y la carne por su parte sea Magia bailando en un reloj, y el tiempo mismo sea la Longitud Mágica de Dios.

Querido amigo, ¿no eres feliz? Sólo tú y Edith sabéis cuánto tiempo he esperado esta enseñanza.

—Maldición —me espeta Mary Voolnd.

—¿Qué?

—Tu mano se ha aflojado. ¡Agarra!

¿Cuántas veces me tienen que asesinar, querido amigo? Es un misterio que no entiendo; al fin y al cabo. Soy un anciano que tiene una mano sobre una carta y otra mano metida en un coño jugoso, y no entiendo nada. Si mi enseñanza fuera evangélica, ¿me marchitaría la mano? Desde luego que no. No tiene pies ni cabeza. Estoy recogiendo mentiras del aire. Me están disparando mentiras. La verdad debería fortalecerme. Te lo ruego, querido amigo, interprétame, supérame. Ahora sé que soy un caso perdido. Continúa, enséñale al mundo lo que yo pretendía ser.

—Agarra.

Mary se agita y la mano vuelve a la vida, como esos ancestrales helechos de mar que se volvieron animales. Ahora los blandos codos de su coño me dan codazos en alguna parte. Ahora su ano frota la cresta de mi brazo, no como un ensueño rosado de barandilla como antes, sino como una goma de borrar que eliminase pruebas oníricas, y ahora, ¡ay!, aparece el mensaje secular.

—Agarra, por favor, por favor. De un momento a otro van a darse cuenta.

Eso es verdad. El aire de la Terapia Ocupacional está inquieto, ya ha dejado de ser dorada claridad, y es simplemente soleado y tibio. Sí, he dejado morir a la magia. Los médicos recuerdan que están trabajando y se niegan a bostezar. Una señora pequeña y obesa da órdenes como una duquesa, pobre criatura. Un adolescente llora porque ha vuelto a mearse. Un ex director de colegio se tira pedos histéricamente, amenazándonos a todos con suprimir la gimnasia. Señor de la Vida, ¿es suficiente mi dolor?

—Deprisa.

Mary aprieta.

Mis dedos rozan algo. No es una parte de Mary. Es una materia extraña.

—Agárralo. Tira de ello hacia fuera. Es de nuestros amigos.

—Enseguida.

Querido amigo:

Ahora lo recuerdo.

Te envié una caja de fuegos artificiales equivocada. No incluí el Tratamiento para los Granos en mi famosa colección de jabones y cosméticos. Con eso le curé a Edith el acné, ¿sabes? Pero, naturalmente, no lo sabes, porque no tienes motivos para creer que el cutis de Edith haya sido alguna vez otra cosa que algo agradable de besar y tocar. Cuando la conocí, su cutis no era agradable de besar y tocar, ni siquiera agradable a la vista. Estaba hecho un asco. En otra parte de esta larga carta te explicaré cómo Edith y yo construimos la encantadora esposa que tú descubriste haciendo magníficas manicuras en la peluquería del Hotel Mount Royal. Empieza a prepararte.

La colección de jabones, aunque comprende pastillas transparentes, esencias de pino, limón y sándalo, jabón líquido, es inútil sin el Tratamiento para los Granos. Lo único que consigues son granos refregados y fragantes. Tal vez con eso te basta: una especulación desmoralizadora.

Siempre te opusiste a mí. Yo tenía un cuerpo que te esperaba, pero tú le diste calabazas. Yo tenía una imagen de ti con brazos de 19 pulgadas, pero tú te marchabas. Te veía con macizos pectorales y tríceps en herradura, con relieve y claridad a la vez. En ciertos abrazos íntimos veía exactamente hasta dónde descenderían tus nalgas. En ningún caso, cuando estabas agachado ante mí, deberían haber descendido tus nalgas

tan bajo que quedaran asentadas sobre tus tobillos, porque una vez que esto ocurre los músculos de los muslos dejan de intervenir, *pero no así los músculos de las nalgas*, de ahí tus nalgas pétreas, evolución ésta sumamente egoísta que no me hacía feliz y es un factor de tu apuro intestinal. Te veía aceitoso y resplandeciente, en una clásica sección media de los abdominales en forma de tabla de lavar, estriados por los afiladísimos oblicuos y serratos. Tenía un modo de cortar en pedazos los serratos. Tenía acceso a una Cátedra Profesional de Griego. Tenía correas y estribos para convertir tu mango en un verdadero mazo (buen bocado para un pelícano). Tenía un estuche de esfínteres que se conectaba al grifo como máquinas de lavar o agrandadores de pechos. ¿Tenías idea de mi yoga? Llámalo perdición, llámalo creación, ¿pero tienes idea de mi labor con Edith? ¿Eres consciente de los Ganges que ofendiste con un millón de mezquinos porteos tierra adentro?

Acaso sea mía la culpa. Oculté ciertos artículos vitales, un aparato aquí, un hecho allá... pero sólo porque (sí, esto se acerca más a la verdad) soñaba con que tú fueras más grande que yo. Veía un rey sin dominios. Veía una escopeta sangrando. Veía al príncipe del Paraíso Olvidado. Veía una estrella de cine con granos. Veía un coche fúnebre de carreras. Veía el Nuevo Judío. Veía soldados de asalto populares cojos. Quería que hicieras sufrir al cielo. Veía jaquecas que se curaban con fuego. Veía el triunfo de la elección sobre la disciplina. Quería que tu confusión fuera un cazamariposas de la magia. Veía éxtasis sin diversión y viceversa. Veía a todas las cosas cambiar de naturaleza por una mera intensificación de sus propiedades. Quería desacreditar la educación por mor de una oración más pura. Te ocultaba las cosas porque deseaba que fueras más grande de lo que mis Sistemas pudiesen concebir. Veía heridas que movían los remos sin convertirse en músculos.

¿Quién es el Nuevo Judío?

El Nuevo Judío pierde la cabeza con gracejo. Aplica las finanzas a la abstracción originando una triunfal política mesiánica, lluvias de meteoritos en colores y otros fenómenos meteorológicos simbólicos. Ha contraído amnesia por un monótono estudio de la historia, su misma falta de memoria acariciada por hechos que acepta con visible entusiasmo. Altera durante mil años el valor del estigma, haciendo que los hombres de todas las naciones lo persigan como un talismán sexual superior. El Nuevo Judío es el fundador del Canadá Mágico, la mágica Quebec francesa, y la América Mágica. Demuestra que la añoranza trae sorpresas. Utiliza el arrepentimiento como un baluarte de originalidad. Confunde las teorías nostálgicas de la supremacía de los negros, que tendían a lo monolítico. Confirma la tradición por medio de la amnesia, tentando al mundo entero con la posibilidad de renacer. Disuelve la historia y el ritual aceptando incondicionalmente toda su herencia. Viaja sin pasaporte porque los poderes públicos le consideran inofensivo. Su penetración en las cárceles refuerza su supranacionalidad, y halaga su disposición legalista. A veces es judío, pero es siempre americano, y de vez en cuando quebequés.

Éstos fueron mis sueños para ti y para mí, querido compañero... los dos somos

Nuevos Judíos, maricas, militantes, invisibles, componentes de una posible nueva tribu ligada por el chismorreo y los rumores de pruebas divinas.

Te envié una caja de fuegos artificiales equivocada, y ello no se debió solamente a un error. Recibiste el Surtido Panamericano de Rich Brothers, que pretende ser la selección más abundante ofrecida a ese precio, pues contiene más de 550 piezas. Seamos caritativos y digamos que yo no sabía exactamente cuánto duraría la prueba. Podía haberte enviado la Famosa Exhibición de fuegos Artificiales Banner, que costaba lo mismo que la otra, con más de mil piezas de ruido y belleza. Te negué las bamboleantes Salvas de Cañón Eléctricas, las buenas Granadas de siempre, la Antorcha de Lluvia de Plata, la Batalla en las Nubes con sus 16 estallidos, la Botella Explosiva Japonesa de Cohetes Nocturnos Suicidas. Que la caridad constate que esto lo hice por caridad, las explosiones podían haber atraído la atención maliciosa de la gente. Pero ¿cómo puedo justificar el haber excluido la Gran Exhibición familiar en Color para el Jardín, paquete especialmente concebido para aquellas personas acostumbradas a un mínimo de ruido? También puse fuera de tu alcance las Fuentes Voladoras y Musicales del Vesubio, los proyectiles Cometas, los Floreros con Asa, las Grandes Conchas Florales, las Ruedas Triangulares y la Bandera Patriótica de Fuego en Color. Sé un corazón generoso, querido. Deja que la caridad alegue que te ahorré una extravagancia doméstica.

Voy a ponerte al corriente de todo: Edith, yo, tú, Tekakwitha, los *a...*s, los triquitraques.

No quería que te quemaras con fines suicidas. Por otra parte, no quería que el éxodo fuera demasiado fácil. Esto último por un orgullo de profesor profesional, y también por una envidia sutil que he expuesto anteriormente.

Lo más siniestro es la posibilidad de que haya logrado inmunizarte contra los estragos del éxtasis por medio de inoculaciones regulares en dosis homeopáticas. Una dieta de paradojas hace engordar al ironista y no al salmista.

Tal vez debería haber ido hasta el final enviándote los subfusiles que ocultaban los triquitraques en mi brillante operación de contrabando. Sufro de la enfermedad de los Virgo: nada de lo que hacía era lo bastante puro. Nunca estaba seguro de si necesitaba discípulos o partidarios. Nunca estaba seguro de si necesitaba el Parlamento o una ermita.

Confieso que nunca me ha parecido clara la Revolución de Quebec, ni siquiera en la época de mi deshonra parlamentaria. Me negué simplemente a apoyar la guerra, no porque fuera francés o pacifista (que no lo soy, por supuesto), sino porque estaba cansado. Me enteré de lo que les estaban haciendo a los gitanos, probé una inhalación de Ziclón B, pero estaba cansado, muy cansado. ¿Recuerdas cómo estaba el mundo en aquel tiempo? Un enorme tocadiscos automático tocaba una melodía soñolienta. Esa melodía databa de hacía unos dos mil años, y bailábamos a su compás con los ojos cerrados. La melodía se llamaba Historia y la amábamos todos, los nazis, los judíos, todo el mundo. La amábamos porque la habíamos compuesto nosotros; la

apreciábamos porque, al igual que Tucídides, sabíamos que cualquier cosa que nos sucediera era la cosa más importante que sucedió jamás en el mundo. La Historia hacía que nos sintiéramos a gusto, y por eso la tocábamos una y otra vez, hasta altas horas de la noche. Sonreíamos cuando nuestros tíos se iban a la cama, y nos alegrábamos de librarnos de ellos, porque ellos no sabían cómo hacer la Historia, a pesar de todas sus baladronadas y sus viejos recortes de periódico. Buenas noches, viejos impostores. Alguien hacía funcionar un reóstato y nosotros estrujábamos el cuerpo en nuestros brazos, inhalábamos el pelo perfumado, tropezábamos con los genitales de los demás. La Historia era nuestra melodía. La Historia nos eligió para que hiciéramos Historia. Nos entregamos a ella, acariciados por los sucesos.

En perfectos batallones soñolientos nos movíamos a través de la luz de la luna. Hágase su voluntad. Perfectamente dormidos, cogíamos el jabón y esperábamos las duchas.

No importa, no importa. He profundizado demasiado en el antiguo lenguaje. Puede atraparme ahí.

Yo estaba cansado. Estaba harto de lo inevitable. Trataba de escabullirme de la Historia. No importa, no importa. Diga usted simplemente que está cansado. Dije que no.

—¡Abandone el Parlamento de inmediato!

—¡Franchutes!

—¡No se puede confiar en ellos!

—¡Votemos su muerte!

Me marché de ahí a disgusto. Me gustaban las sillas rojas del Parlamento. Apreciaba los coitos bajo el monumento. Disfruté de la flor y nata en la Biblioteca Nacional. Demasiado impuro para un futuro vacío, lloraba los antiguos premios gordos.

A continuación, mi gran confesión. Me gustaba la magia de los fusiles. Los escamoteaba bajo la piel de los triquitraques. Mi viejo mono me obligaba a hacerlo. Introduje armas de fuego en Quebec porque vacilaba entre la libertad y la cobardía. Las armas de fuego absorben la magia. Enterré armas de fuego para la Historia futura. Si la Historia es la que manda, déjame ser Mr. Historia. Las armas de fuego están verdes. Las flores brotan. Dejé volver a la Historia porque estaba solo. No sigas. Supera mi estilo. No soy nada más que un héroe putrefacto.

Entre las pastillas de mi colección de jabones. No importa.

Más tarde.

Entre las pastillas de mi colección de jabones. Ya pagué una buena suma de dinero por ellas. Argentina vacaciones hotel fin de semana plan con Edith. No importa nada eso. Pagué el equivalente en dólares americanos: \$ 635. El camarero sin quitarme ojo durante días. Desagradable pequeño inmigrante recién llegado. Antiguo

Señor de unos pocos miserables acres europeos. Transacción al lado de la piscina. Lo necesitaba. Mi ansia de secular magia gris. Sopa humana. Una pastilla entera, menos el gasto de un baño en el que me sumergí, para bien o para mal.

Mary, Mary, ¿dónde estás, mi pequeña Abisag?

Mi querido amigo, toma mi mano espiritual.

Voy a mostrarte todo ocurriendo. No puedo llevarte más lejos. No puedo traerte al centro de la acción. Tengo la esperanza de que te he preparado para esta peregrinación. No sospechaba que mi sueño fuera tan frívolo. Creía haber concebido el sueño más vasto de mi generación: quería ser mago. Ésa era la idea que tenía de la vida. He aquí una petición basada en toda mi experiencia: no seas mago, sé magia.

Aquel fin de semana que arreglé para que trabajaras en los Archivos, Edith y yo volamos a la Argentina en busca de un poco de sol y de experiencias. Edith tenía problemas con su cuerpo: cambiaba continuamente de tamaño, hasta llegó a creer que podía estar moribundo.

Tomamos una habitación grande con aire acondicionado que daba al mar, cerrando con doble llave tan pronto como el portero se fue con la mano llena de propina.

Edith extendió una sábana grande de goma sobre la cama de matrimonio, moviéndose afanosamente de una esquina a otra para alisarla. Me gustaba mirarla mientras se inclinaba. Sus nalgas eran mi obra maestra. Puedes calificar sus pezones de excéntrica extravagancia, pero el trasero era perfecto. Es verdad que de año en año necesitaba masaje electrónico y aplicaciones de molde hormonal, pero la concepción era perfecta.

Edith se quitó los vestidos y se echó sobre la sábana de goma. Me quedé de pie junto a ella. Le brillaban los ojos.

—Te odio, F. Te odio por lo que nos has hecho a mí y a mi marido. Hice una tontería al liarme contigo. Ojalá que él me hubiera conocido antes que tú...

—Cállate, Edith. No tenemos por qué volver a lo mismo. Querías ser bella.

—Ahora no recuerdo nada. Estoy perpleja. Tal vez ya era bella antes.

—Tal vez —repetí, con una voz tan triste como la suya.

Edith movió las caderas morenas para ponerse cómoda, y un rayo de luz solar penetró en su vello genital, tiñéndolo de color de orín. Sí, la suya era una belleza que excedía a mi habilidad.

Sol en su coño.

Vello Sutil y Herrumbroso

Sus Túneles se Hundieron en lo Animal

Sus Rótulas Redondas y Desnudas

Me arrodillé al lado de la cama y puse una de mis delgadas orejas sobre el

huertecillo iluminado por el sol, escuchando la diminuta maquinaria pantanosa.

—Te has entrometido, F. Has ido contra Dios.

—Calla, polluelo. Hay crueldades que ni siquiera yo puedo soportar.

—Deberías haberme dejado tal como me encontraste. Ahora ya no puedo serle útil a nadie.

—Yo me pasaría la vida chupándote, Edith.

Los pelillos de mi nuca rasurada se estremecieron con las caricias de sus maravillosos dedos morenos.

—A veces me das pena, F. Podías haber sido un gran hombre.

—Para de hablar —balbucí.

—Levántate, F. Quítame la boca de encima. Estoy aparentando que eres otra persona.

—¿Quién?

—El camarero.

—¿Cuál de ellos? —pregunté.

—El del bigote y el impermeable.

—Ya me parecía a mí, ya me parecía a mí.

—Tú también reparaste en él, ¿verdad, F.? —Sí.

Me puse de pie demasiado rápidamente. El cerebro me daba vueltas por el aturdimiento como un disco, y la comida que había engullido antes en mi estómago se convirtió en vómito. Odiaba mi vida, odiaba mi entrometimiento, odiaba mi ambición. Durante un segundo quise ser un tipo corriente retirado en la habitación de un hotel tropical con una huérfana india.

Quítame la Cámara

Quítame el Vaso

El Sol y lo Húmedo Para Siempre

Deja Pasar a los Médicos

—No llores, F. Sabías que tenía que ocurrir. Querías que yo llegara hasta el final. Ahora ya no puedo ser útil a nadie y haré cualquier cosa.

Me acerqué a la ventana, tambaleándome, pero estaba herméticamente cerrada. El océano era de un verde intenso. La playa estaba salpicada de sombrillas. Cómo añoraba a mi antiguo profesor, Charles Axis. Forcé la vista buscando un traje de baño de blancura inmaculada, no oscurecido por la topografía de unos genitales.

—Eh, ven aquí, F. No puedo soportar ver a un hombre vomitando y llorando.

Acunó mi cabeza entre sus pechos desnudos, embutiéndome un pezón en cada oreja.

—Vamos, cálmate.

—Gracias, gracias, gracias, gracias.

—Escúchame, F. Escúchame de la forma en que tú querías que todos nosotros escucháramos.

—Te estoy escuchando, Edith.

*Déjame, déjame seguir bajando
Hasta las Cuevas Viscosas
Donde Ciudades en embrión
Forman sucia Espuma sobre las Olas*

—No estás escuchando, F.

—Lo estoy intentando.

—Me das pena, F.

—Ayúdame, Edith.

—Entonces vuelve al trabajo. Eso es lo único que puede aliviarte. Intenta terminar el trabajo que empezaste con todos nosotros.

Tenía razón. Yo era el Moisés de nuestro pequeño éxodo. Yo nunca cruzaría al otro lado. Mi montaña puede que sea muy alta, pero se levanta en medio del desierto. Y que con eso me baste.

Recobré mi actitud profesional. Su perfume inferior estaba todavía en mis narices, pero eso era asunto mío. Contemplaba a la chica desnuda desde mi Pisgah. Sus labios suaves me sonreían.

—Así es mejor, F. Tienes una lengua muy bonita, pero estás mejor haciendo de doctor.

—De acuerdo, Edith. Y ahora, ¿cuál es el problema?

—Ya no consigo correrme.

—Naturalmente que no. Si queremos perfeccionar el cuerpo pan-orgásmico, extender la zona erógena a toda la envoltura carnal, popularizar la danza telefónica, entonces tenemos que empezar por disminuir la tiranía de los pezones, los labios, el clítoris y el ano.

—Vas contra Dios, F. Dices palabras sucias.

—Me arriesgaré.

—Me siento perdida desde que ya no consigo correrme. No estoy preparada todavía para lo otro. Me hace sentirme demasiado sola. Me siento oscurecida. A veces ya ni recuerdo dónde tengo el coño.

—Me aburres, Edith. Y pensar que he cifrado todas mis esperanzas en ti y en tu miserable marido.

—Devuélvemelo, F.

—De acuerdo, Edith. Es una cosa muy sencilla. Lo haremos según los libros. Pensaba que esto podía ocurrir, así que he traído los más indicados. Tengo también en este baúl varios falos artificiales (utilizados por las mujeres), vibradores vaginales, el

Rin-no-tam y el Godemiche o Dildo.

—Eso quería oír.

—Vuélvete a echar y escucha. Húndete en la sábana de goma. Extiende las piernas y deja que el aire acondicionado produzca su inmundo efecto.

—De acuerdo, dispara.

Aclaré mi famosa voz. Elegí un libro grueso, escrito con franqueza, que describe varias prácticas de autoerotismo consentidas por personas y animales, flores, niños y adultos, y mujeres de todas las edades y culturas. Comprendía los temas siguientes: Por qué las mujeres casadas se masturban, Qué podemos aprender del oso hormiguero, Mujeres insatisfechas, Anormalidades y erotismo, Técnicas de masturbación, Laxitud de las hembras, Afeitado genital, Descubrimiento del clítoris, Masturbación en grupo, Hembra de metal, Juego de gomas, Caricias corporales, Masturbación uretral, Experimentos individuales, Masturbación infantil, Técnica de fricción del muslo, Estimulación mamaria, Autoerotismo en las ventanas.

—No te pares, F. Noto que me vuelve otra vez.

Sus maravillosos dedos morenos avanzaron por su vientre sedoso y redondeado. Continué leyendo con mi lento tono tentador, de informador meteorológico. Leí a mi protegida, que respiraba profundamente, una descripción de prácticas sexuales insólitas, Cuando el Sexo se Vuelve «Diferente». Una práctica sexual «Insólita» es aquella que proporciona mucho más placer que el orgasmo en el coito. La mayoría de estas prácticas extrañas implican cierto grado de mutilación, sobresalto, voyeurismo, dolor o tortura. Los hábitos sexuales de una persona normal carecen hasta cierto punto de estos rasgos sádicos o masoquistas. SIN EMBARGO, el lector se asombrará al ver cuán anormales son los gustos de las personas consideradas normales. CASOS VERÍDICOS y trabajos intensivos de campo. Ampliado con capítulos que detallan TODOS LOS ASPECTOS del acto sexual. A título de MUESTRA señalamos los APARTADOS siguientes: Frotamiento, Miradas, Anillos de seda, Satiriasis, Bestialidad ajena. El lector corriente se sorprenderá al enterarse de cómo tales prácticas «Insólitas» son propagadas por compañeros sexuales aparentemente inocentes y normales.

—Qué maravilla, F. Hacía tanto tiempo.

Había avanzado la tarde. El cielo había quedado algo oscurecido. Edith se tocaba por todas partes y se olía sin ninguna vergüenza. Yo a duras penas podía quedarme quieto. Los textos me habían hecho mella. En su cuerpo joven se advertía que se le había puesto la carne de gallina. Contemplé atontado los dibujos originales: órganos masculinos y femeninos, tanto externos como internos, dibujos que indicaban los métodos correctos e incorrectos de penetración. Muy provechoso para las mujeres casadas ver cómo penetra el pene.

—Por favor, F. No me dejes así.

Me ardía la garganta por el hambre que sentía. El amor nos acariciaba. Edith se retorció bajo la presión de sus dedos. Se puso rápidamente boca abajo, manejaba sus hermosos puñitos estimulándose el ano. Me sumergí en un Manual de

Semiimpotencia. El tema estaba entretejido de aspectos importantes: cómo alargar el pene erecto, uso de lubricantes, satisfacción durante la menstruación, abuso de la menopausia, asistencia manual de la esposa en la superación de la semi-impotencia.

—No me toques, F. Me moriría.

Solté rápidamente un pasaje sobre Fellatio y Cunnilingus entre Hermano y Hermana, y otros. Había perdido casi por completo el dominio de mis manos. Me adentré vacilante en un nuevo concepto para una vida sexual excitante. No pasé por alto la sección que trataba de la longevidad. Culminaciones emocionantes, posibles para todos. Lesbianas a millares, entrevistadas e interrogadas con franqueza. Algunas, torturadas con motivo de respuestas esquivas. Habla sin rodeos, condenada. Un estudio excepcional que muestra al delincuente sexual en pleno trabajo. Productos químicos capaces de quitar el vello de las palmas de las manos. ¡Nada de maniquíes! Fotos Reales de Órganos Sexuales Masculinos y Femeninos y Excrementos. Exploración por el Beso. Las páginas pasaban rápidamente. Edith musitando palabrotas entre espuma. Sus dedos estaban brillantes y relucientes; su lengua manchada del sabor de sus aguas. Yo leía aquellos libros escritos con términos corrientes; la máxima sensibilidad, causa de erección, El Marido Encima, 1-17; La Mujer Encima, 18-29; Sentados, 30-34; De Lado, 35-38; Posiciones de Pie y de Rodillas, 39-53; Diversas Posiciones en Cucullas, 54-109; Movimiento del Coito en Todas Direcciones, tanto para el Marido como para la Esposa.

—¡Edith! —grité—. Déjame practicar Juegos Preliminares.

—Nunca.

Me puse a hojear rápidamente un glosario de términos sexuales. En 1852, Richard Burton (muerto a los 69) se sometió tranquilamente a la circuncisión cuando tenía treinta y un años. «Ordeñadores». Bibliografía Detallada de Incesto Consumado. Diez Etapas en el Mestizaje. Técnicas de Fotógrafos Notorios. Testimonio de Actos Excepcionales. Sadismo, Mutilación, Canibalismo, Canibalismo de los Oralistas, Cómo Emparejar Órganos Desproporcionados. Vean el intenso nacimiento de la nueva mujer americana. Me puse a vocear los hechos consignados. No se le negarán a ella los placeres del sexo. LOS CASOS VERÍDICOS muestran las tendencias cambiantes. El libro está lleno de relatos de colegialas ansiosas de recibir proposiciones. Mujeres que ya no se sienten cohibidas por la intimidad oral. Hombres que se masturban hasta morir. Canibalismo durante los Juegos Preliminares. Coito Craneal. Los Secretos del «Cronometraje» del Clímax. Prepucio, Favorable, Adverso e Indiferente. El Beso íntimo. ¿Cuáles son los beneficios de la experimentación sexual? Personalidad sexual propia y ajena. Hay que enseñar a pecar. Besar a Negros en la Boca. Documentos sobre el Muslo. Estilos de Presión Manual en la Satisfacción en Volutas. La Muerte Montada en Camello. A ella le di todo. Mi voz lloraba el látex. No disimulé las puntillas, ni pantalones excitantes abiertos por delante, ni un sostén elástico blando en lugar de amplios pechos caídos, luego separación juvenil. Sobre los pezones separados, de Edith solté todo el disco: Pantalones de Papá Noel, Nieve de Alarma

contra Incendios, Consejos para un Mayor Atractivo, Crema para el Busto en discreto envoltorio, Muñeca Kinsey de cuero lavable, Disciplina del Asmegma, el cenicero para CHORROS PEQUEÑOS, «ENVÍEME OTRO aliviador de hernias de forma que tenga uno de repuesto. Me está permitiendo trabajar a la máxima velocidad con mi prensa 8 horas diarias», hago esta observación por tristeza, por melancólica almohadilla para las ingles plana y blanda que podría estar oculta en la memoria pantanosa de Edith como una palanca sucia, como un interruptor estirado para una apoteosis agitada cohete húmedo sal del arrabal finamente impreso donde el único solo de trompeta es la fibrosa tos del abuelo y ropa interior problemas de dinero.

Edith estaba meneando sus rótulas cubiertas de saliva, rebotando en los arroyuelos de la lubricación. Sus muslos estaban brillantes de espuma y su pálido ano era excavado por crueles uñas postizas. Pedía a gritos la liberación y el vuelo que su imaginación ordenaba le era negado por un coño sólo a medias ilustrado.

—Haz algo, F. Te lo suplico. Pero no me toques.

—¡Edith, cariño! ¿Qué te he hecho?

—¡Atrás, F.!

—¿Qué quieres que haga?

—Prueba.

—¿Una historia de tortura?

—Lo que sea, F. Date prisa.

—¿Los judíos?

—No. Es demasiado extraño.

—¿1649? ¿Brébeuf y Lalemant?

—Lo que sea.

Así que empecé a recitar mi lección escolar de cómo los iroqueses mataron a los jesuitas Brébeuf y Lalemant, cuyas reliquias chamuscadas y mutiladas fueron descubiertas la mañana del veinte por un miembro de la Compañía y siete franceses armados. «*Ils y trouverent un spectacle d'horreur...*»^[22].

En la tarde del dieciséis los iroqueses habían atado a Brébeuf a un poste. Comenzaron a quemarle de los pies a la cabeza.

—Llamas eternas para aquellos que persigan a los devotos de Dios —les amenazó Brébeuf en un tono de maestro de escuela.

Mientras el sacerdote hablaba, los indios le cortaron el labio inferior y le embutieron un hierro candente en la garganta. No hizo signos ni ruidos de incomodidad.

Entonces sacaron a Lalemant. Alrededor del cuerpo desnudo le habían sujetado tiras de corteza, embadurnadas de brea. Cuando Lalemant vio a su superior, con aquella abertura anormal sangrando y dejando ver aún los dientes, y con el mango del arma sobresaliéndole por la boca abrasada y destrozada, exclamó con palabras de san Pablo:

—Nos han puesto en evidencia ante el mundo, ante los ángeles y ante los

hombres.

Lalemant se tiró a los pies de Brébeuf. Los iroqueses le cogieron, le ataron a un poste y prendieron fuego a la vegetación en la que había sido atado. Imploró a gritos la ayuda del cielo, pero no había de morir tan pronto.

Trajeron un collar de hachas incandescentes y se lo pusieron a Brébeuf. Él no se acobardó.

Un ex converso, que había vuelto a las andadas, se abrió paso entonces y pidió que les echaran agua caliente en la cabeza, puesto que los misioneros habían derramado sobre ellos tanta agua fría. Colgaron una caldera, el agua se puso a hervir y la vertieron lentamente en las cabezas de los sacerdotes prisioneros.

—Os bautizamos —dijeron riendo— para que podáis ser felices en el cielo. Nos dijisteis que cuanto más se sufre en la tierra, más feliz se es en el cielo.

Brébeuf permaneció firme como una roca. Después de una serie de torturas repugnantes le cortaron el cuero cabelludo. Estaba todavía vivo cuando le abrieron el pecho. Un grupo se adelantó a beber la sangre de tan valeroso enemigo y a devorar su corazón. Su muerte dejó atónitos a sus asesinos. Aquel suplicio duró cuatro horas.

A Lalemant, que desde su infancia había padecido debilidad física, le llevaron de nuevo a la casa. Allí fue torturado toda la noche, hasta que, un poco después del amanecer, un indio se hartó de la prolongada diversión y le dio un golpe fatal con su hacha. No quedó parte alguna de su cuerpo que se salvara de la quema, «ni siquiera los ojos, en cuyas órbitas aquellos miserables habían colocado carbones encendidos». Su tormento duró diecisiete horas.

—¿Cómo te encuentras, Edith?

No tenía por qué preguntarlo. Mis lecturas le habían servido solamente para acercarla más a una cima que ella no podía alcanzar. Gemía con hambre terrible, y su carne de gallina brillaba en súplica para poder librarse de los anillos insoportables del placer secular y volar a ese reino ciego, como el sueño y como la muerte, en ese viaje de placer más allá del placer, donde cada hombre viaja como un huérfano hacia un ancestro atómico, más anónimo, más nutritivo que los lazos de la sangre o de las familias adoptivas.

Me di cuenta de que nunca lo lograría.

—F., sácame de esto —gemía lastimeramente.

Enchufé el Vibrador Danés. Siguió un espectáculo degradante. Tan pronto como aquellas deliciosas oscilaciones eléctricas ocuparon mi mano, como un ejército de algas entrenadas, entrelazando, envolviendo, acariciando..., me sentí muy poco dispuesto a abandonar el instrumento en manos de Edith. De algún modo, en medio de su jugoso tormento, se percató de que yo trataba de deslizar las Abrazaderas Perfeccionadas de Succión en las sombras de mi ropa interior.

Se levantó y arremetió contra mí.

—Dame eso. ¡Bestia!

Como un oso (¿algún recuerdo ancestral?) arremetió contra mí. No había tenido

oportunidad de sujetar las Correas Asombrosas Mejoradas y el vibrador se me fue de las manos. Así el oso, con un zarpazo de su garra de fuertes uñas, extrae el pez del seno del arroyo. Como un cangrejo, el Vibrador Danés comenzó a barrenar por el suelo encerado, zumbando como una locomotora volcada.

—Eres un egoísta, F. —gruñó Edith.

—Es una observación propia de una embustera y una ingrata —dije lo más amablemente que pude.

—Quítate de mi vista.

—Te quiero —dije, según avanzaba palmo a palmo hacia el Vibrador Danés—. Te quiero, Edith. Puede que mis métodos hayan sido equivocados, pero nunca he dejado de quererte. ¿Fui egoísta al tratar de poner fin a vuestro dolor, el tuyo y el suyo (el tuyo, querido camarada del alma)? Veía dolor por todas partes. No podía soportar miraros a los ojos, tan carcomidos estaban de dolor y de deseo. No podía soportar besaros a ninguno de los dos, porque cada uno de vuestros abrazos descubría una súplica desesperada y mordaz. En vuestras risas, ya fuera por dinero o por atardeceres, oía vuestras gargantas desgarradas por la codicia. En medio del espasmo supremo, veía al cuerpo marchitarse. Entre los borbotones del orgasmo, lanzabais vuestras noticias de arrepentimiento. Se alzaban a millares, yacían a millares aplastadas bajo tubos de carretera. No os contentabais con cepillaros los dientes. Os di pechos con pezones: ¿pudisteis alimentar a alguien? Os di una polla con memoria separada: ¿pudisteis entrenar a una raza? Os llevé a ver una película exhaustiva sobre la Segunda Guerra Mundial: ¿os sentisteis más alegres cuando salimos? No, os lanzasteis sobre las espinas de la investigación. Yo os chupaba, y vosotros aullabais para dispensarme algo más que veneno. A cada apretón de manos llorabais por un jardín perdido. Encontrabais en cada objeto un filo cortante. Yo no podía soportar el estrépito de vuestro dolor. Estabais embadurnados de sangre y costras torturadas. Necesitabais vendajes —no había tiempo para hervir los gérmenes y eliminarlos— y agarré lo que tenía más a mano. La cautela era un lujo. Yo no tenía tiempo de examinar mis motivos. La catarsis hubiera sido una coartada. Contemplando semejante espectáculo de sufrimiento yo era libre de intentar lo que fuera. No puedo responder de mi erección. No tengo explicación para mis viles ambiciones. Enfrentado a vuestro pus, no podía dejar de examinar mi dirección, apuntara o no a una estrella. Mientras iba cojeando por la calle cada ventana lanzaba una orden: ¡Cambia! ¡Purifica! ¡Experimenta! ¡Cauteriza! ¡Invierte! ¡Quema! ¡Preserva! ¡Instruye! Créeme, Edith, tenía que actuar, y actuar rápidamente. Ése era mi temperamento. Llámame si quieres Dr. Frankenstein a plazo fijo. Yo parecía despertar en medio de un accidente de automóvil, con los miembros esparcidos aquí y allá, mientras voces aisladas imploraban consuelo y dedos arrancados señalaban hacia casa, todos los escombros marchitándose como lonchas de queso fuera del celofán..., y lo único que me quedaba en el mundo siniestrado era una aguja e hilo, así que me puse de rodillas, reuní las piezas de aquel revoltijo y comencé a coserlas unas con

otras. Tenía idea del aspecto que un hombre debería tener, pero éste cambiaba constantemente. No podía dedicar la vida entera al descubrimiento del físico ideal. No oía más que dolor, no veía más que mutilación. Mi aguja se movía con tal frenesí que a veces me encontraba con que había atravesado mi propia carne y estaba unido a una de mis grotescas creaciones —de la que siempre me desgarraba— y entonces oía mi propia voz aullando con las otras, y comprendía que verdaderamente yo también formaba parte del desastre. Pero también me daba cuenta de que no era el único que estaba de rodillas cosiendo frenéticamente. Había otros como yo, cometiendo los mismos errores monstruosos, impulsados por la misma urgencia impura, zurciéndose a sí mismos en el montón de ruinas, extrayéndose penosamente...

—F., estás llorando.

—Perdóname.

—Deja de lloriquear. Ya ves, has perdido tu erección.

—Se está desmoronando todo ahora. Mi disciplina se derrumba. ¿Tienes idea de cuánta disciplina he tenido que usar para formaros a los dos?

Ambos saltamos en busca del Vibrador en el mismo instante. Sus fluidos la volvían escurridiza. Durante un segundo, mientras duró nuestra lucha, deseé que estuviéramos haciendo el amor, porque todas sus boquillas estaban firmes y fragantes. La agarré por la cintura, y antes de que pudiera darme cuenta su trasero se escabulló de mi fuerte abrazo como una semilla de melón húmeda, sus muslos se me escaparon como un tren perdido, y ahí estaba yo con los brazos vacíos y lubricados, caído de narices sobre el costoso suelo de caoba.

¿Querido amigo, estás todavía conmigo? No desesperes. Te prometí que esto terminaría en éxtasis. Sí, tu mujer estaba desnuda durante esta historia. En alguna parte de la oscura habitación, colgadas del respaldo de una silla, como una enorme mariposa exhausta, sus bragas Gal, atiesadas por una ligerísima mampostería de sudor, soñaban con uñas harapientas, y yo soñaba con ellas —sueños anchos, palpitantes, descendientes, surcados de arañazos verticales—. Para mí aquello era el fin de la Acción. Seguiría intentándolo, pero sabía que os había fallado a los dos, y que vosotros dos me habíais fallado. Me quedaba un truco, pero era peligroso, y por nada del mundo lo habría utilizado. Los acontecimientos, como pondré de manifiesto, me habrían de obligar a ello, y aquello terminaría con el suicidio de Edith, mi hospitalización y tu cruel suplicio en la casa de troncos. ¿Cuántas veces te advertí que la soledad te fustigaría?

Así estaba yo, tirado allá, en Argentina. El Vibrador Danés zumbaba como un cepillo eléctrico mientras se alzaba y caía sobre los contornos jóvenes de Edith. La habitación estaba fría y oscura. De cuando en cuando, una de sus relucientes rodillas captaba un destello de la luna mientras ella se agitaba en una súplica desesperada. Había cesado de gemir; supuse que se había acercado a la zona de intenso silencio jadeante que el orgasmo gusta de inundar con boqueadas de ventrílocuo y cósmicas tramas de marionetas.

—Gracias a Dios —susurró ella por fin.

—Me alegró de que te hayas corrido, Edith. Me alegro mucho por ti.

—Gracias a Dios que se me ha quitado de encima. Tuve que chuparlo. Me obligó a intimidades orales.

—¿Qué...?

Antes de que pudiera completar la pregunta lo tenía ya sobre mis nalgas, y su estúpido zumbido se había convertido en un quejido psicótico. La pieza separable para la entrepierna se insertó entre mis peludos muslos, proporcionando con ingenio un blando soporte a mis asustados testículos. Había oído hablar de cosas parecidas ocurridas antes, y sabía que aquello me dejaría un poso de amargura y me llenaría de odio hacia mí mismo. Como una pastilla de cianuro dejada caer en la cámara de gas, el Vibrador Danés soltó un grumo de Crema Fórmula en lo alto de la división muscular que tanto trabajo me había costado definir. Mientras el calor de mi cuerpo fundía aquello en un fino chorro que había de engrasar su vergonzosa entrada, varias confortables copas de látex hicieron presa aquí y allí de forma excitante. El Desarrollador elástico parecía tener vida propia, y las Correas Fortuna lo abrieron todo de par en par, y noté cómo el aire acondicionado evaporaba con frescura el sudor y la crema *de las diminutas superficies cuya existencia casi no sospechaba*. Me habría quedado allí echado durante diez días. Ni siquiera estaba sorprendido. Sabía que aquello era insaciable, pero estaba dispuesto a someterme. Oí a Edith llamándome débilmente en el preciso instante en que la Almohadilla de Espuma se hinchaba en toda su extensión. Después de aquello no oí nada más. Era como si un millar de Filósofos Sexuales estuvieran actuando sobre mí en perfecta cooperación. No sé si habré gritado al primer ataque de la Porra Blanca, pero la Crema Fórmula seguía brotando, y creo que una de las copas había sido transformada para manipular las secreciones. Zumbaba en mis oídos como labios de alabastro.

No sé cuánto tiempo estuvo pululando entre mis piezas personales.

Edith llegó hasta el interruptor de la luz. Era incapaz de mirarme.

—¿Eres feliz, E?

No contesté.

—¿Quieres que haga algo, E?

Tal vez el Vibrador Danés respondió con un ronroneo de saciedad. Retiró de prisa los Tirantes Americanos, cesó la succión en las copas de látex, mi escroto cayó sin mayor ceremonia y la máquina se desprendió de mi carne temblorosa. Creo que era feliz.

—¿Quieres que lo desenchufe, E?

—Haz lo que te dé la gana, Edith. Estoy para el arrastre.

Edith tiró del cordón eléctrico. El Vibrador Danés se estremeció, enmudeció y se paró. Edith suspiró aliviada, pero demasiado pronto. El Vibrador Danés comenzó a producir un silbido estremecedor.

—¿Tiene pilas?

—No, Edith. No tiene pilas.

Se cubrió los pechos con los brazos cruzados.

—¿Quieres decir que...?

—Sí. Ha aprendido a autoalimentarse.

Edith se retiró a un rincón mientras el Vibrador Danés avanzaba hacia ella. Se encorvó de un modo extraño, como si tratara de esconder el coño entre los muslos. Yo no podía moverme del charco de gelatina en el que había sido sodomizado por innumerables mejoras. Se abrió camino a través de la habitación del hotel de forma pausada, con las correas y las copas corriendo tras de sí, como una falda hawaiana compuesta de césped y sostenes.

Había aprendido a autoalimentarse.

(Oh Padre, Innombrable y Libre de Toda Descripción, sácame del Desierto de lo Posible. Durante demasiado tiempo me he ocupado de Sucesos. Durante demasiado tiempo he trabajado para convertirme en un Ángel. He cazado Milagros con un saco de Poder para salar sus Colas salvajes. He tratado de dominar la Locura para poder robar su Información. He tratado de programar Computadoras a base de Locura. He intentado crear la Gracia para demostrar que la Gracia existía. No castigues a Charles Axis. No podíamos ver las Pruebas y por eso alargábamos nuestras Memorias. Querido Padre, acepta esta confesión: no nos hemos preparado para Recibir porque creíamos que no había Nada que Recibir y no podíamos resistir esta Creencia.)

—Ayúdame, Ayúdame, F.

Pero yo estaba sujeto al suelo por un clavo cosquilleante cuya cabeza era mi ano.

Se tardaba lo suyo en llegar hasta ella. Edith, mientras tanto, con la espalda estrujada en ángulo recto, se había sumido en una posición sedente e indefensa, con sus hermosas piernas separadas. Paralizada por el terror y la perspectiva de emociones repugnantes, estaba dispuesta a rendirse.

Yo había contemplado muchos orificios, pero no había visto ninguno con una expresión como aquélla. Los suaves pelos habían sido apartados de los labios rezumantes, como en un broche Luis XIV. Los pliegues de los labios se dilataban y contraían como si alguien jugara con la apertura de una lente. El Vibrador Danés la montó despacio, y muy pronto la criatura (Edith tenía veinte años) estaba haciendo cosas con su boca y con sus dedos que nadie, créeme, viejo amigo, te ha hecho a ti nunca. Quizás era lo que tú querías de ella. Pero no sabías cómo animarla a hacerlo, y eso no era culpa tuya. Nadie hubiera sabido. Por eso traté de apartar la jodienda del magreo mutuo.

Todo aquel asalto duró quizá veinte minutos. Antes de que pasara el décimo, ella estaba suplicándole a la cosa que actuara en sus sobacos, especificando qué pezón estaba más hambriento y retorciendo el torso para ofrecerle zonas rosadas ocultas. Eso hasta que el Vibrador Danés tomó el mando. Porque, entonces, Edith se convirtió muy satisfecha en un bufet de jugos, carne, músculo y excremento en el que saciar su apetito.

Por supuesto, la trascendencia del placer de Edith era enorme.

El Vibrador Danés se apartó de su cara, dejando al descubierto una leve sonrisa magullada.

—Quédate —murmuró ella.

Aquello trepó al alféizar de la ventana, ronroneando profundamente, aceleró sus revoluciones hasta un agudo gemido y se lanzó a través del cristal, que se desplomó en pedazos, cubriendo su salida como un telón de fantasía.

—Haz que se quede.

—Se ha ido.

Arrastramos nuestros extraños cuerpos hasta la ventana. La noche tropical, perfumada y pegajosa, entró flotando en el cuarto cuando nos asomamos para contemplar cómo el Vibrador Danés caía a lo largo de los marmóreos pisos del hotel. Cuando llegó al suelo cruzó la zona de aparcamiento y pronto alcanzó la playa.

—¡Oh Dios, F.! Ha sido maravilloso. Toca esto.

—Ya lo sé, Edith. Toca esto.

Un curioso drama comenzó a desarrollarse allá abajo, sobre la arena desierta iluminada por la luna. Mientras el Vibrador Danés avanzaba lentamente hacia las olas que rompían en flores oscuras sobre la playa brillante, una figura surgió de un bosquecillo de fantasmales palmeras. Era un hombre que llevaba un traje de baño de un blanco inmaculado. Realmente no sé si corría para interceptar el Vibrador Danés con la intención de inutilizarlo violentamente o simplemente deseaba observar desde más cerca su extraño y grácil avance hacia el Atlántico.

¡Qué suave parecía la noche, como el último verso de una nana! Con una mano apoyada en la cadera y con la otra rascándose la cabeza, la diminuta figura contemplaba allá abajo, como nosotros, el descenso del aparato hacia el enorme mar ondulante, que se agolpaba sobre sus tazas como el final de una civilización.

—¿Crees que volverá, F.? ¿Con nosotros?

—No importa. Está en el mundo.

Nos quedamos muy cerca el uno del otro en la ventana, dos figuras sobre el peldaño de una larga escala de mármol que se alzara en la vasta noche sin nubes, apoyada contra la nada.

Una brisa ligera separó un mechón de su pelo y sentí su leve roce en la mejilla.

—Te quiero, Edith.

—Te quiero, F.

—Y quiero a tu marido.

—Yo también.

—Nada ha salido como lo planeé, pero ahora ya sé lo que va a ocurrir.

—Yo también, F.

—Oh, Edith, algo me está pasando por el corazón, un murmullo de insólito amor, pero jamás podré llevarlo a cabo. Pido a Dios que tu marido sí.

—Lo logrará, F.

—Pero tendrá que hacerlo él solo. Solamente podrá hacerlo él.

—Ya lo sé —dijo ella—. No podremos estar con él.

Una gran tristeza se apoderó de nosotros mientras abarcábamos con la vista las grandes extensiones del mar; una tristeza abnegada que no era nuestra ni podíamos reclamar. Aquí y allá el agua inquieta guardaba una imagen de la luna hecha añicos. Nos despedimos de ti, querido amante. No sabíamos cuándo o cómo se acabaría la partida, pero empezaba en aquel momento.

Sonó un golpe profesional en la puerta rubia.

—Debe ser él —dije.

—¿Nos ponemos la ropa?

—Para qué nos vamos a molestar.

Ni siquiera tuvimos que abrir la puerta. El camarero tenía una llave maestra. Todavía llevaba el viejo impermeable y el bigote, pero por debajo iba completamente desnudo. Nos volvimos hacia él.

—¿Le gusta la Argentina? —pregunté por mor de una conversación de cortesía.

—Echo de menos los documentales —dijo.

—¿Y los desfiles? —ofrecí.

—Y los desfiles. Pero aquí puedo lograr todo lo demás. ¡Ah!

Se fijó en nuestros órganos enrojecidos y empezó a acariciarlos con gran interés.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Ya veo que se han preparado muy bien.

Lo que siguió es archisabido. No quiero añadir a las penas que puedan quedarte la descripción pormenorizada de los excesos que llevamos a cabo con él. Para que no te preocupes por nosotros, permíteme que te diga que, efectivamente, nos habíamos preparado bien, y que apenas intentamos resistirnos a sus órdenes sórdidas y excitantes, aun cuando nos hiciera besar el látigo.

—Tengo un regalito para ustedes —dijo por fin.

—Tiene un regalito para nosotros, Edith.

—Veamos —replicó ella, aburrida.

Del bolsillo de su abrigo extrajo una pastilla de jabón.

—Tres en una bañera —dijo alegremente, con su pronunciado acento.

Así que chapoteamos con él. Nos enjabonó de la cabeza a los pies, proclamando mientras tanto las especiales cualidades del jabón, que, como habrás comprendido, estaba compuesto de carne humana derretida.

Esa pastilla está ahora en tus manos. Ambos fuimos bautizados con ella, tu mujer y yo. Quisiera saber lo que vas a hacer con ella.

Como ves, te he explicado *cómo sucede*, de estilo a estilo, de beso a beso.

Pero hay más, falta la historia de Catherine Tekakwitha... la conocerás hasta el último detalle.

Aburridos, nos secamos unos a otros con las opulentas toallas del hotel. El camarero tuvo mucho cuidado con nuestras partes.

—He tenido millones de éstos a mi disposición —dijo, sin mostrar indicio alguno

de nostalgia.

Se embutió en su impermeable y pasó un rato ante el espejo de cuerpo entero jugueteando con su bigote y ladeándose el pelo sobre la frente de la forma que le gustaba.

—Y no olviden avisar a la *Police Gazette*. Ya ajustaremos el precio del jabón más tarde.

—¡Espere!

Según abría la puerta para marcharse, Edith le rodeó el cuello con los brazos, le empujó a la cama seca y se puso a mecerle la famosa cabeza entre sus pechos.

—¿Para qué has hecho eso? —la interrogué después que el camarero, inflexible, hubo salido de la habitación sin dejar ningún rastro, salvo la vaga hediondez de su flatulencia azufrosa.

—Por un momento pensé que era un *a...*

—¡Por favor, Edith!

Me caí de rodillas ante tu esposa y coloqué la boca sobre los dedos de sus pies. La habitación estaba manga por hombro, con el suelo salpicado de charcos de líquido y de espuma, pero ella se levantó de ahí como una hermosa estatua con charreteras y pezones de luz lunar.

—¡Oh, Edith! No importa lo que te haya hecho, los senos, el coño, las averías hidráulicas de las nalgas, todos mis entrometimientos al estilo de Pygmalion, nada de eso significa nada. Ahora me doy cuenta. Con acné y todo estabas fuera de mi alcance, estabas fuera del alcance de mis aparatos. ¿Quién eres?

—**Ιοις.εγω ειμι παντα γεγονός και δν και εσόμενον και τό εμόν πεπλον ούδεις των θνητων απεκαλυφεν!**^[23]

—¿No estás bromeando? Entonces solamente soy digno de chuparte los dedos de los pies.

—Dedea.

Mucho más tarde.

Recuerdo un relato que me contaste una vez, querido camarada, acerca de la idea que los indios tenían de la muerte. Los indios creían que después de la muerte física el espíritu realizaba un largo viaje hacia el cielo. Era un viaje arduo y peligroso, y muchos no lo terminaban. Había que cruzar un río traicionero sobre un tronco que atravesaba a saltos los rápidos salvajes. Un enorme perro aullador acosaba al viajero. Había un angosto sendero que bordeaba cantos rodados que bailaban y se estrellaban unos contra otros, pulverizando al peregrino que no pudiera bailar con ellos. Los hurones creían que al lado de este sendero había una choza de cortezas. Allí vivía Oscotarach, que significa Taladrador de Cabezas. Su oficio era retirar el cerebro de los cráneos de todos los que pasaban por allí, «como una preparación necesaria para la inmortalidad».

Interrógate. Quizá la casa de troncos donde sufres sea la choza de Oscotarach. Tú no sabías que esa operación fuera tan larga y tan torpe. Una y otra vez el tomahawk embotado hurga entre la papilla. La luz de la luna quiere penetrar en tu cráneo. Los senderos relucientes del cielo helado quieren correr por las órbitas de tus ojos. El aire invernal de la noche, que parece como «diamantes suspendidos en solución», quiere inundar el cuenco vacío.

Interrógate. ¿Era yo acaso *tu* Oscotarach? Espero que lo fuera. Estamos en plena intervención quirúrgica, querido. Estoy contigo.

Pero ¿quién podría hacerle esta operación a Oscotarach? Cuando comprendas esta pregunta comprenderás mi tormento. Tuve que recurrir a la beneficencia pública para someterme a mi operación. La casa de troncos era demasiado solitaria para mí: tuve que recurrir a la política.

El pulgar de mi mano izquierda fue lo único de lo que me libró la política. (A Mary Voolnd le da lo mismo.) El pulgar de mi mano izquierda se estará pudriendo probablemente ahora mismo en algún tejado del centro de Montreal, o hecho añicos en el hollín de una chimenea de lata. Ése es mi relicario. Caridad, querido amigo, caridad para los seglares. La casa de troncos es muy pequeña y somos muchos los que tenemos hambre de cielo en nuestras cabezas.

Pero junto con mi pulgar saltó también el cuerpo metálico de la estatua de la Reina de Inglaterra en Sherbrooke Street, o como yo prefiero llamarla, Rué Sherbrooke.

¡BUM! ¡PLASH!

Todas las partes de aquel cuerpo hueco y majestuoso que durante tanto tiempo se había posado como una roca en la pura corriente de nuestra sangre y nuestro destino —¡CATACROC!— y con ellas el pulgar de un patriota.

¡Cómo llovía aquel día! Todos los paraguas de la policía inglesa eran incapaces de proteger la ciudad de aquel cambio de clima.

¡QUEBEC LIBRE!

¡Bombas de relojería!

QUEBEC OUI OTTAWA NON.

Diez mil voces que sólo sabían aclamar a un disco de goma que traspasaba las rodilleras de un guardameta, cantaban ahora: MERDE A LA REINE D'ANGLATERRE.

ELIZABETH GO HOME.

En la Rué Sherbrooke hay un socavón. En tiempos estaba relleno por el trasero de una reina extranjera. Una semilla de sangre pura fue plantada en el socavón, y de ahí brotará una abundante cosecha.

Yo sabía lo que hacía cuando introduje la bomba entre los pliegues de cobre verde de su regazo imperial. En realidad me gustaba bastante aquella estatua. Manoseé no pocos coños estudiantiles bajo aquellos sombríos auspicios reales. Por eso te pido que tengas caridad, amigo. Nosotros, que no podemos vivir en la Luz Clara, hemos de ocuparnos de símbolos.

No tengo nada contra la Reina de Inglaterra. Ni siquiera interiormente me tomé a mal que no fuera Jackie Kennedy. Es, en mi opinión, una dama muy gallarda, víctima de quienquiera que diseñe la parte alta de sus uniformes.

Fue un solitario paseo en coche el que la Reina y el Príncipe Felipe efectuaron a través de las calles blindadas de Quebec aquel día de octubre de 1964. El magnate de bienes inmuebles de la Atlántida no podía haber estado más solo el día que la ola inundó aquel lugar. Los pies de Ozymandias tuvieron más compañía en la tormenta de arena del 89. Iban sentados y erguidos en el coche a prueba de balas, como niños que trataran de leer los subtítulos de una película extranjera. A lo largo del itinerario se alineaban las amarillas escuadras contra disturbios y las espaldas de una multitud hostil. Yo no me recreaba contemplando su soledad. Y estoy tratando de no envidiar la tuya. Al fin y al cabo era yo quien te señalaba un lugar al que no puedo ir. Lo señalo ahora... con el pulgar que perdí.

¡Caridad!

Tu profesor te enseña *cómo sucede*.

Los hombres y mujeres jóvenes de Montreal pasean ahora de un modo diferente. La música sale flotando de las bocas de las alcantarillas. Sus vestidos son diferentes; no hay bolsillos apestosos abultados por fajos de Kleenex de orgasmos ilegales. Los hombros se yerguen, los órganos sexuales se traslucen alegremente a través de la ropa interior transparente. Las buenas jodiendas, como una carga de gozosas ratas nadadoras, han emigrado desde los marmóreos bancos ingleses a los cafés revolucionarios. Hay amor en la Rué Ste. Catherine, patrona de las solteronas. La Historia ata los rotos cordones de los zapatos del destino de un pueblo y continúa la marcha. No te llates a engaño: el orgullo de una nación es algo tangible: se mide por el número de erecciones que viven más allá del sueño solitario, por los decibelios del gemido ronco de las mujeres.

Primer milagro secular: La Canadiense, hasta ahora víctima de la frigidez de motel, hasta ahora amada por la democracia de las monjas, hasta ahora tapizada por las fajas negras del Código Napoleónico... la revolución ha hecho lo que solamente el Hollywood húmedo hizo anteriormente.

Observa estas palabras, observa *cómo sucede*.

No es solamente porque yo sea francés por lo que suspiro por un Quebec independiente. No es solamente porque no desee que nuestro pueblo se convierta en un dibujo pintoresco en la esquina de un mapa turístico por lo que anhelo unos límites nacionales sólidos. No es sólo porque sin independencia no seremos otra cosa que una Luisiana del Norte, quedando como únicos vestigios de nuestra sangre unos cuantos restaurantes buenos y un Barrio Latino. No es sólo porque esté yo convencido de que cosas sublimes como un destino y un espíritu selecto deban garantizarse por medio de cosas polvorientas tales como banderas, ejércitos y pasaportes.

Quiero producir a golpes de martillo una hermosa magulladura de colores en todo

el monolito americano. Quiero una chimenea que aliente en el rincón del continente. Quiero que un país se parta por la mitad para que los hombres puedan aprender a partir sus vidas por la mitad. Quiero que la Historia salte sobre la espina dorsal del Canadá con sus afilados patines. Quiero que el borde de una lata se beba la garganta de América. Quiero que doscientos millones sepan que todo puede ser diferente, cualquier cosa vieja, diferente.

Quiero que el Estado dude de sí mismo en serio. Quiero que la Policía se convierta en una sociedad limitada y quiebre con la bolsa. Quiero que la Iglesia tenga divisiones y luche en ambos bandos en las películas.

¡Confieso! ¡Confieso!

¿Has visto *cómo sucedió?*

Antes de mi arresto y subsiguiente encarcelamiento en este hospital para dementes criminales pasé mis días escribiendo panfletos contra el imperialismo anglosajón, adosando relojes a las bombas, es decir, el programa subversivo corriente. Echaba de menos tus besos magníficos, pero no podía detenerte o seguirte a una excursión que planeé para ti precisamente porque yo no podía ir por mí mismo.

¡Pero por la noche! La noche se derramaba como gasolina sobre mis sueños más imposibles.

Los ingleses nos hicieron a nosotros lo que nosotros hicimos a los indios, y los americanos les hicieron a los ingleses lo que los ingleses nos hicieron a nosotros. Exigí venganza para todos. Vi ciudades ardiendo, vi películas sumiéndose en negra oscuridad. Vi el maíz ardiendo. Vi a los jesuitas castigados. Vi a los árboles recuperando los tejados de las largas casas. Vi al tímido ciervo asesinando para recuperar sus vestidos. Vi a los indios castigados. Vi al caos comerse el tejado de oro del Parlamento. Vi al agua disolver las pezuñas de los animales que bebían. Vi las fogatas cubiertas de orina y las gasolineras devoradas enteramente, mientras las carreteras caían una tras otra en los agrestes pantanos.

Entonces estábamos muy cerca. Entonces no estaba tan rezagado detrás de ti.

Oh Amigo, toma mi mano espiritual y recuérdame. Fuiste amado por un hombre que leía en tu corazón con mucha ternura, que buscaba tus sueños informes como su lugar de descanso. Piensa en mi cuerpo de cuando en cuando.

Te prometí una carta alegre, ¿verdad?

Tengo la intención de librarte de tu carga definitiva: la Historia inútil bajo la que sufres en semejante confusión. Los hombres de tu temperamento nunca van mucho más allá del bautismo.

La vida eligió que yo fuera un hombre de hechos: Acepté esta responsabilidad. No debes entrometerte más en esta mierda. Elude incluso las circunstancias de la muerte de Catherine Tekakwitha y los milagros documentados que sobrevinieron. Lee esto con la parte de tu mente que hayas delegado para el acecho de moscas negras y mosquitos.

Despídete del estreñimiento y la soledad.

INVOCACIÓN DE F. A LA HISTORIA AL ANTIGUO ESTILO

El milagro que todos esperamos
esperará hasta que caiga el Parlamento
y la Casa de Archivos ya no sea casa
y los padres no sean contaminados por el renombre.
Las medallas y los anales del abuso
no pueden ayudarnos en nuestro peregrinaje a la lascivia,
mas como látigos nunca usados por ciertos perversos,
imponen a nuestra carne una paralizante confianza.
Veo a un Huérfano, rebelde y sereno,
de pie en un rincón del cielo,
su cuerpo se asemeja a los cuerpos que han sido,
pero sin la marca de un nombre en sus ojos.
Criado junto a los hornos, quedó abrasado dentro.
¡La luz, el viento, el frío y las tinieblas, lo usan como una Novia!

INVOCACIÓN DE F. A LA HISTORIA AL ESTILO MEDIO

La Historia es una roñosa¹ punta²
para hacer dormir al dinero³
y disparar⁴ la mierda⁵ de cacahuete⁶
con todo lo que hemos de guardar⁷

1. Sucia, cargada de gérmenes, infectada, productora de costras o inflamación de los pinchazos, envenenamiento de la sangre y hepatitis. También significa despuntada u oxidada.

2. En el argot de los drogadictos, se aplica a la aguja hipodérmica (núm. 12).

3. En argot de bajos fondos, se aplica a la conciencia, al cerebro, o a cualquier clase de conciencia dolorosa. No he oído usar esta palabra fuera de Montreal y sus alrededores, y allá sobre todo en el bulevar St. Laurent y en el desaparecido Northeastern Lunch. Es familiar entre los delincuentes de origen francés e inglés. Una larga privación de narcóticos, un encuentro accidental con un pariente o un ex párroco, una entrevista con un asistente social o un antropólogo del jazz, se conocen como «trabajo en efectivo» o «un trabajo de dinero».

4. La introducción del narcótico en una vena. La aguja hipodérmica se sujeta a una jeringa normal por medio de un estrecho «cuello» de cartón.

5. Término que se aplicó originariamente a la heroína y demás «drogas fuertes», pero que ahora en general sirve para designar cualquier euforizante, desde el inofensivo cáñamo indio (marihuana) hasta la inocua aspirina. Es interesante hacer notar que los usuarios de heroína son estreñidos (en inglés «constipated») (a) crónicos, pues esta droga paraliza los intestinos.

6. Término del argot de los coprófagos (b, c) para designar algo falso o artificial. Originariamente se usó en sentido despectivo, pero a veces se emplea en expresiones de sorpresa y ternura, como en «Vaya, tú por aquí, pequeño cacahuete» o la exclamación francesa, más explícita «Menudo cacahuete». El término

se originó entre los ortodoxos, cuando un grupo disidente de «marranos» de Ontario comenzaron a usar manteca de cacahuete en cultos rituales como signo de respetabilidad y aceptación comunitaria. En el vocabulario de los adictos designa una droga pura que ha sido adulterada con harina, lactosa, o quinina, para aumentar su volumen y multiplicar su precio en el mercado.

7. «Guardar» o «tener» puede significar, en el argot de los adictos la circunstancia de poseer narcóticos con vistas a su venta ulterior más que con el propósito de consumirlos uno mismo.

a) Del latín «con-stipatum», participio pasivo de «stipare» —apiñar, apretar, amontonar, embutir. Afín al griego στιφος (stifos)— «masa firmemente apiñada». Hoy día, en la Atenas moderna, το στιφος significa una muchedumbre densa, un enjambre, una horda. Te estoy echando cables, amigo, para que puedas empezar a respirar, y pronto, gracias a mí, podrás dejar crecer tus propias hermosas agallas de plata.

b) κοπρος (kopros). Término griego que significa, naturalmente, estiércol. Pero compara con el sánscrito cakrt, que significa abono. Imagina que eres un pescador de esponjas, querido. ¿Comprendes cuántas brazas estrujan tus manoseos mohosos?

c) φαγειν (fag-ein). En griego, comer. Pero mira en sánscrito: bhájati, *compartir*, participar; bháksati, *gozar*, consumir; bhágas, *felicidad*, riqueza. Las palabras que usas son como sombras en el fondo del océano sin sol. Ninguna de ellas encierra una lección o una oración.

LOS ÚLTIMOS CUATRO AÑOS DE LA VIDA DE TEKAKWITHA Y LOS MILAGROS QUE SOBREVINIERON

1

Hubo un converso al cristianismo llamado Okenratarihen, que era jefe Onneyout. Era muy celoso de su nueva fe, como lo había sido en su antigua vida. Su nombre significa Cendre Chaude, o Ceniza Caliente, y ésa era una descripción de su temperamento. Su sueño dorado era que todos los mohawks abrazaran al nuevo Dios pálido. En 1677 organizó una misión apostólica en el territorio de los iroqueses. Se llevó consigo a un hurón de Lorette, y a otro converso, que por una «coincidencia» (si deseamos menospreciar a la Providencia con este término) era pariente de Catherine Tekakwitha. La primera aldea a la que llegaron fue Kahnawaké, la misma aldea donde vivía nuestra neófita y su confesor, el P. de Lamberville. Okenratarihen era un magnífico orador. Tenía al poblado embelesado, y Catherine Tekakwitha le escuchaba cuando hablaba acerca de su nueva vida en la misión de Sault Saint-Louis.

—El espíritu no estaba antes conmigo. Yo vivía como un animal. Entonces oí hablar del Gran Espíritu, el verdadero Amo del cielo y la tierra, y ahora vivo como un hombre.

Catherine Tekakwitha quiso ir a ese lugar que él había descrito tan gráficamente. El P. de Lamberville deseaba establecer a la notable niña en un ambiente cristiano más hospitalario, así que oyó su petición con simpatía. Afortunadamente, su tío estaba en Fort Orange (Albany) comerciando con los ingleses. El sacerdote sabía que sus tías no se opondrían a ningún plan que pretendiera apartar a la muchacha de su influencia. Okenratarihen deseaba continuar su misión, de modo que se decidió que Catherine escaparía con sus dos compañeros. Los preparativos fueron breves y secretos. Por la mañana temprano botaron su canoa. El P. de Lamberville les bendijo mientras penetraban remando en las ráfagas de niebla. Catherine llevaba en la mano una carta para los Padres de Sault. Murmuraba para sí.

—Adiós, poblado mío. Adiós, patria mía.

Siguieron el Río Mohawk por su curso oriental, después se dirigieron hacia el norte por el río Hudson, que estaba entretejido de obstáculos vegetales, enormes ramas colgantes, parras enmarañadas, espesuras impenetrables. Entraron en el lago Saint-Sacrement, que hoy se llama lago George, agradecidos a sus aguas tranquilas. Continuaron hacia el norte, penetraron en el lago Champlain y remontaron el río

Richelieu hasta el Fuerte Chambly. Una vez allí abandonaron la canoa y viajaron a pie a través de las selvas espesas que, hoy incluso, cubren la orilla meridional del río Saint Lawrence. En el otoño de 1677 los tres llegaron a la misión de Saint-François-Xavier de Sault Saint-Louis. Eso es todo lo que has de saber. No ponderes la promesa a su tío que Catherine Tekakwitha incumplió. Pronto se va a aclarar que a Catherine Tekakwitha no la ligaban votos seculares. No te preocupe oír a su viejo tío tarareando una triste canción de amor, mientras trataba de encontrar el rastro de ella entre las hojas secas.

2

Tengo que apresurarme porque los órganos de Mary Woolnd no han de zumbiar siempre con sorpresa sexual como una máquina del millón y puede que hasta mi mano de cuatro dedos llegue a cansarse. Pero te voy a contar todo lo que tienes que saber. Los sacerdotes a cargo de la misión eran el P. Pierre Cholenec y el P. Claude Chauchetière, nuestras viejas fuentes. Leyeron la carta que llevaba la muchacha: «Catherine Tegakouita vivirá en Sault. Tengan la bondad de asumir la responsabilidad de su dirección. Pronto conocerán el tesoro que he puesto en sus manos. *Qu'entre vos mains, il profite à la gloire de Dieu*^[24] y de la salud de un alma que de fijo le es grata a Él.» A la muchacha se le asignó la cabaña de Anastasie, una anciana que era una de las primeras conversas iroquesas y que «por coincidencia» había conocido a la madre algonquina de Catherine Tekakwitha. A la chica le gustaba la misión, al parecer. Se arrodillaba a los pies de la cruz de madera que había en la orilla del Saint Lawrence, y allí, más allá del agua hirviente el lejano horizonte verde y la montaña de Ville Marie. Detrás de ella se hallaba la tranquila aldea cristiana, y todas las torturas significativas que describiré. El emplazamiento de la cruz junto al río era su paraje favorito, y me imagino que ella hablaría con los peces, los mapaches y las garzas reales.

3

He aquí el incidente más importante de su nueva vida. En el invierno de 1678-1679 se elaboró otro proyecto de matrimonio. Todos, incluso Anastasie, querían que le fuera abierto el coño a Catherine Tekakwitha. Aquí, en esta aldea cristiana, o allá entre los paganos, era exactamente igual. Al final cada una de las comunidades era, por propia naturaleza, seglar. Pero ella había enviado su coño muy lejos y daba lo mismo quién viniera a reclamarlo, un guerrero mohawk o un cazador cristiano. Habían pensado en un buen muchacho para este menester. No sólo eso, sino que el pariente que la había rescatado y que atendía a su sustento no imaginó en ningún momento de aquella brumosa mañana que estaba asumiendo una obligación económica para toda la vida.

—No quiero comer nada.

—Lo de menos es la comida, querida. Es que es antinatural.

Fue corriendo, bañada en lágrimas, hasta el P. Cholenec. Éste era un hombre sabio que vivía en el mundo, vivía en el mundo, vivía en el mundo.

—Bueno, hija mía, puede que tengan algo de razón.

—¡Arrrrggghhhh!

—Piensa en el futuro. El futuro se muere de hambre.

—No me importa lo que le pueda ocurrir a mi cuerpo.

Pero a ti sí te preocupa su cuerpo, ¿verdad, querido amigo y discípulo?

Había gran fervor en la misión. Nadie tenía un excesivo aprecio por su pellejo. Sus pecados anteriores al bautismo colgaban de sus cuellos como los pesados collares de dientes que habían desechado, y se esforzaban por borrar aquellas viejas sombras con rigurosa penitencia. *Ils en faisaient une rigoureuse pénitence*^[25], dice el P. Cholenec. He aquí algunas de las cosas que hacían. Imagínate el pueblo como un mandala o una escena de caza de Brueghel o un diagrama numerado. Mira la misión y observa los cuerpos desperdigados aquí y allá, mira hacia abajo desde un helicóptero suspendido en el aire y observa la disposición de los cuerpos doloridos sobre la nieve. Seguramente se trata de un diagrama que ha de memorizarse en la yema del pulgar. No tengo tiempo de hacer sangrienta esta descripción. Léelo únicamente a través del prisma de tus ampollas personales, y de esas ampollas escoge una que hayas adquirido por error. A ellos les gustaba derramar sangre de sus cuerpos, les gustaba sacarse parte de su sangre. Algunos llevaban arneses de hierro con pinchos en su interior. Otros llevaban arneses de hierro a los que sujetaban una carga de madera que habían de arrastrar dondequiera que fueran. He aquí una mujer desnuda que rueda por la nieve a 40 grados bajo cero. He aquí otra mujer enterrada hasta el cuello en un montón de nieve junto al río helado, que recita su rosario en esa extraña postura, y ten en cuenta que la traducción india de esta salutación angélica se tarda en decir el doble que la francesa. He aquí un hombre desnudo que cava un hoyo en el hielo, luego se introduce en él hasta la cintura, y después recita *plusieurs dizaine de chapelet*^[26]. Saca su cuerpo convertido en una especie de sirena de hielo, la erección perpetuada según se formaba. He aquí una mujer que mete en el hoyo a su hija de tres años, porque deseaba expiar los pecados de la niña por anticipado. Estos convertidos esperaban el invierno, y extendían sus cuerpos ante él, y pasó sobre ellos como un enorme peine de hierro. Catherine Tekakwitha se puso un arnés de hierro y cumplió sus deberes tambaleándose. Como Santa Teresa de Lisieux, podía decir: *Ou souffrir, ou mourir*^[27]. Catherine Tekakwitha se acercó a Anastasie y preguntó:

—¿Cuál crees que es la cosa más horrible y dolorosa?

—Hija mía, no conozco cosa peor que el fuego.

—Yo tampoco.

Esta es una conversación documentada. Tuvo lugar un invierno canadiense de 1678, al otro lado del río solidificado frente a Montreal. Catherine esperó a que todos estuvieran dormidos. Bajó hasta la cruz junto al río y encendió una hoguera. Luego pasó varias lentas horas acariciando sus piernas patéticas con tizones encendidos, lo mismo que los iroqueses hacían a sus esclavos. Lo había visto hacer y siempre tuvo ganas de saber lo que con ello se sentía. Así, se marcó como esclava de Jesús. Me niego a amenizar este relato, querido amigo: no te sentaría bien, y todas mis enseñanzas podrían quedar en agua de borrajas. Esto no es una diversión. Esto es

juego. Además, tú sabes qué aspecto tiene el dolor, y concretamente esa clase de dolor, pues has presenciado un documental sobre Belsen.

5

Arrodillándose sobre la raíz de la cruz de madera, Catherine Tekakwitha rezaba y ayunaba. No rogaba que su alma fuese favorecida en el cielo. No ayunaba para que su casamiento no alimentara nunca a la historia. No se rajaba el estómago con piedras para que la misión prosperara. No sabía por qué rezaba y ayunaba. Estas mortificaciones las realizaba con pobreza de espíritu. No creas nunca que los estigmas no lastiman. No tomes nunca una decisión cuando tengas que orinar. Nunca te quedes en el cuarto con tu madre cuando le estén revelando el porvenir. No creas que el Primer Ministro te tiene envidia. Ya ves, querido, tengo que atraparte sobre un altar antes de poder contarte cualquier cosa, pues de lo contrario mi enseñanza no es más que un titular, no es más que un estilo.

6

Ella vagaba por los bosques frondosos de la orilla sur del río Saint Lawrence. Veía al ciervo saltando desde la espesura, y escuchaba hasta el arco de su salto. Veía al conejo desaparecer en su madriguera. Oía a la ardilla golpetear en su provisión de bellotas. Contemplaba a un pichón que construía su nido en un pino. En doscientos años los pichones harían liquidación y se dedicarían a haraganear sobre las estatuas de Dominion Square. Veía las bandadas de gansos formadas como inestables cabezas de flecha. Se postraba de rodillas y gritaba: «Oh Señor de la Vida, ¿han de depender nuestros cuerpos de estas cosas?» Muy quieta se sentaba a la orilla del río. Veía a los saltarines esturiones salpicando gotas como cuentas de conchas. Veía a la huesuda perca, rápida como una solitaria nota de flauta en un canción salvaje. Veía al largo lucio plateado y debajo al ástaco, cada uno de ellos en una capa distinta de agua. Dejando flotar sus dedos, gritaba: «Oh Señor de la vida, ¿han de depender nuestros cuerpos de estas cosas?» Lentamente caminaba de regreso a la misión. Veía el campo de maíz, amarillo y seco, penachos y borlas agitándose en el viento como un grupo de viejos bailarines sacrificiales. Veía los pequeños arbustos de arándano y fresa y formaba una cruz diminuta con dos agujas de pino y una gota de goma de abeto y la erigía junto a una grosella caída. Un petirrojo la escuchaba mientras lloraba, un jodido petirrojo se paraba en seco y escuchaba. Tengo que iniciarte en la ficción, pues así es tu herencia. Entonces era ya noche cerrada y el chotacabras elevaba su canto melancólico como un *tipi*^[28] fantasmal, ahogando su llanto, un *tipi* o una pirámide, desde una gran distancia tiene tres lados la melodía del chotacabras. Hay hombres que comercian en *tipis*, otros en pirámides, y ello al parecer carece de importancia, ¡pero en 1966, y en tu situación, importa mucho! «Oh Señor de la vida —gritaba— ¿han de depender nuestros cuerpos de estas cosas?» Los sábados y los domingos Catherine Tekakwitha no probaba bocado. Cuando la obligaban a beber sopa solamente accedía a ello después de haber espolvoreado cenizas en ella. *Elle se dédommageait en mêlant de la cendre à sa soupe*^[29].

Oh Dios, perdóname, pero es que lo veo en la yema de mi pulgar, todo el poblado en el invierno parece un experimento médico nazi.

«Al comparar cinco cabezas de iroqueses encuentro que tienen una capacidad interna media de ochenta y ocho pulgadas cúbicas, lo que difiere en menos de dos pulgadas de la media caucasiana.» Morton, *Crania Americana*, página 195. Es digno de notar que la capacidad interna del cráneo de las tribus bárbaras americanas es más grande que la de los mejicanos o peruanos. «La diferencia de volumen se limita principalmente a las zonas occipital y basal» —en otras palabras, a la región de las tendencias animales—. Ver J. S. Phillips, *Medidas craneales de los principales grupos de indios de los Estados Unidos*.

Esto es una nota a pie de página que figura en la página 32 del libro de Francis Parkman sobre los jesuitas de Norteamérica, publicado en 1867. Me la aprendí de memoria mientras miraba por encima de tu hombro en la biblioteca. ¿Comprendes ahora que con mi memoria fotográfica habría sido desastroso quedarme demasiado tiempo junto a tu oreja?

La mejor amiga de Catherine Tekakwitha en la misión era una viuda joven que había sido bautizada con el nombre de Marie-Thérèse. Era una onneyout, y su nombre originario había sido Tegaigenta. Era una joven muy hermosa. En la misión de La Prairie se hizo famosa por su conducta desarreglada. En el invierno de 1676 marchó con su marido en una expedición de caza a lo largo del río Outaouais. Formaban el grupo once personas, incluido un niño. Era un invierno muy crudo. El viento borraba las huellas de zarpas. Las espesas nieves imposibilitaban el rastreo. Uno de los componentes del grupo fue muerto y devorado. El niño comió un poco entre las bromas de los otros. Pronto comenzaron a pasar hambre. Empezaron por comerse algunos trozos de cuero que habían llevado para hacer zapatos. Luego comieron cortezas. El marido de Tegaigenta se puso enfermo. Ella se quedó de guardia junto a él. Dos cazadores, el uno mohawk y el otro tsonnontouan, fueron en busca de caza. Al cabo de una semana el mohawk volvió solo, con las manos vacías, pero eructando. El grupo decidió seguir la marcha. Tegaigenta se negó a abandonar a su marido. Los demás se marcharon, haciendo la vista gorda. Dos días después, la joven se reunió con el grupo. Cuando llegó, sus componentes estaban sentados alrededor de la viuda del tsonnontouan y sus dos hijos. Antes de comerse a los tres, uno de los cazadores preguntó a Tegaigenta:

—¿Qué opinión tienen los cristianos de las comidas antropofágicas? (*repas d'anthropophage*).

Daba lo mismo lo que ella contestara. Se internó corriendo en la nieve. Sería la próxima en ser asada, y lo sabía. Rememoró su sudorosa vida sexual. Había iniciado la cacería sin confesarse. Pidió a Dios que la perdonara y prometió cambiar de vida si lograba regresar a la misión. De las once personas que componían la partida de caza sólo cinco regresaron a La Prairie. Marie-Thérèse era una de ellas. La misión de La Prairie se trasladó a Sault Saint-Louis en el otoño de 1676. Las dos chicas se conocieron poco después de la Pascua de 1678, ante la pequeña iglesia que estaba a punto de terminarse. Catherine inició la conversación.

- Entremos, Marie-Thérèse.
- No lo merezco, Catherine.
- Ni yo tampoco. ¿A qué sabía?
- ¿Qué parte?
- En general.
- A cerdo.
- Las fresas saben también a cerdo.

9

A las chicas siempre se las vio juntas. Evitaban la compañía de cualquier otra persona. Rezaban juntas al pie de la cruz junto al río. Hablaban sólo de Dios y de cosas concernientes a Dios. Catherine miraba con mucha atención el cuerpo de la joven viuda. Inspeccionaba aquellos pezones que habían sido chupados por hombres. Ambas estaban echadas en el musgo mullido.

—Vuélvete del otro lado.

Observó las caderas desnudas, finamente tatuadas con grabados de helechos.

Entonces Catherine describió a su amiga exactamente lo que veía. Luego le tocó a ella echarse boca abajo.

—No veo ninguna diferencia.

—Ya me lo parecía.

Renunció a comer los miércoles. Los sábados se preparaban para la confesión azotándose una a otra con varas de abedul. Catherine siempre se empeñaba en desnudarse primero. *Catherine, toujours la première pour la pénitence, se mettait à genoux et recevait les coups de verges*^[30]. ¿Por qué se empeñaba en ser azotada la primera? Porque, cuando le llegaba el turno de azotar, sus esfuerzos agravaban las heridas de los latigazos recibidos de manos de su amiga. Catherine siempre se quejaba de que Marie-Thérèse no la pegaba bastante fuerte, y sólo la dejaba parar cuando sus hombros estaban cubiertos de sangre, sangre suficiente como para gotear sobre las hojas: éste era el indicio de cuánta sangre era necesaria. He aquí una de sus oraciones, tal como la recuerda el P. Claude Chauchetière:

—Jesús mío, tengo que arriesgarme contigo. Te amo, pero te he ofendido. Estoy aquí para cumplir tu ley. Permíteme, Dios mío, que acepte la carga de tu cólera...

He aquí la oración en francés, para que, aunque traducido, este documento pueda guardar fidelidad a la Lengua:

—*Mon Jésus, il faut que je risque avec vous: je vous aime, mais je vous ai offensé; c'est pour satisfaire à votre justice que je suis ici: déchargez, mon Dieu, sur moi votre colère...*

A veces, el P. Chauchetière nos cuenta, ella no podía terminar la oración, pero las lágrimas de sus ojos sí podían. Esta materia tiene una energía propia, ¿verdad? De manera que no todo fue un trabajo en la biblioteca, ¿verdad? Creo que este escrito destrozará los cestos de la Terapia Ocupacional.

11

La guerra entre los franceses y los iroqueses continuaba. Los indios pidieron a algunos de sus hermanos conversos de Sault que les secundaran, prometiéndoles libertad absoluta para practicar su religión. Cuando los conversos se negaron, los iroqueses los secuestraron y los quemaron en el poste. Un cristiano llamado Étienne ardió tan valientemente recitando el Evangelio a gritos mientras moría, y rezando por la conversión de sus verdugos, que los indios quedaron muy impresionados. Varios de ellos solicitaron ser bautizados, pues deseaban aquella ceremonia que parecía comunicar tal valentía. Como no tenían intención de interrumpir sus ataques a los franceses, no fueron aceptados.

—Debían haberlo logrado —susurró Catherine a las manchas de sangre—. Debían haberlo logrado. Da lo mismo para qué se utilice. ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¿Qué te pasa, Marie-Thérèse?

—Me toca a mí ahora.

—Muy bien. Pero mientras estoy en esta posición quiero comprobar una cosa. Separa los pies.

—¿Así?

—Sí. Lo suponía. Te has convertido en una virgen.

Catherine Tekakwitha renunció en secreto a comer, los lunes y los martes. Esto tiene un interés extraordinario para ti, sobre todo por lo que respecta a tu trastorno intestinal. Tengo otra noticia vital para ti. Theresa Neumen, una campesina bávara, se negó a tomar alimento sólido a partir del 25 de abril de 1923. Algún tiempo después declaró que ya no experimentaba la necesidad de comer. Durante treinta y tres años, es decir, durante todo el Tercer Reich y la División de Alemania, vivió privada de alimento. Mollie Francher, que murió en Brooklyn en 1894, no recibió alimento durante años. La Madre Beatriz María de Jesús, española coetánea de Catherine Tekakwitha, ayunaba durante largos períodos de tiempo. Uno de ellos duró cincuenta y un días. Durante la Cuaresma, si notaba olor a carne sufría convulsiones. Trata de recordar. ¿Acaso recuerdas que Edith haya comido alguna vez? ¿No recuerdas las bolsas de plástico que llevaba bajo la blusa? ¿No recuerdas ese cumpleaños en que se inclinó para soplar las velas y estropeó la tarta al vomitar sobre ella?

Catherine Tekakwitha se puso gravemente enferma. Marie-Thérèse contó a los sacerdotes detalladamente los excesos de ambas. El P. Cholenec obligó suavemente a Catherine a prometer que no llevaría a cabo sus penitencias con tanto rigor. Ésta fue la segunda promesa secular que ella incumplió. Recuperó lentamente la salud, si es que puede usarse la palabra salud para describir su estado de debilidad crónica.

—Padre, ¿puedo hacer Voto de Virginidad?

—*Virginitate placuit.*

—¿Sí?

—Serás la primera Virgen Iroquesa.

Fue el día de la Anunciación, 25 de marzo de 1679, cuando Catherine Tekakwitha ofreció solemnemente su cuerpo al Salvador y a Su Madre. La cuestión matrimonial quedó resuelta. Hizo muy felices a los Padres con esta ofrenda secular. La pequeña iglesia se llenó de velas resplandecientes. A ella también le gustaban las velas. ¡Caridad! Caridad para aquellos que apreciamos las velas solamente o el Amor que las velas pueden manifestar. En algún ojo sublime creo que las velas son moneda perfecta. Como lo son todas las *andacwandets*, es decir, las curas a base de joder.

El P. Chauchetière y el P. Cholenec quedaron desconcertados. El cuerpo de Catherine Tekakwitha estaba cubierto de heridas sangrantes. La vigilaron, la espieron en el momento de arrodillarse ante la cruz de madera junto al río, contaron los latigazos que ella y su compañera se propinaban, pero no advirtieron en ello excesiva indulgencia. Al tercer día se alarmaron. Ella parecía la imagen de la muerte. «*Son visage n'a'avait plus que la figure d'un mort*»^[31]. Ya no podían seguir atribuyendo su decaimiento físico a su debilidad normal. Interrogaron a Marie-Thérèse. La muchacha confesó. Aquella noche los sacerdotes entraron en la cabaña de Catherine Tekakwitha. Bien enfundada en las mantas, la muchacha india dormía. Arrancaron las mantas. Catherine no dormía. Tan sólo lo fingía. Nadie podría dormir en medio de aquel dolor. Con la misma habilidad que había empleado para tejer los cinturones de conchas, la muchacha había cosido miles de espinas en su manta y su esterilla. Cada uno de los movimientos de su cuerpo abría una nueva fuente de sangre al exterior. ¿Cuántas noches se habría torturado de ese modo? Estaba desnuda a la luz de la hoguera, la carne chorreando.

- ¡No te muevas!
- ¡Deja de moverte!
- Lo intentaré.
- ¡Te has movido!
- Lo siento.
- ¡Te has movido otra vez!
- Es por las espinas.
- Ya sabemos que es por las espinas.
- Claro que sabemos que es por las espinas.
- Lo intentaré.
- Inténtalo.
- Eso hago.
- Procura estarte quieta.
- ¡Te has movido!
- Tiene razón.
- No es que me haya movido exactamente.
- ¿Qué has hecho?
- Me he crispado.
- ¿Crispado?
- No me estaba moviendo precisamente.
- ¿Te estabas crispando?
- Sí.
- ¡Deja de crisparte!

—Lo intentaré.
—Se está matando.
—Lo estoy intentando.
—¡Te estás crispando!
—¿Dónde?
—Ahí abajo.
—Ahora está mejor.
—¡Mírate el muslo!
—¿Qué?
—Está crispado.
—Lo siento.
—Te estás burlando de nosotros.
—Les prometo que no.
—¡Basta!
—¡Esa nalga!
—¡Está crispada!
—¡El codo!
—¿Qué?
—Crispado.
—Rótula. Rótula. RÓTULA.
—¿Crispada?
—Sí.
—Tiene todo el cuerpo crispado.
—No lo puede evitar.
—Se está arrancando la piel.
—Está tratando de escucharnos.
—Sí, lo está intentando.
—Siempre lo intenta.
—Eso has de concederlo, Claude.
—Esas espinas son repugnantes.
—Son unas espinas repugnantes.
—¡Hija!
—Sí, padre.
—Sabemos que sufres terribles dolores.
—No es para tanto.
—No digas mentiras.
—¿Ha dicho una mentira?
—Creemos que estás tramando algo, Catherine.
—¡Mira ahí!
—Eso no ha sido un crispamiento.
—Ha sido un movimiento deliberado.

—Acerca más el fuego.
—Vamos a echarle un vistazo.
—No creo que pueda oírnos ya.
—Parece estar muy lejos.
—Mira su cuerpo.
—Parece muy lejano.
—Ella parece una especie de pintura.
—Sí, muy lejana.
—Vaya noche ésta.
—Ummm.
—Es como una de esas pinturas que sangran.
—Es como uno de esos iconos que lloran.
—Tan lejana.
—Está a nuestros pies, pero nunca he visto a nadie tan lejano.
—Toca una de esas espinas.
—Tú.
—¡Oj!
—Lo suponía. Son de verdad.
—Me alegro de que seamos sacerdotes, ¿tú no Claude?
—Soy inmensamente feliz.
—Está perdiendo muchísima sangre.
—¿Podrá oírnos?
—¡Hija!
—¡Catherine!
—Sí, Padres míos.
—¿Nos oyes?
—Sí.
—¿Cómo te sonamos?
—Sonáis como maquinaria.
—¿Es bonito?
—Es hermoso.
—¿Qué clase de maquinaria?
—Maquinaria eterna corriente.
—Gracias, hija. Dale las gracias, Claude.
—Gracias.
—¿Tendrá fin esta noche?
—¿Volveremos a la cama alguna vez?
—Lo dudo.
—Nos quedaremos aquí mucho tiempo.
—Sí. Vigilando.

Shakespeare lleva muerto sesenta y cuatro años. Andrew Marvell lleva muerto dos años. John Milton lleva muerto seis años. Nos hallamos ahora en el corazón del invierno de 1680. Nos encontramos ahora en el corazón de nuestro dolor. Nos encontramos ahora en el corazón de nuestro testimonio. ¿Quién iba a decir que duraría tanto? ¿Quién iba a decir que iba a acercarme a esa mujer con mi sensibilidad e ingenio? En algún lugar estarás escuchando mi voz. Muchos están escuchando. Hay un oído en cada estrella. En algún lugar estarás envuelto en harapos repugnantes, preguntándote quien era yo. ¿Suena mi voz por fin como la tuya? ¿Fue una tarea superior a mis fuerzas tratar de aliviarte? Deseo con ansia a Catherine Tekakwitha ahora que he seguido sus últimos años. Yo soy el alcahuete y el cliente. Querido amigo, ¿no habrá servido toda esta preparación más que para un triángulo de enterrados? Estamos ahora en el corazón de nuestro dolor. ¿En esto consiste el deseo? ¿Es mi dolor tan valioso como el tuyo? ¿Acaso abandoné el Bowery^[32] con excesiva facilidad? ¿Quién habrá atado los reinos del gobierno con un nudo de amor? ¿Podré montarme en la Magia a la que di pábulo? ¿Es éste el significado de la Tentación? Estamos ahora en el corazón de nuestra agonía. Galileo, Kepler, Descartes, Alessandro Scarlatti tienen veinte años. ¿Quién exhumará a Brigitte Bardot para ver si le sangran los dedos? ¿Quién probará el aroma fragante de la tumba de Marilyn Monroe? ¿Quién tropezara llevando la cabeza de James Cagney? ¿Es flexible James Dean? Oh Dios, el sueño deja huellas dactilares. ¡Huellas fantasmales sobre el barniz polvoriento! ¿Tengo ganas acaso de estar en el laboratorio donde yace Brigitte Bardot? Quise encontrarme con ella en la playa de cuero cuando yo tenía veinte años. El sueño es un manojo de indicios. Hola, famosa rubia desnuda, un fantasma está hablando con tu bronceado mientras te desentierran. He visto tu boca abierta flotando en formaldehído. Creo que podría hacerte feliz si guardásemos el dinero y los guardianes. Incluso después de que se encendieron las luces, la pantalla del Cinerama continuaba sangrando. Hago callar al grupo con un dedo escarlata en alto. ¡En la pantalla blanca tu erótico accidente de automóvil continúa sangrando! Quise exhibir a Brigitte Bardot por todo el Montreal revolucionario. Nos encontraremos cuando seamos viejos en la cafetería de un viejo dictador. Nadie sabe quién eres salvo el Vaticano. Tropezamos con la verdad: podríamos habernos hecho felices mutuamente. ¡Eva Perón! ¡Edith! ¡Mary Voolnd! ¡Hedy Lamarr! ¡Madame Bovary! ¡Lauren Bacall era Marlene Dietrich! B. B., es F., fantasma de margaritas verdes, que viene de la cantera de su orgasmo, de la oscura fábrica mental del Montreal inglés. Échate entre mis papeles, carnecita de cine. Deja a tu toalla conservar las impresiones de tu pecho. Conviértete en una perversa en nuestro reservado. Escandalízame con una petición química o lingual. Sal de la ducha con el pelo húmedo y deja reposar tus piernas cruzadas y afeitadas sobre mi escritorio manco. Deja caer la toalla cuando te quedes

dormida en nuestra primera discusión, mientras el ventilador emite el mismo mechón largo y dorado cada vez que pasa frente a ti. Oh Mary, he vuelto a ti. He vuelto mi brazo hasta el retazo auténtico de negras ventanas corporales, al coño de ahora, al remojón del presente. ¡Me he apartado de la Tentación y la he *mostrado tal como ocurrió!*

—No era necesario que lo hicieras —dice Mary Woolnd.

—¿No?

—No. Está todo incluido en la llamada jodienda.

—¿Y puedo imaginar todo lo que quiera?

—Sí. ¡Pero date prisa!

Nos hallamos en el corazón del invierno de 1680. Catherine Tekakwitha tiene frío y está moribunda. Éste es el año de su muerte. Éste es el gran invierno. Estaba demasiado enferma para salir de la cabaña. Secretamente hambrienta, mientras la estera de espinas continúa agitando su cuerpo como un malabarista. Ahora la Iglesia le quedaba demasiado lejos. Pero, como nos cuenta el P. Chauchetière, pasaba ella buena parte del día de rodillas o en equilibrio sobre un banco tosco. Los árboles llegaban a azotarla. Estamos ahora a comienzos de la Semana Santa previa a la Pascua de 1680. El Lunes Santo se debilitó visiblemente. Le dijeron que se moriría pronto. Mientras Marie-Thérèse la acariciaba con vara de abedul, Catherine rezaba:

—Oh Dios, mostradme que la Ceremonia Os pertenece. Revelad a vuestra sierva cualquier fisura del Ritual. Transformad Vuestro Mundo con la quijada de una Idea traicionada. ¡Oh Dios mío, jugad conmigo!

En la misión existía una curiosa costumbre. Nunca llevaban el Santísimo Sacramento hasta la cabaña donde yacía el enfermo. En vez de eso transportaban a los enfermos en unas parihuelas de corteza hasta la capilla, por azaroso que fuera este viaje. La muchacha estaba indudablemente demasiado enferma para el traslado en parihuelas. ¿Qué habían de hacer? En el Canadá primitivo no sobraban precisamente las tradiciones y aspiraban a un Jesús de Canadá dignificado por convención y antigüedad, tal como es hoy día, pálido y plástico por encima de las culpables multas de tráfico. Por eso quiero a los jesuitas. Discutían sobre lo que constituía su más grave obligación, la Historia o el Milagro, o para expresarlo de un modo más heroico, la Historia o el Milagro Posible. Habían visto una extraña luz en los ojos legañosos de Catherine Tekakwitha. ¿Se atreverían a negarle el supremo consuelo del Cuerpo del Salvador en Su Forma de Viático, en su Disfraz de Oblea? Comunicaron su respuesta a la muchacha moribunda, medio desnuda entre sus vestidos harapientos desgarrados por las espinas. La multitud aplaudió. La excepción estaba justificada en el caso de la Perfecta Tímida, como habían empezado a llamarla algunos de los conversos. Para dignificar la ocasión daremos un detalle de humildad: Catherine pidió a Marie-Thérèse que la tapara con una manta nueva o algo que pudiera cubrir su semidesnudez. Todo el pueblo siguió al Santísimo Sacramento mientras era llevado a la cabaña de la enferma. La multitud se arremolinó en torno a su estera, todos los indios conversos de la misión. Era ella su más preciada esperanza. Los franceses estaban asesinando a sus hermanos en las selvas, pero esta muchacha moribunda certificaría en cierto modo la difícil elección que habían hecho. Si alguna vez estuvo la tristeza profundamente entrelazada con milagros no verificados, fue aquí, fue en aquel momento. La voz del sacerdote comenzó. Después de la absolución general, con los ojos empañados por la emoción y la lengua magullada, recibió ella el «*Viatique du Corps de Nôtre-Seigneur Jésus-Christ*». Se estaba muriendo ahora a ojos vistas. Muchos componentes del grupo expectante querían que la muchacha que

partía les recordara en sus oraciones. El P. Cholenec le preguntó si quería atenderlos uno por uno. Se lo preguntó en voz baja porque estaba en la agonía. Ella sonrió y dijo que sí. A lo largo de todo el día desfilaron por su estera con sus encargos.

- He pisado un escarabajo. Reza por mí.
- He profanado la cascada con mi orina. Reza por mí.
- Me he acostado con mi hermana. Reza por mí.
- He soñado que era blanco. Reza por mí.
- He dejado morir al ciervo demasiado despacio. Reza por mí.
- Deseo probar un bocado humano. Reza por mí.
- He hecho un látigo de ramas. Reza por mí.
- He sacado lo amarillo de una lombriz. Reza por mí.
- He intentado cultivar un ungüento para la barba. Reza por mí.
- El viento del Oeste me odia. Reza por mí.
- He oscurecido el viejo cultivo. Reza por mí.
- He dado mi rosario a los ingleses. Reza por mí.
- He ensuciado un taparrabos. Reza por mí.
- He matado a un judío. Reza por mí.
- He vendido ungüento para la barba. Reza por mí.
- He fumado estiércol. Reza por mí.
- He obligado a mi hermano a mirar. Reza por mí.
- He fumado estiércol. Reza por mí.
- He estropeado un concierto. Reza por mí.
- Me he tocado mientras remaba. Reza por mí.
- He torturado a un mapache. Reza por mí.
- Creo en las hierbas. Reza por mí.
- He rezado para que viniera una plaga de hambre. Reza por mí.
- Me he comido la costra de una herida. Reza por mí.
- Me he ensuciado sobre mi rosario. Reza por mí.
- Tengo ochenta y cuatro años. Reza por mí.

Uno por uno fueron arrodillándose y pasando junto a su erizado lecho, dejándole allí su lastimoso equipaje espiritual, hasta que toda la cabaña pareció una gran aduana del deseo, y el fango que había al lado de su piel de oso fue pulido por tantas rótulas que brilló como los costados plateados del último y único cohete programado para escapar de este mundo condenado, y según iba cayendo aquella noche corriente sobre el poblado en Pascuas, los indios y los franceses se acurrucaban junto a las hogueras crepitantes, con los dedos en los labios haciendo ademán de imponer silencio o de tirar un beso. Ay, ¿por qué al contar esto me siento tan solo? Después de las oraciones de la noche, Catherine Tekakwitha pidió permiso para ir al bosque una vez más. El P. Cholenec le dio permiso. Atravesó el campo de maíz cubierto de nieve fundida, y penetrando entre los pinos fragantes, en las sombras polvorientas de la selva, y apoyándose en las palancas de sus uñas rotas se deslizó a través de la débil luz de las

estrellas de marzo, hasta el borde del helado río Saint Lawrence; hasta el pie helado de la crucifixión. El P. Lecompte nos cuenta que «*Elle y passa un quart d'heure à se mettre les épaules en sang par une rude discipline*»^[33]. Allí pasó quince minutos azotándose las espaldas hasta que quedaron cubiertas de sangre, y esto lo hizo sin la ayuda de su amiga. Ya es el día siguiente, Miércoles Santo. Era su último día, ese día consagrado a los misterios de la Eucaristía y la Cruz. «*Certes je me souviens encore qu'a l'entrée de sa dernière maladie*»^[34]. El P. Cholenec sabía que aquél era para ella el último día. A las tres de la tarde comenzó su última agonía. De rodillas, rezando con Marie-Thérèse y otras varias muchachas azotadas, a Catherine Tekakwitha se le trabó la lengua con los nombres de Jesús y María y los pronunció mal. «... *elle perdit la parole en prononçant les noms de Jésus et de Marie*»^[35]. Pero ¿por qué no consignó usted los sonidos que expresó exactamente? Estaba jugando con el Nombre, estaba tratando de dominar el buen Nombre, estaba injertando todas las ramas rotas en el árbol de la vida. ¿Aga? ¿Muja? ¿Jumu? ¡Idiotas, ella conocía el Tetragrammaton^[36]! ¡La habéis dejado escapar! ¡Hemos dejado que otra se nos escape! ¡Y ahora hemos de ver si le sangran los dedos! Ahí la teníamos, clavada y locuaz, dispuesta a reparar el mundo, y hemos dejado que las afiladas bocas de los relicarios le roen los huesos. ¡Parlamento!

Ella murió a las 3.30 de la tarde. Era el Miércoles Santo, 17 de abril de 1680. Tenía veinticuatro años. Nos hallamos en el corazón de la tarde. El P. Cholenec rezaba junto al cadáver reciente. Tenía los ojos cerrados. De repente abrió los ojos y gritó asombrado: «*Je fis un grand cri, tant je fus saisi d'étonnement*»^[37].

—¡iiiiiooooouuu!

¡La cara de Catherine Tekakwitha se había vuelto blanca!

—*Viens ici!*

—¡Mira su cara!

Examinemos el testimonio visual del P. Cholenec, y tratemos de eliminar nuestros prejuicios políticos, y recordemos que te prometí buenas noticias. «Desde la edad de cuatro años, el rostro de Catherine había quedado marcado por la Epidemia; su enfermedad y su mortificación habían contribuido más aún a su desfiguramiento. Pero este rostro, tan ajado y atezado, sufrió un cambio repentino, alrededor de un cuarto de hora después de su muerte. Y en un momento se volvió tan bello y tan blanco...»

—¡Claude!

El P. Chauchetière llegó corriendo, y un poblado de indios le seguía. Como en un plácido sueño, como bajo un parasol de cristal, ella flotaba en la oscura tarde canadiense, su rostro sereno y brillante como el alabastro. Así estrenó su muerte, con el rostro blanco vuelto hacia arriba y bajo la atenta mirada del pueblo. El P. Chauchetière dijo:

—*C'était un argument nouveau de crédibilité, dont Dieu favorisait les sauvages pour leur faire goûter la foi*^[38].

—¡Shhhhhhh!

—¡Silencio!

Dos franceses pasaron por casualidad un poco más tarde. Uno de ellos dijo:

—Mira esa chica tan linda que está durmiendo ahí.

Cuando descubrieron quién era se arrodillaron para rezar.

—Hagamos el ataúd.

En aquel preciso instante la muchacha entró en la maquinaria eterna del cielo. Mirando hacia atrás por encima de su hombro atómico formó un rayo de alabastro sobre su viejo rostro mientras avanzaba flotando sobre la alocada risa agradecida de su amiga.

Rojo y blanco, piel y granos, margaritas abiertas y malas hierbas ardiendo... *despacio*, querido amigo, y vosotros, racistas. Que nuestra habilidad sea crear leyendas a partir de la disposición de las estrellas, pero que nuestra gloria sea olvidar las leyendas y contemplar la noche limpiamente. Dejad a la Iglesia mundana servir a la Raza Blanca con un cambio de color. Dejad a la Revolución mundana servir a la Raza Gris con una iglesia ardiendo. Dejad a los Manifiestos que anexionen todas nuestras propiedades. Estamos enamorados de una vista de pájaro de cuerpos irisados. Soportad el cambio del rojo al blanco, vosotros los que tejéis insignias, que somos todos nosotros en nuestra noche. Somos simplemente érase una vez. Otro segundo pasa por nuestros dedos en carne viva, y ahora estamos enamorados de meras banderas, nuestra intimidación carece de valor, no somos dueños de nuestra historia, pues nos es arrastrada en una lluvia de polvo de diminutas semillas y lo filtramos como en la red de un gran montón de margaritas silvestres, y nuestras modas varían a ritmo de hermosura. Una cometa se eleva sobre el hospital, algunos presos de la Terapia Ocupacional la siguen o la ignoran, Mary y yo nos deslizamos en la orgía de griegos de vasija y griegos de restaurante. Una mariposa nueva se lanza como por una montaña rusa sobre las espasmódicas sombras céricas de la verdura, caídas circenses como cometa en un bache de aire, el paracaidista del pueblo ensaya el helecho tambaleante, y se sumerge en borrosos sellos de correo con la efigie de Ícaro. La ropa lavada de Montreal ondea en el elevado alquiler... pero yo fracaso con perfecta naturalidad, por cuanto he decidido engrosar la Caridad Fáctica. He aquí buenas noticias para la mayoría de nosotros: todos los grupos e iglesias pueden usar esta información. Santa Caterina de Bolonia muere en 1463, monja de cincuenta años. Sus hermanas enterraron su cuerpo sin ataúd. Pronto las hermanas se sintieron culpables, preguntándose qué pasaría con toda esa carga de barro depositada sobre su rostro. Se les permitió exhumar el cadáver. Raspan su rostro hasta dejarlo limpio y se descubre que sólo ha quedado ligeramente deformado por la presión del barro, siendo quizás el hundimiento de una de las ventanas de la nariz el único trofeo de dieciocho días de entierro. El cadáver desprendía un dulce aroma. Mientras lo examinaban, «el cuerpo que fue blanco como la nieve se volvió rojo lentamente y exudó un líquido aceitoso de inefable fragancia».

El funeral de Catherine Tekakwitha. Anastasie y Marie-Thérèse se afanaron cuidadosamente en torno al cadáver. Le lavaron los miembros, separaron la sangre reseca. Le peinaron el pelo y lo frotaron con aceite. La amortajaron con túnicas blancas de piel recubiertas de abalorios. Cubrieron sus pies con mocasines nuevos. Normalmente se transportaban los cadáveres hasta la iglesia en parihuelas de corteza. Los franceses habían hecho para ella un ataúd de verdad, «*un vrai cercueil*».

—¡No lo cerréis!

—¡Dejadme ver!

Hubo que satisfacer a la multitud. Deseaban contemplar su nueva belleza durante una hora más. Nos encontramos ahora en un Jueves Santo, día de tristeza, día de gozo, como observan sus biógrafos. Desde la iglesia la trasladaron a la gran cruz del cementerio situado junto al río, donde la muchacha gustaba de forjar sus oraciones. El P. Chauchetière y el P. Cholenec habían estado discutiendo acerca del emplazamiento de la tumba. El P. Chauchetière quería enterrarla dentro de la iglesia. El P. Cholenec deseaba evitar esta singularidad. Durante otro entierro en el que Catherine había participado, el sacerdote la había oído expresar su preferencia personal: junto al río.

—En ese caso, me rindo.

El día siguiente era Viernes Santo. Los misioneros predicaron la Pasión de Jesucristo a un auditorio profundamente conmovido. Querían seguir llorando más tiempo. No dejaban que el celebrante pasara de las dos primeras palabras del *Vexilla*.

—*Vexilla re...*

—¡No! ¡No! ¡Ay! ¡Arrgggh!

—*Vexilla regis...*

—¡Basta! ¡Más tiempo! ¡Ay! ¡Por favor!

Durante todo aquel día y el siguiente, los sacerdotes presenciaron las mortificaciones más excesivas que habían visto jamás.

—¡Se están desgarrando los miembros!

—¡Está ocurriendo de verdad!

La noche del Viernes una mujer se revolcó sobre espinas hasta la mañana siguiente. Cuatro o cinco noches más tarde, otra, mujer hizo lo mismo.

—Acercad más el fuego.

Se azotaron hasta que comenzaron a sangrar. Se arrastraron sobre las rodillas desnudas a través de la nieve. Las viudas prometían no contraer nunca segundas nupcias. Algunas jóvenes casadas hicieron el voto y renunciaron a casarse de nuevo si sus maridos morían. Algunas parejas de casados se separaron y prometieron vivir en lo sucesivo como hermano y hermana. El P. Chauchetière cita al bueno de François Tsonnatoüan, que convirtió a su esposa en una hermana. Formó un pequeño rosario que denominó «El rosario de Catherine». Consistía en una cruz ante la cual rezaba el *Credo*, con dos «granos» para el *Pater* y el *Ave*, y otros tres «granos» para

los tres *Gloria Patri*. La noticia se extendió de hoguera en hoguera, de converso en converso, de converso a pagano, de pagano a pagano, por todo el país de los iroqueses.

—*La sainte est morte.*

—La santa ha muerto.

En la Iglesia Primitiva, este tipo de reconocimiento popular, se denominaba la *béatification équipollente*. Observa ahí abajo, observa ahí abajo, mira ese nevado mandala, mira todo el poblado, mira las figuras retorciéndose en el campo blanco, trata de contemplar la escena a través del prisma opaco de la ampolla personal producida por quemadura accidental.

He aquí el testimonio del Capitán Du Luth, comandante del Fuerte Frontenac, hombre cuyo nombre se ha dado a una calle de Montreal. Era, dice el P. Charlevoix, «*un des plus braves officiers que le Roy ait eus dans cette colonie*»^[39]. También dio su nombre a una ciudad americana junto al Lago Superior.

Yo, el que suscribe, certifico para todo aquel a quien pueda interesar que, habiendo sido atormentado por la gota durante veintitrés años, con tal dolor que durante el espacio de tres meses no tuve descanso, me dirigí a Catherine Tegahkouita, virgen iroquesa, que falleció en Sault Saint-Louis en olor de santidad según la pública opinión, y prometí visitar su tumba si Dios me devolvía la salud por su intercesión. He quedado tan perfectamente restablecido, al final de una novena que organicé fuera hecha en su honor, que llevo ya quince meses sin sufrir un solo ataque de gota.

Dado en el fuerte Frontenac, a 15 de agosto de 1696.

Firmado: J. du Luth

Como un inmigrante numerado en el puerto de Norteamérica, espero comenzar de nuevo. Espero emprender de nuevo mi amistad. Espero emprender mi carrera hacia la Presidencia. Espero emprenderla con Mary otra vez. Espero emprender nuevamente mi culto a Vos, que nunca habéis rehusado mi servicio, en cuya memoria fulgurante no tengo pasado ni futuro, cuya memoria jamás ha quedado congelada en el ataúd de la historia, en la que tus hijos, como enterradores aficionados, van apretujando sus cadáveres mal medidos. El sueño dorado de América no es el pionero, pues éste se ha visto limitado ya por el valor y el método. El sueño dorado es ser jesuita en las ciudades de los iroqueses, porque no deseamos destruir el pasado y sus ridículos fracasos, y únicamente deseamos que los milagros demuestren que el pasado fue gozosamente profético, y esa posibilidad se nos presenta con más verosimilitud en la cubierta de este carguero de amplias solapas, con nuestros sacos de pañuelos llenos de anticuadas ametralladoras de la última guerra, que con todo asombrarán y conquistarán a los indios.

La primera aparición de Catherine Tekakwitha le ocurrió al P. Chauchetière. Cinco días después de la muerte de la muchacha, a las cuatro de la madrugada del Lunes de Pascua, mientras estaba enfrascado en la oración, ella se le apareció envuelta en un halo de gloria. A su derecha había una iglesia patas arriba. A su izquierda había un indio ardiendo en el poste. La visión duró dos horas, y el sacerdote tuvo tiempo para contemplarla en éxtasis. Para eso había venido a Canadá. Tres años más tarde, en 1683, un huracán azotó el poblado, derribando la iglesia de 60 pies de longitud. Y en uno de los ataques a la misión, un iroqués converso fue capturado por los onnontagueses y quemado lentamente mientras proclamaba su fe. Estas aplicaciones de la aparición pueden satisfacer a la Iglesia, querido amigo, pero guardémonos de permitir que una aparición se agote en meros sucesos. Una iglesia inútil, un hombre torturado... ¿no son éstos los factores normales de la prosperidad de un santo? Ocho días después de su muerte se apareció a la vieja Anastasie en una llamarada de luz, la parte inferior de su cuerpo, del cinturón para abajo disuelta en el resplandor, «*le bas du corps depuis la ceinture disparaissant dans cette clarté*». ¿Acaso te había dejado a ti sus otras partes? Se apareció también a Marie-Thérèse cuando ésta se encontraba sola en su cabaña y la regañó suavemente por algunas de las cosas que estaba haciendo.

—Procura no sentarte sobre los talones cuando te azotes las espaldas.

El P. Chauchetière fue favorecido por dos visiones más, una el 1 de julio de 1681, y la otra el 21 de abril de 1682. En ambas ocasiones, Catherine se le apareció en toda su belleza, y la oyó decir claramente:

—*Inspice et fac secundum exemplar. Regarde, et copie ce modèle*. Mira, y copia este modelo.

Entonces pintó muchos retratos de su visionaria Catherine, y éstos surtieron sus efectos cuando se colocaron sobre la cabeza de los enfermos. En Caughnawaga se conserva hoy un lienzo muy antiguo. ¿Es éste el que pintó el P. Chauchetière? Nunca lo sabremos. Ruego a Dios que te sea útil. Pero ¿qué decir del P. Cholenec? Todos los demás tuvieron su premio. ¿Dónde estaban sus películas? Es a él a quien más me parezco, por cuanto se mantiene sin siquiera una chispa de humor, perseguido únicamente por el Papado.

«... Una infinidad de curaciones milagrosas», escribe el P. Cholenec en 1715, «*une infinité de guérisons miraculenses*». No sólo entre los salvajes, sino incluso entre los franceses de Quebec y Montreal. Esto llevaría varios volúmenes. La llama *la Thaumaturge du Nouveau-Monde*. Con una sensación de dolor que ahora estarás en disposición de imaginar, voy a consignar algunas de las curaciones.

La esposa de François Roaner tenía sesenta años en enero de 1681 y se hallaba a las puertas de la muerte. Era habitante de la Prairie de la Magdeleine, donde el P. Chauchetière ejercía su ministerio. El sacerdote le colgó un crucifijo alrededor del cuello. Era el mismo crucifijo que Catherine Tekakwitha había estrechado contra sus andrajos mientras moría. Cuando Mme. Roaner se curó se negó a devolver la reliquia. El sacerdote insistió, pero entregó a la mujer un saquito con barro de la tumba de Catherine para que se lo colgara en lugar del crucifijo. Al cabo de algún tiempo se le ocurrió quitárselo por una razón o por otra. Tan pronto como quedó separado de su cabeza, cayó fulminada al suelo. Hasta que el saquito no volvió a su pecho no se restableció. Un año más tarde fue atacado su marido por un dolor violento en los riñones. En un imprudente momento de caridad, ella retiró el barro de su persona y se lo colgó al cuello. El dolor de él cesó inmediatamente, pero ella se tambaleó, enferma de nuevo, y gritó que su marido la estaba asesinando. Varios circunstantes le persuadieron para que devolviera el saquito a su esposa. Ésta se curó instantáneamente, pero los riñones del marido enfermaron de nuevo. Dejémosles aquí, en su nuevo servicio cruel a Catherine Tekakwitha, mientras ésta invita a sus almas. ¿Te suena esto, querido compañero? ¿Se movió Edith entre nosotros como un paquete de barro? Oh Dios, veo a los miserables y ancianos Roaners, que no se habían tocado durante años, arañar se como animales en el suelo de piedra de su cocina.

En 1693 el Superior de Sault era el P. Bruyas. De improviso sus brazos quedaron paralizados. Fue trasladado a Montreal para ser sometido a tratamiento. Antes de partir pidió a las *Hermanas de Catherine*, un grupo de devotas que se había formado en su memoria, que hicieran una novena para impetrar su curación. En Montreal había rechazado todo tratamiento. Al octavo día de la novena no se advirtió todavía ningún cambio en sus brazos tiesos. Lleno de fe, mantuvo a raya a los médicos. A las cuatro de la mañana siguiente despertó agitando los brazos, no sorprendido, sino radiante de alegría. Se apresuró a dar gracias.

1695. Las curaciones comenzaron a extenderse entre las clases altas como un ritmo de baile. Empezaron con el intendente, M. de Champigny. Durante dos años había sufrido el mismo resfriado, y fue empeorando día a día, hasta que ya apenas podía hacerse oír. Su mujer escribió a los Padres de Sault, rogándoles que mandaran celebrar una novena a su hija bendita para obtener la curación de su marido. Las oraciones que escogieron para la novena fueron un *Pater*, un *Ave* y tres *Gloria Patri*.

A M. de Champigny se le aclaró la voz día a día, y al noveno día volvió a la normalidad; realmente, su voz poseía ahora una resonancia especial. Mme. de Champigny divulgó el culto de la Virgen iroquesa. Hizo distribuir miles de retratos de Catherine Tekakwitha por todas partes, incluida Francia, y hasta Luis XIV contempló uno atentamente.

1695. M. de Granville y su esposa mezclaron el barro con un poco de agua y lo suministraron a su hijita, que estaba muriéndose. Ésta se incorporó, riendo.

«Los poderes de Catherine se extendieron incluso a los animales», escribe el P. Cholenec. En Lachine vivía una mujer acompañada sólo de una vaca. Un día, sin motivo aparente, la vaca se puso tan hinchada, «*enflée*», que la mujer creyó que el animal iba a morir. Se puso de rodillas.

—¡Oh, Catherine bendita, ten piedad de mí, salva a mi pobre vaca!

Apenas había pronunciado estas palabras cuando la vaca comenzó a deshincharse, recuperando su tamaño normal ante sus propios ojos, «*et la vache s'est bien portée du depuis*»^[40].

El invierno anterior, escribe el P. Cholenec, un novillo quedó atrapado en el hielo en Montreal. Tiraron de él para sacarle pero tenía el cuerpo tan helado que no podía andar. Se vio obligado a pasar el invierno en su establo.

—¡Matad a ese animal! —ordenó el amo.

—Oh, déjele vivir una noche más —suplicó una criada joven.

—Muy bien. ¡Pero mañana morirá!

Ella puso un poco de barro de la tumba que tanto apreciaba en el agua de abreviar al novillo, diciendo:

—*Pourquoi Catherine ne guérirait-elle pas les bêtes aussi bien que les hommes?*
[41]

Ésta es la cita literal. A la mañana siguiente se encontró al novillo de pie, ante la estupefacción de todos, excepto de la muchacha y del animal. La pregunta más importante que los relatos suelen pasar por alto es: ¿Se llegaron a comer a la vaca y al novillo con el tiempo? ¿O siguió todo exactamente igual?

Miles de curaciones, todas consignadas, entre niños y seniles. Mil novenas y mil cadáveres resplandecen de nuevo. Veinte años después de su muerte los milagros no fueron tan frecuentes pero tenemos testimonios tan recientes como el de 1906. Examinemos la edición de 1906 de *Le Messager Canadien du Sacré-Coeur*. El milagro tuvo lugar en Shishigwaning, una avanzada india situada en Ile Manitouline. Vivía allá una buena mujer india (*une bonne sauvagesse*) que había estado aquejada, en los once meses anteriores, de sífilis ulcerosa en la boca y la garganta. Había contraído la enfermedad fumando con una pipa que había pertenecido a su hija sífilítica, «*en fumant la pipe dont s'était servie sa fille*». La enfermedad avanzaba terriblemente, las úlceras se extendían y aumentaron su circunferencia y la profundidad de sus cráteres. Ni siquiera podía probar la sopa, tan hinchada por las llagas tenía la boca. El sacerdote llegó el 29 de septiembre de 1905. Antes de hacerse

jesuita había sido médico. Ella lo sabía.

—Ayúdeme, doctor.

—Soy sacerdote.

—Ayúdeme como médico.

—Ningún médico puede ayudarla ya.

Le dijo que su curación estaba fuera del alcance de la ciencia humana. Recomendó a la víctima que pidiera intersección de Catherine Tekakwitha, «¡tu hermana de sangre!». Aquella noche comenzó una novena en honor de la virgen iroquesa que tanto tiempo llevaba muerta. Pasó un día, pasaron dos días, y no ocurrió nada. Al tercer día se palpó el paladar con la lengua, ¡pero el Braille sifilítico había desaparecido como los volúmenes de Alejandría!

En 1689, la misión de Sault Saint-Louis se trasladó más arriba junto al río Saint Lawrence. La razón de este éxodo fue el agotamiento del suelo. El antiguo emplazamiento (en el lugar donde el río Portage desemboca en el Saint Lawrence) era llamado Kahnawaké, es decir, junto a los rápidos. Ahora tomó el nombre de *Kateri tsi tkaiatat*, es decir el lugar donde fue enterrada Catherine. Llevaron con ellos su cuerpo hasta el nuevo poblado que fue llamado Kahnawakon es decir, en los rápidos. Al emplazamiento abandonado lo llamaron *Kanatakwenké*, o sea, lugar del poblado trasladado. En 1696 se trasladaron una vez más hacia arriba de la orilla sur del gran río. La última migración tuvo lugar en 1719. La misión se instaló en su actual emplazamiento, al otro lado de los rápidos enfrente de Lachine, que ahora está comunicado con Montreal por medio de un puente. Tomó el nombre iroqués de 1676, Kahnawaké, o en su forma inglesa, Caughnawaga. Hay todavía algunas reliquias de Catherine Tekakwitha en Caughnawaga, pero no se conservan todas allí. Algunas partes de su esqueleto se habían regalado en diferentes períodos. Su cabeza fue trasladada a Saint-Régis en 1754, para celebrar la fundación de otra misión iroquesa. La iglesia en la que fue colocada la cabeza se quemó por completo, y el cráneo no se salvó.

KATERI TEKAKWITHA

17 de abril de 1680

Onkweonweke Katsitsiio

Teotsitsianekaron

KATERI TEKAKWITHA

17 avril, 1680

Lapins belle fleur épanouie

chez les sauvages

EL FINAL DE LA HISTORIA DE F. SOBRE LOS ÚLTIMOS CUATRO
AÑOS DE LA VIDA DE CATHERINE TEKAKWITHA

¡Por fin lo conseguí! ¡Hecho! ¡Querido amigo del alma, hice lo que convenía! Hice lo que soñaba cuando tú, Edith y yo nos sentamos en los austeros asientos del cine System. ¿Conoces la pregunta con la que me atormenté durante esas horas de plata? Por fin puedo contártelo. Nos hallamos ahora en el corazón del cine System.

Estamos en medio de la oscuridad maniobrando para conseguir a codazos el dominio de los brazos de madera de los asientos. Fuera, en la calle Ste. Catherine, la marquesina del cine exhibe el único fallo de neón en muchas millas de luz: a falta de dos letras que nunca serán reparadas, se presenta como cine Stem, cine Stem, cine Stem^[42]. Cábalas secretas de los vegetarianos se reúnen habitualmente bajo el rótulo para intercambiar contrabando de más allá de la Barrera Vegetal. En sus ojos, como puntas de alfiler, danza su sueño dorado: el Ayuno Total. Uno de ellos informa de una nueva atrocidad publicada sin comentarios compasivos por los editores de *Scientific American*: «Se ha demostrado que, cuando se arranca de la tierra, un rábano produce un chillido electrónico.» Ni siquiera el programa triple por 65 centavos les consolará esta noche. Con una risa loca nacida de la desesperación, uno de ellos se lanza sobre un puesto de perritos calientes, desintegrándose al primer bocado en patéticos síntomas de retirada. El resto le observa tristemente y luego se dispersa por el barrio de diversiones de Montreal. La noticia es más seria de lo que habían pensado. A uno de ellos le seduce una *steak house* con ventilación en la acera. En un restaurante, uno discute con el camarero porque él había pedido «tomate», pero entonces, en un suicidio de galantería, accede a aceptar los spaghetti, que le sirven por equivocación con salsa de carne. Pero esto queda muy lejos de la acristalada columna de los boletos que los tres pasamos y satisfacimos hace horas. No olvidemos que estos depósitos de entradas no son del todo dóciles. En más de una ocasión me he encontrado detrás de un cliente cuyo boleto es rechazado por el buzón y que se ve obligado a reclamar su dinero a la despectiva mujer de la garita de centinela. No es agradable tratar con esas mujeres colocadas a la entrada de los cines: tienen, por propia elección, la obligación de salvar a la calle Ste. Catherine de la autodestrucción: las pequeñas oficinas callejeras que ellas dominan protegen al ejército del tráfico mediante una administración en la que se combinan las mejores funciones de la Cruz Roja y el G. H. Q.^[43] ¿Y qué pensar del cliente inaceptable con su dinero restituido? ¿A dónde puede ir? ¿Fue arbitrario ese cruel rechazo, en el sentido de que la Sociedad inventa el Crimen para hacerse indispensable? No hay oscuridad en la que pueda saborear su chocolatina —¡Oh, Henry!— todo lo dulce está amenazado. ¿Es un simple vodevil suicida para los vivos? ¿O hay algún ungüento en el rechazo de la garganta dentada del depósito de boletos? ¿Es éste el aceite real de la elección? ¿Descubrirá algún nuevo héroe su ordalía? ¿Es éste el nacimiento del ermitaño o de su complemento igualmente apasionado, el antihermitaño, semilla de los jesuitas? Y esta elección ajedrecística entre santo y misionero, ¿es su primera prueba trágica? Carece de importancia para Edith, tú y yo, que hemos pasado a salvo dos pasillos del cine y medio alfabeto, ya inmersos en la radiante diversión. Nos hallamos ahora en el corazón del último número del programa en el cine System. Dentro de estrictos límites, como el humo de una chimenea, el polvoriento rayo del proyector se retorció y modificaba por encima de nuestras cabezas. Como cristales que se arremolinaran en la suspensión de un tubo de ensayo, el rayo inestable cambiaba una y otra vez en su

negra prisión. Como batallones de paracaidistas saboteados que cayeran en picado desde las torres de entrenamiento contorsionándose repetidas veces, las figuras inundaban la pantalla, y al chocar estallaban en un contraste de colores, lo mismo que los pletóricos capullos del camuflaje ártico desparraman su contenido orgánico abigarrado sobre la nieve mientras los buzos se desintegran uno tras otro. No, se parecía más a una blanca serpiente fantasmal encerrada en un inmenso telescopio. Era una serpiente nadando hacia el hogar, que ocupaba perezosamente toda la cloaca que irrigaba al auditorio. Era la primera serpiente en las sombras del paraíso terrenal, ¡la serpiente albina del vergel, que ofrecía a nuestra memoria femenina el sabor de... todo! Mientras flotaba, y danzaba, y se retorció en la penumbra sobre nosotros, yo a menudo alzaba los ojos para examinar el rayo del proyector más bien que el relato que transmitía. Ninguno de vosotros reparó en mí. A veces cedía sorprendentes zonas del apoyabrazos para distraer vuestro placer. Estudié a la serpiente y me hizo sentir avidez por todo. En medio de esta embriagadora contemplación, se me invita a que formule la pregunta que me atormenta más. Formulo la pregunta y empieza a atormentarme inmediatamente: *¿Qué sucederá cuando el Nudo penetre a escape en la película?* ¿Qué sucederá cuando el Nudo aparezca por gusto o accidentalmente en cualquiera de las secuencias de la Vistavisión, quieras que no? El Nudo yace entre la calle y la película como Boulder Dam, tan vital como una frontera en el Oriente Medio —abrid brecha en él (pensaba yo), y una mezcla de miasmas imperializará la existencia con su peculiar característica de corrosión total—. ¡Eso pensaba yo! El Nudo yace entre la calle y la película: como un túnel en la excursión del domingo que termina rápidamente y en medio de la horripilante oscuridad acerca las montañas rurales a los arrabales. ¡Hacía falta valor! Dejé escapar el Nudo, le invité a penetrar de rondón en la trama, y se fundieron con espantosa originalidad, lo mismo que los árboles y el plástico sintetizan nuevos paisajes imponentes en aquellas zonas de la carretera dedicadas a moteles. ¡Vivan los moteles, su nombre, su intención, su éxito! He aquí mi mensaje, querido amante de mi corazón. He aquí lo que vi; he aquí de lo que me enteré:

Sophia Loren se desnuda en favor
de un víctima de la inundación.
LA INUNDACIÓN POR FIN ES REAL

¿Alegría? ¿No te la prometí? ¿No creías que yo te la entregaría? Y ahora tengo que dejarte, pero me resulta tan duro. Mary está ahora intranquila, se menea sin descanso, ni ella ni yo gozamos ahora de placer ninguno, y algunos de sus jugos son ya tan rancios y estancados que hay regueros cosquilleantes de evaporación en mi brazo.

Los pacientes de la Terapia Ocupacional están firmando cestos sin terminar para

que puedan identificarse en la colección de la enfermera. La breve tarde de primavera se ha oscurecido y los apretados capullos de lila al otro lado de la ventana enrejada apenas tienen perfume. La ropa blanca de la tarde ha sido esterilizada y las crujientes camas plegadas nos llaman.

—¡Bouuouuou! ¡Bouuou! ¡Grrrrrrr!

—¿Qué es ese estrépito ahí fuera, Mary?

—Los perros simplemente.

—¿Los perros? No sabía que iba a haber perros.

—Pues los hay. ¡Ahora date prisa! ¡Sácalo!

—¿Mi mano?

—¡El paquete! ¡El paquete de hule!

—¿Tengo que hacerlo?

—¡Es de nuestros amigos!

Con un movimiento como de pez maniobró en sus caderas, alterando toda la arquitectura interna de la abertura de su coño. Como una trucha que arrastrara el anzuelo hasta el cielo de la boca, una especie de plataforma embotada y deliciosa de fuentes en miniatura aplicó el paquete de hule a mis cuatro dedos ganchudos y lo retiré.

Su amplio uniforme blanco me resguardó de la curiosidad ajena mientras leía el mensaje. Lo estoy leyendo ahora mismo, pues Mary Voolnd insiste.

ANTIGUO PATRIOTA
PRIMER PADRE PRESIDENTE
LA REPÚBLICA SALUDA TUS SERVICIOS
CON SU MÁS ALTO HONOR
LA HUIDA SE HA PLANEADO
PARA ESTA NOCHE

¡frases escritas en tinta simpática que sus lubricaciones han activado! Esta noche.

—¡Grrrrrr! ¡Arruuuuuuf!

—Estoy asustado, Mary.

—No te preocupes.

—¿No podríamos quedarnos aquí un poco más?

—¿Ves qué líneas tan bonitas, Mary?

—Demasiado tarde para el sexo, F.

—Pero yo creo que podría ser feliz aquí. Creo que podría lograr la desolación que envidiaba tan ferozmente en mi discípulo.

—Es por eso justamente. Demasiado fácil.

—Quiero quedarme, Mary.

—Me temo que es imposible, F.

—Pero he llegado al límite, Mary. ¡Estoy casi derrotado, he perdido casi todo, casi me he vuelto humilde!

—¡Piérdelo! ¡Piérdelo todo!

—¡Socorro! ¡Sooooooooooooorro! ¡Que venga alguien!

—Nadie podrá oír tus gritos, F. Cálmate.

—¡SOOOOOOCCCCOOOORRRRRROOOO!

—Clic, cliclic. Bzzzzzz. Brrrrr.

—¿A qué viene todo ese extraño ruido, Mary?

—Parásitos. Es la radio, F.

—¡La radio! No habías dicho una palabra de la radio.

—Cállate. Nos quiere decir algo.

(PRIMER PLANO DE LA RADIO TOMANDO LA FORMA DE LETRA IMPRESA.)

—Les habla la radio. Buenas noches. La radio interrumpe con facilidad este libro para comunicarles una noticia de trascendencia histórica: JEFE TERRORISTA EN LIBERTAD. Hace algunos minutos, un jefe terrorista no identificado ha escapado del Hospital de Dementes Criminales. Se teme que su presencia en la ciudad originará nuevos actos revolucionarios. Ha sido asistido en su huida por una cómplice que se había infiltrado en el personal del hospital. Habiendo sido mutilada por perros policías en una maniobra de diversión, está ahora sometida a una operación quirúrgica, pero se supone que no sobrevivirá. Se cree que el criminal escapado intentará establecer contacto con fuerzas terroristas en la selva situada más allá de Montreal.

—¿Está ocurriendo, Mary?

—Sí, F.

—¡Grrrrrr! ¡Chomp! ¡Arararara! ¡Erf!

—¡Mary!

—¡Corre, F.! ¡Corre, corre!

—¡Bouuou! ¡Hooooouuuuuulllll! ¡Grrrrrrrrrr! ¡R-i-i-i-i-p!

(LAS MANDÍBULAS BABOSAS DE UN PERRO POLICÍA DESGARRAN LAS CARNES DE MARY VOOLND.)

—¡Tu cuerpo!

—¡Corre! ¡Corre F.! ¡Corre por todos nosotros, los a...s!

(PRIMER PLANO DE LA RADIO QUE PRESENTA UNA PELÍCULA DE SÍ MISMA.)

—Les habla la radio. ¡iiiiik! ¡Tii jii! Éste es el ah, ja, ja, éste el ji, ji, les habla la radio. Ja, ja, ja, ja, ja, oh, jo, jo, jo, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ¡me hace cosquillas, me hace cosquillas! (EFECTO SONORO: RESONANCIA.) Les habla la radio ¡Depongan las armas! Ésta es la Venganza de la Radio.

Y éste es tu amante, F., que termina aquí la gozosa carta que te había prometido.

¡Dios te bendiga! ¡Ah, querido, sé lo que yo quiero ser!

Tuyo afectísimo.
Firmado: F.

LIBRO TERCERO

LOS HERMOSOS VENCIDOS

Epílogo en tercera persona

La primavera llega a Quebec del Oeste. Es la cálida Corriente del Japón, que trae un cambio de estación en la costa occidental de Canadá; luego el Viento del Oeste se la lleva. Atraviesa las praderas impulsada por el soplo del Chinook^[44], despertando cereales y cuevas de osos. Sopla sobre Ontario como un sueño de legislación, y se introduce subrepticamente en Quebec, en nuestros pueblos, entre nuestros abedules. Los cafés de Montreal, como un macizo de capullos de tulipanes, brotan de sus bodegas en un alarde de toldos y sillas. En Montreal la primavera es como una autopsia. Todos quieren ver el interior del mamut helado. Las muchachas se arrancan las mangas y la carne es fragante y blanca, como la madera bajo la corteza verde. De las calles surge un manifiesto sexual como un neumático hinchado. «¡Una vez más el invierno no nos ha matado!» La primavera penetra en Quebec desde el Japón, y, como un premio sorpresa de los de antes de la guerra, se rompe el primer día porque hemos jugado a patadas con ella. La primavera entra en Montreal como una película americana sobre una aventura amorosa en la Riviera, y todo el mundo tiene que dormir con un extranjero, y de repente se encienden las luces y ya es verano, pero no nos importa porque la primavera es en realidad un poco ostentosa para nuestro gusto, un poco afeminada, como las pieles de los retretes de Hollywood. La primavera es un producto exótico de importación, como los equipos amatorios de caucho procedentes de Hong Kong, solamente la necesitamos para una tarde especial, y mañana, si es preciso, votaremos nuevos aranceles. La primavera pasa entre nosotros como una turista universitaria sueca que visita un restaurante italiano en busca de una experiencia con bigote, y la acosan con el anciano Valentino, de quien elige al azar una caricatura. La primavera llega a Montreal tan brevemente que puedes indicar el día y no hacer ningún plan para él.

Era un día de esta clase, en un parque nacional, justo al sur de la ciudad. Un anciano se hallaba en el umbral de su curiosa vivienda, una casa de troncos estropeada y precaria como un club secreto para muchachos. No sabía cuánto tiempo llevaba viviendo allí, y se preguntaba por qué ya no ensuciaba la chabola con excrementos, pero no se lo preguntaba con mucha intensidad. Olfateaba la fragante brisa del Oeste, e inspeccionaba algunas agujas de pino, ennegrecidas en las puntas como si el invierno hubiera sido un breve incendio de la maleza. El joven perfume que flotaba en el aire no producía influencias nostálgicas en el corazón bajo su asquerosa barba enmarañada. El sutilísimo velo del dolor, como limón exprimido desde una mesa lejana, le hacía entornar los ojos: rebuscaba en su memoria tratando de recordar un incidente de su pasado con el que poder convertir en mito el cambio de estación, una luna de miel, o un paseo, o un triunfo, con los cuales pudiera recrear la primavera, pero su dolor no encontraba ninguno. Su memoria no le representaba incidente alguno, sólo había un incidente, y fluía demasiado deprisa, como los contenidos de una escupidera durante el recreo. Y parecía haber transcurrido sólo un momento desde que el viento a veinte bajo cero había arrasado las ramas cubiertas de nieve de los abetos secundarios, un viento de mil escobillas que levantaban diminutos

huracanes blancos entre la oscuridad de las ramas. Bajo él había islas apacibles de nieve fundida, como los vientres de hinchados peces varados y corrompidos. Era un hermoso día, como de costumbre.

—Pronto hará calor —dijo en voz alta—. Pronto empezará a oler mal otra vez, y mis pantalones gruesos que ahora están simplemente tiesos se pondrán pegajosos, probablemente. No me importa.

Tampoco le habían importado los problemas obvios del invierno. Por supuesto, no siempre había sido así. Años (?) atrás, cuando una búsqueda infructuosa o una huida le habían hecho trepar a un tronco había llegado a odiar el frío. El frío se posesionaba de su cabaña como de una parada de autobús, y le helaba con una furia que era decididamente personal y mezquina. El frío le elegía a él como una bala grabada con el nombre de un parapléjico. Noche tras noche gritaba de dolor durante la helada. Pero este último invierno el frío había pasado junto a él tan sólo en su trayectoria general, y simplemente estaba muerto de frío. Los sueños, uno tras otro, habían arrancado chillidos de su saliva, implorando el nombre de alguien que quizá lo habría salvado. Y una mañana tras otra, él surgía de entre las hojas y papeles mugrientos que componían su colchón, con mocos helados y lágrimas en las cejas. Hacía mucho tiempo que los animales salían huyendo cada vez que surcaba los aires con su sufrimiento, pero esto sucedía cuando gritaba *por* algo concreto. Ahora que se limitaba a gritar, los conejos y comadreas no se asustaban. Supuso que ellos ahora aceptaban sus gritos como si se tratara de su ladrido habitual. Y cada vez que ese sutil velo de dolor le hacía entornar los ojos, como hacía en este día de primavera, él abría la boca de par en par torturando los nudos de pelo de su cara, y lanzaba su alarido hasta los últimos confines del parque nacional.

—¡Aaaaaaaarrrrrrrrgggggggghhhhhhh! ¡Eh, hola!

El alarido se transformó en un saludo en cuanto el anciano reconoció a un muchacho de siete años que corría hacia su árbol, poniendo sumo cuidado al vadear cada uno de los montones de nieve. El crío estaba sin aliento mientras agitaba los brazos. Era el hijo menor del patrón de un hotel cercano para turistas.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Tío!

El niño no era pariente del anciano. Empleaba esta palabra en una combinación encantadora de respeto por la ancianidad y de hacerse cruces, Malo, Malo, pues sabía que aquel individuo era un sinvergüenza y además estaba medio chiflado.

—¡Hola, muchacho querido!

—Hola, tío. ¿Cómo va esa conmoción cerebral?

—¡Sube! Te he echado de menos. Podemos desnudarnos hoy.

—Hoy no puedo, tío.

—Por favor.

—Hoy no tengo tiempo. Cuéntame un cuento, tío.

—Si no tienes tiempo de subir no tienes tiempo de escuchar un cuento. Hace calor suficiente para desnudarse.

—Ay, cuéntame uno de esos relatos indios que juras a menudo que algún día pondrás en un libro, como si a mí me importara mucho que tengas éxito.

—No me compadezcas, muchacho.

—¡Cállate, pelotillero asqueroso!

—Sube, anda, ven. Es un árbol bajo. Te contaré un cuento.

—Cuéntalo desde ahí, si no te importa, si a tus dedos caprichosos les da lo mismo; si no hay mucha diferencia entre una cosa y la otra, me quedaré en cuclillas donde estoy.

—¡Acurrúcate aquí! Te haré sitio.

—No hagas que me harte, tío. Y ahora oigamos el cuento.

—¡Ten cuidado! ¡Mira de qué forma te agachas! Te vas a destrozar el cuerpecito de ese modo. Mantén los músculos de los muslos en tensión. Separa las nalguitas de los talones, deja un espacio saludable o de lo contrario los músculos de tus nalgas se desarrollarán en exceso.

—Me han preguntado si dices guarradas cuando los niños se cruzan contigo en el bosque.

—¿Quién te lo ha preguntado?

—Nadie. ¿Te importa que mee?

—Sabía que eras un buen muchacho. Cuidado con los pantalones. Escribe tu nombre.

—¡Un cuento, tío! Y a lo mejor luego diré a lo mejor.

—De acuerdo. Escucha atentamente. Es un cuento apasionante:

IROQUÉS

Ganeagaono

Onayotekaono

Onundagaono

Gweugwehono

Nundawaono

INGLÉS

Mohawk

Oneida

Onondaga

Cayuga

Seneca

FRANCÉS

Agnier

Onneyout

Onnontagué

Goyogouin

Tsonnontouan

La terminación iroquesa *ono* (*onon* en francés) significa simplemente gente.

—Gracias, tío. Adiós.

—¿Tengo que ponerme de rodillas?

—Te dije que no dijeras palabras feas. Esta mañana, no sé por qué pero he informado sobre nosotros a la Policía Provincial.

—¿Les contaste detalles?

—No tuve más remedio.

—¿Qué detalles?

—Por ejemplo, el de tu fría manita caprichosa en mi pequeño escroto arrugado.

—¿Y qué dijeron?

—Dijeron que sospechan de ti desde hace varios años.

El anciano estaba junto a la carretera, agitando el brazo con el gesto propio del autostopista. Coches y coches pasaron cerca de él. Los conductores que no pensaban que era un espantapájaros pensaban que era un viejo repelente y asqueroso, y no estaban dispuestos ni a rozarle con la puerta. En el bosque que quedaba a su espalda, una partida de católicos estaba batiendo los arbustos. Lo mejor que podía esperar de sus manos era un azote mortal y ser acariciado atrocemente, como Lawrence por los turcos. Por encima de él, sobre los cables eléctricos, estaban encaramados los primeros cuervos del año alineados entre los postes como las bolas de un ábaco. Sus zapatos absorbían el agua del fango como un par de raíces. Habría un velo de tristeza cuando olvidara *esta* primavera como así tendría que hacer. El tráfico no era muy denso, pero le mostraba su desprecio regularmente con las pequeñas explosiones de aire que hacían los guardabarros al pasar. De repente, igual que la acción queda inmovilizada en una pausa de la pantalla de cine, un Oldsmobile se materializó en la borrosa corriente que pasaba a su lado. Al volante iba una hermosa muchacha, tal vez un ama de casa rubia. Sus manitas, que colgaban ligeramente de lo alto del volante, estaban cubiertas con unos elegantes guantes blancos, y se deslizaban por sus muñecas como dos perfectos acróbatas aburridos. Conducía el coche sin esfuerzo, como la aguja indicadora de un tablero *oui-ja*^[45]. Llevaba el pelo suelto y estaba acostumbrada a los coches rápidos.

—Sube —le habló sólo al parabrisas—. Procura no ensuciar nada.

Se arrellanó en el asiento de cuero junto a ella, viéndose obligado a cerrar la puerta varias veces con el fin de desembarazar sus andrajos. Salvo el calzado, nada cubría su cuerpo desde el apoyabrazos para abajo, y llevaba encendida la luz del salpicadero para asegurarse de que se notara.

Mientras el coche arrancaba le arrojaron perdigones y piedras, pues la partida había llegado al borde del bosque. Al llegar a la velocidad máxima, notó que ella había ladeado el ventilador para que le refrescara el vello del pubis.

—¿Está usted casada? —preguntó.

—¿Y qué si lo estoy?

—No sé por qué lo he preguntado. Lo siento. ¿Puedo posar la cabeza en su regazo?

—Siempre me preguntan si estoy casada. El matrimonio es tan sólo el símbolo de una ceremonia que puede agotarse con la misma facilidad que puede renovarse.

—Ahórreme sus filosofías, señorita.

—¡Trasto asqueroso! ¡Cómeme!

—Con mucho gusto.

—Quita el trasero del acelerador.

—¿Está bien así?

—Sí, sí, sí, sí.

—Acércate un poco. El cuero me lastima la barbilla.

—¿Tienes idea de quién soy?

—Obleblebleble... ni idea... obleblebieble.

—¡Adivina! ¡Adivina! ¡Mierdero!

—No tengo el más mínimo interés por saberlo.

—Ισις ξγω.

—Los extranjeros me aburren, señorita.

—¿Has terminado ya, palo sucio y putrefacto? ¡Yi! ¡Lo haces maravillosamente!

—Debería usar uno de esos asientos con antisudoración con listones de madera.

Entonces no se pasaría el día sentada sobre sus jugos y expuesta a la corriente.

—Estoy orgullosa de ti, querido. ¡Y ahora lárgate! ¡Y a ver si te lavas!

—¿Estamos ya en el centro?

—Sí. Adiós, querido.

—Adiós. Que tengas un gran choque.

El anciano se apeó del coche que se movía lentamente justo delante del cine System. Ella pisoteó con su mocasín el pedal del acelerador y penetró rugiendo en un extremo del embotellamiento de tráfico que había en Phillips Square. El anciano se detuvo un momento bajo la marquesina, ojeando a los apiñados vegetarianos con dos ligeros vestigios, uno de nostalgia, otro de compasión. Los olvidó tan pronto como compró su entrada. Se sentó en la oscuridad.

—Perdone, señor, ¿cuándo comienza la sesión?

—¿Está usted loco? Sepárese de mí, huele a demonios.

Se mudó de asiento tres o cuatro veces mientras esperaba a que empezara el Nudo. Por fin se quedó con toda la fila delantera para él solo.

—¡Acomodador! ¡Acomodador!

—Shhh. ¡Silencio!

—¡Acomodador! No voy a estar sentado aquí toda la noche. ¿Cuándo empieza la sesión?

—Está usted molestando a la gente, señor.

El anciano se dio media vuelta y vio una fila tras otra de ojos alzados y silenciosos y de cuando en cuando una boca que mascaba mecánicamente, y los ojos moviéndose de un lado a otro continuamente, como si estuvieran contemplando una pequeña partida de pimpón. A veces, cuando todos los ojos contenían exactamente la misma imagen, como todas las ventanas de una enorme máquina tragaperras repitiendo campanillas, hacían un ruido al unísono. Esto ocurría solamente cuando veían todos exactamente la misma cosa, y aquel ruido, recordó, se llamaba risa.

—Va a comenzar la última película, señor.

Ahora lo entendía todo. La película era invisible para él. Estaba pestañeando a la misma frecuencia que el obturador del proyector, las mismas veces por segundo, y

por tanto la pantalla le resultaba completamente negra. Aquello era automático. En el auditorio, uno o dos espectadores, al notar una insólita renovación de placer durante la risa maniática de Richard Widmark en *Kiss of Death*, comprendieron que probablemente se hallaban en presencia de un maestro del Yoga de la Postura Cinematográfica. Sin duda estos estudiantes se aplicaban a sus asignaturas con un entusiasmo renovado, esforzándose por garantizar la intensidad del vertiginoso relato, sin imaginar en ningún momento que sus ejercicios pudieran llevarles, no a un suspense perpetuo, sino a una pantalla negra. Por primera vez en su vida, el anciano se relajó totalmente.

—No, señor. No puede cambiarse de asiento otra vez. Huy, ¿a dónde se ha ido? ¡Qué raro! Hum.

El anciano sonreía mientras el rayo del proyector le atravesaba.

Los perritos calientes parecían desnudos en medio del baño de vapor del Salón de Tiro y de Juego del Centro, galería de atracciones en el Bulevar St. Lawrence. El Salón de Tiro y de Juego del Centro no era flamante que digamos, y nunca sería modernizado porque sólo las oficinas lograban satisfacer el precio creciente de los inmuebles. El Fotomatón estaba roto: aceptaba monedas de veinticinco centavos, pero no daba a cambio ni fiases ni fotografías. La Expendedora Automática nunca había obedecido al ingeniero, y un polvo grasiento cubría las viejas chocolatinas y los encendedores japoneses allí encasillados. Había algunas máquinas del millón amarillas de tipo antiguo, modelos que databan de antes de la introducción de los *flippers*. Los *flippers*, naturalmente, han dado al traste con este deporte al legalizar la idea de una segunda oportunidad. Han debilitado la emoción de «ahora o nunca» del jugador y modificado la repugnante inmersión de una bola de acero no interceptada. Los *flippers* representan el primer ataque totalitario contra el Crimen; al incorporarse mecánicamente en el juego, destruyen su antigua emoción y desafío. Desde la aparición de los *flippers*, ninguna generación nueva ha llegado a dominar del todo los esfuerzos corporales ilegales, y la FALTA, en otro tiempo tan honrosa como una cicatriz de sable, ya no es más que una bola perdida. La segunda oportunidad es la idea criminal esencial; es la palanca del heroísmo, y el único santuario de los desesperados. Pero a menos que se arranque a la fatalidad, la segunda oportunidad pierde su vitalidad, y no crea criminales sino pelmazos, rateros aficionados en vez de prometeicos. Otorguemos nuestro homenaje al Salón de Tiro y de Juego del Centro, donde un hombre puede todavía entrenarse. Pero ya nunca estaba abarrotado. Algunos adolescentes dados a la prostitución pululaban en torno a la máquina expendedora de cacahuetes calientes y demás chucherías, muchachos que se hallaban en el mismo fondo del aparato lascivo de Montreal, y cuyos chulos llevaban cuellos de piel falsa y dientes de oro y bigotes como trazados a lápiz; todos ellos miraban fijamente al Main (como se denomina el Bulevar St. Lawrence) con bastante

patetismo, como si los malvados grupos de transeúntes no fueran a descubrir nunca el Barco de Placer del Mississippi que ellos podían con todo derecho corromper. La iluminación era de fluorescentes antiguos, y perjudicaba en cierto modo a los cabellos teñidos con peróxido, parecía hacer resaltar como los rayos X las oscuras raíces a través de los amarillos peinados a la Pompadour, y localizaba cada grano adolescente como en un mapa de carreteras. El mostrador de los perritos calientes, compuesto principalmente de campanas y huecos de aluminio, mostraba la higiene gris propia de las clínicas de los barrios bajos que depende de una distribución continua, más que de la eliminación, de la grasa. Los hombres del mostrador eran polacos tatuados, que se odiaban unos a otros por razones antiguas, y procuraban esquivarse siempre. Llevaban los posibles uniformes de una infantería de barberos, hablaban solamente polaco y un esperanto limitado, aplicable circunstancialmente a los perritos calientes. No servía de nada quejarse a uno de ellos por una moneda de diez centavos no devuelta. Una anarquía apática distribuía letreros de «NO FUNCIONA» sobre las ranuras de teléfonos rotos y en galerías eléctricas de tiro atascadas. La Bolera automática dividía habitualmente cada pleno entre el primero y segundo jugador, sin tener en cuenta quién o cuántos tiraban. Sin embargo, aquí y allá, entre las máquinas del Salón de Tiro y de Juego del Centro, algún deportista auténtico perdía dinero con gestos que pretendían incorporar la decadencia al riesgo del juego, y, cuando un blanco certeramente derribado no se retiraba o iluminaba, lo interpretaba sencillamente como un aumento de la complejidad del juego. Los perritos calientes eran lo único que no había entrado en decadencia, pero sólo porque no tenían piezas.

—¿Adónde demonios va usted, señor?

—Eh, déjale. Es la primera noche de la primavera.

—Aquí todavía nos reservamos el derecho de admisión.

—Adelante, señor. Tome un perrito caliente por cuenta de la casa.

—No, gracias. No como.

Mientras los polacos discutían, el anciano se coló en el Salón de Tiro y de Juego del Centro. Los chulos le dejaron pasar sin soltar ninguna obscenidad.

—No te acerques a él. ¡Ese tipo huele mal!

—Échale de aquí.

El montón de harapos y pelo se hallaba ante la Cacería Polar de Lujo William. Por encima del pequeño escenario ártico había un cuadro de cristal sin iluminar que representaba de un modo realista osos polares, focas, icebergs, y dos exploradores americanos barbudos y acolchados. La bandera de su nacionalidad estaba plantada sobre un montón de hielo. En dos puntos el cuadro tenía dos ventanas que miraban al interior y reflejaban la PUNTUACIÓN y el TIEMPO. La pistola, colocada sobre un soporte, apuntaba desde allí a varias hileras de figuras móviles de lata. El anciano leyó atentamente las instrucciones, que habían sido sujetas con cinta adhesiva, junto con huellas dactilares, en una esquina del cristal.

Pingüinos puntúan 1 punto —10 puntos la segunda vez y siguientes
Focas puntúan 2 puntos
Ojo de buey del Iglú, cuando la entrada se enciende, puntúa 100 puntos
Polo Norte, cuando es visible, puntúa 100 puntos
Morsa aparece cuando el Polo Norte ha sido acertado 5 veces y puntúa
1.000 puntos.

Lentamente, relegó las instrucciones a la memoria, en donde se convertían meramente en parte del juego.

—Ésa está rota, señor.

El anciano oprimió con la palma de la mano el tirador en forma de piña y tiró con el dedo del desgastado gatillo plateado.

—¡Mira su mano!

—¡La tiene toda quemada!

—¡No tiene pulgar!

—¿No será el Jefe Terrorista que escapó anoche?

—Se parece más al perverso que anunciaron por televisión que están buscando por todo el país.

—¡Echadle a la calle!

—¡Se queda! ¡Es un Patriota!

—¡Es un apestoso hijo de puta!

—¡Es casi casi el Presidente de nuestro país!

En el mismo momento en que el personal y la clientela del Salón de Tiro y de Juego del Centro iban a sucumbir a un sórdido disturbio político, algo muy notable le ocurrió al anciano. Veinte hombres se dirigían en masa hacia él, la mitad para expulsar al insoportable intruso, y la otra para refrenar a los partidarios de su expulsión y en consecuencia sacar a hombros al noble montón de harapos. En unas décimas de segundo el tráfico se había detenido en la Main, y una multitud estaba amenazando los escaparates cubiertos de vaho. Por primera vez en su vida, veinte hombres experimentaron la deliciosa certeza de que estaban en el mismo centro de la acción, daba lo mismo en qué bando. Un grito de felicidad se escapaba de todos aquellos hombres mientras se aproximaban a su objetivo. Una acumulación de sirenas entremezcladas había puesto ya a la chusma en movimiento, como una orquesta en una corrida de toros. Era la primera noche de primavera, ¡las calles pertenecen al Pueblo! Algunas manzanas más abajo, un policía se metía la insignia en el bolsillo y se abría el cuello de la camisa. Las duras mujeres de las taquillas tomaban clara conciencia de la situación, murmurando a los acomodadores mientras aseguraban las clavijas de madera de sus ventanillas. Los cines comenzaron a vaciarse porque ahora ya no miraban en la dirección correcta. ¡La acción estaba súbitamente en la calle! Todos ellos lo notaron mientras avanzaban hacia la Main: ¡algo estaba sucediendo en

la Historia de Montreal! Una amarga sonrisa podía descubrirse en los labios de revolucionarios entrenados y Testigos de Jehovah, que despachaban inmediatamente todos sus panfletos en una salutación de confetti. Todo aquel que llevaba un terrorista en su fuero interno, susurraba: Por Fin. La policía se congregó dirigiéndose al lugar de la manifestación, arrancándose las insignias como si fueran costras con las que comerciar, pero protegiendo las formaciones de sus pelotones, con el fin de ofrecer una disciplina no identificada que sirviera a cualquier orden ulterior. Algunos poetas se acercaron con la esperanza de convertir el disturbio previsto en un recital. Algunas madres avanzaron para observar si habían preparado-acicalado a sus hijos adecuadamente para la justa crisis. Aparecieron médicos en gran número, enemigos natos del orden. La comunidad comercial llegó hasta la zona en medio de un camuflaje de consumidores. Fumadores andróginos de marihuana se lanzaron en busca de una segunda oportunidad de joder. Todos los reincidentes se lanzaron allá, los divorciados, los conversos, los refinados, todos ellos se lanzaron en pos de su segunda oportunidad, maestros de karate, coleccionistas de sellos adultos, humanistas, ¡dadnos, dadnos nuestra segunda oportunidad! ¡Era la Revolución! Era la primera noche de la primavera, la noche de las pequeñas religiones. En otro mes habría luciérnagas y lilas. Una secta entera de perfeccionistas tántricos del amor se volvió excéntrica en su segunda oportunidad de compasión, destruyendo las estructuras públicas de amor egoísta con hermosos alardes de abrazos aceptables para el logro de una unión genital callejera. Los miembros de un reducido Partido Nazi de adolescentes se sintieron hombres de Estado al desertar hacia el populacho viviente. El ejército se cernía sobre la radio, tratando de elucidar si la situación era intensamente histórica, en cuyo caso se adelantaría a la Revolución con la Tortuga de una Guerra Civil. Actores profesionales, y todos los artistas en funciones, incluidos los magos, se lanzaron allá en pos de su segunda y última oportunidad.

—¡Mírale!

—¿Qué sucede?

Entre la Caza Polar, de Lujo y los escaparates de vidrio cilindrado del Salón de Tiro y Juego del Centro comenzaron a producirse unas boqueadas que se extenderían sobre las cabezas de la asombrada multitud como una gotera atmosférica. El anciano había comenzado su notable actuación (que no pienso describir). Basta decir que se desintegro lentamente; lo mismo que un cráter va ampliando su circunferencia con diminutos corrimientos de tierra alrededor del borde, aquél se fue disolviendo de dentro afuera. Su presencia no había desaparecido del todo cuando comenzó a recomponerse. «No había desaparecido del todo» es en realidad una forma equivocada de considerar aquello. Su presencia era como la forma de un reloj de arena, tanto más fuerte cuanto más pequeña era. Y el punto en el que estaba más ausente era el momento en que comenzaron las boqueadas porque el futuro se escapa por ese punto, en ambas direcciones. ¡He aquí la hermosa cintura del reloj de arena! ¡He aquí el punto de la Luz Clara! ¡Que cambie eternamente lo que no conocemos!

¡Durante un espacio de tiempo brevísimo, encantador, toda la arena se comprime en el estrangulamiento situado entre las dos redomas! Ay, esto no es una segunda oportunidad. ¡En el espacio de tiempo que se tarda en lanzar un suspiro permitió a los espectadores una visión de Todas las Oportunidades A la Vez! Para algunos puristas (que no hacen otra cosa que destruir la información compartida al divulgarla) este punto de máxima ausencia fue la atracción de la tarde. Entonces rápidamente, como si él también participara en la expectación ante lo desconocido, se recompuso con avidez convirtiéndose en... en una película de Ray Charles. Entonces alargó la pantalla, gradualmente, como un documental sobre la Industria. La luna ocupaba una de las lentes de sus gafas de sol, y él alineó las teclas de su piano a lo largo de una alacena celeste, y se apoyó sobre él como si verdaderamente fueran una hilera de peces gigantes que hubieran de alimentar a la hambrienta multitud. Una flota de aviones a reacción arrastró su voz sobre nosotros, que estábamos cogidos de la mano.

—Ponte cómodo y pásalo bien, supongo.

—Gracias a Dios que no es más que una película.

—¡Eh! —gritó un Nuevo Judío, maniobrando la palanca del aparato Probador de Fuerza, que estaba roto—. ¡Eh! ¡Alguien lo está consiguiendo!

El final de este libro ha sido alquilado a los jesuitas. ¡Los jesuitas solicitan la beatificación oficial de Catherine Tekakwitha!

«*Pour le succès de l'entreprise*, para el éxito de esta empresa, *il est essentiel que les miracles éclatent de nouveau*, es esencial que los milagros resplandezcan de nuevo, *et donc que le culte de la sainte grandisse*, y que se extienda así el culto de la santa, *qu'on l'invoque partout avec confiance*, que se la invoque confiadamente en todas partes, *qu'elle redevienne par son invocation*, que vuelva a ser por su mera invocación, *par les reliques*, por sus reliquias, *par la poudre de son tombeau*, por el polvo de su tumba, *la semeuse de miracles qu'elle fut au temps jadis*, la sembradora de milagros de tiempos pasados.» Solicitamos del pueblo testimonios de milagros, y *sometemos este documento, cualesquiera que sean sus intenciones, como la primera noticia de un testimonio renovado en honor de la muchacha india. «Le Canada et les États-Unis puiseront de nouvelles forces au contact de ce lis très pur des bords de la Mohawk et des rives du Saint-Laurent. Canadá y los Estados Unidos adquirirán nuevas fuerzas al contacto con esta purísima azucena de las playas del Mohawk y las márgenes del Río St. Lawrence.»*

Pobres hombres, pobres hombres, lo mismo que nosotros, se han ido y han huido. Rogaré desde la torre eléctrica. Rogaré desde la torreta de un avión. Él descubrirá Su rostro. No me dejará solo. Divulgaré Su nombre en el Parlamento. Daré la bienvenida a Su silencio con dolor. He atravesado el fuego de la familia y el amor. Fumo con mi

amado, duermo con mi amigo. Hablamos de los pobres hombres, vencidos y desaparecidos. Solo con mi radio, levanto las manos. Bienvenido seas tú, que me lees hoy. Bienvenido seas tú, que humillas mi corazón. Bienvenido seas tú, mi amado y mi amigo, que me pierdes para siempre en tu viaje hacia el fin.



LEONARD COHEN (Montreal, 1934 - Los Ángeles, 2016) Escritor, compositor y cantante canadiense. Considerado una figura fundamental del folk estadounidense de los sesenta y setenta, sus canciones, que sobresalen particularmente por la fuerza y calidad literaria de sus letras, reforzadas por expresivas melodías, influyeron en la mayoría de cantautores contemporáneos. Su vocación lo llevó en sus inicios a la literatura. Publicó novelas como *El juego favorito* (1963) y *Los hermosos vencidos* (1966), aunque ciertamente su género favorito era la poesía. De 1956 es *Comparemos mitologías*, al que seguirían numerosos volúmenes de poemas: *La caja de especias de la Tierra* (1961), *Parásitos del paraíso* (1962), *Flores para Hitler* (1964), *La energía de los esclavos* (1972), *El libro de la misericordia* (1984).

Si bien la poesía parecía ser su principal centro de interés, hacia 1966 empezó a ser habitual su presencia en los escenarios de los clubes de folk del barrio neoyorquino del Greenwich Village. Inició su carrera musical con la ayuda de Juddy Collins, quien introdujo al por entonces prometedor escritor y poeta en los círculos musicales. La versión que Collins hizo en 1966 de su canción Suzanne (publicada como poema dentro del libro *Parásitos del paraíso*) reforzaría el interés ya existente por la compleja personalidad de Cohen, que casi se vio obligado a debutar discográficamente en enero de 1968. Pero iba a ser John Hammond (famoso cazatalentos del sello CBS) el responsable final del paso de Cohen a la música, tras ver actuar al canadiense en el Festival de Folk de Newport de 1966.

Su primer álbum se tituló sencillamente *Songs of Leonard Cohen* (*Canciones de Leonard Cohen*, 1968). De este disco fue sin duda un acierto su producción mínima,

prácticamente reducida a la presencia de la voz y la guitarra de Leonard, lo que destacó el interés de las letras. En cualquier caso, este primer trabajo colocó de inmediato a Cohen en la primera línea de los cantautores del momento. El contenido intimista de los textos dejaba bien claro desde el primer instante su postura progresista dentro y fuera de los escenarios. Desde entonces el cantautor canadiense, ajeno siempre a planteamientos comerciales y a las grandes campañas promocionales, compaginaría con idéntico interés y rigor la literatura, la composición y grabación de nuevos temas y las actuaciones en directo.

Su segundo álbum, *Songs from a room (Canciones desde una habitación, 1969)*, se mantuvo en la misma línea y elevó al cantautor al rango de líder de toda una generación de músicos interesados por el folk. Su actuación en el Festival de Wight de 1970 y su posterior gira europea ampliaron el número de seguidores fuera de Canadá y de los Estados Unidos y sirvió a Cohen para descubrir la isla griega de Hydra, a la que convertiría en el lugar preferido de sus periódicos retiros.

Ya en los setenta, su producción discográfica comenzó a hacerse más sofisticada por lo que respecta a los arreglos de los temas contenidos en su álbumes, manteniendo, sin embargo, la misma coherencia inicial en las letras de sus canciones. En 1971 publicó *Songs of love and hate (Canciones de amor y de odio)* y en 1973 el álbum en directo titulado *Live Songs*. Ambos anticiparon el éxito popular que alcanzaría *New skin for the old ceremony (Nueva piel para la vieja ceremonia, 1974)*.

Después de la publicación de *Greatest Hits* en 1977, se habló de una retirada definitiva de Leonard Cohen de la música, pero el rumor fue desmentido de inmediato con el lanzamiento de *Death of a Ladies' Man (Muerte de un mujeriego, 1977)*, producido por Phil Spector. La grabación de este nuevo trabajo se desarrolló en un ambiente de constante tensión entre Spector y Cohen, quienes mantuvieron fuertes discrepancias en los arreglos de cada tema, hecho que perjudicó el resultado final. Tal vez por ello, el cantautor canadiense volvería a sus raíces en *Recent songs (Canciones recientes, 1979)*.

La irrupción de nuevas corriente musicales a finales de los setenta, como el Punk y la New Wave, pareció desplazar a Leonard Cohen de los primeros planos de la actualidad. Pero Cohen, ajeno siempre a las modas, se dedicó igualmente a seguir escribiendo canciones y a escribir, protagonizar y dirigir el cortometraje *I am a hotel*, que merecería el Gran Premio del Festival Internacional de Televisión de Montreaux, en Suiza. Meses después, en 1985, publicó *Various positions (Diversas posiciones)*, un álbum que mostraba a un Leonard Cohen muy puesto al día en los arreglos de sus canciones. Ganador ese mismo año de un Award canadiense (compartido con Lewis Furey) por la música de la Ópera-Rock *Night Magic*, en 1988 recuperó las cotas de su antigua popularidad con el álbum *I'm your man (Soy tu hombre)*, superventas a ambos lados del Atlántico.

Sus posteriores trabajos, como *The future* (*El futuro*, 1992), siguieron demostrando un alto nivel de creatividad, en una línea de trabajo que, pese a su evolución estilística, mantiene las constantes y las esencias de sus inicios, las mismas que lo convirtieron en el gran letrista y compositor de los setenta. Sus canciones han sido versionadas por los artistas más importantes de cada momento (Joe Cocker y su versión de *Chelsea Hotel* es el ejemplo más recordado). Finalizada la gira de presentación de su nuevo trabajo, Cohen se retiró a un monasterio zen en San Diego (California), donde permanecería durante seis años. Tras nueve años de silencio creativo, el cantautor volvió en 2001 a la escena musical para presentar el vigésimo tercer álbum de su carrera, que se editó con el escueto título de *Ten new songs* (*Diez canciones nuevas*). *Dear heather* (2004), *Old ideas* (2012), *Popular problems* (2014) y *You want it darker* (2016) fueron los últimos títulos de su discografía.

Cohen fue más popular como cantautor que como poeta, pero, paradójicamente, se le reconoció más esta última faceta que la primera. Como cantante recibió el Crystal Globe en 1988 por haber vendido cinco millones de discos fuera de Estados Unidos. En 1991 entró en la Hall of Fame de músicos en Toronto (Canadá) y recibió el premio Juno al escritor de canciones del año. En 1993 le fue concedido el Juno al mejor cantante masculino del año. Sin embargo, en literatura, la lista de galardones cosechados es casi interminable; mereció dos títulos Honoris causa por las universidades de Dalhousie (1970) y McGill (1992), y en 2011 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Notas

[1] «Que el éxito corone nuestras esperanzas, y veremos en los altares, al lado de los mártires canadienses, a una virgen iroquesa —junto a las rosas del martirio, la azucena de la virginidad.» (En francés en el original.) <<

[2] Miembros de la Policía Montada del Canadá. <<

[3] «La Nueva Francia va a perderse si no se la socorre con fortaleza y prontitud.» (En francés en el original.) <<

[4] «La forma en que las familias se agrupan en las cabañas no es modo de impedir el libertinaje.» (En francés en el original.) <<

[5] Emperador indio (273-232 a. C.). Llamado Devananpiya («favorito de los dioses»). <<

[6] «Milagros hechos en su parroquia por intercesión de Catherine Tekakwitha.» (En francés en el original.) <<

[7] «Mientras crecía en edad, crecía también en prudencia.» (En latín en el original.)

<<

[8] «Dulce, paciente, casta e inocente.» (En francés en el original.) Y más adelante:
«Juiciosa, como una joven francesa bien educada.» <<

[9] «Dios le había dado un alma que Tertuliano calificaría de “naturalmente cristiana”.» (En francés en el original.) <<

[10] «Hace tiempo que te amo.» (En francés en el original.) <<

[11] «No se les puede ver sin temblar.» (En francés en el original.) <<

[12] «Ha bautizado a gran número de personas.» (En francés en el original.) <<

[13] «La fe se ha abrazado allí con más constancia que en ningún otro país de los agniers.» (En francés en el original.) <<

[14] «Como desconfiamos de la inconstancia de los iroqueses he bautizado a pocos salvo en peligro de muerte.» (En francés en el original.) <<

[15] «No hay gran número de adultos, pues sólo se les bautiza con muchas precauciones.» (En francés en el original.) <<

[16] Conocida marca de ropa interior femenina. <<

[17] «Fue en esta ocasión... cuando ella declaró lo que tal vez no se habría sabido, si no hubiera sido puesta en esta prueba, que, por la misericordia del Señor, no recordaba haber empeñado jamás la pureza de su cuerpo, y que no temía en absoluto recibir ningún reproche a este respecto en el día del juicio.» (En francés en el original.) <<

[18] *Koan*, en budismo zen, el problema o enigma en que se debe meditar y tratar de resolver bajo la guía de un maestro zen. <<

[19] «Todas las chicas de una aldea al lado de un enfermo, gracias a su oración.» (En francés en el original.) <<

[20] «Se les preguntó a todas, unas después de otras, con cuáles jóvenes de la aldea querían dormir la noche próxima.» (En francés en el original.) <<

[21] «Dios quiera abolir una ceremonia tan condenable y desgraciada.» (En francés en el original.) <<

[22] «Se enfrentaron allí a un espectáculo horroroso...» (En francés en el original.) <<

[23] «¡Yo soy Isis, he tomado todas las formas, he existido y existiré, y por eso ninguno de los mortales levantaría mi manto!» (En griego en el original.) <<

[24] «Que en vuestras manos se aproveche de la gloria de Dios.» (En francés en el original.) <<

[25] «Se sometían por ello a rigurosas penitencias.» (En francés en el original.) <<

[26] «Varios misterios del rosario.» (En francés en el original.) <<

[27] «O sufrir, o morir.» (En francés en el original.) <<

[28] Tienda cónica, hecha de pieles estiradas sobre un armazón de postes, que usan los indios de Norteamérica. <<

[29] «Ella se resarcía mezclando ceniza en su sopa.» (En francés en el original.) <<

[30] «Catherine siempre la primera en la penitencia se ponía de rodillas y recibía los vergajazos.» (En francés en el original.) <<

[31] «Su rostro había adquirido el aspecto de un muerto.» (En francés en el original.)

<<

[32] Zona y calle del Manhattan inferior, en Nueva York, lugar conocido por servir de refugio a personas marginadas y sin hogar. <<

[33] «Pasó allí un cuarto de hora ensangrentándose las espaldas con una dura disciplina.» (En francés en el original.) <<

[34] «Ciertamente lo recuerdo ahora lo mismo que al comienzo de su última enfermedad.» (En francés en el original.) <<

[35] «... se quedó sin habla al pronunciar los nombres de Jesús y de María.» (En francés en el original.) <<

[36] Palabra compuesta de cuatro letras que es el nombre hebreo de Jehová, considerado demasiado sagrado para ser pronunciado. <<

[37] «Di un fuerte grito, hasta tal punto fui presa del asombro.» (En francés en el original.) <<

[38] «Era un argumento nuevo de credibilidad con que Dios favorecía a los salvajes para hacerles gustar de la fe.» (En francés en el original.) <<

[39] «Uno de los oficiales más valientes que el Rey ha tenido en esta colonia.» (En francés en el original.) <<

[40] «Y la vaca ha gozado de buena salud desde entonces.» (En francés en el original.)

<<

[41] «¿Por qué Catherine no había de curar a los animales igual que a los hombres?»
(En francés en el original.) <<

[42] En inglés, «tallo». <<

[43] General Headquarter: Cuartel General. <<

[44] Viento cálido y seco que sopla en las estribaciones orientales de las Montañas Rocosas a intervalos. <<

[45] Tablero con las letras del alfabeto, con que el espiritista traduce a un lenguaje comprensible los mensajes de los espíritus. <<